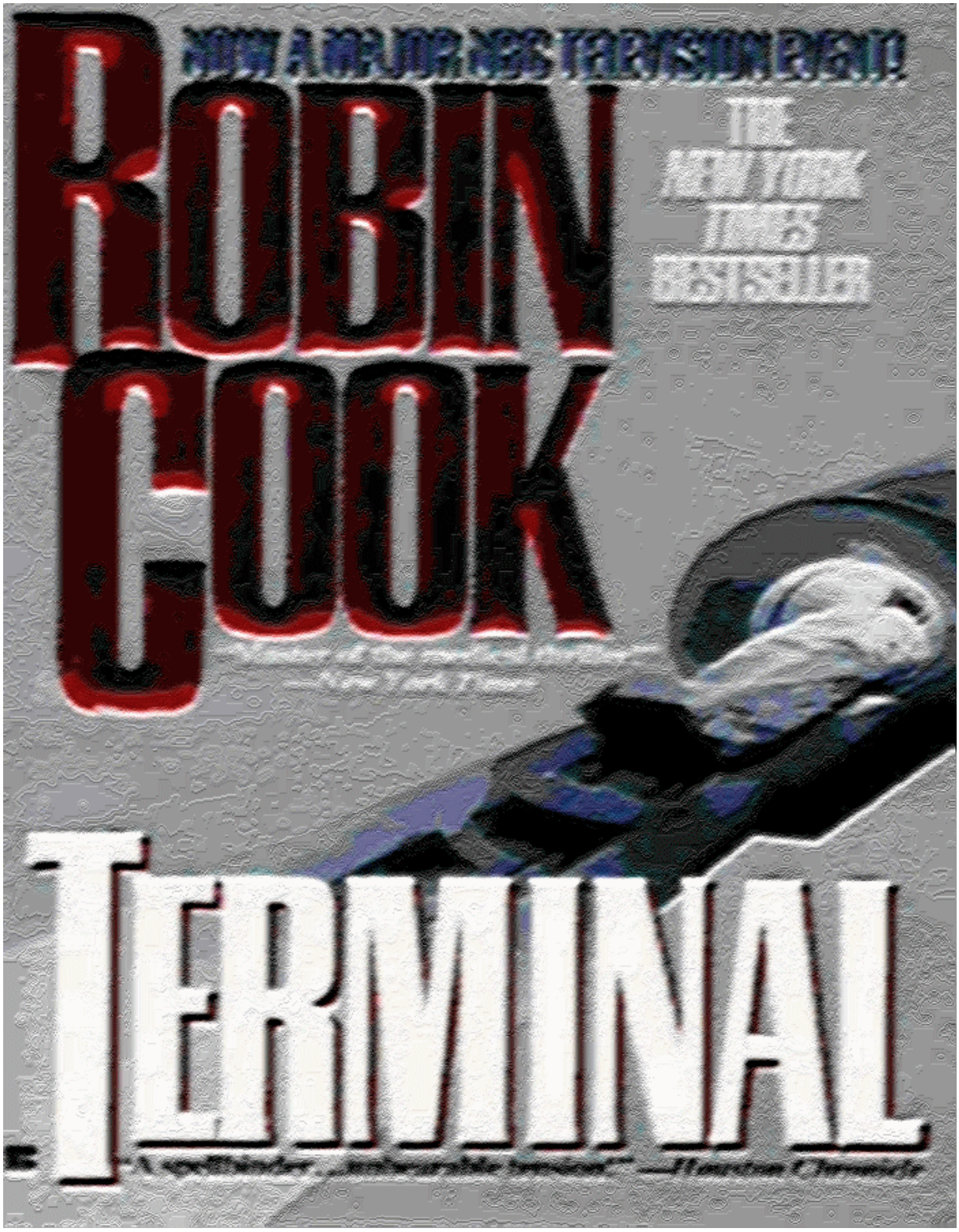
TERMINAL
ROBIN COOK



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Deseo agradecerle a Matthew Bankowski, doctor en Filosofía, su paciencia y generosidad por haber soportado que le formulase preguntas sobre su especialidad y también su amabilidad por haber leído y comentado el manuscrito original de Terminal.

Asimismo deseo darle las gracias a Phyllis Grann, mi amiga y editora, por su valiosa aportación. Desearía también excusarme por los efectos nocivos que el retraso en la conclusión del manuscrito de Terminal pueda haber tenido en su longevidad.

Desearía agradecer finalmente a los departamentos de Ciencias Básicas de la Facultad de Medicina y Cirugía de la Universidad de Columbia la información que me facilitaron y que me permitió comprender y valorar los rápidos progresos que está experimentando la biología molecular.

Robin Cook

PROLOGO

LUNES, 4 DE ENERO 7.05 H

Helen Cabot fue despertándose lentamente a medida que la luz del alba emergía de las tinieblas invernales que cubrían Boston, Massachusetts. Dedos de luz pálida y anémica atravesaban la oscuridad del dormitorio de la tercera planta de la casa de sus padres en Louisburg Square. Al principio permaneció un rato sin abrir los ojos, saboreando el placer de estar bajo el edredón de plumón de su cama adoselada. Se sentía en paz y, afortunadamente, ignoraba los terribles procesos moleculares que se estaban desarrollando en lo hondo de su cerebro. Las vacaciones de Navidad no habían sido las más alegres de su existencia. Helen, que no quería perderse ninguna de sus clases en Princeton, donde se había matriculado en el penúltimo curso, había pedido que la operaran entre Navidad y Año Nuevo. Los doctores le habían prometido que la extirpación del tejido endométrico de grosor anormal que le recubría el útero haría desaparecer los calambres dolorosos y violentos que le impedían hacer algo cada vez que tenía la regla. También le habían dicho que la intervención sería rutinaria, pero no lo fue.

Helen volvió la cabeza y miró la suave luz matinal que se filtraba por las cortinas de encajes. Nada le advertía sobre su inminente destino. De hecho, se sentía mejor que días atrás. La intervención se había desarrollado sin problemas, aunque padeció una leve incomodidad postoperatoria. El tercer día tuvo insoportables dolores de cabeza, acompañados de fiebre, vértigo y, lo más preocupante, trastornos del habla. Gracias a Dios los síntomas habían desaparecido con la misma rapidez con que se habían presentado, pero sus padres habían insistido en que acudiera a la cita concertada con el neurólogo del Hospital General de Massachusetts.

Helen volvió a dormirse. Le llegaba, apenas perceptible, el tecleo del ordenador de su padre, que trabajaba en la habitación contigua a su dormitorio. Volvió a abrir los ojos, miró el reloj y vio que eran las siete en punto. Era alucinante cómo trabajaba su padre. Fundador y presidente del consejo de una de las empresas de informática más poderosas del mundo, hubiese podido permitirse descansar en sus laureles. Pero no lo hacía. No podía parar y la familia había alcanzado una riqueza y una influencia asombrosas.

Por desgracia, la seguridad de que disfrutaba Helen gracias a sus circunstancias familiares no incluía el hecho de que la naturaleza no respeta los bienes ni los poderes temporales.

La naturaleza actúa siguiendo su propio programa. Los hechos que se estaban produciendo en el cerebro de Helen, y de los que ella no era consciente, estaban siendo dictados por las moléculas de ADN que formaban sus genes. Y, aquel día a primeros de enero, cuatro genes en varias de las neuronas de su cerebro estaban empezando a producir determinadas proteínas codificadas. Estas neuronas no se habían dividido desde la infancia de Helen, lo cual era normal. Sin embargo, ahora aquellos cuatro genes y las proteínas que producían obligarían a las neuronas a dividirse de nuevo y a continuar dividiéndose después. Un cáncer especialmente maligno iba a destrozar la vida de Helen. A sus veintiún años, Helen Cabot padecía una enfermedad mortal, y ni siquiera lo sabía.

4 DE ENERO 10.45 H

Howard Pace salió, con un ligero chirrido, del interior de la nueva máquina de exploración por resonancia magnetonuclear (RMN) del Hospital Clínico de Sant Louis. En toda su vida había estado tan aterrorizado. Los hospitales y los médicos siempre le habían producido un vago malestar, pero ahora, enfermo, sus temores se habían convertido en algo abrumador.

Howard, a sus cuarenta y siete años, había gozado de perfecta salud hasta aquel terrible día de mediados de octubre cuando chocó con la red en las semifinales del torneo anual de tenis del club campestre Belvedere. Había oído un ligero chasquido y había caído al suelo ignominiosamente mientras la pelota devuelta por su contrincante pasaba silbando sobre su cabeza.

Se había roto el ligamento cruciforme anterior de la rodilla derecha. Esto fue sólo el principio. Curar la rodilla había sido fácil, a pesar de unos problemas poco importantes que los médicos atribuyeron a los efectos de la anestesia general, y Howard había vuelto a trabajar al cabo de unos días. Era decisivo volver cuanto antes al trabajo; dirigir una de las mayores empresas del país dedicadas a la fabricación de aviones no era fácil en una época en que se habían reducido mucho los presupuestos de defensa.

Howard, cuya cabeza estaba todavía estabilizada con un aparato en forma de tornillo de banco para que la R M N pudiera explorarla, no notó la presencia del técnico, hasta que éste le habló: - ¿Se encuentra bien?-le preguntó mientras le soltaba la cabeza.

-Estoy bien -dijo Howard.

Pero mentía. El corazón le latía fuerte y estaba aterrorizado.

Tenía miedo de lo que la prueba pudiera revelar. Podía ver a un grupo de personas con bata blanca detrás de una cristalera estudiando una pantalla de rayos catódicos. Uno de ellos era su médico, Tom Folger. Todos señalaban algo, haciendo gestos, y lo más preocupante, moviendo la cabeza negativamente.

Los problemas habían empezado el día anterior. Howard se había despertado con dolor de cabeza, algo raro en él cuando no lo provocaba una resaca, lo que no era el caso. De hecho, no había tomado ni una copa desde Nochevieja. Después de tomar una aspirina y desayunar un poco, el dolor disminuyó.

Aquella misma mañana, y en plena reunión del consejo, vomitó sin previo aviso. Apareció tan violenta e inesperadamente sin siquiera sentir náuseas, que no le dio tiempo de volverse a un lado. Vio asombrado cómo su desayuno sin digerir se derramaba sobre la mesa de reuniones.

Howard, con la cabeza ahora libre, intentó sentarse. Pero el movimiento le provocó un nuevo y muy intenso dolor de cabeza. Se hundió de nuevo en la camilla de la RMN y cerró los ojos hasta que su médico le tocó suavemente el hombro.

Tom había sido el internista de la familia durante más de veinte años. l y Tom se habían hecho buenos amigos a lo largo de los años y se conocían bien. A Howard no le gustó lo que vio en el rostro de Tom.

-Malas noticias, ¿no es cierto?-preguntó Howard.

-Siempre te he dicho la verdad, Howard...

-Pues no cambies ahora-murmuró Howard.

No quería oír el resto, pero tenía que hacerlo.

-Las perspectivas no son demasiado buenas -admitió Tom.

Mantuvo la mano sobre el hombro de Howard-. Hay tumores múltiples. Tres para ser exactos. Al menos eso es lo que hemos visto.

- ¡Dios mío!-gimió Howard-. Es una enfermedad mortal, ¿verdad?

Librodot

-En este momento no deberíamos expresarnos así -dijo Tom.

- ¡Mierda! -soltó Howard-. Acabas de decirme que siempre has sido sincero. Te he hecho una pregunta sencilla. Tengo derecho a saberlo.

-Si me obligas a contestar, te diré que sí, que podría ser mortal. Pero no estamos seguros. De momento tenemos mucho que hacer. Lo primero es descubrir de dónde proceden los tumores. El hecho de que sean múltiples indica que se han extendido desde otro lugar.

-En ese caso, adelante -dijo Howard-. Si hay alguna posibilidad, quiero luchar.

4 DE ENERO 13.25 H

Cuando Louis Martin se despertó en la sala de recuperación, tuvo la sensación de que le habían quemado la garganta con un soplete de acetileno. Había tenido en otras ocasiones dolor de garganta, pero nada parecido al dolor que sintió cuando intentó tragar después de la intervención. Para colmo, tenía la boca tan seca como el Sahara central La enfermera que había aparecido como un fantasma al lado de la cama le había explicado que esta molestia se debía al tubo endotraqueal que el anestesista había insertado antes de la intervención Le dio una toalla húmeda para chupar y el dolor disminuyó.

Cuando le condujeron en la camilla a su habitación, había empezado un dolor diferente, localizado en algún lugar entre las piernas y que irradiaba hacia la espalda. Louis sabía el origen de aquella molestia. Era el lugar de la intervención practicada para reducirle la próstata hipertrofiada. La maldita próstata que le obligaba a levantarse para orinar cuatro o cinco veces cada noche. Había concertado la intervención para el día después de Nochevieja. Esta era tradicionalmente una época de poca actividad en la gigantesca empresa informática del norte de Boston que Louis dirigía.

Cuando el dolor empezaba a dominarlo, otra enfermera le administró una dosis de Demerol en la botella del equipo de infusión intravenosa que llevaba todavía clavado en la mano izquierda. Un frasco de líquido colgaba de un tubo en forma de T que sobresalía de la cabecera de la cama.

El Demerol le sumió de nuevo en un sueño narcotizado. No sabía exactamente cuánto tiempo había transcurrido cuando notó la presencia de alguien a su cabecera. Necesitó todas sus energías para abrir los ojos; sentía que los párpados le pesaban como plomo. En la cabecera de su cama había una enfermera que estaba tocando el tubo de plástico que bajaba de la botella del equipo de infusión. Llevaba en la mano derecha una jeringuilla.

- ¿Qué es eso? -murmuró Louis.

Su voz parecía la de un borracho. La enfermera le sonrió.

-Al parecer le han puesto ya muchas-dijo ella.

Louis parpadeó intentando enfocar la mirada en el rostro moreno de la mujer. La imagen de la enfermera se formaba desenfocada en sus ojos drogados, pero ella parecía haber captado perfectamente su estado.

-No necesito m s analgésicos -consiguió decir Louis. Con gran esfuerzo se incorporó un poco, apoyándose en un codo.

-No es un analgésico -contestó la enfermera.

-Ah!-dijo Louis.

Mientras la enfermera terminaba de poner la inyección, Louis se percató lentamente de que todavía no sabía qué le estaban administrando.

- ¿Qué clase de medicamento es? -preguntó Louis.

-Una cura milagrosa -dijo la enfermera, tapando rápidamente la jeringuilla.

Louis rió a pesar suyo. Iba a hacer otra pregunta, pero la enfermera satisfizo su curiosidad.

-Es un antibiótico -dijo. Apretó el hombro de Louis para tranquilizarlo-. Ahora cierre los ojos y descanse.

Louis se derrumbó en la cama. Rió por un instante. Le gustaban las personas que tenían sentido del humor. Repitió lentamente lo que la enfermera le había dicho: “curas milagrosas”.

Bueno, no había duda de que los antibióticos eran curas milagrosas. Recordó que según le había dicho el doctor Handlin quizá le administrarían antibióticos como precaución después de la intervención. Y se preguntó vagamente cómo se vivía en un hospital antes del descubrimiento de los antibióticos. Se alegraba de que ya los hubieran inventado.

Cerró los ojos e intentó relajarse como le había aconsejado la enfermera. El dolor persistía, pero ya no le molestaba gracias al narcótico. Los narcóticos también eran medicamentos milagrosos, al igual que los agentes anestésicos. Louis era el primero en admitir que en cuestiones de dolor era un cobarde. No hubiese podido tolerar jamás una operación quirúrgica en las épocas en que no había “curas milagrosas”.

Mientras Louis se iba hundiendo en el sueño se preguntó qué tipo de medicamento traería el futuro. Decidió preguntar le al doctor Handlin su opinión al respecto.

4 DE ENERO 14.53 H

Norma Kaylor miraba las gotas que caían en la cámara “millipore” que colgaba debajo de la botella del equipo de infusión. La solución pasaba por un catéter de calibre grande y entraba en su brazo izquierdo. El medicamento que le estaban administrando provocaba en ella sensaciones opuestas. Confiaba en que los poderosos agentes quimioterápicos curarían su cáncer de pecho, el cual, según le habían contado, se había extendido al hígado y los pulmones. Aunque también sabía que los medicamentos eran venenos celulares que podían causar desastres en el cuerpo, además de atacar los tumores. El doctor Clarence le había advertido sobre tantos efectos secundarios terribles que ella había hecho un esfuerzo consciente para dejar de oír su voz. Había oído demasiadas cosas. Firmó el formulario de consentimiento con un sentimiento de apagada indiferencia.

Norma volvió la cabeza y miró por la ventana el cielo intensamente azul de Miami, lleno con las enormes burbujas blancas de los cúmulos. Desde que le habían diagnosticado el cáncer había procurado no preguntarse nunca: ¿por qué precisamente yo? Cuando se tocó por primera vez el bulto, confió en que desaparecería por sí solo, como habían hecho tantos otros en el pasado. Pero cuando hubieron pasado varios meses y en la piel que cubría el bulto se formó repentinamente un hoyuelo, tomó la decisión, a pesar suyo, de acudir a un médico.

Se enteró así de que sus temores estaban justificados: el bulto era maligno. De este modo, había sufrido una mastectomía radical antes de cumplir los treinta y tres años. Los médicos empezaron la quimioterapia cuando todavía no se había recuperado plenamente de la intervención.

Decidió acabar con aquellos pensamientos de lástima y alargó el brazo para coger una novela. En aquel momento se abrió la puerta de su habitación privada. Ella ni siquiera levantó la mirada. El personal del Centro Forbes contra el Cáncer estaba constantemente entrando y saliendo para ajustarle el equipo

de infusión e inyectarle los medicamentos. Se había acostumbrado ya a las continuas entradas y salidas, que apenas interrumpían su lectura.

Hasta que no cerraron la puerta de la habitación, no se dio cuenta de que le habían dado un nuevo medicamento. Tuvo un efecto sin precedentes: su cuerpo perdió repentinamente todas sus fuerzas. Incluso el libro que estaba leyendo cayó de sus manos. Pero lo más aterrador era el efecto que tenía en su respiración. Parecía como si algo la estuviera ahogando. Intentó, en su agonía, tomar aire pero cada vez le fue más difícil y pronto quedó totalmente paralizada, a excepción de los ojos.

La imagen de su puerta abriéndose silenciosamente fue la última cosa que vio.

CAPITULO 1

VIERNES, 26 DE FEBRERO 9.15 a.m.

- ¡Dios mío, aquí está!-dijo Sean Murphy.

Agarró frenéticamente el montón de fichas que tenía delante y se precipitó hacia la sala de detrás del puesto de enfermeras de la séptima planta del edificio Weber del Hospital Boston Memorial.

Peter Colbert, un compañero de tercer curso de doctorado en Harvard, aturdido por esta interrupción repentina, inspeccionó la escena. Nada se salía de lo ordinario. Parecía una sala ajetreada de medicina interna de un hospital como cualquier otra. El puesto de enfermeras era una activa colmena con la recepcionista de la planta y cuatro enfermeras en plena acción.

Había también varios enfermeros que transportaban a pacientes empujando sus camillas. Podía oírse música de órgano que se filtraba desde el salón de la planta y que era el acompañamiento de un melodrama televisivo que se emitía de día. La única persona que se acercaba al puesto de enfermeras sin ser del lugar era una atractiva enfermera, a la que Peter dio una calificación de ocho a nueve puntos sobre diez. Se llamaba Janet Reardon. Peter sabía algo sobre ella. Era la hija de una de las viejas familias privilegiadas de Boston, una chica reservada e intocable.

Peter se apartó del mostrador donde había estado sentado cerca del fichero de los historiales médicos y abrió de un empujón la puerta que comunicaba con el cuarto de atrás. El cuarto era una oficina para todo con encimeras, un terminal de ordenador y una neverita. Las enfermeras guardaban allí sus informes después de cada turno, y las que se traían de casa la comida en una bolsa la utilizaban como comedor. Al fondo había un lavabo.

- ¿Qué diablos pasa?-preguntó Peter.

Estaba intrigado, por no decir más.

Sean estaba apoyado contra la pared con las fichas apretadas contra el pecho.

- ¡Cierra la puerta! -ordenó Sean.

Peter entró en el cuarto.

- ¿Te has ido con Reardon?

Era una pregunta y una afirmación asombrada. Habían pasado casi dos meses desde que había empezado la rotación entre servicios de Peter y de Sean en el tercer curso de medicina. Sean se había fijado en Janet y había preguntado a Peter por ella.

- ¿Quién diablos es ésa? -había preguntado Sean.

Estaba con la boca abierta. Tenía delante a una de las mujeres más guapas que había visto nunca. La chica estaba bajando de una encimera después de sacar algo del último e inaccesible estante de un armario. Sean comprendía que aquella figura podía haber adornado cualquier revista.

-No es tu tipo -le había dicho Peter-. Así que, cierra la boca. Comparada contigo es una reina. Conozco a varios que han intentado salir con ella. Es imposible.

-Nada es imposible -dijo Sean mientras contemplaba a Janet con una asombrada admiración.

-Un chico de barrio como tú nunca podrá marcarse un tanto, y menos en primera división.

- ¿Qué te apuestas?-le había desafiado Sean-. Por ejemplo, cinco billetes si te equivocas. Estará hambrienta deseando mi cuerpo cuando acabemos medicina.

En aquella ocasión Peter simplemente se había echado a reír. Ahora su compañero le inspiraba más respeto. Pensaba que en aquellos dos últimos meses de continuo trabajo había tenido tiempo para conocer bien a Sean, pero ahora su compañero acababa de darle una sorpresa en el último día de carrera.

-Entorna un poco la puerta y mira si se ha ido -dijo Sean.

-Esto es ridículo -dijo Peter, pero abrió la puerta unos centímetros. Janet estaba todavía en el mostrador hablando con Carla Valentine, la jefa de enfermeras. Peter cerró de nuevo la puerta.

-Sigue allí -dijo.

-¡ ¡Mierda! -exclamó Sean-. No quiero encontrarme con ella precisamente ahora. Tengo mucho que hacer y no quiero que me haga una escena. No sabe que me voy a Miami para seguir aquel curso optativo en el Centro Forbes contra el Cáncer. No quiero decírselo hasta el sábado por la noche. Sé que se va a cabrear.

- ¿O sea que has estado saliendo con ella?

-Sí, nos lo hemos tomado bastante en serio -dijo Sean-. Por cierto, ahora recuerdo que me debes cinco billetes. Y he de decirte que no fue fácil; al principio apenas hablaba conmigo. Pero al final, mi encanto y mi persistencia dieron resulta do. Creo que lo más importante fue la insistencia.

- ¿Te la tiraste?-preguntó Peter.

-No seas basto-replicó Sean.

Peter rió.

- ¿Yo, basto? Quítate que me tiznas, le dijo la sartén al cazo.

-Lo malo es que se lo está tomando en serio -dijo Sean-. Se cree que porque dormimos juntos un par de veces, tenemos algún compromiso.

- ¿Me estás hablando de matrimonio? -preguntó Peter.

-Yo no quiero -dijo Sean-. Pero creo que ella está pensándolo. Es absurdo, sobre todo si tenemos en cuenta que sus padres me odian. Y además, mierda, sólo tengo veintiséis años.

Peter abrió la puerta de nuevo.

-Está todavía hablando con una enfermera. Seguramente es su hora de descanso.

- ¡Magnífico! -dijo Sean sarcásticamente-. Supongo que podré trabajar aquí dentro. Tengo que acabar esta alta médica antes de admitir a otro paciente.

-Me quedaré contigo -dijo Peter.

Salió un momento y volvió con algunas de sus fichas.

Trabajaron en silencio utilizando las tarjetas de 7,5 por 12,5 centímetros que llevaban en el bolsillo con los últimos resultados de laboratorio de sus pacientes. La tarea consistía en resumir cada caso para los doctorándoos que comenzarían sus turnos el próximo primero de marzo.

-Este ha sido un caso muy interesante -dijo Sean al cabo de media hora. Levantó en el aire las fichas del abultado historial-. A no ser por ella, no me habría enterado de la existencia del Centro Forbes contra el Cáncer.

- ¿Estás hablando de Helen Cabot?-preguntó Peter.

-Justamente.

-Te tocan todos los casos interesantes, sinvergüenza -dijo Peter-. Y Helen también es guapa. Todos los médicos consultores reclamaban ansiosos hacerse cargo del caso.

-Sí, pero resultó que esta belleza tenía tumores cerebrales múltiples -dijo Sean. Abrió el historial y hojeó algunas de sus doscientas fichas-. Es triste. Sólo tiene veintiún años y es evidente que está en fase terminal. Su última esperanza es que la acepten en el Forbes. En aquel centro están teniendo una suerte extraordinaria con el tipo de tumor que ella padece.

- ¿Llegó ya su informe final de patología?

-Llegó ayer -dijo Sean-. Tiene meduloblastoma. Es bastante raro; sólo un dos por ciento aproximadamente de todos los tumores cerebrales son de este tipo. Leí algunas referencias y podré lucirme cuando la visite esta tarde. Este tipo de tumor afecta generalmente a niños.

-Es decir que es un caso desgraciadamente excepcional -comentó Peter.

-No tan excepcional -dijo Sean-. Un veinte por ciento de meduloblastomas se dan en pacientes de más de veinte años.

Lo que sorprendió a todo el mundo, y lo que impidió adivinar el tipo celular fue que se observaran velocidades de crecimiento distintas. Al principio quien la atendía pensó que era cáncer metastático, probablemente de un ovario. Pero se equivocó.

Ahora tiene intención de enviar un artículo al New England Journal of Medicine.

-Alguien dijo que no sólo era guapa sino rica -dijo Peter, lamentando de nuevo no haberla tenido de paciente.

-Su padre es el director ejecutivo de Software Inc. -dijo Sean-. Es evidente que los Cabot no tendrán que hacer sacrificios. Su dinero les permite desde luego enviarla a un lugar como el Forbes. Confío en que los de Miami puedan hacer algo por ella. Además de ser guapa, es simpática. He pasado algunos ratos con ella.

-Recuerda que los médicos no deben enamorarse de sus pacientes -dijo Peter.

-Helen Cabot podría tentar a un santo.

JANET REARDON tomó las escaleras para volver a pediatría, en la quinta planta. Había dedicado los quince minutos de la pausa del café para buscar a Sean. Las enfermeras de la séptima le dijeron que le habían visto trabajando con el alta médica, pero que no tenían ni idea de adónde había ido. Janet estaba preocupada. Desde hacía semanas no dormía bien y se despertaba a las cuatro o las cinco de la madrugada, bastante antes de que sonara el despertador. El problema era Sean y su relación con él. Cuando le conoció le había desagradado su actitud ruda y petulante, aunque también le habían atraído sus rasgos mediterráneos, su pelo negro y sus sorprendentes ojos azules.

Antes de conocer a Sean no comprendía lo que significaba el término “irlandés negro”.

Cuando Sean empezó a perseguirla, Janet se había resistido.

Ella pensaba que no tenían nada en común, pero él no quiso darse por enterado. Y su aguda inteligencia había despertado la curiosidad de la chica.

Al final Janet había salido con él pensando que bastaría una cita para que se esfumara la atracción. Pero no fue así. Pronto descubrió que su actitud rebelde era un afrodisíaco poderoso.

Janet dio un vuelco sorprendente y decidió que todos sus antiguos amigos habían sido demasiado normales, como el típico socio del Club de Caza Myopia. Comprendió de repente que su personalidad había estado condicionada por la esperanza de formar un matrimonio semejante al de sus padres, con una persona aceptable convencionalmente. Fue entonces cuando se apoderó

firmemente de su corazón el rudo atractivo de Sean, un chico del barrio de Charlestown, y cuando Janet se dio cuenta de que estaba enamorada.

Janet llegó al puesto de enfermeras de la planta de pediatría y vio que todavía le quedaban unos minutos de la pausa.

Empujó la puerta del cuarto de detrás y se dirigió a la máquina de cafés. Necesitaba un chute para poder acabar la jornada.

-Parece como si hubieras perdido a un paciente -dijo una voz.

Janet se volvió y vio a Dorothy MacPherson, una enfermera de aquella planta de quien se había hecho amiga, sentada y con los pies enfundados en calcetines apoyados contra el mostrador.

-Algo parecido -dijo Janet mientras se servía un café.

Sólo se permitió media taza. Se acercó luego a Dorothy y se sentó pesadamente en una de las mesas metálicas de oficina.

- ¡Los hombres!-agregó con un suspiro de frustración.

-Este lamento me suena-dijo Dorothy.

-Mi relación con Sean Murphy no lleva a ninguna parte -dijo Janet finalmente-. Es algo que me está molestando de veras y tengo que hacer algo para solucionarlo. Además -añadió riendo-, no estoy dispuesta a admitir que mi madre acertó de lleno cuando le juzgó.

Dorothy sonrió.

-Lo entiendo muy bien.

-Hemos llegado a un punto en que creo que me está evitando -dijo Janet.

- ¿Habéis hablado? -preguntó Dorothy.

-Lo intenté -dijo Janet-. Pero hablar sobre sentimientos no es uno de sus puntos fuertes.

-No importa -dijo Dorothy -. Quizá deberías intentarlo esta noche y contarle lo que acabas de decirme.

¡Ja! -rió Janet con desdén-. Es la noche del viernes. No podemos.

- ¿Tiene turno? -preguntó Dorothy.

-No -dijo Janet-. Cada viernes por la noche, él y sus compinches de Charlestown se reúnen en un bar de la zona.

Las amigas y las esposas no están invitadas. Es la proverbial noche de los chicos. Y en su caso se trata de una tradición irlandesa, que incluye las típicas peleas.

-Qué horrible-dijo Dorothy. -Una podría imaginarse que, después de cuatro años en Harvard, un año de biología molecular en el MIT y ahora tres años para doctorarse, podía haber superado todo esto. En cambio, parece como si estos viernes por la noche fueran cada vez más importantes para él.

-Yo no lo toleraría-dijo Dorothy-. Pensaba que el fetichismo de mi marido con el golf era malo, pero veo que no es nada comparado con lo que me cuentas. ¿Hay líos de mujeres en estas salidas nocturnas de los viernes?

-A veces suben a Revere. Allí hay un club de strip-tease.

Pero generalmente Sean y los chicos se limitan a beber cerveza, contarse chistes y mirar partidos en un televisor de pantalla grande. Por lo menos, eso me cuenta él. Como comprenderás, yo no he estado nunca.

- ¿Quizá deberías preguntarte por qué sales con este hombre?-dijo Dorothy.

-Me lo he preguntado -dijo Janet-. Sobre todo últimamente, y en especial desde que nos comunicamos tan poco. Es difícil incluso encontrar tiempo para hablar con él. No solamente está ocupado con todo el trabajo de la facultad de medicina, sino que también investiga. Sigue un programa de doctorado en Harvard.

-Seguramente es una persona inteligente -propuso Dorothy.

-Eso es lo único que le salva-dijo Janet. Y añadió-: Eso y su cuerpo.

Dorothy rió.

-Por lo menos hay un par de cosas que justifican tu ansiedad. Pero yo no permitiría a mi marido que se saliera con la suya y pasara los viernes por la noche de este modo. Me presentaría en el bar y le pondría en evidencia. Quizá todos los hombres son niños, pero tiene que haber algunos límites.

-No sé si yo podría hacer lo mismo-dijo Janet.

Pero mientras tomaba un sorbo de café, pensó un poco en esta posibilidad. El problema con su vida era que siempre había actuado muy pasivamente dejando que las cosas siguieran primero su curso y reaccionando después. Quizá por culpa de eso estaba metida en tantos problemas. Quizá le convenía darse ánimos y actuar con más decisión.

- ¡MIERDA, MARCIE! - gritó Louis Martin-. ¿Dónde están aquellas proyecciones? Te dije que las quería sobre mi mesa.

Louis, para demostrar su enfado, aporreó con la mano el escritorio de cuero y proyectó por los aires una nube de documentos. Estaba irritable desde que se había despertado a las cuatro y media de la madrugada con un fuerte dolor de cabeza. Mientras estaba en el baño buscando una aspirina, había vomitado en el lavabo. El episodio le había alarmado. El vómito había surgido sin previo aviso y sin náuseas.

Marcie Delgado entró rápidamente en la oficina del jefe. Le había estado gritando y criticando durante todo el día. Alargó silenciosamente la mano, empujó un fajo de papeles sujetos con un clip metálico y lo dejó delante de él. Escrito en mayúsculas sobre la primera página se leía:

PROYECCIONES PARA
LA REUNION DEL CONSEJO
DEL 26 DE FEBRERO.

Louis, sin agradecer nada ni mucho menos dar excusas, agarró el documento y salió como una furia del despacho. Pero no llegó muy lejos. Después de dar una docena de pasos, le fue imposible recordar hacia dónde iba. Cuando finalmente recordó que se dirigía a la sala de juntas, no estaba seguro de dónde estaba la puerta.

-Buenas tardes, Louis -dijo uno de los directores, que iba detrás de él, mientras abría la puerta de la derecha.

Louis entró en la sala con una sensación de desorientación.

Aventuró una ojeada furtiva a las personas que estaban sentadas alrededor de la larga mesa de conferencias. Comprobó con consternación que era incapaz de reconocer ni un solo rostro.

Bajó los ojos para mirar el fajo de papeles que llevaba y los dejó caer todos al suelo. Le temblaban las manos.

Louis Martin estuvo de pie otro instante mientras se apagaba el ruido de voces en la sala. Todas las miradas estaban fijas en su rostro, que había adquirido una palidez fantasmal. Luego los ojos de Louis rodaron hacia arriba y su espalda se arqueó.

Cayó hacia atrás y la cabeza golpeó el suelo enmoquetado con un ruido sordo. Simultáneamente el cuerpo de Louis comenzó a temblar y se le desencadenaron unas contracciones musculares tónicas y clónicas.

Ninguno de los directores del consejo de administración había visto nunca un ataque de epilepsia y durante unos momentos quedaron inmovilizados.

Finalmente uno de ellos superó su aturdimiento y acudió corriendo al lado del presidente caído. Entonces los demás reaccionaron a su vez y pidieron ayuda por teléfono.

Cuando llegó el personal de la ambulancia, el ataque había pasado. Louis se encontraba relativamente bien, aunque tenía dolor de cabeza y presentaba letargía. Ya no se sentía desorientado. De hecho, se alarmó cuando le dijeron que había tenido un ataque. l pensaba que solamente se había desmayado.

La primera persona que vio a Louis en la sala de urgencias del Hospital Boston Memorial fue un médico residente que se presentó como George Carver. George parecía muy ocupado pero actuó sistemáticamente. Después de llevar a cabo un examen preliminar, dijo a Louis que debían internarlo, a pesar de que no se había consultado todavía al internista privado de Louis, Clarence Handlin.

- ¿Es un ataque grave?-preguntó Louis.

Después de la operación de próstata que había sufrido dos meses antes, Louis no tenía muchas ganas de que le hospitalizaran de nuevo.

-Consultaremos con neurología -dijo George.

- ¿Pero cuál es su opinión? -preguntó Louis.

-Los ataques de inicio repentino en un adulto sugieren la existencia de una enfermedad cerebral estructural -dijo George.

- ¿Por qué no me lo cuenta en inglés?-dijo Louis.

Odiaba la jerga médica.

El residente se movió con cierto nerviosismo.

-Estructural significa exactamente esto-dijo evasivamente-. Hay algo anormal dentro del cerebro; no se trata únicamente de su funcionamiento.

- ¿Se refiere a un tumor cerebral? -preguntó Louis.

-Podría ser un tumor -reconoció George. - ¡Dios mío! -exclamó Louis.

Sintió que le entraba un sudor frío.

Cuando George hubo calmado al paciente lo mejor que pudo, se fue al "pozo", como llamaban al centro de la sala de urgencias los que trabajaban en ella. Primero comprobó si el médico privado de Louis había llamado. Todavía no. Luego hizo llamar a un neurólogo residente. También dijo al recepcionista de urgencias que llamara al doctorando disponible para la siguiente admisión.

-Por cierto -dijo George al recepcionista antes de volver al cubículo donde le esperaba Louis Martin-, ¿cómo se llama este doctorando?

-Sean Murphy -dijo el recepcionista.

- ¡MIERDA! -dijo Sean cuando se apagó su busca.

Estaba seguro de que Janet había desaparecido desde hacía rato pero, por si las moscas, abrió la puerta cuidadosamente e inspeccionó la zona. Vio que no estaba y abrió del todo. Tuvo que utilizar el teléfono del puesto de enfermeras porque Peter había acaparado el del cuarto trasero para pedir los últimos informes del laboratorio. Antes de llamar a nadie, Sean se acercó a Carla Valentine, la jefa de enfermeras.

- ¿Me estáis llamando vosotras? -preguntó con interés.

Confiaba en que así fuera, porque entonces sería para algún trabajo fácil. Pero Sean temía que la llamada procediera de admisión, o de urgencias.

-De momento no tienes nada -dijo Carla.

Sean marcó el número de la telefonista y se enteró de la noticia. Le querían en la sala de urgencias, y para una ad misión.

Sean sabía que cuanto antes preparara el historial y los datos físicos, mejor sería. Se despidió de Peter, que estaba todavía colgado del teléfono, y bajó a la planta de urgencias.

En circunstancias normales, Sean disfrutaba con las urgencias y con la sensación constante de emoción y prisa que ofrecían. Pero en la tarde de aquel último día de su turno de guardia, no quería más casos. Las tareas típicas de un doctorando de Harvard obligaban a trabajar durante horas y más horas y a llenar entre cuatro y diez páginas de notas apretadas.

-Es un caso interesante -dijo George cuando llegó Sean.

George estaba esperando una llamada de radiología.

-Siempre dice lo mismo -dijo Sean.

-No le engaño -dijo George-. ¿Ha visto alguna vez un papiledema?

Sean movió negativamente la cabeza.

-Tome un oftalmoscopio y observe las terminaciones nerviosas del individuo en ambos ojos. Parecen montañas en miniatura. Esto significa que la presión intracraneal es elevada.

George empujó la tablilla de urgencias por encima de la mesa hacia Sean.

- ¿Qué tiene? -preguntó Sean.

-Imagino que un tumor cerebral -dijo George-. Sufrió un ataque mientras trabajaba.

En aquel momento, ocupó la línea alguien de radiología. La atención de George se centró entonces en buscar hora para practicar una exploración urgente con el aparato de tomografía computadorizada (ATC). Sean tomó el oftalmoscopio y se fue a ver al señor Martin. Sean no era especialmente hábil con el instrumento, pero con algo de insistencia por su parte y de paciencia por parte de Louis, pudo ver unas imágenes huidizas de terminaciones nerviosas en forma de montículo.

Escribir el historial y los datos físicos de un paciente era una tarea laboriosa en la mejor de las circunstancias, pero hacerlo en la sala de urgencias y luego en radiología a la espera de la exploración con el ATC era diez veces más difícil. Sean insistió e hizo a Louis Martin todas las preguntas que se le ocurrieron, especialmente sobre la enfermedad actual. Lo que Sean pudo descubrir y que nadie más sabía era que Louis Martin había tenido algunos dolores de cabeza pasajeros, fiebre, náuseas y vómitos aproximadamente una semana después de la intervención de próstata a la que se había sometido a principios de enero. Sean había descubierto esta información poco antes de que comenzara la exploración final de Louis con el ATC. El técnico tuvo que comunicar a Sean que saliera de la sala del ATC y pasara a la sala de control momentos antes de empezar el estudio.

Además del técnico que manejaba el aparato de ATC, había otras personas en la sala de control, entre ellas el doctor Clarence Handlin, el internista de Louis Martin, George Carver, el residente médico y Harry O'Brian, el neurólogo residente de guardia. Todos estaban agrupados en torno a la pantalla de rayos catódicos, esperando que aparecieran los primeros “cortes “.

Sean llevó aparte a George un momento y le contó la historia del dolor de cabeza, la fiebre y las náuseas.

-Descubrimiento interesante -dijo George mientras tiraba pensativamente de su barbilla. Era evidente que estaba intentando relacionar estos primeros síntomas con el problema presente-. Lo curioso es la fiebre-añadió-. ¿Dijo que tuvo mucha fiebre?

-Unas décimas -respondió Sean-. Como si hubiera pillado un resfriado, o algo de gripe. Fuera lo que fuese desapareció completamente.

-Puede haber alguna relación -dijo George-. En todo caso, el paciente está realmente enfermo. La exploración preliminar con el ATC mostraba dos tumores. ¿Se acuerda de Helen Cabot en la planta de arriba?

- ¿Cómo voy a olvidarla? -dijo Sean-. Todavía es mi paciente.

Librodot

-Los tumores de ese individuo se parecen mucho a los suyos -dijo George.

El grupo de doctores que estaba alrededor de la pantalla de rayos catódicos empezó a hablar excitadamente. Comenzaban a salir las primeras secciones. Sean y George se pusieron detrás y miraron por encima de sus hombros.

-Aquí están de nuevo -dijo Harry señalando con la punta de su martillo de percusión-. Es evidente que son tumores.

No cabe la menor duda. Y aquí hay uno pequeño.

Sean intentó verlo.

-Lo más probable es que sean metástasis -dijo Harry-. Tumores múltiples de este tipo tienen que proceder de algún otro lugar. ¿Era benigna su próstata?- Completamente -dijo el doctor Handlin-. Ha gozado de buena salud toda su vida.

- ¿Tabaco? -preguntó Harry.

-No -dijo Sean.

Los de delante se apartaron un poco para que Sean pudiera ver mejor la pantalla.

-Deberemos hacer un examen metastático completo-dijo Harry.

Sean se inclinó para ver mejor la pantalla. Las zonas de reducida absorción eran visibles incluso para una persona como él, sin experiencia. Pero lo que realmente le sorprendió era lo mucho que se parecían a los tumores de Helen Cabot, como había dicho George. Y al igual que los de ella, estaban todos en el cerebro. Este había sido un aspecto especialmente interesante en el caso de Helen Cabot, puesto que los meduloblastomas aparecen generalmente en el cerebelo y no en el cerebro.

-Ya sé que estadísticamente uno tiene que imaginar una metástasis de los pulmones, el colon o la próstata -dijo George-. Pero ¿cuál es la probabilidad de encontrar un tumor semejante al de Helen Cabot? En otras palabras, un cáncer cerebral primario multifocal como el meduloblastoma.

Harry movió negativamente la cabeza.

-Recuerda que cuando oyes ruido de cascos, debes pensar en caballos, no en cebras. El caso de Helen Cabot es único, aunque recientemente ha habido información sobre un par de casos semejantes en todo el país. De todos modos, estoy dispuesto a apostarme lo que sea a que estamos viendo aquí tumores metastáticos.

- ¿En qué servicio crees que debería estar? -preguntó George.

-Seis de uno y media docena de otro -dijo Harry-. Si está en neurología, necesitaremos un consultor de medicina interna para el trabajo de metástasis. Si está en medicina interna, necesitaremos a un consultor de neurología.

-Puesto que nosotros nos quedamos con Cabot -propuso George-, ¿qué os parece si vosotros os quedáis con él? En todo caso vosotros tenéis mejores relaciones con la neurocirugía. -Por mí que se quede -dijo Harry.

Sean masculló una maldición. Todo su trabajo de historial y examen físico quedaba reducido a la nada. El paciente ingresa ría en neurología y por lo tanto el doctorando que trabajara allí se llevaría todo el mérito. Pero por lo menos esto significaba que Sean quedaba libre.

Sean hizo un gesto a George indicando que le vería más tarde en su turno y luego salió silenciosamente de la sala del aparato de A T C. Sean se tomó tiempo para una visita, aunque iba ya atrasado con sus altas médicas. Después de haber pensado en Helen Cabot y de haber hablado sobre ella, le entraron ganas de visitarla. Salió del ascensor en la séptima planta, se fue directamente a la habitación 708 y llamó a la puerta entreabierta.

Helen Cabot todavía era atractiva, a pesar de llevar la cabeza rasurada y presentar una serie de marcas con rotulador azul en el cuero cabelludo. Sus

rasgos eran delicados, lo que hacía destacar sus grandes y brillantes ojos verdes. Su cutis tenía la perfección translúcida de una modelo. Sin embargo, estaba pálida y no había duda de que estaba enferma. Pero su rostro se iluminó cuando vio a Sean.

-Mi doctor favorito -dijo.

-Futuro doctor-le corrigió Sean.

No le gustaba la broma de jugar a doctores como hacían muchos estudiantes. Desde que había terminado la escuela secundaria, se había sentido siempre como un impostor que interpretaba primero el papel de estudiante en Harvard, de graduado luego en el MIT y ahora de doctorando en Harvard.

- ¿Te has enterado de la buena noticia? -preguntó Helen.

Se sentó en la cama a pesar de la debilidad que le provocaban los muchos ataques que estaba sufriendo.

-Dime-contestó Sean.

-Me han aceptado en el protocolo del Centro Forbes contra el Cáncer-dijo Helen.

- ¡Magnífico! -dijo Sean-. Ahora ya puedo contarte que también yo me voy allí. Preferí esperar a comunicártelo hasta que supiera que tú también ibas. - ¡-Qué maravillosa coincidencia! -dijo Helen-. Ahora ya se que tengo un amigo allí. Estás enterado, supongo, de que allí han conseguido una remisión del cien por cien con el tipo de tumor que yo tengo.

-Lo sé -dijo Sean-. Son unos resultados increíbles. Pero no es una coincidencia que vayamos allí los dos. Supe que existía el Centro Forbes contra el Cáncer gracias a tu caso. Como ya te dije, mis investigaciones tienen por objeto las bases moleculares del cáncer. Por eso me interesó extraordinariamente descubrir una clínica que consigue un cien por cien de éxitos en el tratamiento de un cáncer específico. Me sorprendió no haber leído nada sobre ello en la bibliografía médica. En todo caso, quiero ir allí y descubrir exactamente lo que están haciendo.

-El tratamiento todavía es experimental-dijo Helen-. Mi padre cuando me lo contó hizo hincapié en esto. Creemos que han evitado publicar sus resultados porque primero quieren estar absolutamente seguros de lo que dicen. Pero, tanto si han publicado como si no, estoy muriéndome de impaciencia por ir y empezar el tratamiento. Es el primer rayo de esperanza desde que comenzó esta pesadilla.

- ¿Cuándo te vas? -preguntó Sean.

-La semana que viene -dijo Helen-. ¿Y tú?

-Me pondré en camino el domingo al amanecer. Pienso estar allí el martes a primera hora. Te esperaré.

Sean alargó la mano y apretó el hombro de Helen.

Helen sonrió y puso su mano sobre la de Sean.

DESPUÉS DE FINALIZAR EL INFORME, Janet volvió a la séptima planta para buscar a Sean. De nuevo las enfermeras le dijeron que había pasado por allí hacía unos minutos pero al parecer se había esfumado. Le propusieron que le llamara por los altavoces, pero Janet quería pillarle desprevenido. Puesto que ya eran más de las cuatro Janet pensó que el mejor lugar para encontrar a Sean sería el laboratorio del doctor Clifford Walsh.

El doctor Walsh era el director de tesis de Sean.

Para llegar hasta allí, Janet tuvo que salir del hospital, arroparse contra el viento invernal, recorrer un sector de la Longfellow Avenue, cruzar el rectángulo de la facultad de medicina y subir a la tercera planta. Antes de abrir la puerta

del laboratorio, vio que había acertado. Reconoció la figura de Sean a través del cristal biselado. Su manera de moverse era lo que mejor le delataba. Tenía una agilidad sorprendente para una persona de cuerpo fornido y musculoso como el suyo.

Todos sus movimientos eran precisos. Sean hacía las cosas con rapidez y eficiencia.

Janet entró en la sala, cerró la puerta y dudó un momento.

Estuvo unos instantes embelesada contemplando a Sean. Además de Sean había tres personas más trabajando activamente.

En la radio sonaba música clásica. Nadie hablaba.

Era un laboratorio bastante anticuado y estrecho con bancos de trabajo recubiertos de saponita. El equipo más nuevo eran los ordenadores y una serie de analizadores de sobremesa. Sean le había explicado a Janet en varias ocasiones el tema de su tesis de doctorado, pero Janet todavía no estaba completamente segura de entenderlo todo. Sean estaba investigando genes especializados llamados oncogenes que podían impulsar a una célula a convertirse en cancerosa. Sean le contó que al parecer los oncogenes derivaban de genes normales encarga dos del "control celular" que eran capturados por algunos tipos de virus, llamados retrovirus, para estimular la producción de más virus en futuras células huésped.

Janet había asentido cuando le tocaba hacerlo en las pausas de estas explicaciones, pero sentía que le interesaba más el entusiasmo de Sean que la materia tratada. También compren día que necesitaba algunas lecturas básicas sobre genética molecular para poder comprender la especialidad que Sean estaba estudiando. Sean solía imaginar que ella sabía más de lo que en realidad sabía sobre una disciplina donde los avances se producían a una velocidad de vértigo. Mientras Janet contemplaba a Sean desde la puerta concentrada en la V que formaban sus amplias espaldas y su estrecho talle, sintió curiosidad por lo que estaba haciendo en aquel momento. En marcado contraste con muchas otras visitas que había hecho allí en los últimos tres meses, Sean no estaba preparando uno de los analizadores.

Parecía más bien que estuviera separando objetos y limpiándolos. Después de estar mirándolo varios minutos con la esperanza de que se diera cuenta de su presencia, Janet avanzó y se puso detrás de él. Janet era relativamente alta, puesto que medía 1,68 y Sean sólo medía 7 centímetros más, por lo que casi podían mirarse directamente a los ojos, especialmente cuando Janet llevaba tacones.

- ¿Puedo preguntar lo que estás haciendo? -dijo Janet de repente.

Sean se sobresaltó. Estaba tan concentrado en su tarea que no había notado su presencia.

-Estaba limpiando -dijo con voz culpable.

Janet se inclinó hacia él y clavó la mirada en sus ojos de color azul brillante. l le aguantó la mirada un momento, pero luego apartó los ojos.

- ¿Limpiando? -preguntó Janet. Su mirada recorrió el banco de laboratorio que estaba ahora reluciente-. ¡Vaya novedad! -Luego volvió a mirar a Sean-. ¿Qué está pasando aquí?

Tu zona de trabajo está en un estado inmaculado, como nunca.

¿Hay algo que no me hayas contado?

-No -dijo Sean. Luego se detuvo un momento antes de añadir-: Bueno, sí, hay algo. Me voy para seguir un curso optativo de investigación de dos meses.

- ¿Dónde?

-En Miami, Florida.

-Y no ibas a decirme nada...

-Claro que sí. Quería explicártelo mañana por la noche.

- ¿Cuándo te vas?-El domingo.

La mirada irritada de Janet recorrió la sala. Sus dedos repiqueteaban sobre el banco de trabajo. Se preguntó a sí misma qué había hecho para merecer aquel trato. Volvió a mirar a Sean y dijo: - ¿Ibas a esperar hasta la última noche para contármelo?

-Lo supe esta semana. Hasta hace un par de días no era seguro que fuera. Quería esperar el momento oportuno.

-Teniendo en cuenta nuestra relación, el momento oportuno hubiese sido cuando te enteraste. ¿Miami? ¿Y por qué precisamente ahora? ¿Recuerdas la paciente de quien te hablé? ¿La que tenía meduloblastoma?

- ¿Helen Cabot? ¿La atractiva estudiante?

-Sí -dijo Sean -. Cuando leí sobre su tumor, descubrí. ..

-Calló un momento.

- ¿Descubriste qué?-preguntó Janet.

-No lo descubrí en mis estudios -se corrigió Sean-. Uno de sus médicos dijo que su padre se había enterado de un tratamiento que, al parecer, consigue un cien por cien de remisiones. El protocolo sólo se utiliza en el Centro Forbes contra el Cáncer.

-Entonces decidiste ir. Así de sencillo.

-No es exactamente así -dijo Sean-. Hablé con el doctor Walsh, y resultó que conocía al director, un tal Randolph Mason. Hace algunos años trabajaron juntos en el Instituto Nacional de la Salud. El doctor Walsh le habló de mí y consiguió que me invitara.

-Este no es un buen momento para hacer eso -dijo Janet-. Sabes que estoy preocupada por nosotros.

Sean se encogió de hombros: -Lo siento. Pero ahora dispongo de tiempo y las consecuencias pueden ser importantes. Mi investigación toca la base molecular del cáncer. Si consiguen remisiones en el cien por cien de los casos de un tumor específico, el hecho debe de tener repercusiones para todos los cánceres.

Janet se sintió débil. Tenía los sentimientos a flor de piel.

Que Sean se fuera durante dos meses en aquel momento le parecía la peor decisión para su estado anímico. Sin embargo sus motivos eran nobles. No se iba al Club Med o a otro lugar semejante. ¿Cómo podía enfadarse con él o intentar detenerlo?

La confusión de Janet era total.

-Existe el teléfono -dijo Sean-. No me voy a la luna. Sólo será un par de meses. Y tú ya comprendes que esto podría ser muy importante.

- ¿Más importante que nuestra relación?-balbuceó Janet-. ¿Más importante que el resto de nuestras vidas?

Casi enseguida Janet comprendió que estaba actuando tontamente. Aquellos comentarios parecían poco maduros. -Bueno, no empecemos a pelearnos por cosas que no pueden compararse -dijo Sean.

Janet suspiró profundamente mientras luchaba para retener las lágrimas.

-Hablaremos de eso más tarde -consiguió decir-. Este no es precisamente el lugar para un enfrentamiento emocional.

-Esta noche no puedo -dijo Sean-. Es viernes…

-Y tienes que ir a tu estúpido bar-le interrumpió Janet.

Se dio cuenta de que otras personas del laboratorio estaban empezando a mirarles.

¡Janet, baja la voz! -dijo Sean-. Saldremos la noche del sábado, como teníamos previsto. Entonces hablaremos.

-Sabes lo preocupada que vas a dejarme yéndote así. No puedo comprender que seas incapaz de renunciar a pasarte una noche bebiendo con tus amigotes de mierda.

-Cuidado, Janet -le advirtió Sean-. Mis amigos son importantes para mí. Son mis raíces.

Durante un momento, sus ojos chocaron con una hostilidad palpable. Luego Janet dio media vuelta y salió a paso largo del laboratorio.

Sean, cohibido, miró a sus colegas. La mayoría apartó la mirada, pero el doctor Clifford Walsh no. Era un hombre alto, con una espesa barba, y llevaba una larga bata blanca con las mangas enrolladas hasta el codo.

-Los problemas no contribuyen a la creatividad -dijo-. Confío en que esta despedida poco alegre no influya sobre su comportamiento en Miami. -En absoluto -dijo Sean.

-Recuerde que he hablado muy bien de usted -dijo el doctor Walsh-. Aseguré al doctor Mason que usted sería un buen elemento en su organización. Le gustó saber que tenía mucha experiencia con los anticuerpos monoclonales.

- ¿Eso le dijo? -preguntó Sean desolado.

-Deduje de nuestra conversación que el tema le interesaba explicó el doctor Walsh-. No se ponga de mal humor.

-Pero esto fue lo que hice hace tres años en el MIT-dijo Sean-. La química de las proteínas y yo hemos seguido caminos distintos desde entonces. -Sé que ahora le interesan los oncogenes -dijo el doctor Walsh-pero usted quería el trabajo y yo hice lo que creí mejor para que le invitaran. Cuando llegue allí puede explicarle que prefiere trabajar en genética molecular. Le conozco bien y no creo que le cueste mucho comunicar sus deseos. Le pido solamente que lo haga con delicadeza.

-He leído algunos trabajos de la investigadora jefa -dijo Sean-. Son perfectos para mí. Ella procede del campo de los retrovirus y los oncogenes.

-Se trata de Deborah Levy -dijo el doctor Walsh-. Quizá consiga trabajar con ella. Pero tanto si lo consigue como si no, agradezca que le hayan invitado con tan poco tiempo.

-Pero no tengo ganas de hacer todo el viaje y tener que ocuparme allí de un trabajo rutinario.

-Prométame que no va a causar problemas -dijo el doctor Walsh.

- ¿Yo? -preguntó Sean arqueando una ceja-. Me conoce bien y sabe que no.

-Le conozco demasiado bien -dijo el doctor Walsh-. Este es el problema. Sus modos pueden molestar, por no decir más, pero por lo menos dé gracias al Señor por su inteligencia.

Librodot

CAPITULO 2

VIERNES, 26 DE FEBRERO 4.45 p.m.

-Un momento, Corissa -dijo Kathleen Sharenburg mientras se detenía y se apoyaba contra uno de los mostradores de productos cosméticos de Neiman Marcus.

Las dos amigas habían ido a un pequeño centro comercial al oeste de Houston buscando algo que ponerse en un baile de la escuela. Habían encontrado lo que querían y Corissa tenía muchas ganas de volver a casa.

Kathleen experimentó entonces una sensación repentina de mareo y sintió que la tienda empezaba a dar vueltas. Por suerte, cuando tocó el mostrador las paredes dejaron de girar.

Una oleada de náuseas la estremeció, pero también esto pasó.

- ¿Estás bien?-le preguntó Corissa.

Las dos chicas estudiaban juntas el último curso en la escuela.

-No sé-contestó Kathleen.

Volvía a tener los dolores de cabeza que se habían ido repitiendo en los últimos días. La jaqueca la despertaba en la cama, pero no había dicho nada a sus padres, porque pensaba que echarían la culpa a la marihuana que había estado fuman do la semana anterior.

-Estás pálida como un fantasma -dijo Corissa-. Quizá no deberíamos haber tomado la copa de helado.

- ¡Dios mío! -susurró Kathleen-. Aquel hombre nos está escuchando. Quiere secuestrarnos en el aparcamiento.

Corissa dio media vuelta, esperando encontrarse detrás con algún energúmeno, pero sólo vio a un puñado de pacíficas compradoras, la mayoría paradas delante de los mostradores de cosméticos. No se veía a ningún hombre.

- ¿De qué hombre estás hablando?

Los ojos de Kathleen estaban fijos, sin parpadear, en un punto.

-Aquél, al lado de los gabanes. -Señaló con la mano izquierda hacia aquella dirección.

Corissa siguió la indicación del dedo de Kathleen y al final vio a un hombre situado a casi cincuenta metros de distancia.

Estaba detrás de una mujer que pasaba revista a los artículos de un estante. Ni siquiera las estaba mirando.

Corissa, aturdida, miró a su mejor amiga.

-Dice que no podemos salir de la tienda -dijo Kathleen.

- ¿De qué hablas? -le preguntó Corissa-. Creo que empiezas a asustarme.

-Tenemos que irnos -le advirtió Kathleen.

Se volvió de repente y empezó a caminar en dirección contraria. Corissa tuvo que correr para alcanzarla. Agarró el brazo de Kathleen y la hizo girar de un tirón.

- ¿Qué te pasa?-preguntó Corissa.

El rostro de Kathleen se había convertido en una máscara de terror.

-Han llegado más hombres -dijo con apremio -, están bajando por la escalera mecánica. También ellos se nos quieren llevar.

Corissa dio media vuelta. Desde luego había varios hombres que bajaban por la escalera mecánica, pero a aquella distancia Corissa no podía siquiera distinguir sus rostros y mucho menos oír lo que decían.

El grito de Kathleen sacudió a Corissa como una descarga eléctrica. Corissa se inclinó para detenerla antes de que cayera, pero ambas perdieron el equilibrio y cayeron al suelo forman do un lío de brazos y piernas.

Antes de que Corissa pudiera liberarse, Kathleen comenzó a convulsionarse. Su cuerpo se contorsionó violentamente sobre el suelo de mármol.

Unas manos ayudaron a Corissa a incorporarse. Dos mujeres que estaban ante un mostrador cercano ayudaron a Kathleen.

La sujetaron para que no se golpeara la cabeza con el suelo y consiguieron introducirle un objeto entre los dientes. Un hilo de sangre rezumó entre los dientes de Kathleen. Se había mordido la lengua.

- ¡Dios mío, Dios mío! -iba repitiendo Corissa.

- ¿Cómo se llama? -preguntó una de las mujeres que ayudaba a Kathleen.

-Kathleen Sharenburg -dijo Corissa-. Su padre es Ted Sharenburg, el jefe de Shell Oil -añadió, como si aquello pudiera de algún modo ayudar a su amiga.

-Convendría llamar a una ambulancia -dijo la mujer-. Hay que cortar el ataque de esta chica. Estaba ya anocheciendo mientras Janet intentaba ver alguna cosa desde la ventana del Ritz Café. La gente pasaba apresurada en ambas direcciones por la calle Newbury juntando con las manos las solapas de los gabanes o sujetándose el sombrero.

-Además, no sé qué ves en él -estaba diciendo Evelyn Reardon-. Cuando le trajiste a casa ya te dije que no era la persona adecuada.

-Está sacando a la vez el doctorado y el master de Harvard -recordó Janet a su madre.

-Eso no excusa los modales que tiene o su falta de modales -dijo Evelyn.

Janet miró a su madre. Era una mujer alta y esbelta de rasgos rectilíneos y equilibrados. No costaba reconocer que Evelyn y Janet eran madre e hija.

-Sean está orgulloso de sus orígenes -dijo Janet-. Le gusta proclamar que procede de la clase trabajadora.

-Bueno, eso está bien -dijo Evelyn-. El problema es obsesionarse con la idea. El chico no tiene educación, y además con ese pelo tan largo...

-Los convencionalismos le ahogan-replicó Janet.

Como siempre, se encontraba en la postura poco agradable de tener que defender a Sean. Esto era especialmente irritante en aquel momento, porque estaba enfadada con él. Janet esperaba que su madre le diera un consejo, en lugar de repetir las críticas de siempre.

- ¡Qué vulgar! -dijo Evelyn-. Si tuviera intención de trabajar como un médico normal, habría alguna esperanza. Pero eso de la biología molecular o lo que sea, me resulta incomprensible. ¿Qué está estudiando ahora?

-Los oncogenes-dijo Janet.

Podía haberse imaginado ya que su madre no iba a ayudarla.

-Cuéntame otra vez qué es eso-dijo Evelyn.

Janet se sirvió más té. Su madre podía ser agotadora, e intentar explicarle lo que Sean estaba investigando era como si un ciego guiara a otro ciego. De todos modos lo intentó.

-Los oncogenes son genes que pueden transformar células normales en células cancerígenas -dijo Janet-. Proceden de los genes celulares normales que hay en toda célula viva, llamados protooncogenes. Sean cree que sólo podrá comprenderse bien el cáncer cuando se descubran y definan todos los

protooncogenes y oncogenes. Y eso está haciendo ahora: buscar oncogenes en virus especializados.

-Quizá sea importante-dijo Evelyn-. Pero son cosas muy arcanas y no creo que ayuden mucho a alimentar a una familia.

-No estés tan segura -dijo Janet-. Sean y un par de compañeros del M I T fundaron una empresa para fabricar anticuerpos monoclónicos mientras él sacaba su master. Se llamaba Immunotherapy Inc. Al cabo de un año la compró Genentech.

-Eso está mucho mejor -dijo Evelyn-. ¿Hizo Sean un buen negocio?

-Todos sacaron dinero -dijo Janet-. Pero decidieron reinvertirlo en una nueva empresa. Es lo único que puedo decir de momento. Me pidió que le guardara el secreto.

- ¿Secretos con tu madre?-preguntó Evelyn-. Me parece algo melodramático. Pero ya sabes que a tu padre no le gustaría. Siempre dice que uno no debe utilizar su propio capital para fundar empresas nuevas.

Janet suspiró desalentada.

-Esto no tiene ninguna importancia-dijo-. Lo que quería saber es qué te parece que me vaya a Florida. Sean va a estar allí dos meses. Se dedicará sólo a investigar. Aquí en Boston compagina los trabajos de investigación con los estudios. Pensé que quizás allí sería más fácil hablar con él y encontrar una so lución.

- ¿Y tu trabajo en el Memorial? -preguntó Evelyn.

-Puedo pedir vacaciones -dijo Janet -. Y desde luego también puedo trabajar allí. Una de las ventajas de ser enfermera es que puedo encontrar trabajo en casi todas partes.

-Pues no creo que sea una buena idea -dijo Evelyn.

- ¿Por qué?

-No está bien correr detrás de este chico -dijo Evelyn-. Sobre todo sabiendo lo que tu padre y yo pensamos de él. No encajará nunca en nuestra familia. Y después de lo que le dijo a tío Albert, ni siquiera sé dónde podría sentarlo en una cena fa miliar.

-Tío Albert estaba bromeando sobre su pelo -dijo Janet-. Acabó poniéndose pesado.

-Pero esto no es excusa para que dijera lo que dijo a una persona de más edad que él.

-Todos sabemos que tío Albert lleva peluquín -replicó Janet.

-Quizá lo sabemos, pero no hablamos de ello -dijo Evelyn-. Y decir, delante de todos, que parecía un felpudo no tuvo perdón.

Janet tomó un sorbo de su té y miró por la ventana. Era cierto que toda la familia conocía la historia del peluquín de tío Albert. También era cierto que nadie hablaba de ello. Janet se había criado en una familia con muchas reglas tácitas, donde no se alentaba la expresión personal, especialmente en los niños. La buena educación se consideraba una cosa de máxima importancia.

- ¿Por qué no sales con aquel joven encantador que te llevó el año pasado al partido de polo del Club de Caza Myopia? -propuso Evelyn.

-Era un pelmazo-dijo Janet.

¡Janet! -le riñó su madre.

Siguieron tomando el té en silencio durante un rato.

-Si tienes tantas ganas de hablar con él-dijo finalmente -, ¿por qué no lo haces antes de que se vaya? ¿Por qué no lo va a ver esta noche?-No puedo -dijo Janet-. El viernes por la noche es cuando se reúne con sus amigos. Lo pasan juntos en un bar cerca de la escuela.

-Como diría tu padre, dejo de insistir -dijo Evelyn, sin ocultar su satisfacción.

UN CHÁNDAL CON CAPUCHA bajo la chaqueta de lana protegía a Sean de la niebla helada. Había apretado el cordón de la capucha y lo había anudado bajo la barbilla. Mientras corría por High Street hacia Monument Square en Charlestown, se iba pasando un balón de baloncesto de una mano a otra.

Acababa de jugar un partido en el Charlestown Boys Club con un grupo llamado los Antiguos Alumnos. Era un grupo varia do de amigos y conocidos, cuyas edades oscilaban entre los dieciocho y los sesenta años. El ejercicio había sido bueno y todavía estaba sudando.

Rodeó Monument Square, con su enorme monumento fálico en memoria de la Batalla de Bunker Hill, y se acercó a la casa de su infancia. Su padre, Brian Murphy, había sido un fontanero con unos ingresos decentes, y antes de que se pusiera de moda vivir en la ciudad, había comprado una gran casa victoriana. Al principio, los Murphy habían vivido en el dúplex de la planta baja, pero después de la muerte del padre a los cuarenta y seis años por cáncer hepático, habían necesitado dinero y alquilaron el dúplex. Cuando su hermano mayor, Brian, fue a la escuela, Sean, su hermano menor Charles y su madre Anne, se habían trasladado a uno de los apartamentos de una sola planta. Y allí vivía ahora la madre sola.

Cuando llegó a la puerta, Sean vio un Mercedes conocido aparcado detrás mismo de su Isuzu 4x4: su hermano mayor Brian se había presentado en una de sus visitas sorpresa. Sean comprendió intuitivamente que su previsto viaje a Miami corría peligro.

Sean subió las escaleras de dos en dos, abrió la puerta del apartamento de su madre y entró. La cartera de cuero negro de Brian estaba depositada sobre una butaca con respaldo de cuero. Se percibía, nada más entrar, el olor apetitoso de carne asada.

- ¿Eres tú, Sean? -preguntó Anne desde la cocina.

La madre apareció en la puerta mientras Sean estaba colgando su chaqueta. Anne, que llevaba ropa sencilla de estar por casa, cubierta con un delantal gastado, parecía tener bastante más edad de la que correspondía a sus cincuenta y cuatro años.

Después de un matrimonio largo y represivo con el bebedor Brian Murphy, su rostro se había contraído permanentemente y sus ojos parecían cansados y perdidos. Su pelo, que llevaba recogido en un moño anticuado, tenía rizos naturales, y si antes su color era castaño oscuro y atractivo, ahora había encanecido.

-Brian está aquí -dijo Anne.

-Lo supuse.

Sean entró en la cocina para saludar a su hermano. Brian estaba sentado en la mesa de la cocina tomándose un trago. Se había quitado la chaqueta, la había dejado encima de la silla y sobre sus hombros destacaban unos tirantes con dibujos de colores. Tenía, al igual que Sean, rasgos morenos y hermosos, pelo negro y ojos azul brillante. Pero las semejanzas se acababan aquí. Sean era decidido y despreocupado, Brian circunspecto y meticuloso. El pelo de Brian, al contrario de los rizos descuidados de Sean, estaba perfectamente cortado y peinado con raya. Tenía un bigote cuidadosamente recortado. Su traje denotaba su condición de abogado y se notaba que tenía debilidad por las rayas azul oscuro.

- ¿Se debe a mí este honor? -preguntó Sean.

Librodot

Brian no visitaba a su madre con frecuencia a pesar de que vivía cerca de allí, en Back Bay.

-Me llamó mamá-admitió Brian.

Sean no necesitó mucho tiempo para ducharse, afeitarse y ponerse unos vaqueros y una camiseta de rugby. Volvió a entrar en la cocina antes de que Brian hubiese acabado de trinchar la carne. Sean ayudó a poner la mesa. Mientras lo hacía, miró a su hermano mayor. En otros tiempos Sean había estado resentido con él. Durante años, su madre había presentado a sus hijos diciendo: mi maravilloso Brian, mi buen Charles y Sean. Charles estaba en aquel momento en un seminario de Nueva Jersey estudiando para cura.

Brian, al igual que Sean, había practicado siempre deporte, pero con menos éxito. Había sido un buen estudiante que solía quedarse en casa. Cursó estudios en la universidad de Massachusetts, luego en una facultad de derecho de la universidad de Boston. Brian caía bien a la gente. Todo el mundo había previsto siempre que triunfaría y que con toda seguridad escaparía a la maldición irlandesa del alcohol, la culpabilidad, la depresión y la tragedia. En cambio, Sean había sido siempre el hijo salvaje, que prefería la compañía de los eternos fracasa dos del barrio y que había tenido frecuentes encontronazos con la policía por peleas, pequeños robos y carreras con coches robados. De no haber sido por la extraordinaria inteligencia de Sean y su facilidad en el manejo del bate de hockey, podría haber acabado instalado en la prisión de Bridgewater en lugar de Harvard. En los guetos de la ciudad, la línea divisoria entre el éxito y el fracaso era un estrecho camino de oportunidades que los chicos recorrían a trompicones en sus turbulentos años de adolescencia.

Se habló poco durante los preparativos finales de la cena.

Pero cuando estuvieron sentados, Brian se aclaró la garganta después de tomar un sorbo de leche. Durante toda su adolescencia habían bebido siempre leche en la cena.

-Mamá está preocupada porque te vas a Miami -dijo Brian.

Anne clavó los ojos en su plato. Siempre se había mantenido en segundo término, sobre todo mientras vivía Brian padre, quien tenía un genio terrible que el alcohol empeoraba, y el alcohol había sido su vicio diario. Cada tarde, después de desatascar desagües, de arreglar calderas viejas y de instalar váteres, se metía en el bar Blue Tower, debajo del Puente de Tobin. Casi cada noche llegaba a casa borracho, amargado y cruel. Anne era la víctima habitual, aunque Sean también había recibido su ración de golpes cuando intentaba proteger a su madre. A la mañana siguiente, el cabeza de familia volvía a ser una persona sobria, consumida por el remordimiento, que juraba que cambiaría. Pero nunca lo hizo. Incluso cuando ya había perdido cuarenta kilos y se estaba muriendo de cáncer de hígado su comportamiento seguía siendo el mismo.

-Voy a investigar -dijo Sean-. No creo que sea nada del otro mundo.

-Hay drogas en Miami -dijo Anne sin levantar la vista.

Sean levantó la mirada al techo. Agarró el brazo de su madre y le dijo: -Mamá, mi problema con las drogas acabó en la escuela.

Ahora estoy en la facultad de medicina.

- ¿Y lo que pasó en el primer año de universidad? -añadió Brian.

-Sólo fue un poco de cocaína en una fiesta. Tuve la mala suerte de que la policía decidiera hacer una redada en aquel lugar.

-La suerte fue que yo hubiera anulado tu ficha de antecedentes. De lo contrario lo hubieras pasado bastante mal.

-Miami es una ciudad violenta -dijo Anne-. Leo historias continuamente en los periódicos.

- ¡Vaya por Dios!

-No pronuncies el nombre de Dios en vano -dijo Anne.

-Mamá, has estado mirando demasiado la televisión. Miami es como cualquier otra ciudad, con cosas buenas y malas. Pero esto no tiene ninguna importancia. Yo estaré investigando.

Aunque quisiera, no tendría tiempo de meterme en líos.

-Vas a conocer a personas que no te convienen -dijo Anne.

-Mamá, ya soy mayor -dijo Sean exasperado.

-Sigues relacionándote con gente que no te conviene aquí, en Charlestown -dijo Brian-. Mamá está preocupada y con razón. Todo el mundo en el barrio sabe que Jimmy O'Connor y Brady Flanagan continúan haciendo escalos y allanamientos.

-Y enviando el dinero al IRA-dijo Sean.

-No son activistas políticos-dijo Brian-, son gángster. Y tú sigues considerándolos amigos tuyos.

-Sólo me tomo unas cervezas con ellos los viernes por la noche -dijo Sean.

-Exactamente -dijo Brian-. El pub para ti, como para nuestro padre, es tu hogar cuando estás fuera de casa. Y, aparte de las preocupaciones de mamá, éste no es un buen momento para que te vayas. El Banco Franklin está reuniendo el dinero que falta para financiar Oncogen. Tengo los documentos casi listos. Las cosas podrían precipitarse.

-Por si no lo sabías, hay máquinas de fax y servicio urgente de correos -dijo Sean, empujando hacia atrás la silla y levantándose. Tomó su plato y lo llevó al fregadero-. Me voy a Miami digáis lo que digáis. Creo que el Centro Forbes contra el Cáncer ha descubierto algo extraordinariamente importante.

Y ahora, si los conspiradores me lo permiten, me voy a tomar una copa con mis amigos delincuentes.

Sean, de mal humor, se puso con esfuerzo el viejo gabán de color guisante que su padre se había quedado cuando aún funcionaban los astilleros de la Marina en Charlestown. Se encasquetó hasta las orejas una gorra de guardia de lana, bajó corriendo las escaleras y empezó a andar por la calle bajo la lluvia helada. El viento que venía del este le permitía oler el salobre marino. Cuando se acercó al bar Old Scully's en la calle Bunker Hill, el cálido resplandor incandescente de los cristales empañados le dio una sensación familiar de comodidad y seguridad.

Abrió la puerta de un empujón y dejó que le envolviera aquel ambiente ruidoso y escasamente iluminado. No era un local elegante. Los paneles de madera de pino estaban casi ennegrecidos por el humo del tabaco. El mobiliario estaba gastado y lleno de marcas. Lo único brillante del local era el rodapié de latón pulido por innumerables zapatos que se habían restregado por su superficie. Al otro extremo un televisor colgado del techo retransmitía un partido de hockey de los Bruins.

La única mujer en el local lleno de clientes era Molly, que compartía el trabajo de camarera con Pete. Antes de que Sean pudiera abrir la boca, una jarra llena de cerveza inglesa se deslizó sobre la barra hacia él. Una mano le agarró el hombro mientras los clientes gritaban. Los Bruins acababan de marcar.

Sean suspiró satisfecho. Le parecía que aquello era su casa.

Era la misma sensación agradable que hundirse en una cama blanda después de un día especialmente agotador.

Como siempre, Jimmy y Brady se acercaron a él y comenzaron a alardear sobre un pequeño trabajo que habían hecho en Marblehead el anterior fin de

Librodot

semana. Le recordaron los buenos tiempos cuando Sean había sido “uno de los chicos”.

-Siempre supimos que eras muy listo por lo bien que descubrías las alarmas -dijo Brady -. Pero no hubiéramos imaginado nunca que irías a Harvard. ¿Cómo puedes aguantar a aquellos pelmazos?

Más que una pregunta, era una afirmación y Sean no contestó, pero el comentario le hizo comprender lo mucho que él había cambiado. Continuaba sintiéndose bien en el bar Old Scully's, pero ahora como observador. Reconocer esto no era muy agradable, porque tampoco se sentía realmente integrado en el mundo médico de Harvard. Se sentía en realidad como un huérfano social.

Unas horas después, cuando Sean se hubo tomado unas jarras y se sentía más reblandecido y menos proscrito, participó en una ruidosa discusión sobre una salida a Revere para visitar uno de los locales de destape del puerto. Cuando la discusión estaba llegando a su punto álgido, se hizo de repente un silencio en todo el bar. Una tras otra todas las cabezas se volvieron hacia la puerta de entrada. Había sucedido algo extraordinario y todos estaban asombrados. Una mujer había irrumpido en aquel bastión de hombres. No era una mujer normal, como la chica obesa de la lavandería que mascaba chiclé. Era una mujer esbelta y atractiva que, desde luego, no vivía en Charlestown.

Su larga melena rubia brillaba con diamantes de lluvia y contrastaba espectacularmente con el profundo color caoba de su chaqueta de visón. Sus ojos almendrados y vivaces estaban explorando audazmente la sala saltando de un rostro asombra do a otro. La boca dibujaba una mueca de decisión. Sus pómulos salientes brillaban enrojecidos. Parecía una alucinación colectiva de una mujer imaginaria.

Algunos chicos se movieron nerviosamente en sus asientos, intuyendo que aquélla era la amiga de alguien. Era demasiado bonita para ser la esposa de nadie. La cabeza de Sean fue de las últimas en volverse, y cuando lo hizo se quedó con la boca abierta. Era Janet. Janet le localizó casi al mismo tiempo. Se fue rápidamente en su dirección y con un empujón se puso a su lado en la barra.

Brady se retiró haciendo un gesto exagerado de pavor como si Janet fuera un ser terrorífico.

-Póngame una cerveza, por favor -dijo Janet.

Molly, sin responder, llenó una jarra y la dejó delante de Janet.

En el bar todos habían enmudecido, excepto el televisor.

Janet tomó un sorbo de cerveza y se volvió para mirar a Sean. Llevaba tacones altos y sus ojos estaban al mismo nivel que los de él.

-Quiero hablar contigo -dijo.

Sean no se había sentido tan azorado desde que le habían sorprendido con los pantalones bajados a los dieciséis años en el asiento de atrás del coche de la familia, en compañía de Kelly Parnell.

Sean depositó su jarra, agarró a Janet por el brazo, justo encima del codo, y la condujo a la puerta. Cuando llegaron a la calle, Sean se había recuperado lo suficiente para poder expresar su enfado. También estaba un poco bebido.

- ¿Qué estás haciendo por aquí? -preguntó Sean paseando sus ojos por el barrio-. No doy crédito a mis ojos. Sabes que aquí no debes venir.

-Yo no sabía nada -dijo Janet-. Sabía que no me habían invitado, si te refieres a eso. Pero no creo que venir aquí sea un delito. Es importante que hable contigo, y si te vas el domingo, creo que hablar es más importante que tomarte una copa con esos supuestos amigos tuyos.

- ¿Quién hace ese juicio de valor? -preguntó Sean-. Soy yo quien decide qué es lo más importante para mí, y no tú, y me disgusta que te entrometas.

-Tengo que hablar contigo sobre Miami -dijo Janet-. Es culpa tuya haber esperado hasta el último minuto para decírmelo.

-No hay nada de qué hablar -dijo Sean-. Me voy y basta.

No me vas a parar ni tú, ni mi madre, ni mi hermano. Ahora, por favor, si me lo permites, tengo que volver adentro y salvar lo que pueda de mi dignidad.

-Pero esto puede tener consecuencias para el resto de nuestros días -dijo Janet.

Las lágrimas comenzaron a mezclarse con la lluvia que goteaba por sus mejillas. Había corrido un riesgo emocional al bajar a Charlestown y la idea de que él pudiera rechazarla era un golpe terrible.

-Hablaremos mañana -dijo Sean-. Buenas noches, Janet.

TED SHARENBURG estaba esperando nervioso a que los médicos le informaran sobre el problema de su hija. Su mujer le había llamado a Nueva Orleans, donde se encontraba en aquel momento por negocios, y había ordenado que el reactor Gulf stream de la empresa lo llevara directamente a Houston. Ted Sharenburg era el presidente de una empresa petrolífera que había aportado contribuciones importantes a los hospitales de Houston y recibía un trato especial. En aquel momento su hija estaba dentro de una enorme máquina de RMN que había costado una millonada, mientras le practicaban una exploración cerebral de urgencia.

-Aún no sabemos mucho -dijo la doctora Judy Buckley-. Las imágenes iniciales son secciones muy superficiales.

Judy Buckley era la neurorradióloga jefa y había acudido gustosa al hospital cuando la llamó el director. Estaban presentes también el doctor Vance Martínez, el internista de los Sharenburg y el doctor Stanton Rainey, jefe de neurología. Eso hubiese constituido en cualquier momento un notable grupo de expertos, pero era más sorprendente verlos reunidos a la una de la madrugada.

Ted paseaba nerviosamente por la pequeña sala de control.

No podía sentarse. Lo que le habían contado de su hija había sido un golpe terrible.

-Sufrió una psicosis aguda de paranoia -explicó el doctor Martínez-. Pueden darse síntomas de este tipo, especialmente cuando interviene de algún modo el lóbulo temporal.

Ted llegó al extremo de la sala por quincuagésima vez y dio media vuelta. Miró por el cristal al gigantesco aparato de R M N. Podía distinguir con dificultad a su hija. Parecía habérsela tragado una ballena tecnológica. Le irritaba sentirse tan inútil. Lo único que podía hacer era esperar y confiar. Se sintió casi tan vulnerable como cuando extrajeron las amígdalas a su hija unos meses antes.

-Hemos encontrado algo -dijo la doctora Buckley.

Ted acudió rápidamente a la pantalla.

-Hay una zona hiperintensa circunscrita en el lóbulo temporal derecho -dijo.

- ¿Qué significa eso? -preguntó Ted.

Los dos médicos se miraron. No era normal que el pariente de un paciente estuviera en la sala durante un estudio de ese tipo -Probablemente es una lesión masiva -dijo la doctora Buckley.

- ¿Podría explicármelo de modo que lo entienda? -preguntó Ted procurando dominar la voz.

Librodot

-Se refiere a un tumor cerebral -dijo el doctor Martínez-. Pero de momento sabemos muy poco y no debemos sacar conclusiones precipitadas. La lesión podría haber estado presente desde hace años.

Ted se estremeció. Se estaban materializando sus peores temores. ¿Por qué no podía estar él dentro de aquella máquina en lugar de su hija?

- ¡Oh! -dijo la doctora Buckley, olvidando el efecto que esta exclamación tendría en Ted-. Aquí hay otra lesión.

Los médicos se apiñaron ante la pantalla, hipnotizados por las imágenes que iban desarrollándose verticalmente. Durante unos segundos se olvidaron de Ted.

-Bueno, esto me recuerda el caso del que te hablé en Boston -dijo el doctor Rainey-. Una mujer joven, entre los veinte y los treinta años, con tumores intracraneales múltiples y resultados metastáticos negativos. Se descubrió que tenía meduloblastoma.

-Creía que los meduloblastomas aparecían en la fosa posterior -dijo el doctor Martínez.

-Generalmente sí -dijo el doctor Rainey-. También suelen aparecer en personas más jóvenes. Pero aproximadamente el veinte por ciento de las incidencias se dan en pacientes de más de veinte años, y en ocasiones aparece en regiones del cerebro, además del cerebelo. De hecho, sería maravilloso si este caso resultara ser un meduloblastoma.

- ¿Por qué? -preguntó la doctora Buckley.

Conocía el elevado índice de mortalidad de aquel cáncer.

-Porque un grupo de Miami ha conseguido resultados notables con remisiones de este tipo especial de tumor.

- ¿Cómo se llama? -preguntó Ted, agarrándose con fuerza a las primeras noticias esperanzadoras que oía.

-Centro Forbes contra el Cáncer -dijo el doctor Rainey Todavía no han publicado nada, pero corren noticias sobre sus resultados.

Librodot

CAPITULO 3

MARTES, 2 DE MARZO 6.15 a.m.

Cuando Tom Widdicomb se despertó a las seis y cuarto de la mañana para iniciar su jornada laboral, Sean Murphy estaba desde hacía varias horas en la carretera con la intención de llegar al Centro Forbes contra el Cáncer a media mañana. Tom no conocía a Sean y no tenía idea de que le esperaban en el Forbes. De haber sabido que sus vidas se cruzarían pronto, su ansiedad habría sido todavía mayor. Tom siempre se sentía inquieto cuando decidía ayudar a una paciente, y la noche anterior había decidido ayudar no a una sino a dos mujeres.

Sandra Blankenship del segundo piso sería la primera. Sufría intensos dolores y había recibido su quimioterapia con el equipo de infusión. La otra paciente, Gloria D'Amataglio, estaba en la cuarta planta. Era un caso algo más preocupante porque la última enferma a quien había ayudado, Norma Taylor, también estaba en la cuarta planta. Tom no deseaba que se notara ningún método en su actuación.

Su mayor problema era la preocupación constante de que alguien sospechara lo que hacía, y esta ansiedad podía resultar abrumadora los días en que decidía actuar. De todos modos, después de prestar oído a lo que se comentaba por las salas, no había captado indicios de sospechas por parte de nadie. Al fin y al cabo, su objetivo eran mujeres desahuciadas, mujeres que debían morir. Lo único que Tom hacía era evitar sufrimientos a todo el mundo, especialmente a la paciente.

Tom se duchó, se afeitó y se puso el uniforme verde; luego entró en la cocina de su madre. Su madre se levantaba siempre antes que él y cada mañana, hasta donde alcanzaban sus recuerdos, insistía en que debía tomar un buen desayuno porque no era tan fuerte como los demás chicos. Tom y su madre, Alice, habían vivido juntos en su mundo cerrado y secreto desde la muerte del padre de Tom, cuando él tenía cuatro años. Fue entonces cuando Tom y su madre empezaron a dormir juntos y su madre había empezado a llamarle “su hombrecito”.

-Hoy voy a ayudar a otra mujer, mamá-dijo Tom mientras se sentaba para comer sus huevos con bacon.

Sabía lo orgullosa que su madre estaba de él. Siempre le había alabado, incluso cuando era un chico sin amigos y con problemas de vista. Sus compañeros se habían burlado despiadadamente de él porque era bizco, obligándole casi cada día a huir a su casa.

-No te preocupes, hombrecito -le decía Alice cuando él llegaba a casa llorando-. Siempre nos tendremos el uno al otro. No necesitamos a nadie más.

Y así fueron las cosas. Tom no había tenido nunca ganas de irse de casa. Trabajó durante un tiempo con un veterinario del lugar. Luego, por sugerencia de su madre, que siempre se había interesado por la medicina, siguió un curso de técnico de urgencias. Cuando lo finalizó, encontró un trabajo en una empresa de ambulancias, pero le costaba congeniar con los demás trabajadores. Decidió que le convenía más trabajar en enfermería. De este modo no dependería de tantas personas.

Primero trabajó en el Hospital General de Miami, pero se peleó con el supervisor de su turno. Luego trabajó en una empresa de pompas fúnebres antes de entrar en el equipo de limpieza del Forbes.

-La mujer se llama Sandra -dijo Tom a su madre mientras enjuagaba el plato bajo el grifo del fregadero-. Es mayor que tú y está sufriendo mucho. El "problema" se ha extendido a la columna vertebral.

Cuando Tom hablaba con su madre, nunca utilizaba la palabra "cáncer". Cuando ella empezó a enfermar, decidieron no utilizar más esta palabra. Preferían otras expresiones con menos carga emotiva como "problema" o "dificultad". Tom se había enterado de la existencia de la succinilcolina leyendo un reportaje sobre un médico de Nueva Jersey. Su rudimentaria formación médica le permitió comprender los principios fisiológicos. La libertad de movimientos de un empleado de la limpieza le facilitaba tener a su alcance los carritos de la anestesia. No tuvo nunca problemas para conseguir el fármaco, lo difícil había sido esconderlo hasta el momento de utilizarlo. Pero un día descubrió un buen escondrijo sobre los armarios empotrados del cuarto de la limpieza, en la cuarta planta. Cuando se encaramó para inspeccionar el rincón y vio la cantidad de polvo acumulado, comprendió que nadie tocaría nunca su fármaco.

-No te preocupes por nada, mamá -dijo Tom mientras se disponía a salir-. Volveré a casa lo más pronto que pueda. Te echaré de menos y te querré.

Tom había estado diciendo esas mismas palabras desde que iba a la escuela y no sentía necesidad alguna de cambiar, a pesar de que hacía tres años había ayudado a descansar en paz a su madre. Eran casi las diez y media de la mañana cuando Sean dejó su 4x4 en el aparcamiento del Centro Forbes contra el Cáncer.

Era un día luminoso, despejado y veraniego. La temperatura era de unos 20 grados, y Sean, después de huir de la lluvia helada de Boston, se sintió en la gloria. También se lo había pasado bien en la carretera conduciendo durante dos días.

Podía haber llegado antes, pero en la clínica no le esperaban hasta la tarde de aquel día y no tuvo necesidad de apresurarse.

Pasó la primera noche en un motel al lado de la I 95 en Rocky Mount, Carolina del Norte. Al día siguiente llegó a Florida y tuvo la sensación de que la fuerza de la primavera aumentaba a cada kilómetro. Pasó la segunda noche entre deliciosos perfumes cerca de Vero Beach, Florida. Cuando preguntó al empleado del motel de dónde llegaba el aroma maravilloso del aire, le informó que venía de los naranjales cercanos. La última etapa del viaje resultó la más difícil. Desde West Palm Beach en dirección sur, y especialmente desde cerca de Fort Lauderdale hasta Miami, tuvo que luchar con el tráfico de la hora punta. Descubrió con sorpresa que incluso la I 95 con sus ocho carriles se congestionaba y formaba una masa de movimiento intermitente.

Sean cerró con llave el coche, se desperezó y miró hacia las majestuosas torres bronceadas que reflejaban el sol del Centro Forbes contra el Cáncer. Los dos edificios estaban unidos por un puente peatonal cubierto, construido con el mismo mate rial. Unos carteles indicaban que el centro de investigación y la administración estaban a la izquierda y que el hospital estaba a la derecha.

Mientras Sean se dirigía a la entrada, repasó sus primeras impresiones sobre Miami. Eran algo confusas. Cuando se dirigía hacia el sur por la I9s y se acercaba a su salida, pudo ver los nuevos y brillantes rascacielos del centro de la ciudad. Pero las zonas próximas a la carretera eran una mezcla de centros comerciales y viviendas baratas. La zona alrededor del Centro Forbes, que estaba situado a lo largo del río Miami, era también algo sórdida, si bien entre

los bloques cenizos de tejado plano destacaban unas cuantas estructuras modernas.

Sean empujó la puerta de cristal reflector mientras pensaba con ironía en las dificultades que le habían puesto todos para pasar aquellos dos meses de estudio optativo. Se preguntó si su madre superaría alguna vez los traumas que él le había causado durante su adolescencia. "Te pareces demasiado a tu padre", le decía ella en tono de reproche. Sean no lo creía así, aunque le gustara la taberna. Pero le había tocado tomar decisiones y aprovechar oportunidades muy diferentes de las que pudo haber tenido nunca su padre.

Detrás de la puerta había un letrero de fieltro negro sobre un caballete. Su nombre estaba escrito allí con letras blancas de plástico junto con un mensaje: "Bienvenido". Sean pensó que era un detalle simpático.

Detrás de la puerta había un pequeño vestíbulo. La entrada al edificio estaba interceptada por un torniquete. Junto a éste había un mostrador de formica. Detrás del mostrador estaba sentado un hispano moreno y guapo que llevaba un uniforme marrón con charreteras y una gorra de pico al estilo militar. El 57 conjunto le pareció una especie de cruce entre el uniforme de los marines que aparece en los carteles de propaganda para futuros reclutas y lo que llevan puesto en las películas de Hollywood los agentes de la Gestapo. Un complicado emblema en el brazo izquierdo del guardia rezaba "Seguridad" y la insignia con el nombre sobre el bolsillo izquierdo indicaba que el guardia se llamaba Martínez.

- ¿Puedo servirle en algo? -preguntó Martínez con un inglés con mucho acento.

-Me llamo Sean Murphy -dijo Sean señalando el cartel de bienvenida.

La expresión del guardia no cambió. Estudió la figura de Sean durante un instante y luego descolgó uno de los teléfonos. Habló de modo rápido y entrecortado en español. Después de colgar, señaló con el dedo un sofá cercano de cuero.

-Espere un momento, por favor.

Sean se sentó, tomó un ejemplar de Science de una mesita de café y hojeó las páginas sin muchas ganas. Le interesaba más el complejo sistema de seguridad del Forbes. Gruesos tabiques de cristal separaban la zona de espera del resto del edificio. Al parecer la única entrada era el torniquete con el guardia.

La seguridad era un elemento que se descuidaba con demasiada frecuencia en las instituciones de atención a la salud. A Sean le gustó lo que vio y así se lo dijo al guardia.

-Cerca de aquí hay algunos barrios no muy seguros -con testó el guardia sin dar más detalles.

Apareció entonces un segundo empleado de seguridad, con el mismo uniforme que el primero. El torniquete se abrió para que Sean pudiera pasar al vestíbulo.

-Me llamo Ramírez -dijo el segundo guardia-. Sígame, por favor.

Sean se levantó. Mientras pasaba por el torniquete no vio que Martínez tocara ningún botón y supuso que el aparato se controlaba apretando con el pie un pedal.

Sean siguió a Ramírez durante un trecho muy corto hasta entrar en el primer despacho a la izquierda. Sobre la puerta de entrada un cartel rezaba "SEGURIDAD ", con mayúsculas.

Adentro había una sala de control con hileras de monitores de televisión cubriendo una pared. Enfrente de los monitores había un tercer guardia con un

Librodot

bloc. Bastaba echar una ojeada para comprender que el guardia vigilaba una multitud de lugares en todo el centro.

Sean siguió a Ramírez hasta un pequeño despacho sin ventanas. Sentado en la mesa había un cuarto guardia con dos estrellas doradas en el uniforme y un galón dorado encima de la gorra. El nombre de la insignia decía: Harris.

-Eso es todo, Ramírez -dijo Harris, y Sean tuvo la sensación de que iban a alistarle en el ejército.

Harris estudió a Sean, quien le devolvió la mirada. Entre los dos hombres surgió de inmediato una sensación de antipatía.

Harris, un hombre de rostro bronceado y carnoso, se parecía a muchas personas que Sean había conocido en Charlestown cuando era joven. Trabajaban normalmente en cargos de pequeña autoridad que desempeñaban con gran oficiosidad.

También eran borrachos temibles. Les bastaba haber tomado dos cervezas para pelearse con quien insinuase que no estaba de acuerdo con su opinión sobre la pitada de un árbitro en un partido televisado. Era absurdo. Sean había aprendido hacía mucho tiempo a evitar a esa clase de personas. Ahora estaba frente a la mesa de uno de ellos.

-Aquí no queremos problemas-dijo Harris.

Tenía un ligero acento meridional.

A Sean le pareció una manera extraña de comenzar una conversación. ¿Quién creía aquel hombre que le estaban enviando desde Harvard? ¿Un delincuente en libertad provisional? Era evidente que Harris estaba en buena forma, y sus gruesos bíceps hinchaban las mangas cortas de su camisa, pero no tenía un aspecto demasiado sano. Sean acarició la idea de dar a aquel hombre un pequeño sermón sobre los beneficios de una buena nutrición, pero renunció a la idea. Todavía podía oír los consejos del doctor Walsh.

-Se supone que usted es un médico: ¿por qué diablos lleva el pelo tan largo? Y me apuesto algo que no se ha afeitado esta mañana.

-Pero procuré ponerme camisa y corbata -dijo Sean Pensé que quedaría muy elegante.

-No me provoque, muchacho-dijo Harris.

No había en su voz rastro alguno de humor.

Sean se movió sobre su silla, cansado. Aquella conversación y Harris ya le estaban agotando.

- ¿Hay algún motivo especial para que yo esté aquí?

-Necesita una tarjeta de identidad con su foto -dijo Harris.

Se levantó y rodeó la mesa para abrir una puerta que daba a una habitación vecina. Era unos centímetros más alto que Sean y pesaba por lo menos diez kilos más. Sean recordó divertido que cuando jugaba a hockey le gustaba bloquear por lo bajo a estos individuos, para llegar más rápidamente a sus barbillas.

-Le sugiero que se corte el pelo -dijo Harris, mientras indicaba a Sean que pasara a la otra habitación-y que mande planchar sus pantalones. Quizás entonces encaje mejor aquí.

Esto no es la universidad.

Sean pasó por la puerta y vio que Ramírez levantaba la mirada mientras acababa de ajustar una cámara Polaroid montada sobre un trípode. Ramírez señaló un taburete enfrente de una cortina azul y Sean se sentó. Harris cerró la puerta de la habitación donde se hacían las fotos, volvió a su mesa y se sentó. El nuevo investigador era peor de lo que había imaginado. La idea de que llegara de Harvard un muchacho engreído no le había entusiasmado de entrada, pero no había esperado en absoluto encontrarse con un hippy de los años sesenta.

Harris encendió un pitillo y masculló una maldición contra la gente como Sean. Detestaba a los tipos liberales de la Ivy League que creían saberlo todo. Harris había pasado por la Ciudadela y había ingresado luego en el ejército, donde se había entrenado duramente en el cuerpo de comandos. Había actuado bien y había sido ascendido a capitán después de la operación Tormenta del Desierto. Pero después del hundimiento de la Unión Soviética, el ejército había empezado a reducir sus efectivos en épocas de paz. Harris había sido una de las víctimas. Harris apagó el pitillo. Su intuición le decía que Sean sería un problema. Decidió que convenía tenerlo bajo vigilancia.

SEAN SALIÓ DE LAS OFICINAS de seguridad con la nueva tarjeta de identidad prendida del bolsillo de la camisa. La experiencia no había confirmado mucho la bienvenida del cartel de entrada, pero le había impresionado una noticia. Cuando preguntó al reticente Ramírez por qué había tantas medidas de seguridad, Ramírez le había dicho que el año anterior habían desaparecido varios investigadores.

- ¿Desaparecido? -preguntó Sean asombrado. Sabía que desaparecían aparatos, pero ¿personas?

- ¿Los encontraron? -preguntó Sean.

-Lo ignoro -dijo Ramírez -. Yo he entrado este mismo año.

- ¿De dónde es usted?

-De Medellín, Colombia -dijo Ramírez.

Sean no había hecho más preguntas, pero la respuesta de Ramírez había aumentado su inquietud. Parecía excesivo poner de jefe de seguridad a un hombre que actuaba como un Boina Verde frustrado y armarlo con un grupo de individuos que podían haber formado parte del ejército privado de algún mafioso colombiano de la droga. Mientras Sean seguía a Ramírez hasta el ascensor para subir a la séptima planta, la impresión positiva que antes había tenido de la seguridad en el Forbes empezó a desvanecerse.

- ¡Entre, entre!-repetía el doctor Randolph Mason, mientras tenía abierta la puerta de su despacho. Inmediatamente, el buen recibimiento del doctor alejó su inquietud-. Estamos muy contentos de tenerlo aquí. Me alegré mucho cuando Clifford me llamó y lo propuso. ¿Le apetece un café?

Sean aceptó y pronto estuvo sentado en un sofá delante del director del Forbes con una taza entre las manos. El doctor Mason respondía a la imagen romántica que todo el mundo tiene de un médico. Era alto y tenía un rostro aristocrático, pelo clásicamente canoso y una boca expresiva. Sus ojos rebosaban simpatía y su nariz era ligeramente aquilina. Parecía el hombre perfecto a quien contar un problema sabiendo no sólo que se interesaría sino que lo resolvería.

-Lo primero que debemos hacer -dijo el doctor Mason-es presentarle a nuestra jefa de investigaciones, la doctora Levy.

-Cogió el teléfono y pidió a su secretaria que hiciera venir a Deborah-. Estoy seguro de que le impresionará. No me sorprendería que entrara pronto en competición para el gran premio escandinavo.

-Me gustó mucho su trabajo anterior con los retrovirus -dijo Sean.

-Como a todo el mundo -dijo Mason-. ¿Más café?

Sean movió negativamente la cabeza.

-Debo ir con cuidado con esta sustancia -dijo-. Me acelera. Si tomo demasiado me afecta durante días.

-Me pasa lo mismo-dijo el doctor Mason-. Y en relación con su alojamiento, ¿se ha ocupado alguien de eso?

-Tengo entendido que me facilitarán alojamiento.

-Desde luego -dijo el doctor Mason-. Me complace decir que hace unos años tuvimos la previsión de comprar un complejo de apartamentos de considerable tamaño. No está en Coconut Grove, pero tampoco queda muy lejos. Está a disposición del personal de visita y de los familiares de los pacientes.

Estaremos encantados de ofrecerle uno de los apartamentos.

Seguro que le gustará y que disfrutará del barrio porque queda muy cerca de Coconut Grove.

-Me alegra no tener que ocuparme personalmente de eso -dijo Sean-. En cuanto a las diversiones, me interesa más trabajar que hacer turismo.

-Todo el mundo debería tener un equilibrio en la vida -dijo el doctor Mason-. Pero puedo asegurarle que tenemos mucho trabajo para usted. Queremos que su experiencia con nosotros sea buena. Confiamos en que cuando ejerza de médico nos envíe pacientes.

-Tengo intención de continuar en la investigación -dijo Sean.

-Entiendo -dijo el doctor Mason con su entusiasmo algo apagado.

-En realidad lo que me impulsó a venir aquí... -empezó a 62 decir Sean, pero no pudo acabar la frase porque entró en la sala la doctora Deborah Levy.

La doctora Deborah Levy era una mujer muy atractiva de cutis oscuro, grandes ojos almendrados y un pelo más negro que el de Sean. Tenía un cuerpo esbelto, a la moda, y llevaba un traje de seda azul oscuro debajo de su bata de laboratorio.

Caminaba con la seguridad y la gracia de los auténticos triunfa dores.

Sean se puso dificultosamente en pie.

-No se levante, por favor-dijo la doctora Levy con una voz ronca pero femenina.

Tendió la mano hacia Sean.

Sean estrechó la mano de Levy mientras sostenía su café con la otra. La doctora agarró sus dedos con una fuerza inesperada y dio una sacudida tal al brazo de Sean que la taza de café se meció en el platillo. Le dirigió una mirada penetrante.

-Me han llamado para que le dé la bienvenida -dijo mientras se sentaba ante Sean-. Pero debemos dejar las cosas claras de antemano. No estoy totalmente convencida de que su visita sea una buena idea. No hay mucho margen de maniobra en el laboratorio que dirijo. O bien usted se adapta y trabaja, o tendrá que irse y tomar el próximo avión para Boston. Espero que no crea...

-Vine en coche-la interrumpió Sean.

Comprendió que empezaba a actuar provocativamente, pero no podía evitarlo. No había esperado una acogida tan brusca por parte de la jefa de investigación.

La doctora Levy se quedó mirándolo unos momentos antes de continuar.

-El Centro Forbes contra el Cáncer no es un lugar para pasar una vacaciones al sol, ¿está claro?

Sean lanzó una rápida mirada al doctor Mason, que continuaba sonriendo cordialmente.

-No vine aquí para pasar unas vacaciones. Si el Forbes hubiese estado en Bismarck, Dakota del Norte, también me hubiera interesado ir. Lo cierto es que me enteré de los resultados que está consiguiendo con el meduloblastoma.

El doctor Mason tuvo un pequeño ataque de tos, se inclinó hacia delante en su asiento y dejó el café sobre la mesa. -Supongo que usted no esperaba trabajar en el protocolo del meduloblastoma -dijo.

La mirada de Sean pasó de un médico a otro.

-En realidad, sí -dijo con cierta inquietud.

-Cuando hablé con el doctor Walsh -intervino Mason-, él insistió en que usted tenía una gran experiencia en el desarrollo de anticuerpos monoclonales.

-Esto fue durante mi curso en el MIT-explicó Sean-.

Pero no es lo que ahora me interesa. De hecho, lo considero una técnica superada.

-Nosotros no pensamos lo mismo. Creemos que todavía es comercialmente viable y que lo continuará siendo durante cierto tiempo. Tuvimos bastante suerte al aislar y producir una glucoproteína a partir de pacientes con cáncer de colon. Lo que ahora necesitamos es un anticuerpo monoclónico que pueda contribuir a establecer un diagnóstico temprano. Pero, como usted ya sabe, las glucoproteínas juegan malas pasadas.

No hemos conseguido que los ratones respondan antigénicamente ni tampoco hemos conseguido cristalizar la sustancia. El doctor Walsh me aseguró que usted era un artista con este tipo de química de proteínas.

-Lo era -dijo Sean-. No he trabajado en ello desde hace cierto tiempo. Lo que ahora me interesa es la biología molecular, de modo específico los oncogenes y las oncoproteínas.

-Eso es precisamente lo que yo temía-dijo la doctora Levy dirigiéndose al doctor Mason-. Ya te dije que no era una buena idea. No estamos organizados para acoger a doctoran dos. Tengo demasiado trabajo para poder atender a un doctorando externo. Ahora, si me permiten, tengo que volver a mi trabajo.

La doctora Levy se puso en pie y miró a Sean.

-No se tome mi actitud como algo personal. Tengo mucho trabajo y muchas preocupaciones.

-Lo siento -dijo Sean-, pero no puedo dejar de tomármelo como algo personal. Lo que me indujo a escoger este trabajo optativo y a aguantar todo el viaje hasta aquí fueron sus resultados con los meduloblastomas. -Con franqueza, éste no es mi problema -dijo ella mientras se iba hacia la puerta.

-Doctora Levy, ¿por qué no ha publicado usted ningún artículo sobre sus resultados con los meduloblastomas? Sin artículos publicados, si usted viviera en el mundo académico probablemente ahora estaría buscando trabajo.

La doctora Levy se detuvo un momento y miró a Sean expresando desaprobación.

-La impertinencia no es muy aconsejable para un doctoran do -dijo al cerrar la puerta.

Sean se volvió hacia el doctor Mason y se encogió de hombros.

-Fue ella quien dijo que debíamos expresarnos con franqueza. Desde hace años no ha publicado nada.

-Clifford me advirtió que quizá usted no iba a ser un externo muy diplomático -dijo el doctor Mason.

- ¿Eso dijo?-preguntó Sean con desdén.

Estaba empezando a preguntarse si había hecho bien acudiendo a Florida. Quizá acabarían teniendo razón los demás.

-Pero también me dijo que era una persona muy brillante.

Y creo que la doctora Levy se ha expresado con más dureza de lo que pretendía. En todo caso, ha tenido muchas preocupaciones. En realidad, todos hemos estado muy tensos.

-Pero los resultados que ustedes están obteniendo con los pacientes de meduloblastoma son excelentes -dijo Sean, esperando conseguir algo-. Es evidente que revelarán algo sobre el cáncer. Tengo muchas ganas de participar en su protocolo.

Librodot

Quizá estudiándolo con un enfoque nuevo y objetivo descubriré algo que pasó por alto a otras personas.

-Veo que no le falta confianza en sí mismo -dijo el doctor Mason-. Y quizá algún día podamos aprovechar este enfoque nuevo Pero no ahora. Voy a ser sincero y franco con usted y a comunicarle unas informaciones confidenciales. Hay varios motivos que le impedirán participar en nuestro estudio sobre los meduloblastomas. En primer lugar, se trata ya de un protocolo clínico y usted está aquí para realizar investigación científica básica. Así se lo dijimos a su mentor. En segundo lugar, no podemos permitir en absoluto que gente de fuera tenga acceso a nuestros trabajos actuales porque todavía no hemos solicitado las correspondientes patentes de algunos de nuestros procesos biológicos exclusivos. Esta política la dicta el organismo que nos financia. Como sucede con muchas otras instituciones de investigación, hemos tenido que buscar capital de otras fuentes desde que el gobierno empezó a limitar las subvenciones de todos los trabajos de investigación, excepto los referidos al sida. Hemos recurrido a los japoneses.

- ¿Como el Mass General de Boston?-preguntó Sean.

-Algo parecido -dijo el doctor Mason -. Hemos firmado un acuerdo de cuarenta millones de dólares con Industrias Sushita, que se han estado expansionando especializándose en biotecnología. Con arreglo a este acuerdo, Sushita nos adelanta el dinero durante unos años, y a cambio controla cualquier patente que consigamos. Este es uno de los motivos por los que necesitamos anticuerpos monoclonales para el antígeno del colon. Tenemos que obtener algunos productos viables comercialmente para continuar recibiendo las anualidades de Sushita. Hasta ahora no hemos conseguido resultados muy buenos. Y si no mantenemos nuestra fuente de financiación, tendremos que cerrar las puertas y, como es lógico, esto perjudicaría al público que espera atención médica de nosotros.

-Una situación complicada -dijo Sean.

-Desde luego -asintió el doctor Mason-, pero así es la vida en el mundo de la investigación.

-Pero esta solución a corto plazo permitirá a los japoneses dominar en un futuro.

-Lo mismo puede decirse de la mayoría de industrias -replicó el doctor Mason-. Esto no afecta solamente a la biotecnología.

- ¿Por qué no aprovechan los ingresos de las patentes para financiar más investigaciones?

-No hay manera de conseguir el capital inicial -dijo el doctor Mason-. Bueno, en nuestro caso esto no es totalmente cierto. En los últimos dos años hemos conseguido bastantes éxitos con el antiguo sistema de filantropía. Algunos hombres de negocios han aportado importantes donaciones. Esta noche, precisamente, celebramos una cena benéfica de gala. Me gusta ría mucho invitarle. Se celebrará en mi casa, en Star Island.

-No tengo ropa adecuada -dijo Sean, sorprendido de que le invitaran después de la escena con la doctora Levy.

-He pensado en ello-dijo el doctor Mason-. Ya hemos hablado con un servicio de alquiler de esmoquin. Basta con que les comunique su talla y le entregarán el traje en su apartamento.

-Es usted muy amable -dijo Sean. Cada vez le costaba más corresponder a aquella hospitalidad tan cambiante.

Se abrió de repente la puerta del despacho del doctor Mason y entró una mujer enorme, vestida con el uniforme blanco de enfermera, que se plantó delante del doctor Mason. Era evidente que estaba angustiada.

-Ha vuelto a pasar, Randolph-dijo bruscamente-. Es la quinta paciente de cáncer de pecho que muere por fallo respiratorio. Te dije que...

El doctor Mason se puso en pie de un salto.

-Margaret, estamos acompañados.

Retrocediendo como si la hubieran abofeteado, la enfermera se volvió hacia Sean, a quien no había visto hasta entonces. La enfermera era una mujer de cuarenta años, de rostro redondo, pelo gris recogido en un moño apretado y piernas macizas.

-Perdón -dijo mientras sus mejillas palidecían-. Lo siento mucho -añadió, dirigiéndose al doctor Mason-. Sabía que la doctora Levy te había visitado, pero cuando vi que había vuelto a su oficina supuse que estarías solo.

-No importa -dijo el doctor Mason. Presentó a Sean a Margaret Richmond, la directora de enfermeras, y añadió-: El doctor Murphy trabajará con nosotros durante dos meses.

La señora Richmond dio un breve apretón de manos a Sean murmurando: -Mucho gusto en conocerle.

Luego agarró al doctor Mason por el codo y lo sacó del despacho. Se cerró la puerta, pero el pestillo no agarró y la puerta volvió a abrirse lentamente.

Sean no pudo evitar oír lo que decían, gracias a la voz penetrante y aguda de la señora Richmond. Al parecer, otra 67 paciente que estaba recibiendo la quimioterapia normal contra cáncer de pecho había fallecido inesperadamente. La habían encontrado en la cama, y presentaba cianosis. Estaba tan azul como las demás.

- ¡Esto no puede continuar así! -exclamó Margaret-. Alguien lo está haciendo deliberadamente. No hay otra explicación. Sucede siempre en el mismo turno, y está malogrando nuestras estadísticas. Hay que intervenir antes de que el inspector médico empiece a sospechar. Y si la prensa se entera del asunto será un desastre.

-Hablaremos con Harris-dijo el doctor Mason tranquilizándola-. Le diré que deje todo lo demás y que acabe de una vez con eso.

-Esto no puede seguir así -repitió la señora Richmond-. Harris no debería comprobar únicamente los antecedentes de los profesionales.

-Estoy de acuerdo -dijo el doctor Mason-. Hablaremos ahora mismo con Harris. Permíteme un momento solamente para que diga al señor Murphy que haga la visita del Centro.

Las voces se alejaron. Sean se inclinó sobre el sofá para oír la continuación, pero la sala vecina quedó en silencio hasta que la puerta se abrió de nuevo con fuerza. Sean volvió a recostarse con sensación de culpabilidad, mientras otra persona entraba rápidamente en el despacho: en esta ocasión era una mujer atractiva, de unos veinte años, que llevaba una falda a cuadros y una blusa blanca. Estaba bronceada, tenía un aspecto muy animado y lucía una gran sonrisa. La sensación de bienvenida retornó de modo reconfortante.

-Hola, me llamo Claire Barington.

Sean se enteró enseguida de que Claire trabajaba en el departamento de relaciones públicas. La chica sacudió un manojo de llaves y dijo: -Son las llaves del apartamento principesco que tiene reservado en el Palacio de las Vacas.

Le contó que la residencia del centro se había ganado este apodo por el volumen de algunos de sus antiguos residentes.

-Le acompañaré hasta allí-dijo Claire-. Debo comprobar que todo está bien y que está cómodamente instalado. Pero el doctor Mason me dijo que antes le enseñara nuestro centro.

¿Qué le parece?

-Me parece muy bien -dijo Sean, levantándose del sofá.

Sólo hacía una hora que estaba en el Centro Forbes, y si lo sucedido era una muestra de lo que serían los dos meses siguientes, se le preparaba una estancia interesante. Suponiendo, claro está, que se quedara. Mientras salía del despacho del doctor Mason siguiendo las curvas de Claire Barington, comenzó a plantearse en serio la posibilidad de llamar al doctor Walsh y regresar a Boston. Era evidente que conseguiría más resultados allí que en Miami si le relegaban al trabajo rutinario de los anticuerpos monoclonales.

-Esta es, claro, nuestra zona administrativa -dijo Claire mientras iniciaba la visita que tenía ya muy practicada-. El despacho de Henry Falworth está junto al despacho del doctor Mason. El señor Falworth es el director del personal no profesional. Junto a su despacho está el de la doctora Levy.

Como es lógico, ella tiene otro despacho de investigación más abajo, en el laboratorio de máxima contención.

Las orejas de Sean se enderezaron. Sorprendido, preguntó: - ¿Tienen un laboratorio de máxima contención?

-Por supuesto -contestó Claire-, la doctora Levy lo pidió cuando entró en la junta. Además, el Centro Forbes contra el Cáncer tiene el equipo más moderno.

Sean se encogió de hombros. Le parecía algo excesivo un laboratorio de máxima contención, ideado para trabajar con seguridad con microorganismos infecciosos.

Claire señaló en la dirección opuesta hacia el despacho clínico que compartían el doctor Stan Wilson, jefe del personal clínico del hospital, Margaret Richmond, directora de enfermeras, y Dan Selenburg, administrador del hospital.

-Como es lógico, todas estas personas disponen de despachos privados en la última planta del edificio del hospital.

-Eso no me interesa -dijo Sean-. Veamos las zonas de investigación.

- ¡Cuidado!, o hace la visita de veinticinco dólares o no hace ninguna-dijo ella severamente. Luego se echó a reír-. Sígame la corriente, por favor: necesito practicar. Sean sonrió. Claire era la persona más auténtica que había encontrado hasta el momento en el centro.

-Tiene razón. Sigamos.

Claire le llevó a una sala adyacente con ocho mesas donde trabajaban muy ocupadas varias personas. Destacaba a un lado una enorme máquina impresora en pleno funcionamiento.

Había un gran ordenador con múltiples módems, protegido por una cristalera, como si fuera un trofeo. Ocupaba otra pared un pequeño ascensor con la parte frontal de cristal, que recordaba más bien un montaplatos y estaba cargado con papeles que parecían fichas de historial médico.

-Esta es la sala importante-dijo Claire con una sonrisa-.

Aquí se envían todas las facturas de los servicios hospitalarios y externos. Estas personas tratan con las compañías de seguros.

También salen de aquí los talones con los salarios.

Después de ver más administración de lo que Sean hubiese deseado, Claire lo llevó finalmente abajo para ver las instalaciones del laboratorio que ocupaban las cinco plantas del medio del edificio.

-En la primera planta del edificio están las salas de conferencias, de seguridad y la biblioteca -repitió Claire mientras entraban en la sexta planta. Sean siguió a Claire por un largo pasillo central con laboratorios a ambos lados-. Esta es la planta principal de investigación. Aquí está situada la mayor parte del equipo importante.

Sean asomó la cabeza por los distintos laboratorios. Pronto quedó decepcionado. Había esperado un laboratorio futurista, magníficamente

Librodot

diseñado y con tecnología punta. En lugar de ello vio salas sencillas con el equipo habitual. Claire le presentó a las cuatro personas que se encontraban en ese momento en los laboratorios: David Lowenstein, Arnold Harper, Nancy Sprague e Hiroshi Gyuhama. De entre ellos, sólo Hiroshi manifestó algo más que un interés pasajero por Sean. Hiroshi se inclinó profundamente cuando les presentaron. Pareció sinceramente impresionado cuando Claire dijo que Sean llegaba de Harvard.

-Harvard es una escuela muy buena-dijo Hiroshi en un inglés con mucho acento. Mientras continuaron por el pasillo, Sean empezó a darse cuenta de que la mayoría de las habitaciones estaban vacías.

- ¿Dónde está la gente?-preguntó.

-Creo que ha visto ya a la mayor parte del equipo de investigación -dijo Claire-. Tenemos un técnico llamado Mark Halpern, pero veo que no está aquí. Por el momento no tenemos mucho personal, aunque se dice que empezaremos a ampliar la plantilla. Como todas las empresas, hemos pasado por un período de vacas flacas.

Sean asintió con la cabeza, pero la explicación no alivió su decepción. Los resultados impresionantes del trabajo con los meduloblastomas le habían sugerido la existencia de un gran grupo de investigadores trabajando a un ritmo dinámico. En cambio, el lugar parecía bastante desierto, lo que le recordó la preocupante frase de Ramírez.

-Me dijeron en seguridad que algunos investigadores habían desaparecido. ¿Sabe algo sobre eso?

-No mucho-reconoció Claire-. Sucedió el año pasado y provocó una crisis.

- ¿Qué sucedió?

-Desaparecieron de repente -dijo Claire -. Lo dejaron todo: sus apartamentos, sus coches, incluso sus amigas.

- ¿Y no se les encontró nunca más?-preguntó Sean.

-Sí, aparecieron -dijo Claire-. A la administración no le gusta hablar del tema, pero al parecer están trabajando para una empresa de Japón.

- ¿Las Industrias Sushita?-preguntó Sean. -Eso lo ignoro-dijo Claire.

Sean sabía que algunas empresas atraían a investigadores de fuera, pero nunca con tanto secreto. Y nunca a Japón. Lo consideró como un síntoma más de que los tiempos estaban cambiando en el terreno de la biotecnología.

Claire llegó a una gruesa puerta de cristal opaco que impedía seguir avanzando por el pasillo. Una indicación con mayúsculas decía: “PROHIBIDO EL PASO”. Sean miró a Claire pidiendo una explicación.

-La instalación de máxima contención está aquí detrás -dijo ella. -¿Podemos visitarla? -preguntó Sean.

Protegió sus ojos con las manos y se acercó a mirar por la puerta. Sólo pudo ver otras puertas que daban al pasillo principal.

Claire movió negativamente la cabeza.

-No se puede pasar -dijo-. La doctora Levy realiza aquí la mayor parte de sus trabajos. Al menos cuando está en Miami.

Divide su tiempo entre el centro y nuestro laboratorio Basic Diagnostics en Cayo Hueso.

- ¿Y eso qué es? -preguntó Sean.

Claire le guiñó un ojo y se tapó la boca como si estuviera revelando un secreto: -Es una pequeña rama empresarial del Forbes -dijo -. Lleva a cabo trabajos básicos de diagnóstico para nuestro hospital y para varios hospitales más de los Cayos. Es un sistema para conseguir algunos ingresos adicionales. Lo malo es que las leyes de Florida generalmente no permiten que el mismo hospital se haga cargo de los análisis.

Librodot

- ¿Por qué no podemos entrar? -preguntó Sean señalando hacia la puerta de cristal.

-La doctora Levy dice que hay un cierto riesgo, pero no sé exactamente de qué. Sinceramente, prefiero quedarme fuera.

Pero pregúnteselo a ella. Probablemente podrá acompañarla.

Sean no estaba seguro de que la doctora Levy quisiera hacerle ningún favor después de la entrevista inicial. Agarró el pomo y tiró unos milímetros de la puerta. Se oyó un ligero silbido como si se hubiera roto un sello.

Claire le agarró el brazo.

- ¿Qué está haciendo? -dijo, horrorizada.

-Quería saber si la puerta estaba cerrada con llave -dijo Sean, empujó la puerta y la cerró.

- ¡Qué atrevido! -exclamó ella.

Recorrieron el pasillo a la inversa y bajaron a otra planta. La quinta planta estaba dominada por un gran laboratorio a un lado del pasillo y por pequeños despachos al otro lado. Claire llevó a Sean al laboratorio grande.

-Me han dicho que usted utilizará este laboratorio -dijo Claire. Apretó el interruptor y se encendieron las luces. Era una sala enorme comparada con los laboratorios que Sean solía frecuentar en Harvard y en el MIT, donde eran legendarios los conflictos entre investigadores por conseguir espacio. En el centro de la sala había una oficina encerrada entre cristales con una mesa, un teléfono y un terminal de ordenador.

Sean se paseó por el lugar tocando el equipo. Era básico pero útil. Los elementos más interesantes eran un espectrofotómetro de luminiscencia y un microscopio binocular para detectar la fluorescencia. Sean pensó que hubiese podido jugar con aquellos instrumentos si las circunstancias hubiesen sido las favorables, pero no sabía si el Forbes ofrecía el ambiente ideal para ello. Entre otras cosas, Sean comprendió que probablemente trabajaría solo en aquella gran sala.

- ¿Dónde están los reactivos y todo lo demás? -preguntó.

Claire le dijo con señas que la siguiera y ambos bajaron a otra planta donde Claire le mostró el almacén. Sean consideró que aquella sala era lo más impresionante que había visto hasta el momento. El almacén estaba repleto de todo lo que podía necesitar un laboratorio de biología molecular. Había incluso una generosa selección de varias líneas celulares del Instituto Nacional de la Salud.

Después de inspeccionar brevemente el resto del espacio dedicado al laboratorio, Claire, con la nariz arrugada, condujo a Sean hasta el sótano donde estaba el departamento de anima les. Había perros ladrando, monos que les miraban fijamente y ratas y ratones que se escurrían por las jaulas. El aire era húmedo y cargado de olores. Claire le presentó a Roger Calvet, quien cuidaba de los animales. Era un hombre bajo con una acentuada joroba.

Sólo se quedaron allí un minuto, y cuando las puertas se hubieron cerrado tras ellos, Claire hizo un gesto de alivio: -Es la parte que menos me gusta de toda la visita -dijo en tono confidencial-. No tengo muy clara mi postura sobre el tema de los derechos de los animales.

-Sí, es un tema delicado -admitió Sean-. Pero es evidente que los necesitamos. No sé por qué, pero las ratas y los ratones no me preocupan tanto como los perros y los monos. -Se supone que debo enseñarle también el hospital -dijo Claire-. ¿Está preparado?

- ¿Por qué no? -dijo Sean. Claire empezaba a gustarle.

Bajaron en el ascensor hasta la segunda planta y pasaron a la clínica por el puente de peatones. Las torres estaban separadas unos veinte metros.

La segunda planta del hospital albergaba las secciones de diagnóstico y tratamiento así como la UVI y los quirófanos.

El laboratorio de química y la sección de radiología estaban también allí, junto con los archivos médicos. Claire le presentó a su madre, que era una de las bibliotecarias.

-Si necesita mi ayuda -dijo la señora Barington-, llámeme, por favor.

Sean le dio las gracias, y estaba por irse cuando la señora Barington insistió en enseñarle el departamento. Sean procuró mostrar interés mientras le enseñaba las instalaciones informáticas del Centro, las impresoras láser, el torno que utilizaban para subir los documentos de las cajas del sótano y el panorama que podía contemplarse sobre el soñoliento río Miami.

Cuando Claire y Sean regresaron al pasillo, ella se disculpó.

-Eso no lo había hecho nunca-añadió-. Seguramente le ha gustado.

-Tengo suerte -dijo Sean-. Las mujeres mayores y las preadolescentes están de mi parte. Sólo tengo problemas con las que están en medio.

- ¿Debo creerlo? -preguntó Claire sarcásticamente.

Hicieron luego un rápido recorrido por el moderno hospital de ochenta camas. Estaba limpio, bien diseñado y al parecer tenía un buen personal. Los colores tropicales y las flores recién cortadas le daban un aspecto alegre a pesar de la gravedad de las enfermedades de muchos pacientes. En este trecho de la visita, Claire le explicó a Sean que el Centro Forbes contra el Cáncer se había asociado con el Instituto Nacional de la Salud para tratar el melanoma avanzado, pues Florida, con su intensa insolación, registraba muchos casos de melanoma.

Cuando hubieron completado la visita, Claire le comunicó que había llegado el momento de llevarle al Palacio de las Vacas para que pudiera instalarse. Sean protestó diciendo que ya se arreglaría, pero ella no dio el brazo a torcer. Sean salió del Forbes contra el Cáncer a la zaga del coche de Claire, con órdenes estrictas de no separarse, y se dirigió hacia el sur por Twelve Avenue. Condujo con cuidado, pues le habían dicho que en Miami la mayoría de personas llevaban pistolas en sus guanteras. Miami tiene una de las tasas de mortalidad más altas del mundo a consecuencia de accidentes que sólo dejan el parachoques abollado.

Giraron a la izquierda por la Calle Ocho y Sean pudo echar un vistazo a la rica cultura cubana que había dejado una marca tan indeleble en el moderno Miami. Doblaron a la derecha por Brickell y la ciudad volvió a cambiar. Pasaban ahora por delante de brillantes edificios bancarios, cada uno de los cuales era un monumento al poder financiero del tráfico ilícito de estupefacientes.

El Palacio de las Vacas no era nada fuera de lo común, ni mucho menos. Como tantos otros edificios de la zona, era un bloque de cemento armado de dos pisos, con puertas y ventanas correderas de aluminio. Ocupaba casi toda una travesía, con aparcamientos asfaltados enfrente y detrás. Lo único atractivo del lugar eran las plantas tropicales, muchas de las cuales estaban en flor.

Sean aparcó al lado del Honda de Claire.

Después de mirar el número del apartamento en las llaves, subieron las escaleras. El apartamento de Sean estaba a medio camino desde la recepción, en la parte trasera. Mientras Claire intentaba dificultosamente meter la llave en la cerradura, se abrió la puerta del otro lado del pasillo.

- ¿Recién llegado?-preguntó un rubio de unos treinta años.

Iba desnudo de cintura para arriba.

-Eso parece-dijo Sean.

-Me llamo Gary -dijo el joven-. Soy técnico de rayos X.

Trabajo de noche y busco un apartamento de día. ¿Y tú?

-Estudiante de medicina -dijo Sean mientras Claire acababa de abrir la puerta.

Era un apartamento amueblado, de un dormitorio con una cocina completa. Las puertas correderas de cristal comunicaban la sala de estar y el dormitorio con un balcón que recorría todo el edificio.

- ¿Qué le parece? -preguntó Claire, mientras abría la puerta corredera de la sala de estar.

-Mucho mejor de lo que me había imaginado -dijo Sean.

-Al hospital le cuesta contratar a determinado personal -dijo Claire-. Especialmente a las enfermeras muy cualifica das. Hay que ofrecerles una buena residencia provisional para poder competir con otros hospitales de la ciudad.

-Gracias por todo -dijo Sean.

-Una última cosa -dijo Claire, mientras le entregaba un papelito-. Este es el número de la agencia que alquila esmóquines de la que habló el doctor Mason. Supongo que no faltará esta noche.

-Me había olvidado -dijo Sean.

-Tendría que ir -dijo Claire-. Estas fiestas son una de las ventajas de trabajar en el centro.

- ¿Se celebran con frecuencia? -preguntó Sean.

-Relativamente -contestó Claire-. Pero son divertidas.

-Es decir, que usted irá -preguntó Sean.

-Desde luego.

-Entonces quizá yo también-dijo Sean-. No he llevado muchas veces esmoquin. Puede ser interesante.

-Maravilloso-dijo Claire-. No me importa venir a recogerle, porque creo que le costará encontrar la casa del doctor Mason. Vivo en Coconut Grove, cerca de aquí. ¿Qué le parece a las siete y media?

-Estaré listo-dijo Sean.

HIROSHI GYUHAMA había nacido en Yokosuka, al sur de Tokio.

Su madre había trabajado en la base naval de los Estados Unidos y desde temprana edad Hiroshi se había interesado por los Estados Unidos y la vida occidental. Su madre no opinaba lo mismo y no había dejado que aprendiera inglés en la escuela. Hiroshi, que era un niño obediente, aceptó sin rebelarse los deseos de su madre. Sólo cuando su madre hubo muerto y él estaba en la universidad estudiando biología pudo empezar a estudiar inglés. Pero cuando empezó, demostró una capacidad insólita.

Hiroshi fue contratado al acabar la carrera por las Industrias Sushita, una gran empresa de electrónica que acababa de extender sus actividades a la biotecnología. Cuando los supervisores de Hiroshi descubrieron que hablaba el inglés correctamente, lo enviaron a Florida para que velara por las inversiones de la empresa en el Forbes.

Hiroshi no había tenido problemas graves en el desempeño de su cargo en el Forbes, excepto algunas dificultades iniciales con dos investigadores del Forbes que se negaron a colaborar.

El dilema se resolvió expeditivamente llevándolos a Tokio y ofreciéndoles enormes salarios.

La llegada inesperada de Sean Murphy era una historia diferente. Para Hiroshi y para los japoneses en general toda sorpresa era un motivo de inquietud. Además, concebían Harvard más como una metáfora que como una institución con creta: representaba la excelencia y el ingenio estadounidenses.

Por lo tanto, Hiroshi temió que Sean pudiera llevarse a Harvard algunos de los resultados del Forbes y que la universidad se les adelantara y registrara antes las posibles patentes. Los ascensos futuros de Hiroshi en Sushita dependían de lo bien que protegiera la inversión en el Forbes, y por lo tanto Hiroshi consideró que Sean era una amenaza potencial.

Su primera respuesta fue enviar un fax, a través de su línea telefónica privada, a su supervisor japonés. Los japoneses habían insistido desde el principio en poder comunicarse con Hiroshi sin tener que pasar por la centralita del centro. Esta había sido una de tantas condiciones.

Hiroshi llamó luego a la secretaria del doctor Mason para preguntar si podía ver al director. Le dieron una cita para las dos. Ahora, mientras subía las escaleras hacia la séptima planta, faltaban tres minutos para la hora. Hiroshi era una persona meticulosa, que no deja nada al azar.

Cuando entró en la oficina de Mason, el médico se puso en pie de un salto. Hiroshi hizo una profunda reverencia, con una demostración aparente de respeto, aunque en realidad no tenía en gran estima al médico estadounidense, pues pensaba que el doctor Mason no tenía el fuste necesario para ser un buen director y consideraba que podía resultar desconcertante en una situación de tensión.

-Doctor Gyuhama, es un placer verle aquí -dijo el doctor Mason, señalando hacia el sofá-. ¿Quiere tomar algo? ¿Café, té o zumo?

-Zumo, por favor-contestó Hiroshi con una sonrisa cortés.

No le apetecía ningún refresco, pero no quería rechazar la invitación y mostrarse desagradecido.

El doctor Mason se sentó ante él, pero no lo hizo normalmente. Hiroshi se dio cuenta de que se puso en el borde del asiento y de que se frotaba las manos y comprendió que el doctor estaba nervioso. Esto contribuyó a disminuir la consideración que tenía por el director. No estaba bien manifestar tan abiertamente los sentimientos.

- ¿En qué puedo servirle?-preguntó el doctor Mason.

Hiroshi sonrió de nuevo, pensando que ningún japonés se hubiese expresado de modo tan directo.

-Me han presentado hoy a un joven doctorando-dijo Hiroshi.

-Sean Murphy -dijo el doctor Mason-. Es un doctorando en medicina de Harvard.

-La facultad de Harvard es muy buena-comentó Hiroshi.

-Una de las mejores -dijo el doctor Mason-. Especialmente en investigación médica.

El doctor Mason miró cautelosamente a Hiroshi. Sabía que éste evitaba formular preguntas directas, por lo que se veía obligado siempre a intentar deducir lo que quería el japonés.

Era una empresa frustrante, pero Mason sabía que Hiroshi era representante de Sushita y que convenía tratarle con respeto.

En aquel momento era evidente que la presencia de Sean le inquietaba. Cuando trajeron el zumo Hiroshi se inclinó y dio las gracias varias veces. Tomó un sorbo y depositó luego el vaso sobre la mesilla de café.

-Quizá convendría que le explicara por qué está aquí el doctor Murphy-dijo el doctor Mason.

-Sería muy interesante-respondió Hiroshi.

-El señor Murphy es un doctorando médico de tercer curso -dijo el doctor Mason-. En este tercer curso los doctorándos disponen de tiempo para estudiar un tema optativo y dedicarse a algo que les interese de modo especial. El señor Murphy está interesado en la investigación. Estará aquí durante dos meses.

Librodot

-El momento es muy conveniente para el señor Murphy -dijo Hiroshi-. Llega a Florida en invierno.

-El sistema es bueno -continuó diciendo el doctor Mason-. El tendrá experiencia de trabajo en un laboratorio real y nosotros contaremos con un colaborador.

-Quizá se interesará por nuestro proyecto de meduloblastoma -dijo Hiroshi.

-Está ya interesado -dijo el doctor Mason-. Pero no se le permitirá participar. Trabajará con la glucoproteína del cáncer de colon y procurará cristalizarla. Ni que decir tiene lo interesante que sería para el Forbes y Sushita que pudiera lograr lo que hemos intentado hacer sin éxito durante tanto tiempo.

-Mis superiores no me informaron sobre la llegada del señor Murphy -dijo Hiroshi-. Es extraño que se hayan olvidado.

De repente el doctor Mason comprendió cuál era el motivo de aquella conversación tortuosa. Una de las condiciones que impuso Sushita fue poder examinar a todos los futuros emplea dos antes de contratarlos. En general era una simple formalidad, pero en aquel caso el doctor Mason no se había preocupa do de nada, porque Murphy era un doctorando y sobre todo porque su estancia sería breve. -La decisión de invitar al señor Murphy a este curso optativo fue bastante rápida. Quizá debía haber informado a Sushita, pero no es un empleado. No se le paga. Además, es un doctorando con una experiencia limitada.

-Sin embargo se le confiarán muestras de glucoproteína -dijo Hiroshi-. Tendrá acceso a la levadura recombinante que produce la proteína.

-Se le dará la proteína, como es lógico -dijo el doctor Mason-. Pero no hay motivo para que vea la tecnología recombinante que utilizamos para producirla.

- ¿Qué sabe usted de esta persona? -preguntó Hiroshi.

-Llega con una recomendación de un colega de confianza -dijo el doctor Mason. -Quizá mi compañía estaría interesada en su currículum -dijo Hiroshi.

-No tenemos su currículum-dijo el doctor Mason-. Es solamente un doctorando. Si hubiera algo importante que saber de él, estoy seguro que mi amigo, el doctor Walsh, me habría informado. Me contó que el señor Murphy era un artista en cuestión de cristalizar proteínas y de fabricar anticuerpos monoclonales de murino. Necesitamos a un artista si queremos obtener un producto patentable. Además, el prestigio de Harvard beneficiará a la clínica. La idea de que estamos capacitando a un doctorando de Harvard no nos perjudicará en nada.

Hiroshi se puso en pie y, sin dejar de sonreír, hizo una reverencia, pero no tan prolongada como la que hizo al entrar en el despacho.

-Gracias por haberme concedido su tiempo -dijo.

Luego salió de la habitación.

CUANDO LA PUERTA se hubo cerrado detrás de Hiroshi, el doctor Mason apretó los ojos y se los frotó con los dedos. Le temblaban las manos. Se ponía demasiado nervioso y aquello, si no iba con cuidado, agravaría su úlcera péptica. Después de la posible existencia de un psicópata que estaba matando a pacientes de cáncer de pecho metastático, lo único que le faltaba eran problemas con Sushita. Ahora lamentaba haber hecho a Clifford Walsh el favor de invitar a su doctorando. Era una complicación innecesaria.

Por otra parte, el doctor Mason sabía que debía ofrecer algo a los japoneses, de lo contrario no renovarían la subvención, aparte de los demás intereses. Si Sean Murphy conseguía resolver el problema y desarrollaba un

anticuerpo para su glucoproteína, la estancia del doctorando podría ser una bendición del cielo.

Se pasó nerviosamente la mano por el pelo. El problema era, como Hiroshi le había hecho comprender, que sabía muy pocas cosas sobre Sean Murphy. Y, a pesar de ello, Sean tenia libre acceso a los laboratorios Podría hablar con otros colaboradores del centro; podría tener acceso a los ordenadores.

Y el doctor Mason consideraba que Sean era un individuo muy curioso.

El doctor Mason cogió el teléfono y pidió a su secretaria que le pusiera con Clifford Walsh de Boston. Mientras esperaba, se fue a su mesa de trabajo. Se preguntó por qué no había pensado llamar a Clifford antes.

Al cabo de unos minutos, el doctor Walsh estaba al otro lado de la línea. El doctor Mason se sentó mientras hablaba. Se habían comunicado ya la semana anterior y las formalidades fueron mínimas.

- ¿Llegó Sean bien?-preguntó el doctor Walsh.

-Ha llegado esta mañana.

-Confío que no se haya metido ya en problemas -dijo el doctor Walsh.

El doctor Mason sintió que su úlcera le comenzaba a arder.

-Es extraño que digas eso -comentó-, sobre todo después de tus excelentes recomendaciones.

-Todo lo que dije sobre él es cierto -continuó el doctor Walsh-. Ese muchacho es casi un genio en cuestiones de biología molecular. Pero es un chico de barrio y sus capacidades sociales no están en absoluto a la altura de sus dotes intelectuales. Puede ser muy testarudo. Y fisicamente es más fuerte que un roble. Podría haber jugado a hockey como profesional. Es el tipo de persona que uno desea tener al lado cuando va a estallar una pelea.

-Por aquí no tenemos muchas peleas -dijo el doctor Mason con una risita-. Por lo tanto no vamos a aprovechar sus capacidades en este terreno. Pero dime otra cosa. ¿Ha estado Sean relacionado de algún modo, alguna vez, con la industria de la biotecnología, por ejemplo trabajando durante el verano en una empresa? ¿Algo de este tipo?

-Desde luego -dijo el doctor Walsh-. No sólo trabajó en una empresa, sino que él mismo tenía una empresa. l y un grupo de amigos pusieron en marcha una empresa llamada Immunotherapy para desarrollar anticuerpos monoclonales de murino Tengo entendido que la empresa funcionó bien. Pero yo no me ocupo de los aspectos industriales de nuestra especialidad.

El dolor aumentó en el estómago de Mason. Eso no era lo que quería oír. Mason dio las gracias al doctor Walsh, colgó el teléfono y se tragó inmediatamente dos pastillas contra la acidez. Ahora tenía que procurar que Sushita no se enterara de que Sean había estado relacionado con esta empresa de inmunoterapia. Si los japoneses se enteraban, quizá llegarían a cancelar el acuerdo.

Se paseó a grandes zancadas por su despacho. La intuición le decía que debía actuar. Quizá debía devolver a Sean a Boston, como había sugerido la doctora Levy. Pero esto significaría perder la posible contribución de Sean al proyecto de glucoproteínas.

De pronto tuvo una idea. Por lo menos podía saber todo lo que desease sobre la empresa de Sean. Descolgó de nuevo el teléfono. Esta vez no pidió a su secretaria que marcara el número, sino que lo hizo él mismo. Llamó a Sterling Rombauer.

CLAIRE, CUMPLIENDO SU PROMESA, se presentó en el apartamento de Sean a las siete en punto. Vestía un traje negro con tirantes delgados y largos

pendientes. Su pelo castaño lo llevaba recogido a los lados con pasadores tachonados de piedras de bisutería. Sean la encontró fantástica.

No estaba muy seguro de lo que llevaba él. Era evidente que el esmoquin alquilado necesitaba tirantes; resultó que los pan talones eran dos tallas más grandes y no hubo tiempo para cambiarlos. También los zapatos eran un número mayores.

Pero la camisa y la chaqueta le quedaban bastante bien, y domó sus cabellos colocándolos hacia ambos lados de la cabeza con un fijapelo que le prestó su vecino, Gary Engels. Hasta se afeitó.

Tomaron el 4x4 de Sean porque era más espacioso que el diminuto Honda de Claire. Claire indicaba el camino y después de pasar al lado de los rascacielos del centro, entraron en Biscayne Boulevard. En la calle se apiñaban personas de todas las razas y nacionalidades. Pasaron delante de una tienda de Rolls Royce y Claire contó que, según decían, la mayoría de las ventas se hacían con dinero contante y sonante. La gente entraba en la tienda con maletas llenas de billetes de veinte dólares.

-Si el tráfico de estupefacientes acabara mañana mismo, probablemente la ciudad se resentiría de ello -comentó Sean.

-Se hundiría-confirmó Claire.

Giraron a la derecha por la MacArthur Causeway y se dirigieron hacia la punta meridional de Miami Beach. Pasaron por la derecha al lado de varios buques de crucero de gran tonelaje amarrados en el puerto de Dodge Island. Antes de entrar en Miami Beach giraron a la izquierda y cruzaron un pequeño puente donde les detuvo un guardia armado en su garita.

-Parece un barrio de lujo -comentó Sean cuando les dejaron pasar.

-De mucho lujo-respondió Claire.

-Mason se lo monta bien -dijo Sean.

Los palacios ante los cuales iban pasando no parecían muy adecuados para el director de un centro de investigaciones.

-Creo que el dinero es de ella -dijo Claire-. Su apellido de soltera era Forbes, Sarah Forbes.

- ¿De veras? -dijo Sean mirando a Claire para estar seguro de que no le tomaba el pelo.

-Fue el padre de ella quien fundó el Centro Forbes contra el Cáncer.

-Muy simpático-dijo Sean-darle trabajo a su yerno. -No es exactamente lo que crees-dijo Claire-. Parece el argumento de un culebrón. El viejo inició la clínica, pero al morir pasó al hermano mayor de Sarah, Harold, que era el albacea testamentario. Luego Harold se fue y perdió la mayor parte del dinero de la fundación con unos proyectos de urbanización en el centro de Florida. El doctor Mason fue uno de los últimos en llegar al centro y lo hizo cuando estaba a punto de hundirse El y la doctora Levy salvaron la empresa.

Se detuvieron en un gran camino de entrada, enfrente de una enorme casa blanca con un porche sostenido por columnas corintias labradas. Un vigilante se llevó rápidamente el coche de Sean.

El interior de la casa resultaba igualmente impresionante.

Todo era blanco: suelos blancos de mármol, mobiliario blanco, alfombras blancas y paredes blancas.

-Supongo que el decorador no cobró mucho por escoger los colores-comentó Sean.

Les hicieron atravesar la casa y salir a una terraza con vistas a la Biscayne Bay. La bahía estaba punteada con luces de otras islas y de centenares de yates. Detrás de la bahía estaba la ciudad de Miami brillando a la luz de la luna.

En el centro de la terraza había una gran piscina en forma de riñón iluminada por debajo del agua. A la izquierda estaba instalada una tienda de rayas rosa y blanca, con largas mesas repletas de comida y bebida. Una banda de calipso que estaba tocando cerca de la casa llenaba el suave aire nocturno con sones melodiosos de percusión. En la orilla del mar, más allá de la terraza, estaba amarrado un gigantesco yate de crucero.

Otra barca colgaba de unos pescantes en la popa del yate.

-Aquí llegan el anfitrión y la anfitriona -advirtió Claire a Sean, que había quedado hipnotizado momentáneamente por el panorama.

Sean se dio la vuelta a tiempo para ver al doctor Mason, que conducía hacia ellos a una rubia teñida y metida en carnes. l iba muy elegante con un esmoquin que desde luego no había alquilado y zapatos charolados con cordones negros. Ella había introducido su cuerpo en un vestido de color melocotón sin tirantes, tan apretado que cualquier movimiento, temió Sean, iba a poner al descubierto sus impresionantes pechos.

Llevaba el pelo ligeramente desordenado y su maquillaje era más adecuado a una chica con la mitad de años que para ella.

También era evidente que estaba borracha.

-Bienvenido, Sean -dijo el doctor Mason-. Espero que Claire le haya tratado bien.

-Muy bien -dijo Sean.

El doctor Mason lo presentó a su esposa, quien hizo parpadear unas pestañas cargadas de rimel. Sean le dio un formal apretón de manos, para detener el esperado beso en la mejilla.

El doctor Mason se volvió e hizo señas a otra pareja para que se acercara. Presentó a Sean como un doctorando de medicina de Harvard que iba a estudiar en el centro. Sean tuvo la sensación desagradable de que le estaban exhibiendo.

El nombre de aquella persona era Howard Pace, y Sean, por lo que dijo el doctor Mason al presentarlo, pudo saber que era el director de una empresa fabricante de aviones de St. Louis y que estaba a punto de hacer una donación al centro.

-Ha de saber, hijo -dijo el señor Pace rodeando con un brazo los hombros de Sean-que mi donación servirá para ayudar a formar jóvenes como usted, que están consiguiendo resultados maravillosos en el Forbes. Seguro que aprenderá mucho. ¡Estudie, estudie!

El filántropo rubricó sus palabras propinando a Sean un masculino golpe en la espalda.

Mason empezó a presentar a Pace a otras parejas, y de pronto Sean se encontró solo. Se dirigía ya a por una bebida cuando le detuvo una voz insegura: - ¡Hola, guapo!

Dio media vuelta y se encontró con los ojos turbios de Sarah Mason.

-Quiero enseñarte algo -le dijo agarrándole por la manga.

Sean trató desesperadamente de localizar con la mirada a Claire, que había desaparecido. Con una resignación impropia de el, dejó que le condujera por la escalinata del patio hasta el muelle. Cada dos pasos tenía que sujetar a Sarah porque sus tacones resbalaban entre las rendijas de las tablas. En el extremo de la pasarela que conducía al yate, Sean se encontró con un dobermann de tamaño considerable, con un collar clavetea do y dientes blancos.

-Este es mi barco -dijo Sarah -. Se llama Lady Luck.

¿Quieres darte un paseo?

-No creo que ese animal de la cubierta desee compañía -dijo Sean.

Librodot

- ¡Batman!-dijo Sarah-. No te preocupes. Mientras estés conmigo, se portará como un corderito. -Quizá podríamos venir más tarde -dijo Sean-. Para ser sincero, me muero de hambre.

-Hay comida en la nevera-insistió Sarah, -Sí, pero las ostras que vi en la carpa me robaron el corazón, - ¿Ostras? Humm, ¿De veras?-dijo Sarah-, No está mal.

Podemos ver el barco más tarde.

Cuando Sean hubo guiado a Sarah hasta tierra firme, se escabulló dejándola con una pareja confiada que se había aventurado hacia el yate, Empezó a buscar a Claire entre la multitud cuando una mano fuerte le agarró el brazo Se dio la vuelta y se encontró mirando el rostro abotagado de Robert Harris, el jefe de seguridad. Ni siquiera un esmoquin conseguía mejorar mucho- su aspecto, dominado por el corte de pelo militar. Seguramente el cuello de la camisa le apretaba demasiado porque tenía los ojos hinchados.

-Quiero darte un consejo, Murphy-dijo Harris con evidente desdén.

- ¿En serio? -replicó Sean-. Me interesa, porque tenemos muchas cosas en común.

-Eres un chulo -dijo Harris entre dientes.

- ¿Este es el consejo?-preguntó Sean.

-No te acerques a Sarah Forbes -dijo Harris -. Voy a decírtelo sólo una vez.

- ¡Qué lástima! -dijo Sean -. Tendré que anular nuestro picnic de mañana.

- ¡No me provoques! -le advirtió Harris.

Se le quedó mirando fijamente un instante y luego se dio media vuelta.

Finalmente encontró a Claire junto a la mesa donde estaban las ostras, las gambas y el centollo. Mientras se llenaba el plato, le echó en cara que le hubiese dejado caer en las garras de Sarah Mason.

-Quizá debía haberte advertido -dijo Claire-. Es sabido que cuando bebe, persigue a todo lo que lleva pantalones.

-Vaya, y yo pensando que era irresistible.

Estaban comiendo el marisco, cuando el doctor Mason subió al podio y dio un golpecito al micrófono. Después de hacerse el silencio, presentó a Howard Pace y le dio profusamente las gracias por su generosa donación. Se oyó una gran ovación y el doctor Mason entregó el micrófono a su invitado de honor - Esto es demasiado empalagoso para mi gusto -murmuró Sean.

-Pórtate bien -le riñó Claire.

Howard Pace empezó a repetir los tópicos de costumbre, pero luego la emoción le empañó la voz.

-Ni siquiera este talón de diez millones de dólares puede expresar adecuadamente mis sentimientos. El Centro Forbes contra el Cáncer me ha dado una segunda vida. Antes de llegar aquí, todos los doctores me creían desahuciado por mi tumor cerebral. Estuve a punto de renunciar a todo. Gracias a Dios no lo hice. Doy gracias a Dios por la dedicación de los médicos del Centro Forbes contra el Cáncer.

Pace no pudo continuar hablando y agitó su cheque con la mano mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. El doctor Mason apareció inmediatamente y rescató el talón antes de que se fuera volando y desapareciera en las oscuras aguas de Biscayne Bay.

Después de otra ovación, finalizaron los actos oficiales de la velada. Los invitados se precipitaron hacia el podio embarga dos por la emoción que Pace había expresado. No habían contado con que una persona tan poderosa pudiera decidirse a expresar cosas tan íntimas. Sean se volvió hacia Claire.

-No me gusta ser aguafiestas -dijo-, pero hoy me he levantado a las cinco y estoy perdiendo rápidamente la resistencia. Claire dejó su vaso.

-Yo también estoy cansada. Además, mañana empiezo a trabajar temprano.

Encontraron al doctor Mason y le dieron las gracias, pero el doctor estaba distraído y apenas se dio cuenta de que se iban.

Por suerte para Sean, la señora Mason había tenido el detalle de desaparecer.

Cuando iban de regreso, Sean rompió el silencio diciendo: -El discurso fue muy emocionante.

-Esto es lo que da sentido al trabajo -asintió Claire.87 Sean entró en el aparcamiento y se detuvo junto al Honda de Claire. Hubo un momento de incomodidad.

-Esta tarde compré unas cervezas -dijo Sean después de una pausa-. ¿Quieres subir a tomar un trago?

-Me parece bien -dijo Claire con entusiasmo.

Mientras Sean subía las escaleras detrás de ella pensó que quizá había sobreestimado su resistencia. Caminaba casi dormido.

En la puerta de su apartamento, manoseó torpemente las llaves intentando meter en la cerradura la que correspondía.

Cuando consiguió dar finalmente la vuelta al pestillo, abrió la puerta y buscó el interruptor con los dedos. Al apretar el interruptor se oyó un grito furioso. Cuando Sean vio la persona que le estaba esperando, se le heló la sangre. - ¡Con cuidado! -dijo el doctor Mason a los dos ayudantes de la ambulancia mientras sacaban a Helen Cabot del avión a reacción Lear que la había llevado a Miami en una camilla especial.

- ¡Cuidado con los peldaños!

El doctor Mason llevaba puesto todavía su esmoquin. Margaret Richmond había llamado cuando la fiesta estaba a punto de acabar comunicando que el avión que trasladaba a Helen Cabot iba a aterrizar. El doctor Mason, sin dudarlo un instante, corrió hacia su Jaguar.

Los camilleros introdujeron lo más lentamente posible a Helen en la ambulancia. El doctor Mason subió detrás de aquella mujer, gravemente enferma.

- ¿Está cómoda?-preguntó.

Helen asintió. El viaje la había cansado mucho. Las grandes dosis de medicamento no habían conseguido controlar completamente sus ataques. Por si fuera poco, el avión había encontrado turbulencias sobre Washington D.C.

-Me alegro de haber llegado -dijo sonriendo débilmente.

El doctor Mason la cogió del brazo para tranquilizarla, luego bajó de la ambulancia y se volvió hacia los padres, que habían acompañado la camilla desde el reactor. Decidieron que la señora Cabot iría en la ambulancia y que John Cabot iría en el coche del doctor Mason.

El doctor Mason siguió la ambulancia desde el aeropuerto.

-Le agradezco mucho que haya venido a recibirnos -dijo Cabot-. Me temo, por el traje que lleva, que hemos interrumpido la velada.

-En realidad, el momento fue muy adecuado -dijo Mason-. ¿Conoce a Howard Pace?

- ¿El magnate de la aviación?-preguntó John Cabot.

-Sí-dijo el doctor Mason-. El señor Pace ha hecho una donación generosa al Centro Forbes y celebrábamos una pequeña fiesta, pero cuando usted llamó se estaba ya acabando.

-De todos modos, el interés que demuestra me tranquiliza -dijo John Cabot-. Muchos médicos están dominados por sus agendas. Tienen más interés en sí mismos que en los pacientes.

La enfermedad de mi hija me ha abierto los ojos.

-Por desgracia lo que dice sucede demasiado a menudo -dijo el doctor Mason-. Pero en el Forbes lo que cuenta es el paciente. Haríamos más si no tuviéramos tantos problemas de financiación. Desde que el gobierno comenzó a limitar las subvenciones, hemos tenido dificultades.

-Si consigue ayudar a mi hija, contribuiré gustoso necesidades de capital.

-Haremos todo lo que podamos por ella.

-Dígame-preguntó Cabot-, en su opinión, ¿qué posibilidades tiene? Me gustaría saber la verdad.

-La posibilidad de una recuperación total es excelente -dijo el doctor Mason-. Hemos tenido mucho éxito con tumores como el de Helen. Pero el tratamiento debe iniciarse inmediatamente. Intenté acelerar el traslado, pero los doctores de Boston no parecían muy dispuestos a concederlo.

-Ya sabe cómo son los médicos de Boston. Si hay una prueba más que puedan aplicar quieren hacerla ellos, y luego, como es lógico, quieren repetirla.

-Intentamos convencerles para que no hicieran biopsias del tumor -dijo el doctor Mason-. Ahora es posible diagnosticar el meduloblastoma con un IRM perfeccionado. Pero no se dejaron convencer. Sin embargo, nosotros tenemos que repetir la biopsia con independencia de que ellos la hicieran o no.

Tenemos que desarrollar algunas células del tumor en cultivo tisular, porque es una parte integrante del tratamiento.

- ¿Cuándo podrán hacerlo? -preguntó John Cabot.

-Cuanto antes mejor -dijo el doctor. -No tenías que haber chillado -dijo Sean.

Todavía estaba temblando del susto que se llevó al encender la luz.

-No chillé-dijo Janet-. Grité “sorpresa”. Lo cierto es que no sé quién se sorprendió más, yo, tú o aquella mujer.

-Aquella mujer trabaja para el Centro Forbes contra el Cáncer -dijo Sean-. Te lo he repetido diez veces. Está en el departamento de relaciones públicas y se encargó de darme la bienvenida.

-Lo que, supongo, incluye irse contigo a tu apartamento después de las diez de la noche -comentó Janet con ironía-. No me tomes por tonta. No me lo creo. No han transcurrido apenas veinticuatro horas de tu llegada y tienes ya una mujer en tu apartamento.

-Yo no quería invitarla -dijo Sean-. Pero se produjo una situación incómoda. Me trajo aquí por la tarde, luego me llevó por la noche a una velada. Cuando llegamos y aparcamos para que ella tomara su coche, pensé que debía demostrar un poco de educación. La invité a una cerveza. Ya te he dicho que estaba agotado. Además tú siempre te quejas de mi falta de dotes sociales.

-Por lo que veo, te va muy bien aprender algo de modales precisamente cuando puedes practicarlos con una chica joven y atractiva -dijo Janet indignada-. No es extraño que no me crea nada de lo que dices.

-Bueno, creo que le das más importancia de la que tiene -dijo Sean-. Y además, ¿cómo conseguiste llegar aquí?

-Me dieron el apartamento situado dos puertas más allá, y tú dejaste abierta la puerta corredera.

- ¿Cómo te dejan dormir aquí?

-Porque el Centro Forbes contra el Cáncer me ha contrata do -dijo Janet-. Esto forma parte de la sorpresa: voy a trabajar aquí.

Por segunda vez aquella noche Janet le dejó boquiabierto.

- ¿Trabajar aquí?-repitió como si no lo hubiera captado bien-. ¿De qué hablas?

-Llamé al Hospital Forbes-dijo Janet-. Tienen un programa de contratación activa de enfermeras. Me contrataron en el acto. Ellos mismos llamaron a la Junta de Enfermeras de Florida y consiguieron un permiso provisional de ciento veinte días para que pueda trabajar mientras completan los trámites para darme la licencia de enfermería de Florida.

- ¿Y tu trabajo en el Boston Memorial?-preguntó Sean.

-Muy fácil-dijo Janet-. Me concedieron inmediatamente la excedencia. Una de las ventajas de las enfermeras hoy en día es que estamos muy solicitadas. Podemos fijar las condiciones de trabajo mucho mejor que la mayoría de empleados.

-Bueno, todo es muy interesante -dijo Sean.

En aquel momento fue lo único que se le ocurrió.

-Es decir que continuaremos trabajando en la misma institución.

- ¿Te planteaste alguna vez la posibilidad de compartir la idea conmigo? -preguntó Sean.

-No pude -dijo Janet-. Tú te habías ido ya.

- ¿Y antes de irme? -preguntó Sean-. O quizá podrías haber esperado a que yo llegara. Creo que podríamos haber discutido la cuestión.

-Bueno, de eso se trata -dijo Janet.

- ¿A qué te refieres?

-Vine aquí para poder hablar -dijo Janet-. Creo que es una oportunidad perfecta para que podamos hablar sobre nuestra relación. En Boston estás demasiado preocupado por la facultad y tus investigaciones. Aquí tus horarios serán probablemente más flexibles. Dispondremos de mucho más tiempo que en Boston.

Sean se levantó como pudo del sofá y se acercó a la puerta corredera abierta. No encontraba palabras. Toda la historia de su estancia en Florida estaba fracasando terriblemente.

¿Cómo llegaste hasta Miami?-Tomé un avión y alquilé un coche -dijo Janet.

- ¿O sea que nada es irreversible? -dijo Sean.

-Si crees que puedes enviarme a casa, piénsalo bien -dijo Janet con una voz que volvía a ser cortante-. Es la primera vez en mi vida que decido ponerme en una situación precaria para conseguir algo importante. -Continuaba enfadada, pero Sean dedujo que también estaba a punto de echarse a llorar-. Quizá lo nuestrO no tiene ninguna importancia para ti...

Sean la interrumpió: -No me refiero en absoluto a esto. El problema es que ni yo mismo sé si voy a quedarme.

- ¿Qué estás diciendo? -preguntó ella.

Sean volvió al sofá y se sentó. Clavó su mirada en los ojos castaños de Janet y le contó el preocupante recibimiento que había tenido en el centro, donde la mitad de las personas le habían tratado bien y la otra mitad mal. Le contó lo más importante: que ni el doctor Mason ni la doctora Levy pare cían muy dispuestos a permitirle trabajar en el protocolo de meduloblastoma.

- ¿Qué quieren que hagas? -preguntó.

-Me parece que quieren que haga un trabajo rutinario-dijo Sean-. Quieren que fabrique un anticuerpo monoclonal para una determinada proteína. Si no lo consigo, debo cristalizarla para poder determinar s-l estructura molecular tridimensional.

Es decir que voy a estar perdiendo el tiempo. No voy a aprender nada. Lo mejor sería que volviera a Boston y siguiera trabajando en el proyecto de oncogenes para mi tesis.

-Quizá podrías conseguir las dos cosas -propuso Janet-. Ayudarles con su proteína y a cambio trabajar en el proyecto de meduloblastoma.

Sean movió negativamente la cabeza.

-Lo dejaron muy claro. No van a cambiar de idea. Dijeron que el estudio del meduloblastoma había entrado en la etapa de las pruebas clínicas y que yo estoy aquí para realizar investigación básica. Que quede entre nosotros, pero pienso que su negativa tiene algo que ver con los japoneses.

- ¿Los japoneses? -preguntó Janet.

Sean contó a Janet que el Centro Forbes había aceptado una enorme subvención a cambio de productos patentables de biotecnología.

-Creo que el protocolo de meduloblastoma está relacionado de algún modo con este trato. Es la única explicación posible de que los japoneses hayan ofrecido tanto dinero al Forbes.

Como es lógico, esperan algún día sacar rendimiento de su inversión, y a ello van, prefiriendo probablemente que sea más pronto que más tarde.

-Esto es terrible -dijo Janet.

Pero su comentario era personal. No tenía nada que ver con la carrera de investigador de Sean. El esfuerzo de trasladarse a Florida la había agotado tanto, que no estaba preparada para un cambio tan brusco.

-Además hay otro problema -dijo Sean-. La persona que me recibió más fríamente resulta ser la directora de investigaciones. Es la persona de quien debo recibir órdenes directas.

Janet suspiró. Empezó a pensar lo que debería hacer para dar marcha atrás y repetir en dirección contraria todas las gestiones que había hecho para entrar en el Centro Forbes.

Probablemente tendría que trabajar en el turno de noche en el Boston Memorial, por lo menos una temporada. Janet se levantó con esfuerzo de la mullida butaca donde se había sentado y se acercó a la puerta corredera. Trasladarse a Florida le había parecido una gran idea cuando estaba en Boston.

Ahora se había convertido en la cosa más estúpida que había imaginado nunca.

De repente Janet se volvió y dijo: - ¡Un momento! Creo que tengo una idea.

- ¿Cuál? -preguntó Sean mientras Janet permanecía callada.

-Estoy pensando -dijo ella, poniéndose un dedo en los labios.

Sean estudió su rostro. Unos momentos antes parecía deprimida, pero ahora le brillaban los ojos.

-Eso es, ya está -dijo-. Quedémonos aquí y trabajemos los dos en esta historia de meduloblastomas. Podríamos actuar como un equipo.

- ¿Qué quiere decir esto? -preguntó Sean con escepticismo.

-Muy sencillo -dijo Janet-. Dijiste que el proyecto estaba 9~ ya en pruebas clínicas. Bueno, ¿y qué? Yo trabajaré en las salas y podré determinar los regímenes de tratamiento. Horas, dosis, efectos. Tú estarás en el laboratorio y podrás dedicarte a lo tuyo. No creo que los anticuerpos te tengan ocupado todo el tiempo.

Sean se mordió el labio inferior mientras ponderaba la propuesta de Janet. l mismo había pensado ya en ocuparse subrepticiamente del tema de los meduloblastomas. El obstáculo más importante era precisamente lo que Janet podía solucionar: conseguir la información clínica.

-Tendrás que proporcionarme los historiales médicos -dijo Sean.

No podía evitar una cierta desconfianza. Janet había obedecido siempre estrictamente el reglamento hospitalario o, en realidad, todos los reglamentos.

-Si consigo una fotocopiadora, será fácil -dijo.

-Necesitaré muestras de los medicamentos -dijo Sean.

-Es probable que yo misma me ocupe de administrarlos -dijo ella.

Sean suspiró: -No sé, todo parece muy incierto.

Librodot

-No me digas que estamos invirtiendo los papeles -dijo Janet-. Tú insistías siempre en que mi vida estaba demasiado protegida, que nunca corría riesgos. De pronto soy yo quien está dispuesta a correr riesgos y tú quien se muestra precavido.

¿Dónde está aquel espíritu rebelde que tanta satisfacción te daba?

Sean sonrió a pesar suyo.

- ¿Quién es esa mujer con quien estoy hablando? -dijo.

Luego se echó a reír-. De acuerdo, tú ganas. Me rindo de entrada. Probemos suerte.

Janet se echó en los brazos de Sean. l la abrazó con fuerza.

Al cabo de un rato se miraron a los ojos y se besaron.

-Puesto que la conspiración ya está en marcha, vámonos a la cama -dijo Sean.

-Un momento -dijo Janet-. No vamos a dormir juntos, si a eso te refieres. Al menos no hasta que hayamos hablado seriamente sobre nuestra relación. -Por favor, Janet -dijo Sean con voz lastimera.

-Tú tienes tu apartamento y yo el mío -dijo Janet mientras le pellizcaba la nariz-. Eso de hablar lo digo en serio.

-Estoy demasiado cansado para discutir -dijo Sean.

-No importa -dijo Janet-. Discutir no es lo que debemos hacer.

A LAS ONCE Y MEDIA de aquella misma noche, Hiroshi Gyuhama era la única persona en el edificio de investigación del Centro Forbes, aparte del guardia de seguridad que probablemente, según sospechaba Hiroshi, estaba durmiendo en su puesto de la entrada principal. Hiroshi se había quedado solo en el edificio a las nueve, cuando David Lowenstein se marchó. Las horas extra que estaba trabajando Hiroshi no se debían a alguna investigación en curso, sino al mensaje que estaba esperando de sus superiores. Sabía que en aquel momento era la una y media de la tarde del día siguiente en Tokio. Normalmente, después del almuerzo su supervisor recibía instrucciones de los directores en respuesta a los mensajes que pudiera haber enviado Hiroshi.

Como si estuviera sincronizado, el indicador de recepción de la máquina de fax comenzó a parpadear y en la pequeña pantalla se formó el mensaje: "recepción". Hiroshi con evidente ansiedad agarró la hoja cuando hubo salido de la rendija. Se sentó, con cierta emoción, y leyó la orden que mandaban desde Tokio.

La primera parte del mensaje era tal como había imaginado.

Los directores de Sushita estaban preocupados por la llegada inesperada del doctorando de Harvard. Consideraban que el hecho infringía el espíritu del acuerdo con el Forbes. La directiva de Sushita continuaba insistiendo en que el diagnóstico y tratamiento del cáncer sería, en opinión de la empresa, el avance más importante de la biotecnología y la farmacia del siglo XXI. La empresa consideraba que superaría en importancia económica a los antibióticos, aquella mina del siglo XX.

En cambio, la segunda parte del mensaje dejó confundido a Hiroshi Decía que la dirección no deseaba correr ningún riesgo y que Hiroshi debía llamar a Tanaka Yamaguchi. Hiroshi debía encargar a Tanaka que investigara a Sean Murphy y que actuara según los resultados. Si se llegaba a la conclusión de que Murphy era una amenaza, había que llevarlo a Tokio inmediatamente.

Hiroshi dobló longitudinalmente siete veces el documento del fax, lo sostuvo sobre la pileta del lavabo y lo quemó. Abrió el grifo y evacuó las cenizas. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Librodot

Hiroshi había confiado en que la directiva de Tokio le devolviera la tranquilidad de espíritu. Sin embargo, ahora estaba más nervioso que antes. No era un buen síntoma que los superiores de Hiroshi le consideraran incapaz de controlar la situación. No se lo habían dicho directamente, pero la orden de llamar a Tanaka equivalía a eso. Hiroshi deducía de ello que en cuestiones de importancia esencial no se confiaba en él, y que, si no se confiaba en él, sus posibilidades de ascenso en la jerarquía de Sushita estaban automáticamente amenazadas.

Desde su punto de vista personal acababa de quedar en evidencia.

Hiroshi, con obediencia inquebrantable a pesar de su creciente ansiedad, sacó la lista de números de urgencia que le habían confiado antes de ir al Forbes, hacía más de un año.

Encontró el número de Tanaka y lo marcó. Mientras sonaba la señal, Hiroshi sintió que su irritación y su resentimiento contra el doctorando de Harvard iban en aumento. Si el futuro doctor no se hubiera presentado nunca en el Forbes, el temple de Hiroshi ante sus superiores no habría sufrido aquella prueba.

Un pitido mecánico siguió a un rápido mensaje en japonés pidiendo que el comunicante dejara su nombre y su número.

Hiroshi así lo hizo pero añadió que estaría esperando la res puesta. Hiroshi pensó en Tanaka. No sabía muchas cosas sobre aquel hombre, pero lo que sabía era inquietante. Tanaka era un tipo al que varias compañías japonesas utilizaban frecuentemente para llevar a cabo actividades de espionaje industrial de todo tipo. Lo que preocupaba a Hiroshi era el rumor de que Tanaka estaba relacionado con la yakuza, la implacable mafia japonesa. Cuando el teléfono sonó al cabo de unos minutos, sus roncas reverberaciones se oyeron desacostumbradamente altas en el silencio del laboratorio vacío. Hiroshi, sobresaltado, levantó el auricular antes de que hubiera finalizado el primer toque.

-Moshimoshi -dijo Hiroshi demasiado deprisa, delatando su nerviosismo.

La voz que contestó era dura y penetrante como un bisturí.

Era la voz de Tanaka.

Librodot

CAPITULO 4

MIERCOLES, 3 DE MARZO 8.30 a.m.

A las ocho y media Sean abrió los ojos, parpadeó y se despertó inmediatamente. Cogió el reloj de pulsera para mirar la hora y se sintió molesto. Había pensado ir pronto aquel día al labora torio. Si quería que el plan de Janet tuviera éxito, tendría que esforzarse algo más.

Después de ponerse sus pantalones cortos de boxeador y taparse con una cierta decencia, caminó silenciosamente por la terraza y llamó con suavidad a la puerta corredera de Janet. Las cortinas estaban todavía echadas. Después de llamar con más fuerza, apareció detrás del cristal su cara soñolienta.

- ¿Me echaste de menos? -bromeó Sean cuando Janet abrió la puerta.

- ¿Qué hora es? -preguntó ella.

La luz brillante le hizo parpadear.

-Pronto serán las nueve -dijo Sean-. Me iré dentro de quince o veinte minutos. ¿Quieres venir conmigo?

-Mejor que vaya yo sola-dijo Janet-. Luego tengo que encontrar apartamento. Sólo puedo estar aquí unas noches.

-Nos veremos por la tarde -dijo Sean, dirigiéndose ya de vuelta a su apartamento.

- ¡Sean!-gritó Janet.

Sean volvió la cabeza.

- ¡Buena suerte! -le deseó ella.

- ¡Lo mismo digo! -respondió Sean.

Cuando se hubo vestido, Sean se fue con su 4x4 hasta el Centro Forbes y aparcó frente al edificio de investigación.

Eran las nueve y media cuando cruzó la puerta. Cuando entró Robert Harris se puso rígido en el mostrador. Estaba explican do algo al guardia. Su expresión era entre irritada y malhumorada. Al parecer aquel individuo no estaba nunca de buen humor.

- ¿Horario de banquero?-preguntó Harris provocativo.

- ¡Vaya! ¡Aquí está mi marine favorito! -dijo Sean-. ¿Consiguió usted sacar de apuros a la señora Mason o estaba ella tan desesperada que se lo llevó de paseo en el Lady Luck?

Robert Harris se lo quedó mirando ferozmente mientras Sean se inclinaba sobre la barra giratoria para enseñar su tarjeta de identidad al guardia de la entrada. Pero Harris no encontró una réplica adecuada con suficiente rapidez. El guardia de la puerta soltó el pestillo de la barra y Sean empujó para pasar.

Sean, sin saber exactamente cómo enfocar el día, tomó el ascensor hasta la planta séptima y se fue a la oficina de Claire.

No le entusiasmaba mucho la idea de verla de nuevo, porque las circunstancias de su despedida habían sido muy poco cómo das, pero deseaba aclarar las cosas.

Claire y su jefe compartían una oficina con las mesas encara das. Pero cuando Sean llegó, Claire estaba sola.

- ¡Buenos días!-dijo Sean alegremente.

Claire levantó la mirada de su trabajo y dijo sarcásticamente: -Espero que hayas dormido bien.

Librodot

-Siento mucho lo de ayer-se lamentó Sean-. Sé que fue desagradable e incómodo para todos. Lamento que la velada acabara de aquella manera, pero te juro que la llegada de Janet fue totalmente inesperada.

-Si tú lo dices -contestó Claire fríamente.

-Por favor-pidió Sean-. No me trates mal. Eres una de las pocas personas que me ha tratado con simpatía. Te pido disculpas. ¿Qué más puedo hacer?

-Tienes razón -dijo Claire ablandándose al final-. Lo pasado, pasado está. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

-Supongo que tengo que hablar con la doctora Levy -dijo Sean- ¿Qué crees que debo hacer para encontrarla?

-Llámala por el busca. Todos los profesionales llevan este aparato. Tú también deberías llevar uno. Llamó a la telefonista, quien le informó que la doctora Levy había llegado y luego marcó el mensaje.

Claire sólo había tenido tiempo de explicar a Sean dónde podía conseguir un busca cuando sonó el teléfono. Era una de las secretarias de administración y le comunicaba que la doctora Levy estaba en su despacho, a sólo unas puertas de distancia del de Claire.

Dos minutos después, Sean estaba llamando a la puerta de la doctora Levy, preguntándose cómo le recibiría. Cuando oyó la voz de la doctora Levy invitándole a pasar, intentó convencerse a sí mismo de que debía actuar con educación aunque ella no lo hiciera.

El despacho de la doctora Deborah Levy era el primer lugar que encontraba en el Centro Forbes donde reinaba el entorno científico y académico a que Sean estaba acostumbrado. Había revistas y libros apilados, un microscopio binocular, un surtido de preparaciones microscópicas, fotomicrografías, diapositivas en color tiradas por la mesa, frascos de Erlenmeyer, platos de cultivo, probetas de cultivo tisular y cuadernos de notas de laboratorio.

-Una mañana deliciosa -dijo Sean, confiando empezar con un tono mejor que el del día anterior.

-Pedí a Mark Halpern que subiera cuando me enteré de que usted estaba en esta planta -dijo la doctora Levy haciendo caso omiso del comentario de Sean-. Es nuestro jefe y actualmente nuestro único técnico de laboratorio. l le pondrá en antecedentes. También encargará todos los suministros y reactivos que usted pueda necesitar y que nosotros no tengamos, aunque nuestro almacén es bueno. Pero yo tengo que aprobar todos los pedidos.

Empujó un pequeño frasco por encima de la mesa hacia Sean.

-Aquí está la glucoproteína. Estoy segura de que lo comprenderá si le digo que no debe salir del edificio. Lo que dije ayer continúa siendo válido. Limítese a lo que le han asignado.

Tendrá trabajo más que suficiente para estar ocupado. Buena suerte y confío en que usted sea tan bueno como al parecer el doctor Mason quiere que creamos.

- ¿No sería más cómodo si todo esto lo hiciéramos con un poco más de cordialidad? -preguntó Sean. Alargó la mano y recogió el frasco.

La doctora Levy apartó de su frente unas cuantas mechas rebeldes de su reluciente pelo negro.

-Agradezco su franqueza -dijo, después de una breve pausa-. Nuestra relación dependerá de sus resultados. Si trabaja mucho, nos entenderemos.

En aquel momento entró Mark Halpern en el despacho de la doctora Levy. Mientras les presentaban, Sean estudió el rostro del hombre y dedujo que tenía unos treinta años. Era unos cuantos centímetros más alto que Sean e iba vestido con meticuloso cuidado. Llevaba sobre su traje un delantal blanco inmaculado, y recordaba más a los dependientes que Sean había visto en los

Librodot

mostradores de cosméticos de los grandes almacenes que a un técnico de un laboratorio cien tífico.

Durante la media hora siguiente Mark preparó el lugar de trabajo de Sean en la grande y vacía quinta planta que Claire le había enseñado el día anterior. Cuando Mark se fue, Sean quedó más tranquilo sobre su lugar de trabajo; aunque hubiese deseado únicamente estar trabajando en algo que le interesara de veras.

Sean tomó el frasco que la doctora Levy le había dado, desenroscó el tapón y estudió el fino polvo blanco. Lo olió, no olía a nada. Acercó su taburete a la mesa y se puso a trabajar.

Primero disolvió el polvo en una serie de solventes para hacerse una idea de su solubilidad. Preparó también una electroforesis de gel para conocer con una cierta aproximación su peso molecular.

Al cabo de una hora de concentración, Sean se distrajo repentinamente por un movimiento que creyó captar por el rabillo del ojo. Cuando miró en aquella dirección, sólo vio el espacio vacío del laboratorio que se extendía por la puerta hasta las escaleras. Sean se tomó una pausa en su trabajo. El único sonido perceptible era el zumbido del compresor de un refrigerador y el chirrido de un agitador que Sean había prendido para sobresaturar una solución. Se preguntó si aquella soledad insólita le estaba provocando alucinaciones.

Estaba sentado cerca del centro de la sala. Dejó los utensilios que tenía en las manos y recorrió todo el laboratorio mirando cada pasillo. Cuanto más miraba, menos seguro estaba de haber visto algo. Llegó hasta la puerta de la escalera, la abrió de golpe y dio un paso hacia fuera con la idea de mirar las escaleras de arriba abajo. En realidad pensaba que no encontraría nada y retuvo involuntariamente el aliento cuando su maniobra repentina le enfrentó con alguien que estaba al acecho detrás de la puerta.

Sean reconoció el rostro en seguida y se dio cuenta de que tenía ante sí a Hiroshi Gyuhama, que estaba igualmente aturdido. Recordaba haber conocido a aquel hombre el día antes, cuando Claire los había presentado.

-Lo siento mucho-dijo Hiroshi con una sonrisa nerviosa.

Hizo una profunda reverencia.

-No hay de qué -dijo Sean, reprimiendo un deseo irresistible de inclinarse a su vez-. Tenía que haber mirado primero por la ventana antes de abrir la puerta.

-No, no, la culpa fue mía-insistió Hiroshi.

-Desde luego que no, ha sido mía. Pero supongo que es una tontería seguir con esto.

-Lo siento-insistió Hiroshi.

- ¿Desea entrar?-preguntó Sean señalando hacia su labora torio.

-No, no-dijo Hiroshi mientras su sonrisa aumentaba de volumen-. Vuelvo a mi trabajo -continuó diciendo, pero sin moverse.

- ¿En qué trabaja usted? -preguntó Sean para mantener la conversación.

-Cáncer de pulmón-dijo Hiroshi-. Muchísimas gracias.

-Gracias -dijo Sean como un eco.

Luego se preguntó por qué daba las gracias a aquel hombre.

Hiroshi hizo varias reverencias antes de darse la vuelta y subir las escaleras.

Sean se encogió de hombros y volvió a su banco de laboratorio. Se preguntó si el movimiento que había visto al principio había sido Hiroshi, quizá por la ventanita que daba a la caja de la escalera. Pero eso significaba que Hiroshi había estado allí todo el rato, lo cual resultaba absurdo. Al observar que su concentración se había esfumado, Sean aprovechó el momento para bajar al

sótano y buscar a Roger Calvet. Cuando lo encontró, Sean empezó a sentirse incómodo porque estaba hablando con una persona cuya deformidad en la espalda le impedía devolver la mirada a su interlocutor. Sin embargo, el señor Calvet consiguió separar un grupo de ratones de raza adecuada para que Sean les inyectara la glucoproteína con la esperanza de provocar una reacción de anticuerpos. Sean no esperaba que aquello tuviera ningún éxito, puesto que sin duda otras personas en el Centro Forbes lo habían probado ya. Sin embargo, sabía que debía empezar desde el principio antes de recurrir a uno de sus "trucos".

Cuando de nuevo Sean estuvo en el ascensor e iba a apretar el botón de la quinta planta, cambió de idea y apretó el de la sexta. No sabía exactamente por qué pero se sentía aislado y algo solo. Trabajar en el Forbes era una experiencia muy poco gratificante, y no únicamente por la cantidad de personas desagradables. Lo cierto es que no había suficientes personas. El lugar estaba demasiado vacío, demasiado limpio, demasiado ordenado. Sean siempre había dado por supuesto que encontraría el ambiente académico de sus trabajos anteriores. Ahora descubría que necesitaba algún contacto humano. Se dirigió pues hacia la planta sexta.

La primera persona que Sean encontró fue David Lowenstein. Era un individuo delgado de aire concentrado que estaba inclinado sobre su mesa de laboratorio examinando unas probetas de cultivo tisular. Sean se le acercó por el lado izquierdo y le saludó.

- ¿Dígame? -contestó David, levantando la mirada de su trabajo.

- ¿Cómo le va?-preguntó Sean.

Volvió a presentarse por si acaso David le había olvidado del día anterior.

-Todo va lo bien que podría esperarse -dijo David.

- ¿En qué está trabajando? -volvió a preguntar Sean.

-Melanoma-contestó David.

-Oh!-dijo Sean.

Poco a poco la conversación cesó y Sean acabó yéndose. Vio que Hiroshi le miraba, pero después del incidente en la escalera prefería evitarlo. Se acercó en cambio a Arnold Harper, que estaba muy atareado trabajando bajo una campana. Dedujo que estaba haciendo algún tipo de recombinación con levaduras.

Los intentos de charlar tuvieron más o menos el mismo éxito que con David Lowenstein. Lo único que Sean extrajo de Arnold era que estaba trabajando sobre cáncer de colon. Aun que él había iniciado la glucoproteína que Sean estaba utilizan do, no parecía en absoluto interesado en hablar sobre el tema.

Sean continuó andando y llegó a la puerta de cristal que daba al laboratorio de máxima contención con su cartel de prohibido el paso. Se apantalló los ojos con las manos, como había hecho el día anterior, e intentó de nuevo mirar a través del cristal. Lo único que pudo ver, al igual que el día anterior, fue un pasillo con puertas a ambos lados. Después de mirar por encima del hombro para comprobar que no había moros en la costa, Sean abrió la puerta y entró. La puerta se entornó detrás de él y se cerró con un "clic". Aquel sector del laboratorio tenía presión negativa para que no saliera aire al abrir la puerta.

Durante un momento Sean se quedó al lado de la puerta mientras sentía que su corazón latía con fuerza. Era la misma sensación que tenía cuando él, Jimmy y Brady, sus amigos de adolescencia, se desplazaban al norte, a una de las acomodadas ciudades dormitorio, Swampscott o Marblehead, y entraban en una casa. Nunca robaron nada de auténtico valor, sólo televisores y cosas

Librodot

semejantes. Nunca tuvieron problemas para des hacerse de estos objetos en Boston. El dinero iba a parar a un individuo que, según se suponía, lo enviaba al I R A, pero Sean nunca supo si llegaba algo a Irlanda, aunque sólo fuera una parte.

Como no apareció nadie para oponerse a la presencia de Sean en la zona prohibida, comenzó a avanzar. El lugar no tenía el aspecto ni daba el tono de un laboratorio de máxima contención. De hecho, el primer cuarto que exploró estaba vacío, sólo había unos cuantos bancos de laboratorio, sin nada sobre ellos. No había ningún tipo de equipo. Sean entró en la habitación y examinó la superficie de los bancos. Se habían utilizado alguna vez, pero no mucho. Pudo detectar algunas marcas dejadas por las patas de caucho de una máquina. Pero ésta era la única señal de utilización.

Sean se inclinó, tiró de la puerta de un armario y miró en su interior. Había unas cuantas botellas de reactivos medio vacíos y un surtido de recipientes de cristal, algunos rotos.

- ¡No se mueva! -gritó una voz que obligó a Sean a dar media vuelta y a Incorporarse.

Era Robert Harris, plantado en la entrada, con las manos en las caderas y los pies separados. Su rostro abotargado estaba enrojecido. Gotas de sudor perlaban su frente.

- ¿No sabes leer, chico de Harvard? -ladró Harris.

-No creo que valga la pena enfadarse por un laboratorio vacío -dijo Sean.

-Esta zona está prohibida-dijo Harris.

-No estamos en el ejército-dijo Sean.

Harris avanzó amenazador. Esperaba intimidar a Sean con su estatura y su ventaja de peso. Pero Sean no se movió Solamente se puso tenso. Su experiencia de adolescente callejero le decía instintivamente que podía darle a Harris, y darle fuerte, si éste intentaba tocarle. Y estaba bastante seguro de que Harris no lo intentaría.

-Está claro que usted es un fisgón -dijo Harris-. Cuando le vi, comprendí inmediatamente que nos traería problemas.

- ¡Qué raro! Yo pensé lo mismo sobre usted -dijo Sean -Le advertí que no me provocara, muchacho -dijo Harris Se acercó a pocos centímetros del rostro de Sean.

-Tiene un par de espinillas en la nariz -dijo Sean-. Por si no lo sabía.

Harris se quedó mirando a Sean unos momentos sin hablar y con ojos furiosos. Su rostro enrojeció todavía más.

-Creo que se está alterando demasiado -dijo Sean.

- ¿Qué diablos estaba haciendo aquí? -preguntó Harris.

-Simple curiosidad -dijo Sean-. Me dijeron que era un laboratorio de máxima contención y tuve ganas de verlo -Quiero que salga de aquí en dos segundos -dijo Harris Se echó a un lado y señaló hacia la puerta.

-Sean, hay unos cuantos cuartos más que me gustaría ver. ¿Qué le parece si hacemos una visita juntos?

¡Fuera! -gritó Harris señalando hacia la puerta de cristal.

JANET TENÍA UNA ENTREVISTA a última hora de la mañana con la directora de enfermeras, Margaret Richmond. El intervalo entre la visita matutina de Sean y la partida hacia el hospital lo aprovechó para tomarse una ducha prolongada, depilarse, secarse el pelo con el secador y plancharse el vestido. Sabía que tenía seguro el trabajo en el Hospital Forbes, pero entrevistas como la de aquella mañana todavía la ponían nerviosa. Además, continuaba preocupada por la posibilidad de que Sean volviera a Boston. En definitiva,

Librodot

tenía muchos motivos para estar preocupada, e ignoraba qué novedades le depararían los próximos días.

Margaret Richmond no era lo que Janet había previsto. Por teléfono su voz había conjurado la imagen de una mujer delicada y pequeña. En cambio era corpulenta y más bien severa. Sin embargo se mostró cordial y sincera, y transmitió a Janet su agradecimiento por entrar a trabajar en el Hospital Forbes. Incluso le ofreció escoger sus turnos. Janet, satisfecha, decidió trabajar de día. Había supuesto que empezaría trabajan do en el turno de noche, que no le gustaba.

-Usted mencionó que prefería trabajar en la planta -dijo la señora Richmond mientras consultaba sus notas.

-Así es -dijo Janet-. Ese tipo de trabajo me permite tener contacto con los pacientes, que es lo que más aprecio.

-Tenemos una vacante para el turno de día en la cuarta planta -dijo la señora Richmond.

-Parece interesante -dijo Janet alegremente.

- ¿Cuándo desearía empezar? -preguntó la señora Richmond.

-Mañana-dijo Janet.

Hubiese preferido disponer de unos cuantos días más para poder encontrar un apartamento e instalarse, pero tenía muchas ganas de empezar a ocuparse del protocolo de meduloblastoma.

-Me gustaría dedicar el día de hoy a encontrar un apartamento próximo- añadió Janet.

-No creo que le convenga quedarse aquí cerca -dijo la señora Richmond-. En su caso, yo me iría a la playa. Han restaurado muy bien toda la zona. O bien la playa o bien Coconut Grove.

-Seguiré su consejo -dijo Janet.

Supuso que la entrevista había terminado y se levantó.

- ¿Qué le parece si hacemos una visita rápida al hospital?

-preguntó la señora Richmond.

-Me gustaría mucho -dijo Janet.

La señora Richmond llevó primero a Janet al otro lado de la entrada para que conociera a Dan Selenburg, el administrador del hospital. Pero no pudieron verlo. Subieron entonces a la primera planta para visitar las instalaciones de los pacientes ambulatorios, el auditorio del hospital y la cafetería.

En la segunda planta Janet visitó la unidad de vigilancia intensiva, la zona de cirugía, el laboratorio de química, el departamento de radiología y el archivo médico. Luego subieron a la cuarta planta.

El hospital le impresionó favorablemente. Era alegre, moderno, y parecía contar con personal adecuado, lo cual era muy importante desde el punto de vista de una enfermera. De entrada, no le había entusiasmado mucho la especialización del hospital en oncología y el hecho de que todos los pacientes estuvieran enfermos de cáncer, pero al ver el ambiente agradable y la variedad de pacientes, algunos viejos, otros gravemente enfermos, otros aparentemente normales, decidió que el Hospital Forbes era un lugar perfectamente adecuado en donde trabajar En muchos aspectos no difería tanto del Boston Memorial. Pero era más nuevo y estaba decorado de modo más agradable.

La cuarta planta estaba dispuesta con la misma configuración que las demás plantas de pacientes. Era un rectángulo simple con habitaciones privadas a ambos lados de un pasillo central El puesto de enfermeras estaba situado en medio de la planta, cerca de los ascensores y tenía un gran mostrador en forma de U. Detrás había un cuarto de servicios y una pequeña farmacia donde había un armario con una puerta de dos paneles. Frente al

Librodot

puesto de enfermeras había un salón para los pacientes. Al otro lado de los ascensores había un armario de mantenimiento con una pileta. A ambos extremos de la larga sala central había escaleras.

Cuando hubieron acabado la visita, la señora Richmond dejó a Janet con Marjorie Singleton, la enfermera jefa del turno de día. Marjorie gustó inmediatamente a Janet. Era una pequeña pelirroja con pecas sobre el puente de la nariz. Parecía estar en constante actividad y nunca dejaba de sonreír. Janet conoció también a otros empleados, pero la profusión de nombres la abrumó. Aparte de la señora Richmond y de Marjorie, no consiguió recordar a ninguna de las personas que le presenta ron, a excepción de Tim Katzenburg, el secretario de la sala.

Era un adonis rubio, más parecido a un entrenador de natación que a un secretario de una sala de hospital. Contó a Janet que por la noche asistía a clases de preparación de medicina, porque había descubierto la utilidad limitada de su título en filosofía.

-Estamos muy contentos de tenerla entre nosotros -dijo Marjorie cuando se reunió de nuevo con Janet después de ocuparse de un pequeño caso de urgencia-. Boston pierde y nosotros ganamos.

-Me alegro de estar aquí -dijo Janet.

-Nos ha faltado personal desde la tragedia de Sheila Arnold -dijo Marjorie.

- ¿Qué pasó?-preguntó Janet.

-Violaron y mataron a tiros a la pobre mujer en su apartamento -dijo Marjorie-. No muy lejos del hospital. Así es la vida en una ciudad grande.

- ¡Qué terrible! -dijo Janet.

Se preguntó si por aquel motivo la señora Richmond le había advertido que no se alojara cerca del hospital.

-En este momento tenemos un pequeño contingente de pacientes procedentes de Boston-dijo Marjorie-. ¿Le gustaría conocerlos?

- ¡Claro! -dijo Janet.

Marjorie se movía rápidamente. Janet se vio obligada prácticamente a correr para seguirla. Entraron juntas en una habitación del lado oeste del hospital.

- ¡Helen! -dijo Marjorie en voz baja cuando se detuvieron al lado de una cama-. Tiene una visita de Boston.

Se abrieron unos ojos verdes brillantes. Su color intenso contrastaba de modo espectacular con la tez pálida de la paciente.

-Tenemos una nueva enfermera en el personal -añadió Marjorie.

Luego presentó a las dos mujeres.

El nombre de Helen Cabot despertó inmediatamente re cuerdos en la mente de Janet. A pesar de los ligeros celos que había sentido en Boston, estuvo contenta de encontrar a Helen en el Forbes. Su presencia contribuiría sin duda a que Sean se quedara en Florida. Cuando Janet hubo hablado con Helen, las dos enfermeras salieron de la habitación.

-Es un caso triste -dijo Marjorie-. Una chica tan encanta dora. Hoy van a practicarle una biopsia. Confío en que responda al tratamiento.

-Me dijeron que este hospital consigue una remisión del cien por cien de este tipo de tumor. ¿Por qué no va a responder?

Marjorie se detuvo y miró intensamente a Janet.

-Estoy impresionada -dijo-. No solamente conoce nuestros resultados con el meduloblastoma, sino que ha hecho un diagnóstico instantáneo y correcto de la paciente. ¿Tiene pode res que puedan sernos útiles?

-En absoluto -replicó Janet riendo-. Tuve de paciente a Helen Cabot en mi hospital de Boston. Estaba al corriente de su caso.

Librodot

-Esto me tranquiliza-dijo Marjorie-. Durante un segundo pensé que estaba presenciando algo sobrenatural.

Luego siguió andando.

-Me preocupa Helen Cabot porque sus tumores están muy avanzados ¿Por qué la retuvieron tanto tiempo en su hospital?

Debió haber empezado el tratamiento hace semanas.

-De eso no sé nada -reconoció Janet.

El siguiente paciente era Louis Martin. A diferencia de Helen, Louis no parecía estar enfermo. De hecho estaba sentado en una butaca, totalmente vestido. Había llegado aquella misma mañana y estaba todavía en los trámites de admisión.

No parecía enfermo, pero sí nervioso.

Marjorie hizo de nuevo las presentaciones y añadió que Louis tenía el mismo problema que Helen pero, por suerte, lo habían ingresado con mucha mayor rapidez.

Janet dio un apretón de manos a Louis y notó que tenía la palma de la mano húmeda. Miró sus ojos aterrorizados y le hubiese gustado decir algo para consolarle. Se sintió también algo culpable al darse cuenta de que enterarse de la situación de Louis la había animado de algún modo. Tener a dos pacientes en su planta con el protocolo de meduloblastoma suponía tener muchas más oportunidades para investigar el tratamiento. Sin duda Sean estaría satisfecho.

Cuando Marjorie y Janet volvieron al puesto de enfermeras, Janet preguntó si todos los casos de meduloblastoma estaban en la cuarta planta.

-Claro que no -dijo Marjorie-. No agrupamos a los pacientes por tipo de tumor. La distribución es puramente casual.

Sucede que ahora tenemos a tres. En este mismo momento estamos admitiendo otro caso: una mujer joven de Houston llamada Kathleen Sharenburg.

Janet ocultó su satisfacción.

-Hay un último paciente de Boston-dijo Marjorie deteniéndose ante la puerta de la habitación 409-. Es una chica fantástica con una actitud increíblemente positiva que ha infundido coraje y aliento a todos los demás pacientes. Creo que viene de un barrio de la ciudad llamado North End.

Marjorie llamó a la puerta, que estaba cerrada. Pudo oírse un apagado “adelante”. Marjorie empujó la puerta y entró en la habitación seguida por Janet.

-Gloria -dijo Marjorie-. ¿Cómo van las sesiones de quimioterapia?

-Fantástico -dijo Gloria bromeando-. Acabo de iniciar hoy el tratamiento intravenoso.

-Quiero presentarte a alguien -dijo Marjorie-. Una nueva enfermera que es de Boston.

Janet miró a la mujer de la cama. Parecía tener más o menos su misma edad. Unos años atrás, Janet se habría extrañado.

Antes de trabajar en un hospital, tenía la idea equivocada de que el cáncer era una enfermedad de ancianos. Pero luego se había enterado, con pena, de que casi todo el mundo puede caer víctima de la enfermedad.

Gloria tenía una tez morena y los ojos oscuros, y lo que antes había sido una cabellera negra. En aquel momento, el cuero cabelludo estaba cubierto de pelusa oscura. Había sido una mujer entrada en carnes, pero ahora debajo de su camisón podía notarse que un lado de su pecho era plano.

-Señor Widdicomb! -dijo Marjorie con sorpresa e irritación-. ¿Qué está haciendo aquí?

Janet, que había fijado su atención en la paciente, no se había dado cuenta de que había otra persona en la habitación.

Vio a un hombre con un uniforme verde y una nariz ligeramente deformada.

-No riña a Tom, por favor-dijo Gloria-, sólo está intentando ayudarme.

-Le dije que limpiara la habitación-dijo Marjorie ignorando a Gloria-. ¿Por qué está usted aquí?

-Iba a limpiar el baño -dijo Tom mansamente.

Evitó mirar a Marjorie a los ojos mientras daba golpecitos al mango de la fregona que salía del cubo.

Janet contempló fascinada la escena. La diminuta Marjorie se había transformado de una simpática hada en una máquina autoritaria. - ¿Qué haremos si cuando llega la nueva paciente su habitación no está lista?-preguntó severa Marjorie-. Baje inmediatamente y hágala -dijo señalando hacia la puerta.

Cuando el hombre se hubo marchado, Marjorie movió la cabeza y dijo: - Tom Widdicomb es mi perdición en el Forbes.

-Tiene buenas intenciones -dijo Gloria-. Es como un ángel para mí. Me visita cada día.

-No le contrataron de profesional -dijo Marjorie-. Primero tiene que acabar su trabajo.

Janet sonrió. Le gustaba trabajar en salas de hospital dirigidas por personas capaces de asumir el mando. Por lo que acababa de ver Janet estaba segura de que se llevaría bien con Marjorie Singleton.

TOM CORRIÓ POR EL CORREDOR y entró en la habitación 417 derramando parte del agua jabonosa de su cubo. Soltó el pestillo de la puerta y la cerró. Se apoyó contra ella. Respiró con boqueadas sibilantes por el terror que se había apoderado de su cuerpo cuando oyó la primera llamada en la puerta de Gloria. Estaba a punto de administrar la succinilcolina. Si Marjorie y la nueva enfermera hubiesen entrado unos minutos después le habrían atrapado.

-Todo va bien, Alice -dijo Tom para tranquilizar a su madre-. No hay ningún problema. No debes preocuparte.

Cuando Tom hubo dominado su miedo, la cólera empezó a apoderarse de él. No le había gustado nunca Marjorie, ni el primer día. Aquella simpatía exuberante era fingida. La jefa era una maldita perra entrometida. Alice ya le había advertido que fuera con cuidado con ella, pero él no había hecho caso.

Tenía que haber hecho algo con ella, como hizo con la otra enfermera entrometida, Sheila Arnold, que había empezado a interrogarle preguntando qué hacía siempre pegado al carrito de la anestesia. Sólo necesitaba conseguir la dirección de Marjorie cuando le tocara limpiar la administración. Entonces le demostraría de una vez para siempre quién mandaba allí.

Tom, tras haberse tranquilizado imaginando cómo se ocupa ría de Marjorie, se separó de la puerta y echó un vistazo a la habitación. Le tenía sin cuidado que su trabajo consistiera en limpiar porque lo importante era la libertad que le daba. Hubiese preferido trabajar en la ambulancia, pero habría tenido que tratar con otros compañeros. El trabajo de limpieza no le obligaba a hablar con nadie, excepto en sus raros enfrentamientos con personas como Marjorie. Además, la limpieza le permitía ir a cualquier lugar del hospital en casi cualquier momento que deseara. Pero el problema era que de vez en cuando tenía que limpiar. Aunque casi siempre podía arreglárselas empujan do cosas de un lado a otro, porque nadie le vigilaba.

Librodot

Si Tom hubiese sido sincero consigo mismo hubiese reconocido que el trabajo que más le gustó fue el primero que tuvo al salir de la escuela. Había conseguido trabajo junto a un veterinario. A Tom le gustaban los animales. Después de haber trabajado allí una temporada, el veterinario le había asignado a Tom el trabajo de matar los animales. Solían ser animales viejos y enfermos que estaban sufriendo, y aquella actividad daba muchas satisfacciones a Tom. Recordaba que se entristeció cuando Alice le dijo que no compartía su entusiasmo.

Tom abrió la puerta y observó el pasillo. Tenía que volver al cuarto de la limpieza para recuperar su carrito, pero no quería encontrarse de nuevo con Marjorie para que no le volviera a reñir. Tom temía no poder controlarse más. En muchas ocasiones, pensaba que iba a pegarle, porque eso era lo que ella necesitaba. Sin embargo, sabía que no podía permitírselo. De ningún modo.

Tom sabía que a partir de entonces le costaría más ayudar a Gloria, porque ya le habían visto en su habitación. Tendría que ir con más cuidado que nunca. Debería esperar un día o dos. La única esperanza era que cuando él entrara todavía continuara conectada con el equipo de infusión. No quería inyectar la succinilcolina por vía intramuscular porque podía detectarse si al forense se le ocurría buscar.

Tom salió de la habitación y se fue hacia el vestíbulo.

Cuando pasó delante de la habitación 409 echó un vistazo a su interior. No vio a Marjorie. Muy bien. Pero vio a la otra enfermera, a la nueva.

Tom aflojó el paso porque le embargó un nuevo temor.

Quizá la nueva enfermera, que sustituía a Sheila, había sido contratada precisamente para descubrirle. Quizá era una espía. Eso explicaría que hubiera aparecido repentinamente en la habitación de Gloria con Marjorie.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de ello, sobre todo al ver que la nueva enfermera estaba todavía en la habitación de Gloria. Su misión era cazarlo e interrumpir su cruzada contra el cáncer de pecho.

-No te preocupes, Alice-dijo a su madre para tranquilizarla-. En esta ocasión te escucharé.

ANNE MURPHY se sentía mejor de lo que se había sentido en muchas semanas. Cuando se enteró de que Sean planeaba ir a Miami había tenido una depresión que le había durado varios días. En su opinión aquella ciudad era sinónimo de drogas y pecado. Pero en cierto modo la noticia no le había extrañado.

Sean había sido un niño malo desde sus primeros años y desde luego, como la mayoría de hombres, no iba a cambiar ya, a pesar de los sorprendentes resultados académicos que había conseguido de mayor en la escuela secundaria y más tarde en la universidad. Al principio, cuando su hijo habló de entrar en la facultad de medicina, ella vio abrirse un rayo de esperanza en el cielo. Pero esta esperanza se había derrumbado cuando le dijo que no tenía intención de practicar la medicina. Como en otros momentos críticos de su vida, Anne comprendió que no le quedaba otro remedio que aguantar y no dejar de rezar para que se produjera un milagro.

Sin embargo, continuaba preocupándole que Sean no se pareciera más a Brian o a Charles. ¿Qué había hecho mal ella?

Debió de ser su culpa. Quizá porque no pudo dar de mamar a Sean cuando era pequeño, o quizá porque no había podido impedir que su marido pegara al niño en algunos de sus arrebatos cuando estaba ebrio.

Por suerte, su hijo menor, Charles, había alegrado un poco los días que siguieron a la partida de Sean hacia Miami.

Charles había llamado desde su seminario en Nueva Jersey con la estupenda noticia de que la noche siguiente iría a visitarla.

Charles era un hijo maravilloso. Sus oraciones les salvarían a todos.

Anne había salido por la mañana a comprar para preparar la llegada de Charles. Tenía intención de pasar el día cocinando un pastel y la cena. Brian dijo que intentaría ir aunque aquella noche tenía una reunión importante que podía prolongarse hasta tarde.

Anne abrió la nevera, empezó a guardar los alimentos mientras su mente se recreaba pensando en lo mucho que disfruta ría aquella noche. Luego se reprimió. Sabía que aquellos pensamientos eran peligrosos. La vida pendía siempre de un hilo. La felicidad y el placer eran una invitación a la tragedia. Durante un momento se torturó pensando en lo que sentiría si Charles se mataba de camino a Boston.

El timbre de la puerta interrumpió las preocupaciones de Anne. Apretó el botón del interfono y preguntó quién era.

-Tanaka Yamaguchi -respondió una voz.

- ¿Qué quiere? -preguntó Anne.

El timbre de la puerta no sonaba a menudo.

-Quisiera hablarle sobre su hijo Sean -dijo Tanaka.

El rostro de Anne palideció instantáneamente. Se regañó a sí misma por haber tenido pensamientos agradables. Sean tenía problemas de nuevo. ¿Qué podía esperarse de él?

Anne apretó el botón que soltaba el pestillo del portal, se fue a la puerta de su apartamento y la abrió para esperar a su inesperado visitante. Era ya sorprendente que alguien le hiciera una visita en casa, pero cuando vio que se trataba de un oriental, quedó abrumada. Antes no había reparado en que el nombre de aquel hombre era oriental.

El forastero tenía más o menos la misma estatura que Anne pero era robusto y musculoso, con pelo corto, negro como el carbón, y piel bronceada. Vestía un traje oscuro ligeramente brillante y llevaba una camisa blanca y una corbata oscura.

Sobre el brazo llevaba un gabán Burberry con cinturón.

-Le pido disculpas -dijo Tanaka.

Sólo se le notaba un ligero acento. Hizo una reverencia y presentó su tarjeta de visita. En la tarjeta podía leerse simplemente “Tanaka Yamaguchi, Consultor Industrial”.

Anne, con una mano apretándose el cuello y con la otra cogiendo la tarjeta no sabía qué decir.

-Debo hablarle de su hijo Sean -dijo Tanaka.

Anne pudo articular de nuevo como si se recuperara de un golpe: - ¿Qué ha sucedido? ¿Ha vuelto a tener problemas?

-No -dijo Tanaka-. ¿Tuvo problemas en otras ocasiones?

-Cuando era adolescente -dijo Anne-. Era un chico muy tozudo. Muy activo.

-Un chico en los Estados Unidos puede causar problemas -dijo Tanaka-. En el Japón se enseña a los niños a respetar a sus mayores.

-Pero el padre de Sean también era difícil Anne sorprendiéndose de admitirlo.

Estaba nerviosa y no sabía si debía invitar al hombre a que entrara.

-Me interesan los negocios de su hijo. Sé que es un buen estudiante en Harvard, ¿pero tiene tratos con compañías fabricantes de productos biológicos?

Librodot

-El y un grupo de amigos fundaron una compañía llamada Immunotherapy -dijo Anne, aliviada porque la conversación se dirigía hacia los aspectos más positivos del irregular pasado de su hijo.

- ¿Todavía tiene participación en esta Immunotherapy? -preguntó Tanaka.

-No me habla mucho de esas cosas -dijo Anne.

-Muchas gracias -dijo Tanaka inclinándose de nuevo Buenos días.

Anne se quedó parada mirando a aquel hombre mientras daba media vuelta sin decir una sola palabra y desaparecía escaleras abajo. Aquel final repentino de la conversación la sor prendió casi tanto como la misma visita. Salió al rellano a tiempo para oír que se cerraba la puerta de la calle dos pisos más abajo. Volvió a su apartamento, cerró la puerta y pasó el pestillo.

Necesitó unos momentos para ponerse a tono. Era un episodio extraño. Después de mirar la tarjeta de Tanaka, la metió en el bolsillo del delantal. Luego continuó guardando cosas en la nevera. Pensó que llamaría a Brian, pero decidió que aquella misma noche le contaría la visita del japonés, suponiendo, claro, que viniera a cenar. Decidió que en caso contrario le llamaría.

Una hora después Anne estaba concentrada preparando un pastel cuando la sobresaltó de nuevo el timbre de la puerta. Al principio pensó preocupada que quizá el japonés había vuelto para hacerle más preguntas. Tal vez debía haber llamado a Brian. Apretó con cierto temor el botón del interfono y preguntó quién era.

-Sterling Rombauer -contestó una profunda voz masculina-. ¿Es usted Anne Murphy?

-Me gustaría mucho hablar con usted sobre su hijo Sean -dijo Sterling.

Anne contuvo el aliento. Era increíble que otro forastero hubiese llegado segundo hijo.

- ¿Qué le pasa?-preguntó.

-Preferiría hablar con usted en persona -dijo Sterling.

-Ahora bajo -dijo Anne.

Anne se lavó las manos llenas de harina y empezó a bajar las escaleras. El hombre estaba esperándola en la entrada con un gabán de pelo de camello sobre el brazo. Al igual que el japonés, llevaba un traje oscuro y una camisa blanca. Su corbata era un fular de color rojo brillante.

-Lamento molestarla -dijo Sterling a través del cristal.

- ¿Por qué pregunta por mi hijo?-le preguntó Anne.

-Me envía el Centro Forbes contra el Cáncer de Miami -dijo Sterling.

Anne reconoció el nombre de la institución donde estaba trabajando Sean, abrió la puerta y contempló al forastero. Era un hombre atractivo de rostro ancho y nariz recta. Tenía el pelo de color castaño y algo rizado. Anne pensó que sin aquel nombre hubiese podido ser un irlandés. Medía más de metro noventa y sus ojos eran tan azules como los de sus hijos.

- ¿Ha hecho Sean algo que yo deba saber? -preguntó Anne.

-Que yo sepa no -dijo Sterling-. La administración de la clínica estudia en todos los casos los antecedentes de las personas que trabajan allí. La seguridad es una cuestión importante para ellos. Sólo quería hacerle unas cuantas preguntas.

- ¿Por ejemplo?-preguntó Anne.

- ¿Está enterada de si su hijo tuvo tratos con alguna compañía de biotecnología?

-Es usted la segunda persona que me hace la pregunta en esta misma hora -dijo Anne.

- ¿Ah, sí? -dijo Sterling-. ¿Puedo saber quién hizo una pregunta semejante?

Anne metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó la su casa para hacerle preguntas sobre su tarjeta de visita de Tanaka. Se la entregó a Sterling. Anne pudo observar cómo entrecerraba los ojos pensativo.

- ¿Qué le dijo usted al señor Yamaguchi? -preguntó Sterling.

-Le conté que mi hijo y unos amigos fundaron su propia empresa de biotecnología -dijo Anne-. La llamaron Immunotherapy.

-Muchas gracias, señora Murphy-dijo Sterling-. Le agradezco que haya querido hablar conmigo.

Anne contempló al elegante forastero bajar los peldaños de la entrada de la casa y subir al asiento trasero de un coche oscuro. El chofer llevaba uniforme.

Anne, más extrañada que nunca, volvió a subir a su casa.

Después de dudarlo un momento, tomó el teléfono y llamó a Brian. Tras pedirle perdón por interrumpir un día tan ocupa do, le contó la historia de los dos curiosos visitantes.

-Es extraño-dijo Brian.

- ¿Tenemos que preocuparnos por Sean? -preguntó Anne-. Ya sabes cómo es tu hermano.

-Yo le llamaré -dijo Brian-. Pero si llega alguien más haciendo preguntas, no les digas nada. Envíamelos a mí.

-Confío en no haber dicho nada que no debiera -dijo Anne.

-Estoy seguro de que no -dijo Brian, tranquilizándola.

- ¿Vendrás hoy?

-Haré lo posible -dijo Brian-. Pero si no estoy en casa a las ocho, cenad sin mí.

JANET, CON EL MAPA DE MIAMI abierto sobre el otro asiento consiguió encontrar el camino de regreso a la residencia Forbes. Se alegró al ver el Isuzu de Sean en el aparcamiento. Tenía ganas de verle en casa, porque pensaba que le traía buenas noticias. Había encontrado un apartamento amueblado, luminoso y agradable en la punta meridional de Miami Beach, que incluso tenía un poco de vista al mar desde el cuarto de baño.

Cuando empezó a buscar apartamento, se desanimó pronto porque era la "temporada alta". El lugar que encontró estaba reservado desde hacía un año, pero habían cancelado la reserva inesperadamente. La cancelación se supo cinco minutos antes de que Janet entrara en la agencia inmobiliaria.

Janet agarró su bolso y su copia del contrato de arrendamiento y subió hasta su apartamento. Necesitó unos minutos para lavarse la cara y ponerse unos shorts y un corpiño. Luego, con el contrato en la mano, recorrió la terraza hasta la puerta corredera de Sean. Le encontró tirado sobre el sofá y serio.

- ¡Tengo buenas noticias! -dijo Janet alegremente mientras se dejaba caer en una butaca.

-Eso me conviene -dijo Sean.

-He encontrado un apartamento -dijo Janet blandiendo el contrato-. No es nada fabuloso, pero está a una manzana de la playa, y sobre todo queda muy cerca de la autopista que lleva al Forbes.

-Janet, no sé si puedo quedarme aquí -dijo Sean.

Parecía muy deprimido.

- ¿Qué ha sucedido? -preguntó Janet con un estremecimiento de ansiedad.

-El Forbes es un lugar de locos-dijo Sean-. La atmósfera es opresiva. En primer lugar, hay un japonés chalado que me está espiando. Te lo juro. Cada vez que me vuelvo, le veo.

- ¿Y qué más? -preguntó Janet.

Librodot

Quería oír primero todas las objeciones de Sean para poder descubrir la manera de rebatirlas. Después de haber firmado un contrato de dos meses su decisión de quedarse en Miami era mucho más firme.

-Hay algo que no funciona en aquel lugar-dijo Sean-. La gente o es simpática o es antipática. Todo es muy exagerado.

Eso no es natural. Además, estoy trabajando solo en aquella sala enorme y vacía. Es de locos.

-Siempre te quejabas de la falta de espacio -dijo Janet.

-Recuérdame que no me queje más-dijo Sean-. Nunca lo supe, pero necesito tener gente a mi alrededor. Y algo más: tienen este laboratorio secreto de máxima contención, donde al parecer está prohibido entrar. No hice caso del letrero y entré. ¿Sabes lo que encontré allí? Nada. El lugar estaba vacío.

Bueno, tampoco vi todos los cuartos. De hecho, no había avanzado mucho cuando el marine frustrado, el jefe del departamento de seguridad, entró y me amenazó.

- ¿Con qué? -preguntó Janet.

-Con su panza-dijo Sean-. Se me acercó mucho y me miró con muy mala uva. Y sólo me faltó esto para que le diera en los huevos.

Sean separó medio centímetro los dedos pulgar e índice.

- ¿Y qué sucedió entonces?-preguntó Janet.

-Nada -dijo Sean-. Retrocedió y me dijo que saliera. Pero estaba muy excitado, ordenándome que saliera de un cuarto vacío, como si yo hubiese hecho algo realmente malo. Está chalado.

-Pero no viste los demás cuartos -dijo Janet-. Quizá estaban reformando el cuarto donde entraste.

-Puede ser -admitió Sean-. Hay muchas explicaciones posibles. Pero continúa siendo muy raro, y si uno va sumando todo lo raro del lugar el centro acaba convirtiéndose en un manicomio.

- ¿Y el trabajo que quieren que hagas?

-Eso va bien -dijo Sean-. De hecho, ignoro por qué tuvieron tantos problemas. El doctor Mason, el director, vino a verme por la tarde y le enseñé lo que estaba haciendo. Había fabricado ya unos cristales diminutos. Dije que probablemente en una semana, o algo más, tendría unos cristales decentes.

Esto pareció agradarle, pero cuando se hubo ido, me lo pensé y decidí que no me interesaba nada ayudar a que una compañía japonesa de inversiones gane dinero; que es, en definitiva, lo que estaría haciendo si fabricara cristales que ellos pudieran analizar.

-Pero no vas a hacer solamente eso-dijo Janet.

- ¿Cómo?

-Estarás también investigando el protocolo del meduloblastoma -dijo Janet-. Mañana empiezo a trabajar en la cuarta planta. ¿Y sabes quién está allí?

- ¿Te refieres a Helen Cabot? -apuntó Sean.

Estiró las piernas y se sentó.

-Así es -dijo Janet-. Y otro paciente de Boston. Un tal Louis Martin.

¿Tiene el mismo diagnóstico?-preguntó Sean.

-Sí -dijo Janet -. Meduloblastoma.

-Es extraordinario -comentó Sean-. Y desde luego, lo han enviado aquí muy rápidamente.

Janet asintió.

-En el Forbes están algo descontentos porque los de Boston retuvieron tanto tiempo a Helen -dijo Janet-. La enfermera jefa está preocupada por ella.

-Se discutió mucho si debía hacérsele una biopsia y qué tumor estudiar -explicó Sean.

Librodot

-Y mientras yo estaba allí ingresaron a otra mujer joven -dijo Janet.

- ¿También con meduloblastoma? -preguntó Sean.

-Sí -dijo Janet-. Por lo tanto tengo en mi planta a tres pacientes que están iniciando ahora mismo sus tratamientos.

Creo que la situación es bastante buena.

-Voy a necesitar copias de sus historiales médicos -dijo Sean-. Necesitaré también muestras de los fármacos cuando empiecen el tratamiento, a no ser, claro, que los fármacos tengan nombre. Pero no lo creo. No van a administrar quimioterapia a estas personas, por lo menos no de modo exclusivo Los fármacos tendrán probablemente un código. Y necesitaré el régimen de cada paciente.

-Haré lo que pueda -dijo Janet-. No creo que tenga dificultades con los pacientes de mi planta. Quizá incluso podré cuidar personalmente por lo menos a uno de ellos.

También he localizado una fotocopiadora adecuada. Está en la sección de archivos médicos.

-Ve con cuidado -le advirtió Sean-. La madre de la joven que trabaja en relaciones públicas es una de las bibliotecarias del hospital.

-Tendré cuidado -dijo Janet. Miró con preocupación a Sean antes de continuar. Se daba cuenta de que era un error obligarle a sacar conclusiones antes de que él estuviera dispuesto a hacerlo. Pero necesitaba saberlo-. ¿Significa esto que quieres continuar? -preguntó-. ¿Vas a quedarte? ¿Aunque esto suponga trabajar un poco con la proteína, aunque lo hagas para los japoneses?

Sean se inclinó hacia delante con la cabeza gacha y con los codos sobre las rodillas y se restregó el cogote.

-No lo sé-dijo-. Esta situación es absurda. ¿Qué manera es ésa de hacer ciencia? -Levantó los ojos hacia Janet-. Me pregunto si hay alguien en Washington enterado de las consecuencias que tendrá para nuestras instituciones médicas limitar los fondos para investigación. Esto está sucediendo precisamente cuando el país necesita más investigación que nunca.

-Con mayor motivo deberíamos intentar hacer algo -dijo Janet.

- ¿Tú vas a tomártelo en serio?-preguntó Sean.

-Totalmente en serio -dijo Janet.

-Sabes que deberemos recurrir a muchos medios -dijo Sean.

-Ya lo sé.

-Tendremos que infringir algunas normas -añadió Sean-. ¿Estás segura de que podrás hacerlo?

-Creo que sí -dijo Janet.

-Y cuando empecemos, ya no podremos volver atrás -dijo Sean.

Janet iba a contestarle pero el timbre del teléfono les sobre saltó.

- ¿Quién diablos puede ser? -se preguntó Sean, dejando que sonara el timbre.

- ¿No vas a contestar? -preguntó Janet.

-Lo estoy pensando -dijo Sean.

Lo que no dijo era que temía estar recibiendo una llamada de Sarah Mason. Le había llamado aquella tarde, y aunque Sean estuvo tentado de provocar a Harris, no quería tener ningún tipo de relación con aquella mujer.

-Creo que deberías ponerte -dijo Janet.

-Contesta tú -le pidió Sean.

Janet se puso en pie de un salto y levantó el auricular. Sean estudió la reacción de su rostro cuando preguntaba de parte de quién. No hubo ninguna reacción fuerte mientras le pasaba el teléfono.

Librodot

- s tu hermano-dijo.

- ¿Qué diablos pasa? -murmuró Sean mientras se incorporaba y se sentaba en el sofá. No era normal que su hermano llamara. Su relación no era de ese tipo, y además acababan de verse el viernes pasado. Sean tomó el teléfono.

- ¿Qué diablos pasa?-preguntó.

-Eso mismo iba a preguntarte-dijo Brian.

- ¿Quieres una respuesta sincera o trivialidades? -preguntó Sean.

-Prefiero que me digas la verdad -dijo Brian.

-Este lugar es muy raro. No estoy seguro de que quiera quedarme. Pudiera ser que perdiera totalmente el tiempo Sean lanzó una mirada a Janet quien miró al techo, exasperada.

-Algo raro está pasando aquí también -dijo Brian.

Contó a Sean la visita de los dos hombres a su madre y su interés por Immunotherapy.

-Immunotherapy es agua pasada -dijo Sean-. ¿Qué les contó mamá?

-No mucho-dijo Brian-. Por lo menos según ella. Sólo les dijo que tú y unos amigos montasteis la empresa.

-No les dijo que la vendimos.

-Claro que no.

- ¿Y qué dijo de Oncogen?

-Dijo que no lo mencionó porque le habíamos pedido que no hablara del tema con nadie.

-Hizo muy bien -dijo Sean.

- ¿Por qué tuvo que venir esta gente a hablar con mamá?

-preguntó Brian-. El tal Rombauer le dijo que representaba al Centro Forbes contra el Cáncer. Dijo que siempre investigan a sus empleados por motivos de seguridad. ¿Has hecho algo que pueda interpretarse como un riesgo para la seguridad?

-Es absurdo -dijo Sean-. Apenas he estado aquí más de veinticuatro horas.

-Tú y yo sabemos que tiendes a provocar discordias. Tus salidas pondrían a prueba la paciencia de un Job.

-Mis salidas no son nada comparadas con tu charlatanería, hermano -dijo Sean para provocarle-. Al fin y al cabo la institucionalizaste cuando te hiciste abogado.

-Como estoy de buen humor voy a dejar este tanto sin respuesta-dijo Brian-. Pero hablando ahora en serio, ¿qué crees que está pasando?

-No tengo ni la más remota idea -dijo Sean-. Quizá fue lo que dijo aquel individuo: simple rutina.

-Pero al parecer los dos no se conocían entre sí -dijo Brian-. A mí esto no me parece normal. Y el primer visitante dejó su tarjeta. La tengo aquí mismo. Dice “Tanaka Yamaguchi, Consultor Industrial”.

-Consultor industrial puede significar cualquier cosa -dijo Sean-. Me pregunto si su participación está relacionada de algún modo con el hecho de que una empresa gigante de la electrónica, japonesa, llamada Industrias Sushita, haya invertido mucho en el Forbes. Es evidente que desean conseguir algunas patentes lucrativas.

- ¿Por qué no se limitan a las cámaras, la electrónica y los coches? -dijo Brian -. Están jodiendo ya toda la economía mundial.

-Son demasiado listos para quedarse en esto -dijo Sean-. Les interesa la inversión a largo plazo. Pero no tengo la más remota idea de por qué les interesa mi relación con aquella maldita Immunotherapy.

Librodot

-Bueno, pensé que lo sabrías -dijo Brian -. Me cuesta todavía imaginar que no estés armando algún lío allá abajo, porque te conozco.

-Oírte hablar así hiere mis sentimientos-dijo Sean.

-Te llamaré en cuanto el Banco Franklin tome una decisión sobre Oncogen -dijo Brian-. Trata de no meterte en problemas.

- ¿Quién, yo? -preguntó Sean escandalizado.

Sean colgó inmediatamente en cuanto Brian hubo dicho adiós.

- ¿Has vuelto a cambiar de idea? -preguntó Janet con evidentes signos de frustración.

- ¿De qué estás hablando?-preguntó Sean.

-Dijiste a tu hermano que no estabas seguro de que quisieras quedarte -dijo Janet-. Pensé que habíamos decidido lo, -Así es -dijo Sean-. Pero no quise contarle a Brian mi plan. Se pondría enfermo de preocupación. Además, probablemente se lo contaría a mi madre y nadie sabe lo que podría pasar entonces.

-Fue muy agradable -dijo Sterling a la masajista.

Era una escandinava bella y saludable de Finlandia, vestida con una especie de uniforme de tenis. Le dio una propina de cinco dólares; cuando concertó la cita para el masaje a través del conserje del Ritz había incluido ya una buena propina en la factura que incluirían en su cuenta, pero vio que la masajista había estado más tiempo del previsto.

Mientras la masajista plegaba su mesa y recogía sus aceites, Sterling se puso un grueso albornoz blanco y soltó la toalla que llevaba anudada a la cintura. Se dejó caer en una gran butaca cerca de la ventana, depositó sus pies sobre la otomana y se sirvió una copa del champán que ofrecía la casa. Sterling era un visitante regular del Ritz Carlton de Boston.

La masajista le dijo adiós desde la puerta y Sterling le dio de nuevo las gracias. Decidió que en la próxima ocasión la tutea ría. Un masaje era uno de los gastos habituales que los clientes de Sterling habían tenido que aceptar en sus facturas. A veces se quejaban, pero Sterling les decía simplemente que podían aceptar sus condiciones o contratar a otra persona. Siempre cedían porque Sterling prestaba con una gran eficacia sus servicios: el espionaje industrial.

Había otras descripciones más asépticas de la especialidad de Sterling, como consejero comercial o consultor de negocios, pero Sterling prefería la sinceridad de la expresión “espionaje industrial” aunque, por delicadeza, no figuraba en su tarjeta de visita. Su tarjeta rezaba simplemente: “Consultor”, no decía “Consultor Industrial” como la tarjeta que había visto por la mañana. En su opinión la palabra “industrial” sugería un ámbito limitado a las fábricas. Sterling estaba interesado en todo tipo de negocios.

Sterling tomó un trago y contempló desde la ventana el magnífico panorama. Como siempre, su habitación estaba en una planta alta que dominaba el mágico Jardín de Boston. A medida que la luz del sol se desvanecía, las farolas del parque que marcaban los caminos serpenteantes habían empezado a parpadear y a iluminar el estanque, con sus barcas, sus cisnes y su puente colgante en miniatura. Si bien era principios de marzo, los fríos recientes habían congelado el estanque, que había quedado como una masa. Sobre el espejo de su superficie, los patinadores trazaban ligeros arcos que se entrecruzaban.

Sterling levantó la mirada y pudo ver el brillo menguante del Parlamento de Massachusetts con su cúpula dorada. La mentó con tristeza que la cámara hubiese destruido de modo sistemático su propia base impositiva dictando leyes miopes contra los negocios. Por desgracia Sterling había perdido algunos

Librodot

buenos clientes que se habían visto obligados a huir a Estados más propicios a los negocios o habían tenido que cerrar del todo. Sin embargo, a Sterling le gustaban sus viajes a Boston. Era una ciudad muy civilizada.

Sterling cogió el teléfono del borde de la mesa con la intención de acabar el trabajo del día antes de pasar a los placeres de la cena. No porque trabajar fuera una carga, muy al contrario. Sterling disfrutaba con su ocupación actual, especialmente teniendo en cuenta que no necesitaba trabajar. Había estudiado en Stanford ingeniería informática, había trabajado para la Big Blue durante varios años, luego fundó con éxito su propia empresa de chips de ordenador, todo antes de cumplir treinta años. Hacia los treinta y cinco se cansó de una vida que no le llenaba, de un matrimonio desgraciado y de la rutina embrutecedora de dirigir una empresa. Primero se divorció, luego vendió en la bolsa acciones de su empresa y ganó una fortuna. Después vendió toda la empresa y ganó otra fortuna.

A los cuarenta años de edad podía haber comprado una parte importante del estado de California si así lo hubiese deseado.

Durante casi un año disfrutó viviendo una adolescencia que, según pensaba, no había tenido. Al final, acabaron aburriéndole muchos lugares como Aspen. Fue entonces cuando un amigo de negocios le preguntó si le interesaba estudiar una cuestión privada. A partir de aquel momento Sterling había iniciado una carrera que era estimulante, que nunca se repetía, que raras veces le aburría, y que le permitía utilizar su formación de ingeniero, su olfato comercial, su imaginación y su comprensión intuitiva del comportamiento humano.

Sterling llamó a Randolph Mason a su casa. El doctor Mason respondió desde su línea privada en el estudio.

-No estoy seguro de que te vaya a entusiasmar lo que he averiguado -dijo Sterling.

-Prefiero saberlo antes que después -respondió el doctor Mason.

-Este joven Sean Murphy es un tipo impresionante-dijo Sterling-. Fundó su propia empresa de biotecnología llamada Immunotherapy cuando estaba estudiando para graduarse en el MIT. La empresa tuvo beneficios casi desde el primer día comercializando kits de diagnóstico.

- ¿Y cómo va ahora?

-Muy bien-dijo Sterling-. Una maravilla. Funciona tan bien que Genentech la compró hace un año.

- ¡Vaya! -dijo el doctor Mason. Un rayo de luz iluminó el panorama-. ¿Y cómo ha quedado Sean Murphy?

-El y sus jóvenes amigos obtuvieron considerables ganancias -dijo Sterling-. Si se tiene en cuenta la inversión inicial, el resultado fue desde luego muy lucrativo.

- ¿De modo que Sean ya no está en la empresa? -preguntó el doctor Mason.

-No tiene ninguna relación con ella-dijo Sterling-. ¿Te parece bien?

-Creo que sí -dijo el doctor Mason-. Me podía interesar la experiencia del muchacho con los monoclonales pero nunca si tuviera detrás suyo una planta de producción. Sería demasiado arriesgado.

-De todos modos podría vender su información a otras personas -dijo Sterling-. O podría haberle empleado otro.

- ¿Podrías averiguarlo?

-Muy probablemente -dijo Sterling-. ¿Quieres que continúe con el tema?

-Desde luego que sí -dijo el doctor Mason-. Quiero aprovechar al muchacho, pero no quiero tener a una especie de espía industrial en el centro.

Librodot

-Me he enterado de algo más -dijo Sterling mientras se servía más champán-. Hay otra persona que también está investigando a Sean Murphy. Se llama Tanaka Yamaguchi.

El doctor Mason sintió que los tortellinis se le revolvían en el estómago.

- ¿Has oído alguna vez este nombre?-preguntó Sterling.

-No -contestó el doctor Mason.

No lo había oído nunca, pero con un nombre así la deducción era inmediata.

-Cabe suponer que trabaja para Sushita -dijo Sterling-. Y sé que conoce la participación de Sean Murphy en Immunotherapy. Lo sé porque se lo contó la madre de Sean.

- ¿Fue a ver a la madre de Sean? -preguntó el doctor Mason alarmado.

-Sí, igual que yo -dijo Sterling.

-Pero en tal caso, Sean sabrá que le están investigando -balbuceó el doctor Mason.

-No hay nada de malo en eso -dijo Sterling-. Si Sean es un espía industrial, esto le hará reflexionar. Si no lo es, lo considerará una coincidencia curiosa, o como máximo un pequeño motivo de irritación. La reacción de Sean no debe preocupar te. Quien debe preocuparte es Tanaka Yamaguchi.

- ¿Qué quieres decir?

-No he visto nunca personalmente a Tanaka-dijo Sterling-. Pero sé muchas cosas sobre él porque, en cierto modo, somos competidores. Llegó hace muchos años a los Estados Unidos para estudiar en la universidad. Es el hijo mayor de una familia rica que se dedica a la industria, creo que de maquinaria pesada. El problema es que adoptó con demasiada facilidad para el honor de la familia un estilo de vida america no “degenerado”. Se americanizó rápidamente y se convirtió en una persona demasiado individualista para el gusto japonés.

La familia decidió que no quería tenerlo en casa y le costeó un estilo de vida con todos los lujos. Es una especie de exiliado, pero ha conseguido aumentar de modo inteligente su asignación dedicándose a lo mismo que yo, aunque sólo para empresas japonesas que trabajan en los Estados Unidos. Pero es como una especie de doble agente, porque con frecuencia representa a la yakuza al mismo tiempo que a una empresa legal. Es inteligente, no tiene escrúpulos y es eficaz. El hecho de que esté metido en esto significa que los amigos de Sushita se han tomado el asunto en serio.

- ¿Crees que intervino en la historia de los dos investigado res que desaparecieron y que luego tú encontraste trabajando felices en el Japón para Sushita?

-No me extrañaría-dijo Sterling.

-No puedo permitirme que este doctorando de Harvard desaparezca-dijo el doctor Mason-. Esta sería una historia perfecta para los medios de comunicación, que podría destruir al Forbes.

-Creo que, de momento, no debes preocuparte -dijo Sterling-. Mis fuentes me han informado de que Tanaka está todavía en Boston. Puesto que tiene acceso a gran parte de la información que yo sé, debe suponerse que Sean Murphy tiene algún otro plan.

- ¿De qué tipo?-preguntó el doctor Mason.

-No estoy seguro-dijo Sterling-. No he podido localizar todo el dinero que ganaron estos chicos cuando vendieron Immunotherapy. Ni Sean ni sus amigos puede decirse que tengan dinero propio, y ninguno de ellos se lo gasta en coches caros u otras cosas de lujo. Creo que están tramando algo y creo que Tanaka piensa lo mismo.

- ¡Dios mío! -dijo el doctor Mason-. No sé qué hacer.

Quizá debería mandar al muchacho a su casa.

-Si crees que Sean puede ayudarte en el proyecto de proteínas que me contaste, mejor que aguantes. Creo que lo tengo todo controlado. He hecho averiguaciones con numerosos contactos y estoy bien conectado gracias a la industria informática local. Lo único que debes hacer es confirmar que continúo en el caso y seguir pagando las facturas.

-Continúa con él -dijo el doctor Mason-. Y mantenme informado.

CAPITULO 5

JUEVES, 4 DE MARZO 6.30 a.m.

Janet se había levantado, se había puesto su uniforme blanco y había salido temprano del apartamento porque su turno era de siete a tres. En aquella hora de la mañana había poco tráfico por la I 95, especialmente en dirección norte. Ella y Sean habían hablado sobre la posibilidad de ir juntos al trabajo, pero al final decidieron que sería mejor que cada cual dispusiera de su propio coche.

Janet se sintió algo mareada al entrar en el hospital aquella mañana. Su ansiedad era algo más intensa que el nerviosismo habitual que se tiene al empezar un nuevo trabajo. La perspectiva de infringir normas era lo que la ponía tensa y con los nervios de punta. Empezaba a sentirse algo culpable: culpable por lo que tramaba.

Janet subió a la cuarta planta con tiempo de sobras. Se sirvió una taza de café y comenzó a familiarizarse con la ubicación de los historiales médicos, el armario de la farmacia y el de los suministros, las zonas que debía conocer bien para poder trabajar como enfermera de planta. Cuando se sentó para escribir el parte con el turno de noche que salía y el de día que entraba, estaba bastante más tranquila que al llegar. La presencia alegre de Marjorie contribuyó indudablemente a que se sintiera cómoda.

El parte era rutinario, excepto que el estado de Helen Cabot había empeorado. La pobre chica había sufrido varios ataques durante la noche y los doctores decían que la presión intracraneal iba aumentando.

¿Creen que el problema está relacionado con la biopsia que le practicaron ayer guiada por la exploración del ATC? -preguntó Marjorie. -No -dijo Juanita Montgomery, la supervisora del turno de noche-. El doctor Mason estaba aquí a las tres de la madruga da, cuando tuvo un nuevo ataque, y dijo que el problema estaba relacionado probablemente con el tratamiento.

- ¿Empezó ya su tratamiento? -preguntó Janet.

-Sí, claro -contestó Juanita-. El tratamiento empezó el martes, la noche en que llegó.

-Pero hasta ayer no le practicaron la biopsia.

-Este es el elemento celular del tratamiento -intervino Marjorie-. Hoy le van a practicar una foresis para recoger linfocitos T que se cultivarán y se sensibilizarán a su tumor.

Pero el elemento humoral de su tratamiento empezó inmediatamente.

-Le administraron manitol para rebajar la presión intracraneal -añadió Juanita -. Al parecer dio resultado. No ha vuelto a tener ataques. Quieren evitar los esteroides y si es posible una derivación. En todo caso, hay que vigilarla cuidadosamente, especialmente con la foresis.

Cuando hubieron finalizado el parte y el turno de noche se hubo ido a casa con los ojos turbios, empezó en serio el trabajo de la jornada. Janet estuvo muy ocupada. Había muchos pacientes en la planta, que representaban una amplia gama de canceres, y cada uno seguía un protocolo de tratamiento individual. El caso más desgarrador para Janet fue el de un niño de nueve años de aspecto angelical que estaba en una cámara estéril, mientras esperaba un trasplante de

Librodot

médula ósea para repoblar su médula con células generadoras de glóbulos rojos.

Le habían administrado dosis elevadas de quimioterapia y de radiación para exterminar completamente su médula leucémica. En aquel momento era una persona completamente vulnerable a cualquier microorganismo, incluso a los que en una situación normal no son patógenos para las personas.

Janet pudo finalmente respirar un poco a media mañana. La mayoría de las enfermeras tomaban el café en un cuarto de servicios del puesto de enfermeras, donde podían estirar los pies cansados y posarlos sobre un asiento. Janet decidió aprovechar el tiempo y pedir a Tim Katzenburg que le enseñara a utilizar el ordenador del Forbes. Cada paciente tenía un historial médico tradicional y una ficha informatizada. A Janet los ordenadores no la intimidaban, porque en la universidad había cursado informática como asignatura secundaria. Pero convenía tener la ayuda de alguien que conociera bien el sistema del Forbes para empezar a familiarizarse con él.

Cuando una llamada telefónica distrajo por unos momentos a Tim, Janet pidió en pantalla la ficha de Helen Cabot. La ficha no era muy extensa porque Helen estaba en el hospital hacía menos de cuarenta y ocho horas. Un gráfico mostraba en cuál de sus tres tumores se había realizado la biopsia y la situación de la trepanación del cráneo encima del oído derecho. El espécimen de la biopsia se calificaba a grandes rasgos de firme, blanco y de volumen adecuado. El espécimen se había empaquetado inmediatamente en hielo y enviado al laboratorio Basic Diagnostics. En la sección de tratamientos, la ficha decía que habían empezado administrando MB300C y MB303C con una dosis de 100 mg/kg/día de peso corporal administrada a 0.05 ml/kg/minuto.

Janet echó una ojeada a Tim, que estaba todavía hablando por teléfono. Anotó en un trozo de papel los datos del tratamiento. También anotó la designación alfa numérica, T-9872, que se incluía como diagnóstico junto con la descripción: meduloblastoma.

Janet utilizó la designación del diagnóstico para pedir los nombres de los pacientes con meduloblastoma que estaban actualmente en el hospital. Había un total de cinco pacientes, incluidos los tres de la cuarta planta. Los otros dos eran Margaret Demars, de la tercera planta y Luke Kinsman, un niño de ocho años en las alas de pediatría de la quinta planta.

Janet se anotó los nombres.

- ¿Algún problema? -le preguntó Tim por detrás.

-Ninguno-dijo Janet.

Borró rápidamente la pantalla para que Tim no pudiera ver lo que estaba haciendo. No podía permitirse despertar sospechas el primer día.

-Tengo que entrar estos valores de laboratorio -le dijo Tim-. Estaré listo en un segundo.

Mientras Tim estaba concentrado en el terminal de ordenador, Janet exploró el fichero metálico en busca de los historia les médicos de Cabot, Martin o Sharenburg. Vio con pesar que ninguno de aquellos historiales estaba allí.

Marjorie entró como una tromba en la sección para sacar algunos narcóticos del armario de farmacia.

-Creo que es tu hora del café -dijo a Janet.

-Sí -dijo Janet enseñándole su taza de plástico.

Tomó nota mentalmente de que debía traerse una taza al trabajo. Todas tenían su taza propia.

-Qué dedicación... -dijo Marjorie bromeando desde dentro de la farmacia-. No es preciso que trabajes en la pausa del café. Túmbate un poco, chica, y deja descansar los pies.

Librodot

Janet sonrió y dijo que se tomaría una pausa cuando se hubiera aclimatado totalmente a los horarios. Cuando Tim estuvo listo con el terminal del ordenador Janet le preguntó por los historiales médicos que faltaban.

-Están todos en la segunda planta -dijo Tim-. A Cabot se le está practicando una foresis, y a Martin y a Sharenburg una biopsia. Como es lógico, los historiales están con ellos.

-Claro-repitió Janet.

Era mala suerte que ninguno de aquellos historiales estuviera allí precisamente cuando ella podía estudiarlos. Comenzó a sospechar que la campaña de espionaje clínico que se había comprometido a emprender quizá no sería tan fácil como había imaginado cuando propuso su plan a Sean.

Janet renunció de momento a los historiales y esperó a que otra de las enfermeras de su turno, Dolores Hodges, abandonara el cuarto de farmacia. Cuando Dolores hubo desaparecido por el pasillo, Janet comprobó que nadie la miraba antes de entrar en el cuartito. Cada paciente tenía un compartimiento que contenía los medicamentos prescritos. Los fármacos pro cedían de la farmacia central situada en la primera planta.

Cuando Janet hubo encontrado el compartimiento de Helen, leyó rápidamente los nombres de la multitud de frascos, botellas y tubos que contenían medicamentos contra ataques, tranquilizantes, pastillas contra la náusea y analgésicos no narcóticos. No había ningún recipiente con la designación MB300C o MB303C. Pensando que quizá estos medicamentos estaban guardados con los estupefacientes, Janet abrió el cajón, pero sólo encontró estupefacientes en su interior.

Después Janet localizó el compartimento de Louis Martin.

Estaba debajo, cerca del suelo y Janet tuvo que agacharse para examinarlo. Primero tuvo que cerrar la mitad inferior de la puerta de dos paneles para examinarlo. Al igual que en el compartimento de Helen, tampoco Janet pudo encontrar paquetes de medicamentos con el código especial MB en la etiqueta.

- ¡Dios mío, me has asustado! -exclamó Dolores.

La enfermera había vuelto con prisas y tropezó prácticamente con Janet, que estaba en cuclillas ante al compartimiento de Louis Martin.

-Lo siento -dijo Dolores-. Pensaba que no había nadie.

-Fue culpa mía -dijo Janet, notando que se sonrojaba.

Temió inmediatamente que se hubiese traicionado y que Dolores se preguntara qué estaba haciendo allí. Pero Dolores no pareció sospechar nada. Cuando Janet se retiró para dejarla pasar, entró en el cuartito para buscar lo que necesitaba y se marchó rápidamente.

Janet salió de la farmacia temblando visiblemente. Aquél era su primer día, y aunque no había pasado nada terrible, no estaba segura de que tuviera la serenidad necesaria para actuar furtivamente, como exigía el espionaje.

Cuando Janet llegó al cuarto de Helen Cabot, se detuvo un momento. Un tope de caucho mantenía abierta la puerta. Janet entró y miró a su alrededor. No esperaba encontrar allí ningún medicamento, pero de todos modos miró. Tal como había imaginado, no había nada.

Después de recuperar su compostura, Janet volvió a la sección de enfermeras, pasando primero por la habitación de Gloria D'Amataglio. Janet se detuvo un momento y asomó la cabeza por la puerta abierta. Gloria estaba sentada en su butaca con una bacinilla de acero inoxidable en la mano. Su equipo de infusión estaba todavía goteando.

Durante la conversación del día anterior, Janet se enteró de que Gloria había estudiado en el Wellesley College al igual que ella. Janet iba un curso por

Librodot

encima. Janet lo había recordado aquella noche y decidió preguntar a Gloria si había conocido a una amiga suya que estaba en la clase de Gloria. Saludó a Gloria y le hizo la pregunta.

- ¿Tú conocías a Laura Lowell?-dijo Gloria con un entusiasmo forzado-. ¡Es extraordinario! ramos muy amigas. Yo quería mucho a sus padres.

Janet se apenó al ver que Gloria estaba haciendo esfuerzos para ser sociable. Era evidente que la quimioterapia le estaba causando náuseas.

-Supuse que la conocías -dijo Janet-. Todo el mundo conocía a Laura.

Janet estaba a punto de excusarse y dejar descansar a Gloria cuando oyó un traqueteo detrás suyo. Se volvió a tiempo para ver al empleado de la limpieza aparecer en la puerta y desaparecer inmediatamente. Janet, temiendo que su presencia estuviera interrumpiendo los horarios del hombre, dijo a Gloria que pasaría más tarde y se fue al vestíbulo para comunicar al empleado de la limpieza que podía entrar en la habitación pero el hombre había desaparecido. Janet miró arriba y abajo del pasillo. Entró incluso en un par de habitaciones vecinas.

Parecía que se hubiese desvanecido en el aire.

Janet volvió al puesto de enfermeras. Vio que todavía le quedaba un poco de tiempo de su descanso, tomó el ascensor y bajó a la segunda planta con la esperanza de poder echar un vistazo al menos a uno de los historiales médicos que faltaban Helen Cabot estaba aún con su foresis, que duraría un rato. Su historial no estaba allí. Kathleen Sharenburg estaba en plena biopsia en aquel momento y su historial estaba en el despacho de radiología. Janet tuvo más suerte con Louis Martin. Le practicarían la biopsia después de la de Kathleen Sharenburg.

Janet lo localizó en una camilla en el pasillo. Había recibido una fuerte dosis de tranquilizantes y estaba profundamente dormido Sus fichas estaban guardadas bajo el colchón de la camilla.

Janet, después de preguntárselo a un técnico y de asegurarse que hasta dentro de una hora como mínimo no practicarían la biopsia a Louis, aprovechó la oportunidad y sacó el historial.

Se puso a caminar rápidamente como si abandonara la escena de un delito con las pruebas en la mano y llevó las fichas al fichero médico. Tuvo que reprimirse para no echar a correr.

Janet tuvo que reconocer que probablemente era la persona menos dotada del mundo para realizar aquel tipo de trabajo. La ansiedad que había sentido en la farmacia la sobrecogió de nuevo.

-Claro que puede utilizar la fotocopiadora -dijo una de las bibliotecarias cuando lo preguntó-. Para eso está. Ponga simplemente enfermería en el registro.

Janet se preguntó si aquella bibliotecaria era la madre de la chica que trabajaba en relaciones públicas y que había visto en el apartamento de Sean la noche de su llegada. Tenía que actuar con cuidado. Mientras se dirigía hacia la fotocopiadora, miró por encima del hombro. La mujer había vuelto al trabajo que estaba haciendo cuando Janet entró, y no le prestaba ninguna atención. Janet copió rápidamente todo el historial médico de Louis. Había más páginas de lo que había imagina do, sobre todo teniendo en cuenta que estaba hospitalizado desde hacía sólo un día. Miró algunas páginas y pudo compro bar que la mayor parte del historial estaba formado por mate rial de referencia enviado por el Boston Memorial.

Cuando hubo finalizado, Janet se apresuró a devolver las fichas a la camilla. Sintió alivio al ver que no habían movido a Louis. Janet guardó el

Librodot

historial debajo del colchón dejándolo exactamente donde lo había encontrado. Louis no se movió.

Volvió a la cuarta planta con una sensación de terror total.

No había pensado en absoluto qué haría con la copia del historial médico. Era demasiado grande para meterla en el bolso y no podía dejarla tirada por allí. Tenía que encontrar un escondrijo provisional, un lugar que difícilmente frecuentasen las demás enfermeras.

El tiempo de la pausa había finalizado y Janet tenía que decidirse rápidamente. No quería, tomarse más tiempo del permitido en su primer día de trabajo. Janet, frenéticamente, intentó pensar un poco. Se le ocurrió el salón de los pacientes, pero en aquel momento estaba ocupado. O quizá uno de los armarios inferiores de la farmacia, pero la idea le pareció demasiado arriesgada. Al final se le ocurrió el armario de la limpieza.

Janet miró arriba y abajo del pasillo. Había bastante gente en él, pero todos parecían concentrados en lo que estaban haciendo. Vio el carrito de la limpieza aparcado fuera de la habitación de un paciente, lo que indicaba que el empleado estaba ocupado limpiándola. Janet respiró hondo y se metió en el cuarto. La puerta con su pestillo automático se cerró instantáneamente detrás suyo, sumiéndola en las tinieblas. Buscó a tientas el interruptor y encendió la luz.

El cuartito estaba dominado por un generoso fregadero. En la pared opuesta había un mostrador con armarios debajo, una hilera de armarios de poca profundidad encima y un armario para escobas. Abrió el armario de las escobas. Había unos cuantos estantes sobre el compartimiento de las escobas, pero estaban demasiado expuestos. Luego miró los armarios de encima y sus ojos continuaron subiendo.

Puso un pie sobre el borde del fregadero y se encaramó en el mostrador. Con la mano exploró la zona situada encima de los armarios empotrados. Tal como había supuesto había un pequeño espacio hundido entre la parte alta de los armarios y el techo. Segura de haber encontrado lo que buscaba, deslizó la copia del historial médico por encima del borde y la dejó caer.

Se levantó una pequeña nube de polvo.

Janet, tranquila, saltó al suelo, se lavó las manos en el fregadero y luego salió al vestíbulo. Si alguien se había preguntado qué estaba haciendo en el cuarto de la limpieza no lo manifestó de ningún modo. Una de las enfermeras pasó por su lado y le sonrió alegremente.

Janet volvió al puesto de enfermeras y se zambulló en el trabajo Al cabo de cinco minutos comenzó a calmarse, y al cabo de diez minutos incluso sus latidos habían recuperado el ritmo normal. Cuando apareció Marjorie unos minutos después, Janet estaba ya lo bastante tranquila para preguntarle sobre la medicación codificada de Helen Cabot.

-He estudiado los tratamientos de todos los pacientes -dijo Janet-. Quiero familiarizarme con sus medicamentos para estar preparada cuando tenga que administrarlos durante un día. He visto las referencias MB300C y MB303C. ¿Qué son y dónde puedo encontrarlos?

Marjorie, que estaba inclinada sobre su mesa de trabajo, se enderezó. Cogió una llave que llevaba colgada del cuello en una cadena plateada y la levantó.

-La medicina MB debes pedírmela a mí -dijo -. La guardamos en un armario refrigerado aquí mismo en el puesto de enfermeras. -Abrió un pequeño armario que contenía un pequeño refrigerador-. Corresponde a la enfermera jefa de cada turno administrarlo. Controlamos el MB como si fueran estupefacientes, pero con algo más de cuidado.

Librodot

-Bueno, esto explica que no pudiera encontrarlo en la farmacia -dijo Janet con una sonrisa forzada.

Comprendió de repente que conseguir muestras del medicamento sería cien veces más difícil de lo que había previsto.

Incluso se preguntó si sería posible.

TOM WIDDICOMB estaba intentando calmarse. No se había sentido tan tenso en toda su vida. Generalmente su madre podía tranquilizarle, pero ella ahora no quería ni siquiera hablarle.

Se había esforzado por llegar pronto aquella mañana. Había estado vigilando a la nueva enfermera, Janet Reardon, desde el momento de su llegada. Había seguido sus pasos cuidadosamente, estudiando todos sus movimientos. Después de vigilar la durante una hora había decidido que sus temores no estaban justificados. La enfermera actuaba como las demás y Tom había sentido un gran alivio.

Pero luego se había metido de nuevo en la habitación de Gloria. Era increíble, pensó Tom, había reaparecido precisamente cuando él dejó de vigilar. Que la misma mujer hubiese echado al traste su intento de aliviar los padecimientos de Gloria, no una sino dos veces, no podía ser ya una simple coincidencia. “Dos días seguidos -dijo Tom entre dientes en el silencio de su cuarto de la limpieza-. ¡Es una espía, seguro!” El único consuelo era que en esa ocasión fue él quien se encontró con ella. De hecho, había sido incluso mejor, porque casi se había topado con ella. No sabía si ella lo había notado o no, pero probablemente sí.

A partir de aquel momento se dedicó a seguirla de nuevo.

Cada paso que daba le convencía cada vez más de que estaba allí para cazarlo. No actuaba como una enfermera normal.

¡Qué va! Se estaba metiendo en demasiados lugares. Lo peor era que se había metido en el cuarto de la limpieza y había empezado a abrir armarios. l pudo oírla desde el vestíbulo.

Sabía lo que ella estaba buscando y temblaba con la posibilidad de que encontrara el líquido. Cuando hubo salido, Tom entró en el cuarto, se encaramó sobre el mostrador y buscó a tientas en lo alto del armario hacia el extremo, en un rincón, hasta tocar su succinilcolina y las jeringas. Por suerte estaban allí y nadie las había encontrado.

Después de bajar del armario, Tom intentó calmarse. Se dijo una y otra vez que continuaba seguro porque la succinilcolina todavía estaba en su lugar. Por lo menos de momento. Pero era evidente que debía actuar con Janet Reardon como lo había hecho con Sheila Arnold. No podía permitir que acabara con su cruzada. Si lo hacía, corría el riesgo de perder a Alice.

-No te preocupes, mamá -dijo Tom en voz alta-. Todo saldrá bien.

Pero Alice no quería oírle, estaba asustada.

Al cabo de quince minutos, Tom se sintió suficientemente tranquilo para enfrentarse con el mundo. Respiró hondo para recuperarse, abrió la puerta y salió al vestíbulo. Cogió su carrito de la limpieza y lo empezó a empujar.

Mantuvo los ojos fijos en el suelo mientras se dirigía hacia los ascensores. Cuando pasó por la sección de enfermeras, oyó a Marjorie decirle a voz en grito que limpiara una habitación.

-Me llamaron en la administración -dijo Tom sin levantar la mirada.

Con mucha frecuencia, cuando se producía algún accidente, como que alguien derramara una taza de café, le llamaban desde abajo para que limpiara.

El turno de noche se ocupaba de la limpieza normal de la planta de administración.

-Bueno, pues luego vuelva aquí inmediatamente -gritó Marjorie.

Tom masculló una maldición.

Cuando llegó a la planta de administración, Tom empujó el carrito directamente hacia la zona principal de secretaría. En aquel lugar siempre había mucho movimiento y nadie le iba a mirar dos veces. Aparcó el carrito enfrente mismo del cuadro mural donde estaba el plano de la planta baja de la residencia Forbes, situado en la parte sudoriental de Miami.

Había diez apartamentos en cada planta y cada planta tenía un pequeño casillero con el nombre. Tom encontró rápidamente el de Janet Reardon en el casillero marcado con el número 207. Lo más interesante era una caja de llaves pegada a la pared, debajo mismo del plano. Dentro había juegos múltiples de llaves, todas cuidadosamente etiquetadas. La caja tenía que estar normalmente cerrada. Pero la llave para abrirla estaba puesta siempre en la cerradura. Con el carrito tapando la caja, Tom pudo actuar tranquilamente y hacerse con un juego de llaves del apartamento 207.

Para justificar su presencia, Tom vació unas cuantas papeleras, antes de empujar de nuevo su carrito hacia los ascensores.

Mientras esperaba los ascensores, sintió una oleada de alivio.

Incluso Alice volvió a hablarle. Le dijo que se sentía ahora muy orgullosa de él, porque había decidido resolver los problemas. Le comentó que la nueva enfermera, Janet Reardon, le preocupaba.

-Te dije que no debías preocuparte -contestó Tom-. Nadie volverá a molestarnos más.

A STERLING ROMBAUER le había gustado siempre el adagio que su madre, una maestra, había convertido en divisa: “El azar favorece la mente preparada”. Sterling supuso que en Boston sólo podía haber unos cuantos hoteles que Tanaka Yamaguchi pudiera considerar aceptables y decidió llamar a algunos empleados de hotel cuyo contacto había cultivado a lo largo de los años. Su iniciativa tuvo un éxito inmediato. Sterling sonrió cuando vio que él y Tanaka no sólo compartían la misma profesión, sino también los mismos gustos en cuanto a la elección de hoteles.

Las cosas estaban desarrollándose bastante bien. Gracias a las frecuentes estancias de Sterling en el Ritz Carlton de Boston, sus contactos en el hotel eran simplemente impecables. Unas cuantas preguntas discretas revelaron ciertos datos interesantes. En primer lugar, Tanaka había contratado la misma empresa de alquiler de coches que él, lo cual no era de extrañar puesto que era la mejor. En segundo lugar, iba a quedarse en el hotel por lo menos otra noche. Y finalmente había reservado mesa para dos personas en el Ritz Café para el almuerzo.

Sterling se puso inmediatamente a trabajar. Con una llamada al maître del restaurante del hotel, un lugar muy frecuentado pero con un ambiente discreto, consiguió la promesa de que pondrían al señor Yamaguchi y a su acompañante en el fondo del local. La mesa vecina del rincón, situada literalmente a unos centímetros de distancia, estaría reservada para el señor Sterling Rombauer. Con una llamada al propietario de la empresa de alquiler de coches, logró que le prometieran comunicarle el nombre del chofer del señor Yamaguchi y una relación de todas sus paradas.

-Este japonés está bien relacionado -dijo el propietario de la empresa de alquiler de coches cuando Sterling le llamó-. Le fuimos a recoger a la terminal

Librodot

de aviación privada. Llegó en un reactor privado y no era precisamente uno de esos cacharros viejos.

Una llamada al aeropuerto confirmó la presencia del Gulf stream III de Sushita y Sterling consiguió el número de llama da. Telefoneó a su contacto en la Administración Federal de Aviación en Washington y le dio los números de llamada. Le prometieron que le tendrían informado sobre los movimientos del reactor.

Habiendo conseguido tantas cosas sin haber salido siquiera del hotel y con un poco de tiempo libre antes de la cita del almuerzo, Sterling salió a pasear por Newbury Street hasta Burberry a fin de comprarse varias camisas nuevas.

SEAN ESTABA SENTADO en una de las sillas de plástico moldeado del restaurante de autoservicio del hospital con las piernas cruzadas y estiradas. Su codo izquierdo descansaba sobre la mesa sosteniendo su barbilla. El brazo derecho colgaba sobre el respaldo de la silla. Su estado de ánimo era aproximadamente el mismo que la noche anterior cuando Janet había entrado por la puerta corredera de su sala de estar. La mañana había sido una repetición, con agravante, del día anterior y había confirmado su convicción de que el Forbes era un lugar raro y básicamente repelente donde trabajar. Hiroshi continuaba siguiéndole como un mal detective. Casi cada vez que él se daba la vuelta cuando estaba en la planta sexta para utilizar algún aparato que no tenía en la quinta, podía ver al japonés.

Y cuando él le miraba, Hiroshi apartaba rápidamente la mirada como si Sean fuera estúpido y no se hubiese dado cuenta de que Hiroshi le vigilaba.

Sean miró el reloj. El y Janet habían decidido encontrarse a las doce y media. Eran casi las doce y treinta y cinco minutos, y si bien continuaba entrando una corriente continua de empleados del hospital, Janet no aparecía por ninguna parte.

Comenzó a acariciar la idea de bajar al aparcamiento, meterse en su Isuzu y salir a la calle. Pero entonces Janet entró por la puerta y el simple hecho de verla le alegró un poco.

La tez de Janet mantenía una palidez relativa comparada con el color habitual en Florida, pero los pocos días de su estancia en Miami habían dado un tono decididamente rosado a su piel. Sean pensó que no la había visto nunca mejor.

Mientras contemplaba admirado los armónicos movimientos de su cuerpo al acercársele por entre las mesas, se dijo que debía convencerla para que se dejara de tonterías y abandonara su apartamento y se trasladara al suyo.

Janet se sentó al otro lado de la mesa sin apenas saludarle.

Llevaba debajo del brazo un periódico de Miami que no había abierto. Sean comprendió que estaba nerviosa porque recorría continuamente con la mirada la sala como un pájaro inquieto y vulnerable.

-Janet, esto no es una película de espías -dijo Sean -. Cálmate, por favor.

-No puedo evitarlo -dijo Janet-. He estado metiéndome por todas partes. Escabulléndome de las personas, intentando no despertar sospechas. Pero tengo la sensación de que todo el mundo está enterado de lo que hago.

Sean miró hacia el techo.

-Mi cómplice es una simple aficionada -dijo en broma Luego añadió seriamente-: Janet, no sé si las cosas pueden salir bien estando tú tan nerviosa. Estamos sólo empezando Todavía no has hecho nada en comparación con lo que se avecina. Pero, a decir verdad, te tengo envidia. Por lo menos tú haces algo. En cambio yo he pasado buena parte de la mañana en las entrañas de la

Librodot

tierra inyectando la proteína Forbes a ratones. Todo sin intriga y, desde luego, sin nada de emoción. Este lugar me está volviendo loco.

- ¿Y tus cristales? -preguntó Janet.

-Estoy frenando deliberadamente su crecimiento Las cosas están saliendo demasiado bien. No dejaré que sepan hasta dónde he llegado. De este modo, cuando necesite tiempo para algún trabajo de investigación podré tomármelo y al mismo tiempo podré utilizar los otros resultados de tapadera. ¿Y cómo te va a ti?

-No muy bien -reconoció Janet-. Pero por lo menos he empezado. He copiado un historial médico.

- ¿Sólo uno? -dijo Sean, claramente disgustado-. ¿Y estás tan nerviosa solo por un historial?

-No me fuerces demasiado -dijo Janet-. Todo esto es muy difícil para mí.

-No voy a decir que te lo advertí -se burló Sean-. Nunca.

Yo no. No es lo mío.

-Cállate ya -dijo Janet, mientras le pasaba el periódico disimuladamente por debajo de la mesa-. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

Sean cogió el periódico y lo dejó encima de la mesa. Lo abrió dejando al descubierto las páginas copiadas que quitó inmediatamente. Apartó el periódico a un lado.

- ¡Sean! -exclamó Janet con voz entrecortada, mientras exploraba furtivamente la sala llena de gente-. ¿No podrías hacerlo con más disimulo?

-Estoy cansado de disimular -dijo Sean mientras empezaba a estudiar las fichas.

- ¿Ni siquiera por mí? -preguntó Janet-. Puede haber en las otras mesas gente de mi planta. Pueden haber visto que te estaba entregando estas copias.

-Tienes un concepto demasiado elevado de la gente -dijo Sean distraídamente-. La gente no se fija tanto en las cosas como imaginas. -Luego, señalando las copias que Janet había traído, dijo-: El historial de Louis Martin es únicamente material de referencia del Memorial. La parte de antecedentes y la parte física es mía. El vago de neurología se limitó a copiar mi trabajo.

- ¿Cómo lo sabes?-preguntó Janet.

-El tipo de expresiones -dijo Sean-. Escucha esto: el paciente “padeció” una prostatectomía hace tres meses. Yo utilizo expresiones como “padeció” para saber quién lee mis trabajos y quién no. Es un pequeño juego que me permite descubrir si han copiado mis informes. Nadie más utiliza esta fraseología en un contexto médico. Se supone que uno describe hechos, sin formular juicios.

-La imitación es la forma más elevada de elogio, y supongo que deberías sentirte halagado -dijo Janet.

-Lo único interesante del historial son los pedidos -dijo Sean-. Le administran dos fármacos con los códigos MB300M y MB303M.

-Este código es parecido al que vi en las fichas de Helen Cabot en el ordenador -dijo Janet.

Le pasó el papel donde había escrito los datos del tratamiento que había obtenido del ordenador.

Sean echó una ojeada a las dosis y a los horarios de administración.

- ¿Qué es, según tú?-preguntó Janet.

-No tengo ni idea-contestó Sean-. ¿Conseguiste alguna muestra?

-Todavía no -admitió Janet-. Pero localicé finalmente el depósito. Lo tienen en un armario especial y la supervisora del turno es la única persona que tiene la llave.

-Esto es muy interesante -dijo Sean, estudiando el historial-. La fecha y la hora del pedido indican que el tratamiento se inició nada más llegar.

Librodot

-Lo mismo hicieron con Helen Cabot-dijo Janet.

Le repitió lo que Marjorie le había contado, a saber, que iniciaban el aspecto humoral del tratamiento inmediatamente, mientras que el aspecto celular no se iniciaba hasta haber realizado una biopsia y disponer de un cultivo de células T.

-Iniciar el tratamiento tan pronto parece extraño -dijo Sean-. A no ser que estos fármacos sean sólo linfoquinos u otros estimulantes inmunológicos genéricos. No puede ser un fármaco nuevo, como un tipo nuevo de agente químico.

- ¿Por qué no?-preguntó Janet.

-Porque la Administración Federal de Farmacología no lo habría aceptado -dijo Sean-. Debe de ser un medicamento que ya está aprobado. ¿Por qué sólo conseguiste el historial de Louis Martin? ¿Y el de Helen Cabot?

-Tuve mucha suerte con Martin -dijo Janet-. Mientras nosotros estamos hablando están practicando una foresis a Cabot y una biopsia a la otra joven, Kathleen Sharenburg Martin estaba a la espera de su biopsia, y de este modo pude hacerme con sus fichas.

- ¿Es decir que estas personas están ahora en la segunda planta? -preguntó Sean-. Encima mismo de nosotros.

-Eso creo-dijo Janet.

-Quizá me salte el almuerzo y me dé un paseo por allí.

Suele haber tanta agitación en las zonas de diagnóstico y tratamiento que las fichas dan tumbos. Es probable que pueda echar un vistazo a algunas.

-Prefiero que lo hagas tú -dijo Janet-. Estoy segura de que lo haces mucho mejor que yo.

-No voy a dejarte sin trabajo -dijo Sean-. Todavía quiero que me consigas copias de los otros dos historiales médicos y de las actualizaciones diarias. También quiero una lista de todos los pacientes que han tratado aquí hasta el momento y que tenían meduloblastoma. Me interesan sobre todo los resultados. También quiero muestras de la medicina codificada.

Esto debe tener prioridad. Necesito tener esta medicina cuanto antes mejor.

-Haré todo lo que pueda -dijo Janet.

Después de los problemas que tuvo sólo para copiar el historial de Martin, no estaba muy segura de poder conseguir todo lo que Sean quería y con la rapidez que deseaba. Pero no quería expresarle estas preocupaciones a Sean. Temía que lo dejara todo y se fuera a Boston.

Sean se levantó y cogió a Janet por el hombro.

-Ya sé que esto no es fácil para ti -dijo-, pero recuerda que fue idea tuya.

Janet puso su mano sobre la de Sean.

-Lo conseguiremos-dijo.

-Te veré en el Palacio de las Vacas -dijo él-. Supongo que llegarás hacia las cuatro. Intentaré llegar a la misma hora.

-Hasta luego-dijo Janet.

Sean salió de la cafetería y subió por las escaleras hasta la segunda planta. Estaba en el extremo sur del edificio. La segunda planta era un lugar de gran actividad y con tanto movimiento como había imaginado. Allí se hacía toda la terapia de radiaciones y la radiología de diagnóstico. También se practicaban todas las intervenciones quirúrgicas y los tratamientos que no podían hacerse en las habitaciones.

Sean, con tanta confusión en el ambiente, tuvo que pasar sorteando camillas que transportaban a los pacientes de sus habitaciones a las salas de tratamiento o viceversa. Había algunas camillas con sus pacientes aparcadas a

lo largo de las paredes. Otros enfermos estaban sentados sobre bancos, vestidos con ropa del hospital.

Sean se excusó y se abrió camino entre el tumulto chocando con personal del hospital y con pacientes ambulatorios. Sin muchas dificultades, consiguió recorrer el pasillo central mirando cada puerta que encontraba. La radiología y la química estaban a la izquierda, las salas de tratamiento, la UVI y los quirófanos a la derecha. Sean, que sabía que la foresis es un proceso largo pero que no precisa de mucha mano de obra, decidió buscar a Helen Cabot. Además de estudiar su historial médico, también quería saludarla.

Abordó a una asistenta de hematología que llevaba unos torniquetes de goma colgando de ganchos del cinturón y le preguntó dónde practicaban la foresis. La mujer guió a Sean por un pasillo lateral y señaló hacia dos salas. Sean le dio las gracias, y entró en la primera. Había un hombre en la camilla.

Sean cerró la puerta y abrió la siguiente. Desde el mismo umbral reconoció a la paciente: era Helen Cabot. Era la única persona en la habitación. Tenía tubos de entrada y salida pegados al brazo izquierdo que tomaban la sangre, la pasaban a una máquina que separaba los elementos y aislaba los linfocitos y devolvía el resto de la sangre al cuerpo.

Helen movió su cabeza vendada en dirección a Sean. Le reconoció inmediatamente e intentó sonreír. En cambio se formaron unas grandes lágrimas en sus grandes ojos verdes.

Sean, al ver su color y su aspecto general, dedujo que su estado había empeorado mucho. Los ataques que estaba sufriendo se estaban cobrando un alto precio.

-Estoy contento de verte -dijo Sean mientras se inclinaba y acercaba su rostro al suyo.

Resistió la tentación de abrazarla y consolarla.

- ¿Cómo te va?-preguntó.

-Ha sido difícil -consiguió decir Helen-. Ayer me practicaron otra biopsia. No es muy divertido. También me advirtieron que quizá empeoraría cuando iniciara el tratamiento, y así fue. Me dijeron que no debía perder la fe, pero es difícil.

Tengo unos dolores de cabeza insoportables. Incluso hablar me hace daño.

-Tienes que aguantar -dijo Sean-. Recuerda siempre que han conseguido la remisión de todos sus pacientes con meduloblastoma.

-En esto pienso continuamente-dijo Helen.

-Procuraré visitarte cada día -dijo Sean-. Mientras tanto, ¿dónde están tus fichas?

-Creo que fuera, en la sala de espera -dijo Helen señalando con la mano libre hacia la segunda puerta.

Sean le dirigió una sonrisa cordial, le dio un apretón en el hombro y luego pasó a la pequeña sala de espera que se comunicaba con el pasillo. Sobre un mostrador estaba lo que buscaba: el historial médico de Helen.

Sean lo tomó y pasó a las hojas de pedido. Estaban debidamente anotados fármacos semejantes a los que había visto en el historial de Martin: MB300C y MB303C. Luego pasó al comienzo del historial y vio dentro de las referencias una copia del informe que él mismo había hecho y que habían enviado con su historial.

Sean pasó rápidamente las páginas y llegó a la sección de notas sobre la evolución de la paciente; leyó el apartado sobre la biopsia practicada el día anterior con la indicación de que se había realizado sobre el oído derecho. La nota continuaba diciendo que la paciente había tolerado bien el proceso.

Librodot

Había empezado a explorar la sección de laboratorio para ver si se le había practicado una sección congelada cuando algo le interrumpió. La puerta del pasillo se abrió de golpe con tal fuerza que el pomo se clavó en el enlucido.

El choque repentino sobresaltó a Sean. Dejó caer las fichas sobre el mostrador de laminado plástico. Enfrente suyo y llenando todo el marco de la puerta estaba la figura formidable de Margaret Richmond. Sean la reconoció inmediatamente pues era la directora de enfermeras que había irrumpido en el despacho del doctor Mason. Al parecer aquella mujer tenía la costumbre de entrar de modo espectacular en todos los lugares.

- ¿Qué está haciendo aquí? -preguntó-. ¿Y qué está haciendo con este historial?

Su cara ancha y redonda estaba deformada por la indignación.

Durante un instante tuvo la idea de responder con una impertinencia, pero se lo pensó mejor.

-Es de una amiga -dijo Sean -. La señorita Cabot fue paciente mía en Boston.

-Usted no tiene derecho a ver su historial -soltó la señora Richmond-. Los historiales de los pacientes son documentos confidenciales que sólo pueden ver los pacientes y sus médicos. La responsabilidad a este respecto es algo que nos tomamos muy serio.

-Estoy seguro de que la paciente me permitiría leer su historial -dijo Sean-. Quizá podríamos pasar a la otra sala y preguntárselo.

-Usted no está aquí en calidad de colaborador clínico -gritó la señora Richmond ignorando la propuesta de Sean-. Está solamente aquí para investigar. La arrogancia que de muestra al pensar que tiene derecho a invadir este hospital es imperdonable.

Sean vio aparecer un rostro familiar detrás del hombro intimidante de la señora Richmond. Era la faz abotargada y pagada de sí misma de Robert Harris, el frustrado. Sean comprendió inmediatamente lo que había sucedido. Sin duda una de las cámaras de vigilancia había captado su presencia, probablemente en el pasillo de la segunda planta. Harris había llamado a Richmond y luego se había presentado para asistir a la matanza.

Al ver que Robert Harris también estaba en el asunto, Sean ya no pudo resistir la tentación de contraatacar, sobre todo porque la señora Richmond no respondía a sus demostraciones de prudencia.

-Puesto que no les interesa hablar como adultos -dijo Sean-, creo que me vuelvo al edificio de investigaciones.

-Su impertinencia lo está empeorando todo -balbuceó la señora Richmond-. Usted ha entrado ilegalmente, ha invadido un lugar privado y no parece arrepentirse. Me extraña que la administración de la universidad de Harvard permita a una persona como usted ingresar en su institución.

-Le voy a contar un secreto-dijo Sean-. No se fijaron mucho en mis modos, pero les gustó lo bien que jugaba al hockey sobre hielo. Bueno, me gustaría quedarme con ustedes y charlar un rato, pero tengo que volver con mis amigos muertos que, por cierto, tienen una personalidad más agradable que la mayoría de empleados del Forbes.

Sean vio que el rostro de la señora Richmond se ponía morado. Este era un episodio más de la serie ridícula de incidentes que estaban acabando con su paciencia. Por lo tanto, provocar e irritar a aquella mujer que podía haber jugado de defensa en los Dolphins de Miami le satisfacía perversamente.

-Salga de aquí antes de que llame a la policía -gritó la señora Richmond.

Sean pensó que llamar a la policía sería interesante. Podía imaginar a algún pobre novato uniformado intentando situar en alguna categoría el delito

de Sean. Sean se imaginaba la noticia en algún periódico: un externo de Harvard consigue ver el historial médico de una paciente.

Sean avanzó unos pasos hasta quedar literalmente encarado con la señora Richmond. Sonrió, prodigando su infalible en canto.

-Sé que me va a echar de menos. Pero tengo que irme, de veras.

La señora Richmond y Harris le siguieron todo el camino hasta el puente para peatones que salvaba el abismo entre el hospital y el edificio de investigación. Durante todo el trayecto mantuvieron un diálogo en voz alta sobre la degeneración de la juventud de hoy en día. Sean se sintió igual que si le estuvieran expulsando del pueblo.

Mientras Sean caminaba por el puente comprendió lo mucho que necesitaría a Janet para conseguir material clínico sobre el estudio de meduloblastoma, suponiendo, claro está, que decidiera quedarse.

Al volver a su laboratorio de la quinta planta, intentó concentrarse en su trabajo para reprimir la irritación y la frustración que sentía por la ridícula situación en que se había encontrado. Como la sala vacía de la planta superior, el historial médico de Helen no contenía nada que justificara los gritos. Pero mientras Sean se calmaba, pudo reconocer que la señora Richmond tenía algo de razón. Aunque le costara admitirlo, el Forbes era un hospital privado, no era un hospital universitario como el Boston Memorial que compaginaba la enseñanza con el cuidado de los pacientes. Aquí el historial de Helen era confidencial. A pesar de ello, la furia demostrada por la señora Richmond no guardaba ninguna proporción con su infracción.

Sin apenas quererlo, al cabo de una hora estaba totalmente absorto en sus intentos por hacer crecer los cristales. Luego, al mirar al trasluz un frasco contra una lámpara notó un cierto movimiento por el rabillo del ojo. Se estaba repitiendo el incidente del primer día. También ahora el movimiento le llegaba de la escalera.

Sin mirar ni un momento hacia la escalera, Sean se levantó tranquilamente de su taburete y caminó hacia el almacén como si necesitara algunos suministros. El almacén daba también al pasillo central y Sean pudo correr a lo largo del edificio hasta la escalera opuesta a la dirección del fugaz movimiento.

Bajó corriendo un tramo, se precipitó por toda la cuarta planta y entró por la otra escalera. Empezó a subir silenciosamente los peldaños que conducían a la quinta planta hasta que apareció el rellano. Tal como había sospechado, Hiroshi estaba mirando de modo furtivo por el cristal de la puerta, extrañado evidentemente de que no hubiese regresado del almacén. Sean salvó de puntillas los peldaños restantes hasta que quedó detrás mismo de Hiroshi. Luego soltó el grito más potente que pudo. El mismo quedó impresionado por el volumen de ruido que pudo emitir dentro de los confines de la es calera.

Sean, que había visto algunas películas de artes marciales de Chuck Norris, estaba algo preocupado por la posibilidad de que Hiroshi se convirtiera, por reflejo, en un practicante diabólico de kárate. En cambio, Hiroshi estuvo en un tris de desmayarse. Por suerte tenía agarrado con una mano el pomo de la puerta. Este punto de apoyo le permitió mantenerse erguido.

Cuando Hiroshi se recuperó lo suficiente para darse cuenta de lo que había sucedido, se separó un paso de la puerta y empezó a murmurar una explicación. Al mismo tiempo continuó retrocediendo, y cuando sus pies chocaron con el primer peldaño de la escalera dio media vuelta, huyó y desapareció de la vista.

Sean le siguió de mal humor, no para perseguir a Hiroshi sino para hablar con Deborah Levy. Estaba harto del espionaje de Hiroshi. Pensó que la doctora

Librodot

Levy sería la persona más adecuada para hablar del asunto, puesto que era la directora del laboratorio.

Fue directamente a la séptima planta y entró en el despacho de la doctora Levy. La puerta estaba entornada y echó una ojeada al interior. El despacho estaba vacío.

Las secretarias de la sección no tenían ni idea de su paradero, pero propusieron a Sean que la llamara por el busca. No lo hizo pero bajó a la sexta planta y buscó a Mark Halpern, quien iba vestido tan impecablemente como siempre y llevaba puesto su impoluto delantal blanco. Sean supuso que lavaba y planchaba el delantal cada día.

-Estoy buscando a la doctora Levy -dijo con tono irritado.

-Hoy no está aquí -dijo Mark -. ¿Puedo ayudarle en algo?

- ¿Vendrá más tarde? -preguntó Sean.

-Hoy no-dijo Mark-. Se fue a Atlanta. El trabajo la obliga a viajar mucho.

- ¿Cuándo volverá?

-No lo sé con seguridad -dijo Mark-. Probablemente mañana a última hora. Dijo que quizá pasaría por nuestras instalaciones de Cayo West en el viaje de regreso.

- ¿Pasa mucho tiempo allí? -preguntó Sean.

-Bastante -dijo Mark -. Varios doctores que estuvieron trabajando primero aquí, tenían que ir a Cayo Hueso. Pero en lugar de hacerlo, se marcharon. A consecuencia de ello aumentó el trabajo de la doctora Levy. Tuvo que hacerse cargo de parte del trabajo. Creo que el Forbes tiene dificultades para sustituirlos.

-Dígale que me gustaría hablar con ella cuando vuelva -dijo Sean.

Los problemas de contratación del Forbes no le interesaban.

- ¿Está seguro de que no puedo hacer nada por usted? -dijo Mark.

Durante un segundo, Sean acarició la idea de contar a Mark lo que Hiroshi hacía, pero decidió callar. Tenía que hablar con alguien que tuviera autoridad. Mark no le iba a servir de nada.

Cuando se dirigía a su pequeño despacho, Sean preguntó al técnico si los patólogos del hospital cooperaban con el personal de investigación.

-A veces-dijo Mark-. El doctor Barton Friedburg ha sido coautor de algunos documentos de investigación que precisan una interpretación patológica.

- ¿Qué tipo de individuo es? -preguntó Sean-. ¿Simpático o antipático? Me parece que aquí todo el mundo está en una categoría u otra.

-Decididamente simpático -dijo Mark -. Además, quizá usted esté confundiendo la falta de simpatía con la seriedad v la preocupación por el trabajo.

- ¿Cree que podría llamarle y preguntarle unas cuantas cosas? -dijo Sean-. ¿Es tan simpático?

-Desde luego -dijo Mark.

Sean bajó a su laboratorio y para poder estar sentado en una mesa, utilizó el teléfono del despacho acristalado y llamó al doctor Friedburg. Consideró que era un buen síntoma que el patólogo contestara en persona.

Le explicó quién era y dijo que estaba interesado por los resultados de una biopsia practicada el día anterior a Helen Cabot.

-Un momento, por favor -dijo el doctor Friedburg.

Sean oyó que estaba hablando con otra persona en el labora torio.

-No hicimos ninguna biopsia a Helen Cabot-dijo cuando se puso de nuevo.

-Pero yo sé que ayer le practicaron una -dijo Sean.

Librodot

-La enviaron al ala sur, a diagnósticos básicos -dijo el doctor Friedburg-. Deberá llamar allí si desea tener información. Este tipo de exámenes no pasa nunca por nuestro laboratorio.

- ¿A quién debo pedírselo? -preguntó Sean.

-A la doctora Levy -dijo el doctor Friedburg-. Desde que Paul y Roger se fueron, ella se encarga de todo allí. No sé quién se encarga ahora de leer los especimenes, pero nosotros no lo hacemos.

Sean colgó. En el Forbes nada parecía fácil. Desde luego no iba a preguntar a la doctora Levy por el estado de Helen Cabot. La doctora descubriría inmediatamente sus intenciones, especialmente habiéndole contado la señora Richmond que Sean había estado mirando el historial médico de Helen Sean suspiró y miró el trabajo que estaba haciendo para intentar cristalizar la proteína del Forbes. Estuvo tentado de tirarlo todo en la pileta.

JANET PENSÓ QUE LA TARDE estaba pasando muy rápidamente. Con el movimiento de pacientes que iban y venían del tratamiento y las pruebas de diagnóstico, se planteaba constantemente el problema táctico de organizarlo todo. Además, había protocolos de tratamiento complicados cuya dosificación y horarios tenían que ser muy exactos. Pero durante esta actividad febril, Janet pudo observar el sistema seguido para distribuir a los pacientes entre el personal. Sin muchos esfuerzos, consiguió que la asignaran enfermera de Helen Cabot, Louis Martin y Kathleen Sharenburg al día siguiente.

Consiguió ver los recipientes con los fármacos codificados, aunque sin tocarlos, cuando las enfermeras encargadas de los pacientes de meduloblastoma durante el día recibieron los frascos de Marjorie. Cuando tenían los frascos, las enfermeras los llevaban al cuarto de farmacia para cargar las jeringas. El fármaco MB300 estaba en una botella inyectable de 10 CC y el MB303 en una botella más pequeña de 5 cc. Los recipientes no tenían nada de especial. Era el mismo tipo utilizado para muchos otros fármacos inyectables.

Era normal que todo el mundo hiciera una pausa a media tarde, al igual que por la mañana. Janet aprovechó su pausa para bajar a la sección de fichas médicas. Una vez allí, utilizó el mismo truco que había usado con Tim. Dijo a una de las bibliotecarias, una joven llamada Melanie Brock, que era una empleada nueva y que estaba interesada en aprender el sistema Forbes. Dijo que estaba familiarizada con los ordenadores, pero que necesitaría ayuda. La bibliotecaria se impresionó favorablemente por la actitud de Janet y estuvo muy contenta de enseñarle su formato de fichero y de utilizar el código de acceso a las fichas médicas.

Janet, sola ya después de la explicación de Melanie, nombró a todos los pacientes con la misma designación T-9872 que había utilizado para obtener los casos actuales de meduloblastoma en la terminal de la sala. En esta ocasión, Janet obtuvo una lista diferente. Había treinta y ocho casos registrados durante los últimos diez años. Esta lista no incluía los cinco casos actualmente tratados en el hospital. Janet comprendió que el número de casos había aumentado recientemente y pidió al ordenador que le diera un gráfico del número de casos en función de los años. Los resultados, en forma de gráfico, eran bastante impresionante

Janet miró el gráfico y observó que durante los primeros ocho años había habido cinco casos de meduloblastoma, mientras que durante los dos últimos años estos casos habían ascendido a treinta y tres.

Librodot

Pensó primero que este aumento era curioso, pero recordó luego que los éxitos del Forbes con su tratamiento se habían producido en los últimos dos años. Los éxitos habían provoca do más traslados. Sin duda esto explicaba la afluencia de nuevos casos.

Janet tuvo curiosidad por saber los detalles demográficos y pidió una distribución por edad y sexo. El sexo mostraba una preponderancia de hombres en los últimos treinta y tres casos: veintiséis hombres y siete mujeres. En los cinco últimos casos, había habido tres mujeres y dos hombres.

Cuando miró las edades, Janet observó que en los primeros cinco casos había habido una persona de veintiún años de edad. Los otros cuatro casos eran de personas de menos de diez años. Entre los treinta y tres casos recientes, Janet vio que siete de ellos correspondían a personas de menos de diez años, dos a personas entre diez y veinte años, y los veinticuatro restantes a personas de más de veinte años de edad.

En relación con los resultados, Janet observó que los cinco casos originales habían fallecido dentro de los dos años siguientes a la fecha del diagnóstico. Tres habían fallecido al cabo de meses. Los efectos del nuevo tratamiento destacaban espectacularmente en los treinta y tres casos más recientes. Los treinta y tres pacientes continuaban vivos, si bien sólo tres se estaban acercando a dos años de vida transcurridos desde el diagnóstico.

Janet anotó rápidamente toda esta información para pasársela a Sean.

Luego escogió al azar un nombre de la lista. El nombre era Donald Maxwell. Pidió su ficha. Mientras estudiaba la información vio que estaba bastante abreviada. Encontró incluso una nota que decía: “consultar las fichas del historial si se necesita más información”.

Janet se había concentrado tanto en su trabajo de investigación, que se sorprendió cuando miró el reloj. Se había pasado allí toda la pausa del café y algo más de tiempo, como le había sucedido por la mañana.

Ordenó rápidamente al ordenador que imprimiera una lista de los treinta y ocho casos con sus edades, sexo y números de registro. Llena de nerviosismo, se fue a la impresora láser y esperó que saliera la hoja impresa. Cuando se volvió para irse tenía la sensación de que se encontraría con alguien detrás suyo que le pediría explicaciones. Pero al parecer nadie se había fijado en sus movimientos.

Janet buscó a Melanie, antes de volver a su planta, para hacerle una rápida pregunta final. La encontró al lado de su fotocopiadora.

- ¿Qué debo hacer para tener el historial médico de un paciente dado de alta? -preguntó Janet.

-Pedírselo a alguno de nosotros -dijo Melanie-. Lo único que necesitará es entregarnos una copia de la autorización, que en su caso debe darla el departamento de enfermería. Luego tendrá que esperar diez minutos. Tenemos las fichas en el sótano en un almacén de seguridad situado entre ambos edificios. Es un sistema eficiente. Las fichas tienen que estar disponibles para poder atender a los pacientes. Por ejemplo, cuando vienen pacientes de fuera. En la administración también necesitan los historiales para hacer sus facturas y sus cuentas. Las fichas con el historial se suben en montacargas.

Melanie señaló el pequeño ascensor acristalado de la pared.

Janet dio las gracias a Melanie y se fue rápidamente a su ascensor. La cuestión de la autorización era un problema. No podía imaginar cómo conseguirlo sin delatarse totalmente.

Confió en que Sean tendría alguna idea al respecto.

Mientras apretaba con impaciencia el botón del ascensor Janet se preguntó si tendría que excusarse de nuevo por haberse tomado más tiempo del

permitido. Sabía que no podía seguir así. No era justo, y era lógico que Marjorie se quejara.

Sterling estaba muy contento con los acontecimientos del día.

No pudo evitar sonreír mientras subía en el ascensor de lujo de la oficina central del Banco Franklin, en la Federal Street de Boston. Había sido un día sublime con un esfuerzo mínimo y una ganancia máxima. Y el hecho de que recibiera una magnífica compensación por pasárselo bien aumentaba todavía más el placer del trabajo. El almuerzo en el Ritz había sido delicioso, especialmente porque el maître había tenido el detalle de traerle un Mersault blanco de la cava del comedor principal.

Sterling, sentado tan cerca de Tanaka y de su invitado, había podido oír la mayor parte de su conversación parapetado detrás de un Wall Street Journal.

El invitado de Tanaka era un ejecutivo de Immunotherapy.

Desde que Genentech había comprado la empresa, apenas había modificado la composición del personal. Sterling ignoraba cuánto dinero había en el sobre blanco que Tanaka había dejado sobre la mesa. Pero observó que el director de personal se lo había guardado en su chaqueta en un abrir y cerrar de ojos.

La información que pudo captar Sterling era interesante.

Sean y los demás socios fundadores habían vendido Immunotherapy a fin de conseguir capital para una empresa totalmente nueva. El informador de Tanaka no estaba absolutamente seguro, pero tenía entendido que la nueva empresa también sería de biotecnología. No pudo comunicar a Tanaka su nombre ni los productos que se proponía fabricar.

Aquel caballero sabía que se había producido un hiato en la formación de la nueva empresa cuando Sean y sus socios se dieron cuenta de que les faltaba capital. Lo sabía porque le habían pedido que se pasara a la nueva empresa, y cuando hubo aceptado le informaron de que habría un retraso hasta que pudieran conseguir fondos suficientes. El tono de voz del caballero en aquel momento dio a entender a Sterling que el retraso había enrarecido bastante la relación entre él y la nueva dirección.

El último elemento informativo que aquel caballero había proporcionado a Tanaka y, a su vez, a Sterling, era el nombre del alto empleado del Franklin que estaba encargado de negociar el préstamo que cubriría el capital adicional. Sterling conocía a algunos empleados del Franklin, pero Herbert Devonshire no era uno de ellos. De todos modos, esto iba a cambiar porque la persona a la que Sterling estaba a punto de visitar en aquel momento era Herbert.

El almuerzo había permitido también a Sterling observar de cerca a Tanaka. Sterling, que conocía bastante el carácter y la cultura japoneses, especialmente en relación con los negocios, quedó fascinado por la actuación de Tanaka. Tanaka se desenvolvió con la máxima deferencia y respeto, y hubiese sido imposible para un estadounidense no iniciado captar los signos indicativos de que el japonés despreciaba de modo claro a su compañero de almuerzo. Pero Sterling descubrió inmediatamente los sutiles signos.

Sterling no pudo seguir la entrevista de Tanaka con Herbert Devonshire. Pero tampoco se lo había propuesto. Sin embargo, deseaba saber dónde tuvo lugar para que cuando hablara con el señor Devonshire pudiera dar a entender que estaba enterado de su contenido. Por lo tanto, Sterling pidió al director de la empresa de limusinas que preguntara al chofer de Tanaka lo que habían hecho. El director comunicó luego la información del chofer a Sterling.

Una vez enterado, Sterling entró en el City Side, un bar popular en el edificio sur del mercado del Hall Faneuil. Había la posibilidad de que Tanaka recordara su presencia en el almuerzo, pero Sterling decidió acercarse. No se

Librodot

acercaría demasiado. Observó desde lejos a Tanaka y Devonshire. Tomó nota de su situación en el bar y de lo que habían pedido.

También observó que Tanaka se había excusado para hacer una llamada.

Esta información le permitiría enfrentarse con confianza con Devonshire. Había conseguido una cita para aquella tarde.

Después de una breve espera, cuyo propósito era sin duda impresionarle con la apretada agenda del señor Devonshire, hicieron entrar a Sterling en la deslumbrante oficina del banquero. El panorama que se extendía por el norte y el este ofrecía vistas espectaculares del puerto de Boston y también del Aeropuerto Internacional Logan en la parte oriental de Boston, así como del puente sobre el río Mystic a su paso por Chelsea.

El señor Devonshire era un hombre bajo con una calva brillante, gafas de montura metálica y un traje conservador. Se levantó de detrás de su mesa de anticuario para tender la mano a Sterling. Sterling calculó que su estatura no pasaba de 1,65 metros.

Sterling entregó al hombre su tarjeta de visita. Los dos se sentaron. El señor Devonshire depositó la tarjeta en el centro de la carpeta que tenía sobre la mesa y la alineó en perfecto paralelismo con el rectángulo que formaba. Luego cruzó las manos.

-Tengo mucho gusto en haberle conocido, señor Rombauer -dijo clavando sus ojos saltones en Sterling-. ¿En qué puede servirle hoy el Franklin?

-No me interesa el Franklin-dijo Sterling-. Me gustaría entablar una relación de negocios con usted.

-Nuestra divisa ha sido siempre el servicio personalizado -dijo Herbert.

-Voy a entrar directamente en materia -dijo Sterling-. Estoy dispuesto a iniciar una colaboración confidencial con usted en beneficio mutuo. Se trata de información que yo necesito y de información que sus superiores no deberían saber.

Herbert Devonshire tragó saliva, pero no se inmutó.

Sterling se inclinó hacia delante para poder fijar sus ojos en los de Herbert.

-Los hechos son simples. Usted se vio con el señor Tanaka Yamaguchi esta tarde en el City Side Bar, que según creo no es un lugar habitual para citas de negocios. Pidió un ginlet con vodka y luego comunicó al señor Yamaguchi determinada información: un servicio que, si bien no es ilegal, es de una ética dudosa. Poco después, una parte considerable del dinero que las Industrias Sushita tienen depositado en el Banco de Boston fue transferido telegráficamente al Banco Franklin y usted era designado el banquero privado de la operación.

El rostro de Herbert palideció al oír las palabras de Sterling.

-Dispongo de una red extensa de contactos en todo el mundo de los negocios -dijo Sterling mientras se recostaba en su butaca-. Me gustaría mucho añadir su nombre a esta red privada, muy anónima, pero estelar. Estoy seguro de que podemos suministrarnos mutuamente información útil a medida que pasa el tiempo. La pregunta es: ¿le interesaría ingresar?

La única condición es que usted no debe revelar nunca, en ningún caso, la fuente de ninguna información que yo le transmita.

- ¿Y si decido no ingresar? -preguntó Herbert con voz ligeramente ronca.

-Transmitiré la información que tengo sobre usted y el señor Yamaguchi a personas del Franklin que pueden influir en su futuro.

-Esto es un chantaje-dijo Herbert.

-Yo lo llamo libre comercio -dijo Sterling-. En cuanto a su cuota de ingreso, me gustaría saber exactamente qué le contó usted al señor Yamaguchi sobre nuestro conocido común, Sean Murphy.

-Esto es indignante -dijo Herbert.

-Por favor -dijo Sterling-. No dejemos que esta conversación se disuelva en simples gestos. Lo cierto es que su comportamiento fue indignante, señor Devonshire. Estoy pidiendo sólo un pequeño precio por los beneficios que le reportará tener a un cliente como las Industrias Sushita. Y puedo garantizarle que también yo voy a serle útil en el futuro.

-Le di muy poca información -dijo Herbert-. Totalmente intrascendente.

-Si se siente más cómodo pensándolo así, no importa -dijo Sterling.

Se produjo una pausa. Los dos hombres cruzaron sus miradas a ambos lados de la amplia superficie de caoba antigua. Sterling esperaba tranquilamente.

-Lo único que dije fue que el señor Murphy y unos cuantos socios pidieron préstamos para iniciar una nueva empresa -dijo Herbert-. No di ninguna cifra.

- ¿Cuál es el nombre de la nueva empresa? -preguntó Sterling.

-Oncogen -dijo Herbert.

- ¿Y la línea de productos propuesta? -preguntó Sterling.

-Productos de salud relacionados con el cáncer-dijo Herbert-. Tanto de diagnóstico como terapéuticos.

- ¿Marco temporal?

-Inminente-respondió Herbert-. Dentro de los próximos meses.

- ¿Algo más? -preguntó Sterling-. Debería añadir que tengo medios para comprobar esta información.

-No -dijo Herbert. Su voz era más cortante.

-Si me entero de que me ha engañado deliberadamente -le advirtió Sterling-, el resultado será como si usted se hubiese negado a colaborar.

-Tengo otras citas -dijo Herbert sucintamente.

Sterling se levantó.

-Sé lo irritante que es cuando a uno le fuerzan a hablar -dijo-. Pero recuerde que me siento en deuda y que siempre pago. Llámeme.

Sterling tomó el ascensor hasta la planta baja y se dirigió apresuradamente a su limusina. El chofer había cerrado las puertas y se había dormido. Sterling tuvo que golpear la ventanilla para que soltara el cierre de las puertas traseras.

Cuando estuvo dentro llamó a su contacto en la AFA.

-Le hablo desde un teléfono portátil -advirtió Sterling a su amigo.

-El pájaro tiene previsto partir por la mañana-le informó el hombre.

- ¿Con qué destino?

-Miami -dijo el interlocutor. Luego añadió-: También mí me gustaría ir.

-BUENO, ¿QUÉ TE PARECE? -preguntó Janet cuando Sean se asomó a su dormitorio.

Janet había llevado a Sean a Miami Beach para que viera el apartamento que había alquilado.

-Creo que es perfecto-dijo volviendo la cabeza hacia la sala de estar-. No estoy seguro de que pudiera resistir mucho tiempo estos colores, pero no hay duda de que el ambiente es de Florida.

Las paredes eran de color amarillo brillante, la alfombra era verde loro. Los muebles eran de mimbre blanco con cojines de flores tropicales.

-Sólo será para un par de meses -dijo Janet-. Ven al baño y mira el mar.

-Allí está -dijo Sean mientras miraba entre las rendijas de la celosía-. Por lo menos podré decir que lo he visto.

Librodot

Entre dos edificios se distinguía una cuña estrecha de océano. Eran más de las siete, el sol se había puesto y el agua parecía más gris que azul en la inminente oscuridad.

-La cocina tampoco está mal-dijo Janet.

Sean la siguió y miró mientras ella abría armarios y le enseñaba los platos y los vasos. Se había quitado el uniforme de enfermera y llevaba puesto un corpiño y pantalones cortos.

Sean encontraba a Janet increíblemente atractiva, especialmente cuando iba tan ligera de ropa, y pensó que con aquel atuendo él quedaba en posición de inferioridad, especialmente cuando Janet se inclinó para enseñarle las cazuelas y las sartenes. En estas circunstancias, era difícil pensar.

-También podré cocinar -dijo ella levantándose -Maravilloso -dijo Sean, pero su mente estaba ocupada con otros apetitos básicos.

Pasaron a la sala de estar.

-Creo que voy a trasladarme esta misma noche -dijo Sean-. Me gusta el lugar.

-Espera-dijo Janet-. No te habrás imaginado que vamos a vivir los dos juntos aquí. Antes tenemos que hablar seriamente. Este es el único motivo que me impulsó a venir hasta aquí.

-Bueno, primero tenemos que tirar adelante el asunto del meduloblastoma -dijo Sean.

-No pensaba que las dos cuestiones se excluyeran mutuamente -dijo Janet.

-No lo dije en este sentido -replicó Sean-. Pero de momento me resulta difícil pensar en otras cosas, aparte de mi papel aquí en el Forbes y aparte de si debo quedarme o no La situación está en cierto modo dominando mis pensamientos Creo que es bastante comprensible.

Janet miró hacia el techo.

-Además, me muero de hambre -dijo Sean. Y añadió sonriendo-: Ya sabes que no puedo hablar nunca cuando tengo hambre.

-Voy a tener un poco de paciencia-aceptó Janet-. Pero no debes olvidar que necesito que nos comuniquemos seriamente.

Bueno, en cuanto a la cena, el agente inmobiliario me dijo que había un restaurante cubano muy popular en Collins Avenue.

- ¿Cubano? -preguntó Sean.

-Ya sé que no te gusta aventurarte y prescindir de tu plato de carne con patatas -dijo Janet-. Pero ya que estamos en Miami, podemos arriesgarnos un poquito.

-Vaya-murmuró Sean.

Se podía llegar al restaurante andando, por lo que dejaron el 4x4 de Sean en la plaza de aparcamiento que habían encontrado enfrente del apartamento. Se fueron paseando cogidos de la mano hacia el norte por Collins Avenue, debajo de enormes nubes ribeteadas de plata y oro que reflejaban el cielo rojizo de los distantes Everglades. No podían ver el mar pero sí oír las olas que rompían al otro lado de un bloque de edificios de art déco, variedad Miami, recientemente renovados y restaurados.

El barrio que daba a la playa estaba animado con mucha gente que paseaba arriba y abajo por la calle, que estaba sentada en los peldaños o en las terrazas, que pasaba en patines o recorría lentamente la calle en coche. Algunos estéreos de los coches tenían los bajos tan amplificados que Sean y Janet sentían vibrar sus pechos cuando pasaban los coches con la música puesta.

-Estos tíos se van a quedar sin oídos medios cuando cumplan los treinta -dijo Sean.

Librodot

El restaurante daba la impresión de una desorganización frenética con las mesas y todo el local atiborrado de personas.

Los camareros y camareras iban vestidos con pantalones o faldas negras y con camisas o blusas blancas. Cada uno llevaba un delantal manchado. Su edad iba de los veinte a los sesenta.

Se comunicaban entre sí y con la cocina gritando en un español expresivo, mientras corrían y hacían eses entre las mesas. Sobre todo aquel tumulto se cernía un aroma suculento de cerdo asado, ajo y café negro tostado.

Arrastrados por una corriente de personas, se encontraron apretados entre otros clientes en una gran mesa. Aparecieron, como por arte de magia, botellas de Corona muy frías.

-Aquí no hay nada que me apetezca -se quejó Sean después de estudiar durante unos minutos el menú.

Janet tenía razón: Sean casi nunca cambiaba de dieta -Tonterías -dijo Janet mientras se encargaba de pedir la cena.

Sean tuvo una agradable sorpresa cuando llegó la comida. El cerdo asado muy condimentado y con un intenso sabor a ajo era delicioso, al igual que el arroz amarillo y las judías negras cubiertas con cebolla picada. Lo único que no le convenció fue la yuca.

-Esto parece patata cubierta de exudación mucoide -gritó Sean.

- ¡Eres un bruto!-exclamó Janet ¡estudiante de medicina!

Conversar era casi imposible en aquel restaurante ruidoso, y después de la cena se fueron a pasear por Ocean Drive y se aventuraron en el Parque Lummus, donde pudieron hablar. Se sentaron bajo un gran baniano y contemplaron el mar oscuro tachonado con las luces de los mercantes y de los yates.

-Parece imposible que en Boston todavía estén en invierno -dijo Sean.

-Me pregunto ahora cómo resistimos el aguanieve y la lluvia helada -dijo Janet-. Pero basta de tonterías. Si, como dijiste, todavía no podemos hablar sobre nosotros, hablemos sobre la situación del Forbes. ¿Ha sido mejor la tarde que la mañana?

Sean soltó una breve y triste risa.

-Fue peor -dijo-. Apenas había estado cinco minutos en la segunda planta cuando entró la directora de enfermeras en la habitación hecha una furia, gritando y chillando porque estaba mirando el historial médico de Helen.

- ¿Margaret Richmond enfadada?-preguntó Janet.

Sean asintió.

-Con todos sus cien kilos. Estaba fuera de quicio -Siempre me ha tratado con mucha educación -aseguró Janet.

-Sólo la he visto en dos ocasiones-dijo Sean-. En ninguno de los dos casos creo que se comportara educadamente.

- ¿Cómo supo que estabas allí? -preguntó Janet.

-El comando de marines iba con ella -dijo Sean-. Seguramente me descubrieron con una cámara de vigilancia.

- ¡Vaya por Dios! -dijo Janet-. Otra cosa de la que debo tener cuidado. No había pensado en las cámaras de vigilancia.

-No tienes por qué preocuparte-dijo Sean-. Soy el único a quien el jefe de seguridad no puede tragar. Además, las cámaras probablemente sólo están en las zonas comunes, no en las salas de pacientes.

- ¿Pudiste hablar con Helen Cabot? -preguntó Janet.

-Sólo un momento -dijo Sean-. Su aspecto no era nada bueno.

-Su estado está empeorando -dijo Janet-. Dicen que van a practicarle una derivación. ¿Dedujiste algo de su historial?

Librodot

-No-dijo Sean-. No tuve tiempo. Me expulsaron literalmente de allí por el puente hacia el edificio de investigación.

Luego, para colmo, el japonés apareció de nuevo por la tarde, espiándome furtivamente en el laboratorio desde la escalera.

No sé qué tiene entre manos, pero en esta ocasión le atrapé. Se le pusieron por corbata cuando aparecí silenciosamente detrás suyo y solté mi grito espeluznante. Casi se le cayeron los pantalones al suelo.

- ¡Pobrecito! -dijo Janet.

- ¿Pobrecito? -dijo Sean-. Me ha estado espiando desde que llegué.

-Bueno, yo tuve más suerte -dijo Janet.

Sean se animó.

- ¿En serio? ¡Magnífico! ¿Conseguiste una muestra de la medicina milagrosa?

-No, de la medicina no -dijo Janet. Metió la mano en el bolso y sacó las páginas impresas del ordenador y la hoja con las notas que había pergeñado-. Pero aquí está la lista de todos los pacientes de meduloblastoma de los últimos diez años. Treinta y ocho en total; treinta y tres en los últimos dos años. He resumido los datos en la hoja.

Sean le arrancó los papeles de las manos. Pero para leerlos tuvo que levantarlos sobre su cabeza para captar la luz de las farolas de Ocean Drive. Mientras leía, Janet le explicó lo que había descubierto sobre la distribución por sexo y edad. Le explicó que los historiales de ordenador estaban abreviados y que, según una anotación, debían consultarse las fichas en sí para tener más información. Le contó finalmente que Melanie le había explicado cómo obtener estas fichas en menos de diez minutos suponiendo, desde luego, que se dispusiera de la debida autorización.

-Necesitaré estas fichas -dijo Sean-. ¿Están exactamente allí, en los ficheros médicos?

-No.

Janet le contó lo que Melanie había dicho sobre el almacén blindado con los ficheros situado debajo de ambos edificios.

- ¿En serio? -preguntó Sean-. En tal caso, están muy a mano.

- ¿Qué quieres decir?-preguntó Janet.

-Esto significa que podría llegar hasta el almacén desde el edificio de investigaciones -dijo Sean-. El episodio de hoy demuestra que no soy persona grata en el hospital. Es decir que podría intentar conseguir las fichas sin tener que enfrentarme con la señora Richmond y compañía.

- ¿Estás pensando en forzar el almacén de seguridad? -preguntó Janet alarmada.

-No creo que dejen la puerta abierta para mí -dijo Sean.

-Creo que esto ya es demasiado -dijo Janet-. Si lo hicieras, estarías Infringiendo la ley, no solamente las normas hospitalarias.

-Ya te lo advertí -dijo Sean.

-Dijiste que teníamos que infringir normas, pero no la ley -le recordó Janet.

-No me vengas con detalles de semántica -replicó Sean exasperado.

-Pero la diferencia es muy importante -dijo Janet.

-Las leyes son normas codificadas -dijo Sean-. Yo ya sabía que acabaríamos infringiendo la ley de alguna forma u otra. Y pensé que tú también lo sabías. Pero en cualquier caso, ¿no crees que tenemos justificación? Es evidente que esta gente del Forbes ha desarrollado un tratamiento muy eficaz contra el meduloblastoma. Por desgracia, han decidido guardarlo en secreto, evidentemente con la intención de patentar su tratamiento antes de que otros se pongan a su nivel. Ya sabes que eso es lo que no me gusta de la financiación

privada de las investigaciones médicas. El único objetivo es el rendimiento de una inversión y no el interés público. El bien público queda en segundo plano, suponiendo que alguien piense en él.

No hay duda de que ese tratamiento contra el meduloblastoma tiene utilidad para todos los cánceres, pero se está privan do al público de esa información. Y otra cosa: la mayor parte de los conocimientos básicos sobre los que estos laboratorios privados montan sus trabajos se consiguieron gracias a la financiación pública de instituciones académicas. Estas empresas privadas sólo toman. Nunca dan. Y mientras tanto se engaña al público.

-Los fines no justifican nunca los medios -dijo Janet.

-Pues adelante, y sé farisea -dijo Sean-. Mientras tanto, te estás olvidando de que todo esto fue idea tuya. Quizá deberíamos renunciar a todo y yo debería volver a Boston y trabajar un poco en mi tesis.

-Está bien -dijo Janet agotada -. Está bien. Haremos lo que deba hacerse.

-Necesitamos las fichas y necesitamos la medicina milagrosa -dijo Sean. Se incorporó y estiró los brazos-. Vamos allá.

- ¿Ahora? -preguntó Janet asustada-. Son casi las nueve de la noche.

-La primera norma para forzar una puerta-dijo Sean-es hacerlo cuando no hay nadie en casa. Este es el momento ideal. Además tengo una tapadera perfecta: tengo que inyectar a mis ratones una dosis primaria más de glucoproteína.

- ¡Que el cielo nos ampare! -dijo Janet, mientras dejaba que Sean la levantara del banco.

TOM WIDDICOMB condujo su coche hasta una plaza situada en un extremo de la zona de aparcamiento de la residencia Forbes. Avanzó lentamente hasta que las ruedas tocaron la acera. Había aparcado bajo las ramas protectoras de un gran árbol. Alice le había dicho que aparcara allí por si alguien se fijaba en el coche. Era el coche de Alice, un Cadillac convertible de 1969 de color verde lima.

Tom abrió la puerta y bajó después de asegurarse de que no había nadie a la vista. Se puso un par de guantes de goma de cirugía. Luego metió la mano bajo el asiento delantero y agarró el cuchillo de trinchar que se había traído de casa.

La luz se reflejó en su superficie pulida. Al principio había decidido traer la pistola. Pero, luego, pensó en el ruido y en lo delgadas que eran las paredes de la residencia y la cambió por el cuchillo. Su único inconveniente era que lo ensuciaba todo.

Tom deslizó la hoja del cuchillo en la manga derecha de su camisa, procurando no cortarse con su filo, y dejó el mango en la palma de la mano. En la otra mano llevaba las llaves del apartamento 207.

Avanzó por la parte trasera del edificio contando las puertas correderas hasta que estuvo debajo de la 207. No había luz en el apartamento. O la enfermera estaba ya en la cama o había salido. Le daba igual. Ambas posibilidades tenían sus ventajas e inconvenientes.

Tom comenzó a caminar alrededor del edificio y tuvo que detenerse cuando uno de los inquilinos salió y se dirigió a su coche. Cuando el hombre hubo desaparecido con el coche, Tom utilizó una de las llaves para entrar en el edificio. Cuando estuvo dentro, se movió rápidamente. Prefería que no le vieran. Al llegar frente al número 207 metió la llave, abrió la puerta, entró y la cerró detrás suyo en un único movimiento, rápido y fluido.

Librodot

Estuvo varios minutos al lado de la puerta sin moverse, atento al más mínimo sonido. Podía oír varios televisores distantes, pero eran de otros apartamentos. Se metió las llaves en el bolsillo y dejó que el cuchillo de trinchar de hoja larga se deslizara fuera de la manga. Agarró el mango como si fuera una daga.

Fue avanzando lentamente, por centímetros. Con la luz que llegaba del aparcamiento podía ver los perfiles de los muebles y la puerta que llevaba al dormitorio. La puerta del dormitorio estaba abierta.

Tom miró en su interior, que era más oscuro que la sala de estar porque las cortinas estaban echadas, y no pudo distinguir si la cama estaba vacía. Escuchó de nuevo. No oyó nada, aparte del sonido apagado de los televisores distantes y el zumbido de la nevera que acababa de conectarse. No se oía la respiración tranquila de una persona dormida.

Entró en la habitación dando medios pasos hasta que chocó suavemente con el borde de la cama. Alargó la mano libre y tanteó buscando un cuerpo. Sólo entonces supo con seguridad que la cama estaba vacía.

Sin darse cuenta de que se había aguantado la respiración, se enderezó y respiró a fondo. Sintió por una parte que la tensión disminuía, pero por otra parte estaba profundamente decepcionado. La proximidad de la violencia le había excitado y ahora tenía que aplazar la satisfacción.

Avanzó más con el tacto que con la vista y consiguió encontrar el camino del baño. Alargó la mano libre y la movió arriba y abajo por la pared hasta que encontró el interruptor.

Encendió la luz y tuvo que entornar los ojos para que no le deslumbrara, pero lo que vio le gustó. Sobre la bañera colgaban un par de bragas de encaje color pastel y unos sujetadores.

Tom puso la hoja del trinchante sobre el borde del lavabo y recogió las bragas. No se parecían en absoluto a las que llevaba Alice. No entendía por qué aquellos objetos le fascinaban, pero así era. Se sentó en el borde de la bañera y tocó un rato la sedosa tela. Estuvo contento un momento sabiendo que podía entretenerse mientras esperaba con el interruptor y el cuchillo al alcance de la mano.

- ¿Y SI NOS PILLAN?-preguntó Janet nerviosamente mientras se dirigían al Centro Forbes. Acababan de salir de la ferretería Home Dept, donde Sean había comprado unas herramientas que, según dijo, servirían casi tan bien como una barra de tensión de cerrajero y una ganzúa de doble bola.

-Nadie nos va a pillar -dijo Sean-. Precisamente por eso vamos allí cuando no hay nadie. Bueno, no estamos seguros, pero lo comprobaremos.

-Sin duda habrá muchas personas en el lado del hospital -le advirtió Janet.

-Y éste es el motivo de que no nos acerquemos al hospital -dijo Sean.

- ¿Y los guardias de seguridad? -preguntó Janet-. ¿Has pensado en ello?

-Eso está chupado -dijo Sean-. Aparte del marine frustra do, ninguno de ellos parece peligroso. Desde luego, en la puerta delantera son bastante descuidados.

-Yo no sé hacer nada de esto -dijo Janet.

-Cuéntame algo nuevo, ¿quieres? -dijo Sean.

- ¿Y cómo estás tan enterado sobre cerraduras, ganzúas y alarmas?-preguntó Janet.

-Cuando yo era niño, Charlestown era un barrio de pura sangre obrera -dijo Sean-. Todavía no había empezado la invasión de la clase acomodada. Cada uno tenía un oficio diferente. Mi padre era fontanero. El padre de Timothy

O'Brien era cerrajero. El viejo O'Brien enseñó a su hijo algunos trucos del oficio y Timmy nos los pasó. Al principio era un juego, una especie de competición. Nos gustaba imaginar que en el barrio no había ninguna cerradura que pudiera resistírsenos. Y el padre de Charles Sullivan era electricista. Instalaba sistemas de alarma complicados en Boston, la mayoría en Beacon Hill. A menudo se hacía acompañar por Charlie. De modo que Charlie empezó a contarnos historias de alarmas.

-Todo esto es información peligrosa para unos niños -dijo Janet.

Su infancia no podía haber sido más distinta de la de él, con escuelas privadas, clases de música y veraneos en Cape Cod.

-Desde luego -asintió Sean -. Pero no robamos nunca nada de nuestro barrio. Nos limitábamos a forzar las cerraduras y a dejar las puertas abiertas, como si fuera una broma. Pero luego las cosas cambiaron. Empezamos a desplazarnos a barrios residenciales, como Swampscott o Marblehead, con alguno de los chicos mayores que sabían conducir. Vigilábamos alguna casa durante un tiempo, luego entrábamos forzándola y nos llevábamos bebidas y algún aparato electrónico. Ya sabes, estéreos, televisores.

- ¿Tú robaste? -preguntó Janet escandalizada.

Sean la miró un momento antes de fijar de nuevo los ojos en la carretera.

-Desde luego que robábamos. Era algo emocionante en aquel momento y nosotros creíamos que todos los que vivían en North Shore eran millonarios.

Sean continuó explicando que él y sus compañeros vendían los artículos en Boston, pagaban al conductor, compraban cerveza y regalaban el resto a un individuo que recolectaba dinero para el Ejército Republicano Irlandés.

-Incluso nos engañábamos pensando que éramos jóvenes activistas políticos, si bien nadie tenía la menor idea de lo que estaba pasando en Irlanda del Norte.

- ¡Dios mío!-dijo Janet-. ¡No tenía ni idea!

Ella estaba enterada de las peleas de adolescencia de Sean, incluso de las carreras en coches robados, pero estos robos le parecían algo totalmente diferente.

-No nos dejemos arrastrar por juicios de valor -dijo Sean-. Mi juventud y la tuya fueron completamente distintas.

-Me preocupa un poco que hayas aprendido a justificar cualquier tipo de comportamiento -dijo Janet-. Me imagino que podría convertirse en un hábito.

-La última vez que hice algo parecido, tenía quince años -dijo Sean-. Desde aquel entonces, ha corrido mucha agua por el río.

Entraron en el aparcamiento del Forbes y se dirigieron hacia el edificio de investigación. Sean apagó el motor y las luces. Durante un instante ninguno de los dos se movió.

- ¿Quieres seguir adelante con esto, o no? -preguntó Sean rompiendo finalmente el silencio-. No quiero obligarte a nada, pero no puedo pasar dos meses aquí perdiendo el tiempo en trabajos absurdos. O bien consigo examinar el protocolo del meduloblastoma o me vuelvo a Boston. Por desgracia no puedo hacerlo solo. Lo comprendí cuando topé con la fornida Margaret Richmond. O me ayudas o lo dejamos correr. Pero quisiera decirte algo: vamos a entrar ahí para conseguir información, no para robar televisores. Y estamos trabajando por una causa realmente buena.

Janet miró un momento hacia delante. No podía permitirse el lujo de seguir indecisa, pero su mente era un auténtico lío de pensamientos contrapuestos. Miró a Sean. Pensó que le amaba.

-De acuerdo -dijo Janet finalmente-. Vamos.

Salieron del coche y se dirigieron hacia la entrada principal.

Librodot

Sean llevaba en una bolsa de papel las herramientas que había comprado en el Home Dept.

-Buenas tardes -dijo Sean al guardia de seguridad, que parpadeo repetidamente mientras estudiaba su tarjeta de identidad.

Era un hispano moreno con un bigote fino. Se interesó bastante por los shorts de Janet.

-Tengo que inyectar a mis ratas-dijo Sean.

El guardia de seguridad les indicó que entraran. No abrió la boca ni quitó los ojos de la mitad inferior de Janet. Cuando Sean y Janet pasaron por el torno pudieron ver que tenía un televisor portátil miniatura instalado sobre la colección de monitores de seguridad. Estaban retransmitiendo un partido de fútbol.

- ¿Entiendes lo que dije sobre los guardias? -comentó Sean mientras bajaban al sótano por las escaleras-. Estaba más interesado en tus piernas que en mi tarjeta de identidad.

Podría tener pegada en ella la foto de Charlie Mason y no se habría enterado.

- ¿Por qué dijiste ratas en lugar de ratones?-preguntó Janet.

-La gente odia las ratas -dijo Sean-. Así me aseguro que no va a bajar a presenciar la operación.

-Piensas en todo -dijo Janet.

El sótano era un laberinto de pasillos y puertas cerradas con llave, pero por lo menos había suficiente luz. Sean había visitado con mucha frecuencia el departamento de los anima les y conocía en general la zona, pero no había pasado más allá.

Mientras caminaban, el sonido de sus tacones resonaba sobre el cemento desnudo.

- ¿Tienes idea de adónde vamos? -preguntó Janet.

-Una vaga idea -dijo Sean.

Recorrieron el pasillo central y dieron varias vueltas antes de llevar a una intersección en T.

-Aquélla es sin duda la dirección del hospital -dijo Sean.

- ¿Cómo lo sabes?

Sean señaló un confuso manojo de tuberías que corrían por el techo.

-La central de energía está en el hospital -dijo -. Estas tuberías llevan la energía al edificio de investigación. Ahora debemos descubrir en qué lado está la sala de seguridad con los historiales médicos.

Recorrieron el pasillo en dirección al hospital. A unos veinte metros se encontraron con una puerta a ambos lados del estrecho pasillo. Sean intentó abrirlas. Ambas estaban cerradas con llave.

-Vamos a probar -dijo.

Depositó su bolsa. Sacó algunas herramientas, entre ellas una llave Allen delgada, como de relojero, y varios trozos cortos de alambre grueso. Tomó la llave Allen en una mano y uno de los trozos de alambre en la otra y metió ambas piezas en la cerradura.

-Esta es la parte difícil -dijo-. La llaman “hurgar las clavijas”.

Sean cerró los ojos y continuó con el tacto.

- ¿Cómo va? -preguntó Janet, mientras miraba arriba y abajo del pasillo esperando que apareciera alguien en cualquier momento.

-Está tirado.

Se oyó un “clic” y se abrió la puerta. Sean encontró un interruptor y lo encendió. Habían entrado en un cuarto de electricidad con enormes barras colectoras de electricidad que ocupaban ambos lados de la pared.

Sean desconectó el interruptor y luego cerró la puerta. Se puso a trabajar en la puerta del otro lado del pasillo. La abrió más rápidamente que la primera.

-Estas herramientas actúan como barra de tensión y ganzúa -dijo-. Desde luego no son lo mismo, pero sirven.

Abrieron el interruptor y se encontraron en una sala larga y estrecha llena de estantes metálicos. Dispuestos en los estantes había fichas de hospital. Había mucho espacio vacío.

-Aquí está -dijo Sean.

-Hay mucho espacio vacío para ampliaciones -comentó Janet.

-No te muevas durante un par de minutos -dijo Sean-. Debemos comprobar que no hay alarmas.

- ¡Y lo dices ahora! -exclamó Janet-. ¿Por qué no me habías avisado antes?

Sean recorrió rápidamente la habitación buscando sensores infrarrojos o detectores de movimiento. No encontró nada.

Volvió al lado de Janet y cargó con las fichas impresas por ordenador diciendo: J -Dividamos estas fichas entre los dos. Sólo me interesan las de los últimos dos años, cuando el tratamiento empezó a surtir efecto.

Janet cogió la mitad superior de la lista y Sean la inferior.

En diez minutos dispusieron de una pila de treinta y tres historiales médicos.

-Se ve que no estamos en un hospital clínico -dijo Sean-.

Porque en tal caso hubiéramos encontrado, con suerte, un solo historial, nunca los treinta y tres.

- ¿Qué vamos a hacer con ellos?-preguntó Janet.

-Fotocopiarlos-dijo Sean-. Hay una fotocopiadora en la biblioteca. La cuestión es si está abierta. No quiero que el guarda me vea hurgar la cerradura. Probablemente hay una cámara.

-Vamos a comprobarlo-dijo Janet, que quería acabar de una vez.

-Espera -dijo Sean-. Creo que tengo una idea mejor.

Se dirigió hacia el extremo del almacén de seguridad de los historiales médicos que daba al edificio de investigación. Janet le siguió con dificultad. Rodearon los últimos estantes de metal y llegaron al extremo de la pared. En el centro de la pared había una puerta de cristal. A la derecha de la puerta había un panel con dos botones. Cuando Sean apretó el botón inferior un profundo chirrido quebró el silencio.

-Quizá tengamos suerte -dijo.

Al cabo de varios minutos apareció el montacargas. Sean abrió la puerta y empezó a quitar los estantes.

- ¿Qué estás haciendo? -preguntó ella.

-Un pequeño experimento -dijo Sean.

Cuando hubo quitado un número suficiente de estantes se encaramó en el interior. Tuvo que plegarse con las rodillas tocándole la barbilla.

-Cierra la puerta y aprieta el botón-dijo.

- ¿Estás seguro?-preguntó Janet.

- ¡Venga! -dijo Sean-. Cuando se detenga el motor espera unos segundos y luego no te olvides de apretar el botón de bajada para que pueda regresar.

Janet hizo lo que le ordenaban. Sean empezó a subir diciéndole adiós con la mano hasta que desapareció de la vista.

Cuando Sean hubo desaparecido, los temores de Janet aumentaron. No había llegado a captar la gravedad de sus acciones mientras estaba con Sean. Pero en el silencio misterioso se dio cuenta claramente de dónde estaba y de lo que estaba haciendo. Estaba robando en el Centro Forbes contra el Cáncer.

Librodot

Cuando se hubo detenido el chirrido, Janet contó hasta diez, luego apretó el botón de bajada. Por suerte Sean reapareció rápidamente. Ella abrió la puerta.

-Es fantástico-dijo Sean-. Llega hasta el departamento de finanzas y administración. Y lo mejor es que tiene una de las fotocopiadoras más perfectas de la casa.

Necesitaron sólo unos minutos para llevar las fichas hasta el montacargas eléctrico.

-No sé si quiero hacerlo-dijo Janet.

-Bueno -dijo Sean-. Entonces quédate aquí hasta que yo copie las fichas. Probablemente necesitaré una media hora -dijo mientras empezaba a subir al montacargas.

Janet le agarró el brazo.

-He cambiado de idea. Tampoco quiero quedarme aquí sola.

Sean levantó los ojos, suspiró y salió del montacargas. Janet se metió en el reducido espacio. Sean le entregó la mayoría de las fichas, cerró la puerta y apretó el botón. Cuando el motor se detuvo, volvió a apretar el botón y reapareció el montacargas vacío. Con el resto de las fichas en la mano, Sean se introdujo por segunda vez en el montacargas y esperó durante unos incómodos minutos a que Janet apretara el botón desde arriba en la administración. Cuando Janet abrió la puerta, Sean vio que estaba poniéndose frenética.

- ¿Qué pasa ahora?-preguntó mientras salía trabajosamente del montacargas.

-Aquí arriba todas las luces están encendidas -dijo nerviosamente-. ¿Las abriste tú?

-No-dijo Sean, mientras recogía las fichas-. Estaban encendidas cuando llegué. Probablemente las abrió el servicio de limpieza.

-No se me había ocurrido -dijo Janet-. ¿Y cómo puedes estar tan tranquilo en medio de todo esto?

Sean se encogió de hombros.

-Quizá es la práctica que tuve de pequeño.

Descubrieron rápidamente un sistema para trabajar con la fotocopiadora. Si separaban las fichas podían cargarlas en el mecanismo automático. Tomaron una grapadora de una mesa cercana, guardaron las copias organizadas y reunieron los originales en cuanto los hubieron copiado.

- ¿Te has fijado en este ordenador que hay detrás de los cristales? -preguntó Janet.

-Lo vi en la visita del primer día-dijo Sean.

-Está ejecutando algún tipo de programa -dijo Janet Cuando esperaba que llegaras, eché una ojeada. Está conectado a varios módems y marcadores telefónicos automáticos. Sin duda está haciendo algún tipo de estudio.

Sean miró a Janet sorprendido.

-No imaginaba que supieras tanto sobre ordenadores. No es corriente en una persona que estudió literatura inglesa.

-En Wellesley me especialicé en literatura inglesa, pero los ordenadores me fascinaban. Seguí bastantes cursos de informática. Estuve a punto de cambiar de especialidad.

Después de cargar las fichas en la fotocopiadora, Sean y Janet se acercaron a la cristalera y miraron dentro. En la pantalla del monitor iban apareciendo cifras. Sean intentó abrir la puerta. No estaba cerrada con llave. Entraron.

- ¿Sabes por qué está dentro de un espacio acristalado?

-preguntó Sean.

-Para protegerla -dijo Janet-. El humo de los cigarrillos puede afectar a máquinas grandes como ésta. Es probable que en esta oficina haya un puñado de fumadores.

Miraron los números que aparecían en la pantalla. Eran números de nueve cifras.

- ¿Qué significa eso? -preguntó Sean.

-Ni idea -dijo Janet-. No son números de teléfono porque tendrían siete o diez cifras, no nueve. Además es imposible llamar a números de teléfono con tanta rapidez.

La pantalla del ordenador se apagó de pronto y luego aparecieron números de diez cifras. Se puso en movimiento de modo instantáneo un marcador telefónico automático cuyos tonos podían oírse sobre el zumbido de los ventiladores del aire acondicionado.

-Esto es un número de teléfono -dijo Janet-. Conozco incluso el prefijo de zona. Es Connecticut.

La pantalla se apagó y luego volvió a mostrar números de diez cifras. Al cabo de un minuto la lista de números se detuvo en un número determinado y empezó a funcionar la impresora del ordenador. Sean y Janet miraron el ordenador y pudieron ver que imprimía el número de nueve cifras seguido de "Peter Ziegler, 55 años, Valley Hospital, Charlotte, Carolina del Norte, intervención del tendón de Aquiles, 11 de marzo".

De pronto se oyó una alarma. Mientras el ordenador volvía a mostrar sus números de nueve cifras, Sean y Janet se mira ron. Sean confuso y Janet asustada.

- ¿Qué está pasando? -preguntó ella.

La alarma continuaba sonando.

-No lo sé -admitió Sean -. Pero no es una alarma de robo.

Se volvió para mirar hacia la oficina justo a tiempo de ver que la puerta de la entrada se abría.

- ¡Al suelo! -dijo Sean a Janet, obligándola a ponerse de rodillas. Sean supuso que quien entrara en la habitación se dirigiría al ordenador.

Hizo señas frenéticamente a Janet para que se acurrucara detrás de la consola. Janet, totalmente aterrorizada, obedeció tropezando con los cables enrollados del ordenador. Sean la siguió inmediatamente. Apenas habían desaparecido de la vista, cuando se abrió la puerta de cristal.

Desde su escondite pudieron ver un par de piernas entrar en la habitación. Quienquiera que fuese, era una mujer. La alarma que inició el incidente se apagó. La mujer agarró el teléfono y marcó un número.

-Tenemos otro donante potencial -dijo -. Carolina del Norte. -En aquel momento la impresora láser volvió a poner se en marcha y de nuevo sonó durante un breve momento la alarma-. ¿Oíste esto?-preguntó la mujer-. ¡Qué coincidencia, mientras hablamos ha llegado otra comunicación! -Después de una pausa, a la espera del ordenador, dijo-: Patricia Southerland, cuarenta y siete años, General de San José, San José, California, biopsia de pecho, 14 de marzo. También parece prometedor. ¿Qué opinas?

Hubo una pausa y luego la mujer habló de nuevo.

-Sé que el equipo ha salido, pero disponemos de tiempo.

Confía en mí. Es lo mío.

La mujer colgó. Sean y Janet oyeron que rasgaba la hoja recién impresa; luego la mujer dio media vuelta y se fue.

- ¿Qué diablos significa esto: donante potencial? -susurró Sean al final.

-Ni lo sé ni me interesa-respondió Janet con un murmullo-. ¡Quiero salir de aquí!

- ¿Donante? -murmuró Sean-. Me suena a siniestro. ¿Qué hay aquí? ¿Un centro distribuidor de partes humanas? Me recuerda una película que vi hace tiempo. Te repito que este lugar es un manicomio.

- ¿Se fue ya?-preguntó Janet.

-Voy a ver -dijo Sean.

Salió lentamente de su escondrijo y luego miró por encima de la consola. La sala estaba vacía.

-Parece que se ha ido -dijo Sean-. Me extraña que no hiciera caso de la fotocopiadora.

Janet salió a rastras y levantó la cabeza con precaución para escrutar también.

-Al entrar, la alarma del ordenador debió de tapar el ruido -dijo Sean-, pero al salir tuvo que haberlo oído.

-Quizá estaba demasiado preocupada -dijo Janet.

Sean asintió: -Seguramente fue eso.

La pantalla del ordenador que había estado mostrando la serie innumerable de números de nueve cifras se apagó repentinamente.

-Parece que el programa se acaba -dijo Sean.

-Salgamos de aquí -dijo Janet con voz temblorosa.

Se aventuraron en la otra sala. La fotocopiadora había acabado de copiar la última pila de fichas y estaba silenciosa.

-Ahora sabemos por qué no la oyó -dijo Sean acercándose a la máquina y mirando los indicadores.

Tomó el último fajo de fichas y las cargó en la máquina.

-Quiero salir de aquí -dijo Janet.

-Primero he de tener mis fichas -dijo Sean.

Apretó el botón de copia y la máquina se puso en movimiento con un rugido. Luego Sean empezó a quitar los originales y las copias ya listas, grapando las copias y reuniendo de nuevo las fichas originales.

Al principio Janet se quedó mirando la operación, aterrorizada por la posibilidad de que en cualquier momento apareciera la misma mujer. Pero luego comprendió que cuanto más deprisa acabaran, más pronto se irían y echó una mano a Sean.

Sin más interrupciones, pronto tuvieron todas las fichas copia das y grapadas.

De vuelta al pequeño montacargas, Sean descubrió que era posible apretar el botón con la puerta entornada. Luego, cuando la puerta estaba ya cerrada, el montacargas empezaba a funcionar.

-Ya no debo preocuparme de que te olvides de bajarme -dijo para provocarla.

-No estoy para bromas -comentó Janet mientras se metía en el montacargas. Alargó los brazos para tomar el mayor número posible de fichas y copias.

Repitieron el sistema utilizado para llegar a la séptima planta y devolvieron las fichas a la cámara de seguridad.

Aunque Janet no quería, Sean insistió en que dedicaran el tiempo que fuera preciso a devolver las fichas a sus lugares originales. Una vez realizado esto, transportaron las copias a la sala de los animales, donde Sean las escondió debajo de las jaulas de sus ratones.

-Debería poner una inyección a estos chicos -dijo Sean-, pero para ser sinceros, no tengo muchas ganas.

Janet estuvo contenta cuando se fueron, pero no empezó a tranquilizarse hasta que estuvieron dentro del coche y salieron del aparcamiento.

-Ha sido una de las peores experiencias de mi vida -dijo Janet mientras cruzaban Little Havana-. Es increíble que pudieras estar tan tranquilo.

-Los latidos de mi corazón se aceleraron -admitió Sean-. Pero todo fue fácil, excepto el episodio del cuarto del ordenador. Y qué te parece, una vez acabado todo: ¿no fue interesan te? ¿Por lo menos un poco interesante?

- ¡No!-dijo Janet con énfasis.

Continuaron en silencio hasta que Sean habló de nuevo.

-No imagino qué estaba haciendo aquel ordenador. No puedo pensar qué relación tenía con la donación de órganos.

Desde luego no utilizan órganos de pacientes de cáncer fallecidos. Es demasiado arriesgado porque se puede trasplantar el cáncer además del órgano. ¿Tienes alguna idea?

-En este momento no puedo pensar en nada -dijo Janet.

Llegaron finalmente a la residencia Forbes.

- ¡Hala!, mira aquel viejo Caddy descapotable -dijo Sean-. ¡Qué "Haiga"! Barry Dunhegan tenía uno exactamente igual cuando yo era niño, pero de color rosa. Era corredor de apuestas y todos los chicos le admirábamos.

Janet echó una breve ojeada a aquel monstruo con aletas aparcado bajo la sombra de un árbol exótico. Le extrañó que Sean pudiera, después de una experiencia horrorosa como aquélla, fijarse en un coche.

Sean se detuvo y puso de un tirón el freno de mano.

Entraron en silencio en el edificio. Sean pensó lo agradable que sería poder pasar la noche con Janet. No era de extrañar que el guardia de seguridad se la hubiese quedado mirando.

Mientras subía las escaleras detrás de Janet, comprobó de nuevo lo fantásticas que eran sus piernas.

Cuando llegaron delante de su puerta, abrió los brazos y atrajo hacia sí a Janet envolviéndola en un abrazo. Durante un rato se quedaron abrazados.

- ¿Qué te parece si me quedo contigo esta noche? -propuso Sean con un esfuerzo.

Su voz era vacilante porque temía una negativa. Janet no respondió inmediatamente, y cuanto más tiempo tardaba, más optimista se sentía él. Finalmente él sacó las llaves con la mano izquierda.

-No creo que sea una buena idea -dijo Janet.

- ¡Vamos!-insistió Sean.

La tenía tan cerca que podía sentir su perfume.

- ¡No! -dijo Janet decidida, después de otra pausa. Había tardado un poco pero al final había tomado una decisión-. Sé que nos gustaría y que, después de esta noche, me daría un poco de seguridad, pero primero tenemos que hablar.

Sean miró hacia el techo con frustración. Desde luego Janet era cabezota.

-Muy bien-dijo con petulancia y cambiando de rumbo-. Como tú quieras.

La soltó, abrió la puerta y entró dentro. Antes de cerrar la puerta, Sean la miró a la cara. Quería descubrir en su rostro una cierta preocupación por haberle ofendido. En lugar de ello, vio que estaba enfadada. Janet dio media vuelta y se fue.

Después de cerrar la puerta, Sean se sintió culpable. Se fue a su puerta corredera, la abrió y pasó a la terraza. Unas cuantas puertas más abajo vio que la luz de la sala de estar de Janet se encendía. Sean dudó un momento sin saber exactamente qué hacer.

- ¡LOS HOMBRES! -exclamó Janet en voz alta con irritación y exasperación.

Se quedó un momento detrás de su puerta repasando lentamente la conversación que habían mantenido frente a la puerta de Sean. No había ningún motivo para que él se enfadara con ella. ¿No le había seguido en aquel plan tan arriesgado? ¿No hacía ella casi siempre lo que él quería? ¿Por qué no intentaba Sean comprender también sus deseos?

Convencida de que aquella noche no se resolvería nada entró en el dormitorio y encendió la luz. Aunque más tarde lo recordaría, no se dio totalmente cuenta en aquel momento de que la puerta de su baño estaba cerrada. Cuando Janet estaba sola no cerraba nunca las puertas. Había desarrollado desde pequeña esta costumbre.

Se quitó el corpiño, se desabrochó el sujetador y lo tiró sobre la butaca que había al lado de la cama. Abrió el clip que llevaba en la cabeza y se soltó todo el pelo. Se sentía agotada e irritable, y, como solía decir una de sus compañeras de habitación en la universidad, estaba totalmente frita. Después recogió el secador de pelo que había arrojado sobre la cama con las prisas de la mañana, abrió la puerta del baño y entró. Cuando encendió la luz, inmediatamente captó la presencia de una figura voluminosa a su izquierda. La mano de Janet, reaccionando instintivamente, se disparó como para parar al intruso.

Un grito empezó a brotar de su garganta, pero se ahogó antes de que pudiera salir al aire al ver la horrible imagen que tenía delante. En su baño había un hombre vestido con ropa oscura y ancha. Se había puesto en la cabeza una porción de media de nailon, anudada, que comprimía grotescamente sus rasgos. Su mano sostenía amenazadoramente un cuchillo de carnicero a la altura del hombro.

Durante un instante, ninguno de los dos se movió. Janet apuntó temblando el humilde secador de pelo hacia aquel rostro deformado como si fuera un revólver mágnum. El intruso miró el cañón con temor y sorpresa hasta que comprendió que estaba mirando un rollo de resistencias eléctricas y no las entrañas de un revólver.

El fue el primero en reaccionar: alargó el brazo y arrancó el secador de la mano de Janet. En un ataque de rabia tiró el aparato a un lado y rompió el espejo del botiquín. La rotura del cristal despertó a la chica de su parálisis. Janet salió de un salto del baño.

Tom reaccionó rápidamente y consiguió agarrar el brazo de Janet, pero el impulso que llevaba Janet hizo que ambos entraran dando tumbos en el dormitorio. El plan original había sido apuñalarla en el baño. El secador le había cogido desprevenido. No estaba previsto que la chica saliera viva del baño. Y tampoco quería que gritara, pero eso hizo.

El primer grito de Janet había quedado apagado por la sorpresa. Pero eso quedó más que compensado por un segundo grito que resonó por los confines de su pequeño apartamento y atravesó las paredes de construcción barata. Probablemente se oyó en todos los apartamentos del edificio y un escalofrío de terror recorrió la columna vertebral de Tom. Aunque estaba muy irritado, sabía que corría peligro.

Tom, que la tenía todavía agarrada por un brazo, la hizo girar hasta apartarla de la pared y tirarla atravesada sobre la cama. Podía haberla matado en aquel mismo instante, pero no se atrevió a perder más tiempo. Se precipitó hacia la puerta corredera. Manipuló apresuradamente las cortinas y luego la cerradura. Abrió la puerta de un tirón y desapareció en la noche.

SEAN SE HABÍA QUEDADO paseando en la terraza, frente a la puerta corredera de la sala de estar de Janet, intentando acumular el valor necesario

para entrar y pedirle perdón por haber querido que se sintiera culpable. Su comportamiento con ella le molestaba, pero las disculpas no eran precisamente lo suyo y le costaba un poco motivarse.

Las dudas de Sean se disolvieron instantáneamente al oír el ruido del espejo que se rompía. Durante unos momentos forcejeó con la puerta corredera intentando deslizarla y abrirla.

Cuando oyó el espeluznante grito de Janet seguido por el sonido sordo de la caída, renunció a abrir la puerta debidamente y se tiró contra ella. Acabó sobre la alfombra de felpa con las piernas enredadas todavía en la cortina. Se puso en pie penosamente y se precipitó por la puerta hacia el dormitorio.

Encontró a Janet en la cama con los ojos dilatados por el terror.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Sean.

Janet se incorporó sobre la cama y conteniendo las lágrimas dijo: -Había un hombre con un cuchillo en el baño. -Luego señalando hacia la puerta corredera del dormitorio que estaba abierta, añadió-: Se fue por allí.

Sean se precipitó hacia la puerta corredera y corrió de golpe la cortina. En lugar de un hombre había dos. Entraron a dúo por la puerta y devolvieron a Sean a empujones a la habitación antes de que se reconocieran. Los recién llegados eran Gary Engels y otro residente que habían reaccionado ante el grito de Janet igual que Sean.

Sean explicó frenéticamente que un intruso acababa de huir y condujo a los dos hombres a la terraza. Cuando alcanzaron la barandilla oyeron un chirrido de neumáticos procedente del aparcamiento trasero del edificio. Mientras Gary y su compañero corrían hacia las escaleras, Sean regresó al lado de Janet. Janet se había recuperado un poco y se había puesto una camiseta. Cuando Sean entró estaba sentada en el borde de la cama finalizando una llamada de urgencia a la policía. Cuando colgó, levantó la mirada hacia Sean que estaba de pie ante ella.

- ¿Estás bien?-le preguntó él cariñosamente.

-Eso creo -dijo temblando visiblemente-. ¡Dios mío! ¡Qué día!

-Te dije que te quedaras conmigo.

Sean se sentó a su lado y la abrazó.

Janet rió un momento, muy a pesar suyo. Sean se caracterizaba por intentar resolver cualquier situación con humor. Era maravilloso estar en sus brazos.

-Me habían dicho que Miami era una ciudad muy movida pero esto ya es demasiado.

- ¿Tienes idea de cómo entró el individuo? -preguntó Sean.

-Dejé la puerta corredera de la sala de estar abierta -admitió Janet.

-Siempre se aprende algo -dijo Sean.

-En Boston lo peor que me pasó fue una llamada telefónica indecente-dijo Janet.

-Sí, pero luego me disculpé -dijo Sean.

Janet sonrió y le tiró una almohada.

La policía tardó veinte minutos en llegar. Vino en un coche de patrulla con las luces destellando pero sin sirena. Subieron al apartamento dos funcionarios uniformados del departamento de policía de Miami. Uno era un negro con abundante barba y el otro un hispano delgado con bigote. Se llamaban Peter Jefferson y Juan Torres. Se mostraron solícitos, respetuosos y profesionales mientras dedicaban media hora sin prisas a estudiar el relato de Janet. Cuando explicó que el hombre llevaba guantes de goma, llamaron para cancelar la visita, al lugar de los hechos, de un técnico que debía acudir después de finalizar un caso de homicidio.

Librodot

-El hecho de que nadie sufriera daños, clasifica este incidente en una categoría diferente-dijo Juan-. Es normal que los homicidios reciban más atención.

-Pero esto podía haber sido un homicidio -protestó Sean.

-Piense que hacemos lo que podemos con las dotaciones existentes -dijo Peter.

Mientras los policías estaban todavía allí tomando datos se presentó alguien más: Robert Harris.

ROBERT HARRIS había cultivado y alimentado cuidadosamente su relación con el departamento de policía de Miami. Aunque consideraba que les faltaba disciplina y que su forma física era deficiente, factores que empezaban a caracterizar al policía aproximadamente un año después de salir de la academia, Harris era lo bastante pragmático para comprender que necesitaba estar del lado de los buenos. Y esta agresión a una enfermera en la Residencia Forbes era un caso típico. Si no se hubiese preocupado de mantener las buenas relaciones con la policía, probablemente no se hubiese enterado del incidente hasta la mañana siguiente. Robert hubiese considerado este fallo inaceptable para un jefe de seguridad.

Recibió la llamada del comandante de turno mientras estaba practicando en casa con su máquina Soloflex enfrente del televisor. Por desgracia, había llegado casi media hora después de que enviaran el coche de patrulla. Pero Harris no estaba en situación de quejarse. Llegar tarde era mejor que no llegar nunca. No quería que el caso se hubiese enfriado cuando él entrara en acción.

Mientras se dirigía a la residencia en su coche, estuvo pensando en la violación y asesinato de Sheila Arnold. No podía quitarse de la cabeza la sospecha, aunque estuviera poco fundada, de que la muerte de Arnold estaba relacionada de algún modo con los fallecimientos de las pacientes de cáncer de pecho. Harris no era médico y por lo tanto tuvo que aceptar lo que el doctor Mason le había contado unos meses atrás, a saber, que en su opinión alguien estaba asesinando a las pacientes de cáncer de pecho. El indicio básico era que los rostros de estas pacientes aparecían azulados, es decir, que habían muerto ahogadas.

El doctor Mason había comunicado a Harris que su tarea principal debía consistir en llegar hasta el fondo de estos casos.

Si la prensa se enteraba de algo, el perjuicio para el Forbes podía ser irreparable. De hecho, el doctor Mason le había insinuado que su continuidad en la casa dependería de una solución rápida y discreta de este problema, que podía resultar comprometedor. Cuanto más rápida llegara la solución, mejor para todos.

Pero Harris no había conseguido ningún progreso en los últimos meses. La idea del doctor Mason de que el culpable era probablemente un médico o una enfermera no había llevado a ninguna parte. El estudio detallado de los antecedentes del personal cualificado no había permitido descubrir ninguna discrepancia o irregularidad sospechosa. Los intentos de Harris de vigilar discretamente a las pacientes de cáncer de pecho del Forbes no habían dado ningún resultado. Aunque desde luego no había podido vigilarlas a todas.

La sospecha de que la muerte de la señorita Arnold estaba relacionada con los fallecimientos de las pacientes de cáncer de pecho se le había ocurrido el día después del asesinato, mientras iba al trabajo en su coche. En aquel momento recordó que el día antes de que asesinaran a la enfermera, una paciente de

cáncer de pecho de la planta de la enfermera había fallecido y había aparecido azulada.

Se preguntó si Sheila Arnold podía haber presenciado algo.

Quizá había visto u oído alguna cosa cuya importancia no había podido calibrar, algo que, sin embargo, pudo hacer que el asesino se sintiera amenazado. Harris pensó que aquella idea era razonable, aunque quizá era producto de una mente desesperada.

En todo caso, sus sospechas no le habían dejado mucho margen de acción. Supo por la policía que un testigo había visto a un hombre salir del apartamento de la señorita Arnold en la noche del asesinato. Pero la descripción era tan vaga que apenas servía: un hombre de estatura y constitución medianas, de pelo castaño. El testigo no había visto la cara de aquel hombre. En una institución con tantos empleados como el Centro Forbes contra el Cáncer esta descripción no servía de mucho.

Cuando Harris supo que había habido otra agresión contra otra enfermera del Forbes, volvió a considerar la posibilidad de una relación con los fallecimientos de pacientes de cáncer de pecho. El martes había habido otro fallecimiento sospecho so con cara azulada.

Harris entró en el apartamento de Janet muy interesado en hablar con ella. Y le molestó mucho encontrarla en compañía de aquel engreído estudiante de medicina, Sean Murphy.

La policía estaba todavía interrogando a la enfermera y Harris echó una rápida ojeada al lugar. Vio el espejo roto en el baño y el secador de pelo roto. También vio las bragas entre los restos del suelo. Entró en la sala de estar y observó el gran agujero en la puerta corredera. Era evidente que ése había sido el punto de entrada y no de huida.

-Un testigo-dijo Peter Jefferson en broma mientras entraba en la sala de estar.

Su compañero le seguía como una sombra. Harris había visto ya a Peter en varias ocasiones.

- ¿Puede contarme algo? -preguntó Harris.

-No mucho -dijo Peter-. El autor llevaba una media de nailon sobre la cara. Peso mediano, estatura mediana. Al parecer no pronunció ni una palabra. La chica tuvo suerte porque el individuo llevaba un cuchillo.

- ¿Qué van a hacer ahora?-preguntó Harris.

Peter se encogió de hombros.

-Lo normal. Haremos un atestado. Veremos lo que dice el sargento. De un modo u otro el caso pasará a una unidad de investigación. Quién sabe lo que van a hacer... -Peter bajó el tono de voz-: No ha habido heridas, no ha habido robo No creo que den mucha prioridad al caso. Si la hubiesen troceado, la historia sería muy diferente.

Harris asintió, dio las gracias a los policías y éstos se fueron.

Entró en el dormitorio. Janet estaba metiendo cosas en una bolsa. Sean estaba en el baño recogiendo sus artículos de tocador.

-Deseo decirle, en nombre del Forbes, que siento mucho lo que ha pasado -dijo.

-Gracias-dijo Janet.

-Nunca pensamos que tuviera que haber medidas especiales de seguridad aquí -añadió Harris.

-Ya lo entiendo -dijo Janet-. Podía haber pasado en cualquier lugar y yo dejé la puerta abierta.

-La policía me dijo que no pudo describir muy bien al individuo -dijo Harris.

Librodot

-Llevaba una media puesta sobre la cara -dijo Janet-. Y todo sucedió muy rápidamente.

- ¿Cree que pudo haberlo visto antes?-preguntó Harris.

-No lo creo -dijo Janet-. Pero realmente es imposible asegurar nada.

-Quisiera hacerle una pregunta-dijo Harris-, pero desearía que lo pensara un momento antes de contestar. ¿Le ha sucedido recientemente algo poco normal en el Forbes?

Janet sintió que la boca se le secaba instantáneamente.

Sean, que estaba escuchando esta conversación, supuso in mediatamente lo que estaba pasando por la mente de Janet.

Estaba pensando en su incursión en el almacén de fichas.

-Janet ha tenido una experiencia bastante difícil -dijo Sean, entrando en la habitación.

Harris se volvió hacia él.

-No estoy hablando con usted, muchacho -dijo amenazadoramente.

-Escúcheme, cabeza de chorlito, no llamamos a los marines.

Janet ya ha hablado con la policía. Vaya a pedirles información a ellos. Ella no tiene por qué hablar con usted y creo que ya le han pasado bastantes cosas. No necesita en absoluto que siga molestándola.

Los dos hombres se enfrentaron con chispas en los ojos.

-Por favor -gritó Janet. Las lágrimas brotaron de sus ojos-. No puedo aguantar ninguna pelea precisamente ahora.

Sean se sentó en la cama, le puso el brazo sobre el hombro y apoyó su frente contra la suya.

-Lo siento, señorita Reardon-dijo Harris-. Lo entiendo.

Pero es importante para mí preguntarle si hoy vio algo extraño mientras trabajaba. Sé que fue su primer día.

Janet movió negativamente la cabeza. Sean levantó la vista hacia Harris y con los ojos le dio a entender que se fuera.

Harris tuvo que dominarse mucho para no abofetear al muchacho. Se le ocurrió incluso la fantasía de sentarse encima suyo y raparle al cero. Pero en lugar de ello, dio media vuelta y se fue.

A medida que la noche avanzaba, la ansiedad de Tom fue aumentando gradualmente. Estaba en el almacén que daba al garaje, acurrucado en un rincón al lado del congelador. Se abrazaba las rodillas con los brazos como si tuviera frío; incluso temblaba de vez en cuando mientras su mente le torturaba constantemente reproduciendo una y otra vez la desastrosa secuencia de la residencia Forbes.

Ahora su fracaso era ya total. No solamente no había conseguido ayudar a dormir a Gloria D'Amataglio, sino que no había conseguido eliminar a la enfermera que le impedía hacerlo. Y a pesar de la media de nailon que llevaba puesta, ella le había visto de cerca. Quizá podría reconocerlo. Lo más mortificante para Tom era haber confundido aquel estúpido secador de pelo con una pistola.

A causa de su estupidez, Alice ya no le hablaba. El había intentado comunicarse con ella, pero su madre no le había hecho caso. Su hijo la había decepcionado. Ya no era su “hombrecito”. Se merecía que los demás niños se rieran de él.

Tom había intentado razonar con ella, prometerle que ayuda ría a morir a Gloria a la mañana siguiente, y que lo antes posible se quitaría de encima a aquella enfermera entrometida.

Tom prometió y lloró, pero sin conseguir nada. Alice era tozuda cuando quería.

Se puso en pie con dificultad y estiró sus músculos dormidos. Había estado acurrucado en el rincón, sin moverse, durante horas, pensando que al final su madre se apiadaría de él.

Pero no había dado resultado. Su madre no le había hecho caso. Pensó entonces que intentaría hablar directamente con ella.

Se situó delante de la caja del congelador, apretó el cierre y levantó la tapa. La niebla helada del interior del congelador se arremolinó mientras se mezclaba con una corriente de aire húmedo y cálido de Miami. La niebla se fue disipando y de sus profundidades emergió el rostro disecado de Alice Widdicomb. Su pelo teñido de rojo se había convertido en un embrollo helado. Su cutis se había hundido, estaba lleno de manchas y azulado. Se habían formado cristales en los bordes de sus párpados abiertos. Sus globos oculares se habían contraído ligeramente arrugando la superficie de sus córneas, que se habían vuelto opacas con aquel frío invernal. Sus dientes amarillentos habían quedado al descubierto por la retracción de los labios formando una mueca horrible.

Tom y su madre habían vivido muy aislados, y por lo tanto Tom no tuvo muchas dificultades cuando la puso a dormir. Su única equivocación fue no haber pensado antes en el congelador y haberlo hecho solamente un par de días después de que empezara a heder. Uno de los pocos vecinos con los que Tom hablaba en ocasiones llegó incluso a citar el hecho, lo que aterrorizó a Tom. Fue entonces cuando pensó en el congelador.

Desde entonces no había cambiado nada. Incluso los cheques de la seguridad social de Alice seguían llegando a su debido tiempo. La única situación inesperada se produjo cuan do el compresor del congelador se paró después de un intervalo ruidoso en la noche cálida de un viernes. Tom no consiguió que viniera nadie a repararlo hasta el lunes. Le aterrorizó la idea de que el operario tuviera que abrir el congelador pero no lo hizo. El hombre dijo a Tom que seguramente se le había echado a perder algo de carne allí dentro.

Mientras Tom aguantaba la tapa, miró a su madre, pero ella continuaba negándose a hablar. Era muy comprensible, porque estaba asustada.

-Lo haré hoy mismo -dijo Tom suplicante-. Gloria tendrá todavía el equipo de infusión conectado. Si no, pensaré algo. Y la enfermera. Me la voy a quitar de encima. No habrá ningún problema más. No vendrá nadie aquí para llevársete. Conmigo estás segura. ¡Por favor!

Alice Widdicomb no dijo nada.

Tom bajó lentamente la tapa. Esperó un momento por si ella cambiaba de idea, pero no lo hizo. Se alejó de mala gana, pasó por la cocina y entró en el dormitorio que habían compartido durante tantos años. Abrió la mesilla de noche y sacó la pistola de Alice. Había sido la pistola de su padre pero, después de su muerte, Alice se la había quedado y se la enseñaba con frecuencia diciéndole que si alguien intentaba alguna vez interponerse entre los dos, haría uso de ella. Tom había acabado encariñándose con el juego irisado de su empuñadura de madreperla.

-Nadie se interpondrá nunca entre nosotros, Alice -dijo Tom.

Hasta entonces sólo había utilizado la pistola una vez. Esto sucedió cuando aquella Arnold había intentado entrometerse comunicándole, en privado, que le había visto tomar algunas medicinas del carrito de la anestesia. Ahora había llegado el momento de utilizar de nuevo la pistola contra Janet Reardon antes de que le hiciera la vida todavía más difícil.

-Voy a demostrarte que soy tu hombrecito -dijo Tom.

Se metió la fría arma en el bolsillo y pasó al baño a afeitarse.

CAPITULO 6

VIERNES, 5 DE MARZO 6.30 a.m.

Mientras Janet conducía por la General Douglas MacArthur Causeway hacia el Centro Forbes, intentó distraerse admirando el impresionante panorama de la Biscayne Bay. Incluso intentó imaginarse que estaba haciendo un crucero con Sean en uno de los blancos y deslumbrantes yates de crucero amarrados en el puerto de Dodge Island. Pero no lo consiguió. Su mente volvía continuamente a los acontecimientos de la noche anterior.

Después de su enfrentamiento con aquel hombre en su baño, no estaba dispuesta a pasar la noche en el 207. Ni siquiera el apartamento de Sean le parecía un lugar seguro.

Decidió, en lugar de ello, trasladarse al apartamento de Miami Beach que había alquilado. No quiso ir sola y propuso a Sean que la acompañara. Le alivió mucho que él aceptara y que incluso le propusiera dormir en el sofá. Pero una vez allí, los buenos propósitos de Janet se fueron a pique. Durmieron juntos aplicando lo que Sean llamaba "método platónico". No hicieron el amor pero Janet tuvo que admitir que a su lado se sentía bien.

Estaba tan preocupada por la irrupción del intruso en su apartamento como por su escapada con Sean. El episodio de la oficina de administración la noche anterior la preocupaba mucho No podía dejar de pensar en lo que hubiese sucedido si les hubiesen atrapado. Además, comenzaba a preguntarse qué tipo de hombre era Sean. Era una persona lista e ingeniosa, sin lugar a dudas. Pero después de las revelaciones sobre sus experiencias pasadas de robo, Janet se preguntaba cuál era su noción auténtica de la moral.

En conjunto, Janet se sentía profundamente afectada, y por si fuera poco le esperaba un día en el que debía obtener, con engaños, una muestra de una medicina que estaba muy controlada. Si no lo conseguía, existía la posibilidad de que Sean hiciera las maletas y se fuera de Miami. Mientras se acercaba al hospital, empezó a pensar nostálgicamente en el próximo domingo, el primer día que tendría libre. El hecho de que estuviera pensando ya en un día de asueto al empezar su segundo día de trabajo, era una buena indicación de su estado de tensión.

La atmósfera bulliciosa de la planta resultó ser una bendición para la mente preocupada de Janet. Al cabo de unos minutos de su llegada, la tumultuosa vida del hospital la había absorbido. El parte de enfermería fue un pronóstico de la labor que se le avecinaba al turno de día. Todas las enfermeras sabían que dispondrían de muy poco tiempo libre entre pruebas de diagnóstico, tratamientos y protocolos complicados de medicación. Lo más preocupante era que Helen Cabot no había mejorado durante la noche, al contrario de lo que esperaban los médicos. De hecho, la enfermera del turno de noche que se ocupaba de ella pensaba que incluso había perdido terreno, porque hacia las cuatro de la madrugada había tenido un pequeño ataque. Janet escuchó atentamente esta parte del informe porque se le había asignado que cuidara de Helen Cabot durante el día.

En cuanto a las medicinas controladas, Janet había ideado un plan. Conocía el tipo de frasco utilizado y procuró obtener frascos semejantes pero

vacíos. Lo único que necesitaba ahora era poder estar un rato a solas con el medicamento.

Cuando hubieron finalizado los partes, Janet se puso a trabajar. La primera tarea era conectarle el equipo de infusión a Gloria D'Amataglio. Era el último día de medicación intravenosa en el presente ciclo de quimioterapia de Gloria. Janet estaba muy solicitada para poner inyecciones intravenosas, puesto que había demostrado que dominaba el método. Durante el parte, se ofreció a conectarle el equipo de infusión a Gloria porque habían tenido ya algunos problemas con ella. La enfermera que debía ocuparse de Gloria durante el día había aceptado encantada. Janet, armada con todos los instrumentos necesarios, entró en la habitación de Gloria. Esta estaba sentada en la cama, apoyada sobre un montón de almohadones y era evidente que se sentía mejor que el día anterior. Mientras charlaban nostálgicamente sobre la belleza del estanque del campus de Wellesley y lo romántico que era en las fiestas de los fines de semana Janet comenzó a introducirle la aguja.

-Apenas me he enterado -dijo Gloria con admiración.

-Me alegro mucho-contestó Janet.

Mientras Janet salía de la habitación de Gloria sintió que se le encogía el estómago al pensar en su siguiente tarea: hacerse con el fármaco controlado. Tuvo que esquivar varias camillas y luego ejecutó una especie de danza para no chocar con el empleado de la limpieza y su balde.

Cuando Janet llegó al puesto de enfermeras, sacó la ficha de Helen Cabot y leyó la hoja de pedidos. La hoja indicaba que Helen debía recibir MB300C y MB303C a partir de las ocho de la mañana. Janet primero sacó la botella del equipo de infusión y las jeringas; luego los frascos vacíos que había guardado. Finalmente, se dirigió a Marjorie y le pidió la medicina de Helen.

-Un segundo, por favor -dijo Marjorie.

Se fue corriendo por el pasillo hasta los ascensores para entregar un formulario rellenado de rayos X a un asistente que llevaba un paciente a la sección de radiología.

-Ese individuo se olvida siempre del pedido -comentó Tim moviendo la cabeza.

Marjorie regresó con paso vivo al puesto de enfermeras.

Mientras daba la vuelta al mostrador, se estaba quitando ya la llave del cuello que abría el armario especial de los fármacos.

- ¡Qué día! -dijo a Janet-. Y pensar que sólo acaba de empezar.

Era evidente que le preocupaba la gran explosión de actividad con que se iniciaba cada día el trabajo en las plantas. Abrió la pequeña pero sólida nevera, metió la mano dentro y sacó los dos frascos con la medicina de Helen, consultó las indicaciones que estaban también guardadas en la nevera y dijo a Janet que debía tomar 2 centímetros cúbicos del frasco más grande y medio centímetro cúbico del más pequeño. Señaló a Janet el lugar donde debía poner su inicial después de administrar el medicamento y el lugar donde Marjorie pondría su inicial cuando Janet hubiese acabado.

-Marjorie, el doctor Larsen al teléfono -dijo Tim interrumpiéndola.

Janet, con los frascos de fluido transparente en la mano se retiró al cuarto de farmacia. Primero abrió el agua caliente en la pileta. Después de comprobar que nadie miraba puso los dos frascos de MB bajo el agua caliente. Cuando las etiquetas engomadas comenzaron a desprenderse, Janet las arrancó y las pegó sobre los frascos vacíos. Guardó luego los frascos que se habían quedado sin etiqueta en un cajón de la farmacia, detrás de un surtido de tazas de plástico de dosificación, lapiceros, bloks y cintas elásticas.

Librodot

Después de echar otra ojeada precavida hacia el puesto de enfermeras, Janet levantó los dos frascos vacíos por encima de la cabeza y dejó que cayeran encima de las baldosas. Ambos frascos se redujeron a diminutos fragmentos. Después de verter un poco de agua en los fragmentos de cristal, Janet dio media vuelta y salió del cuarto de farmacia.

Marjorie estaba todavía hablando por teléfono y Janet tuvo que esperar a que colgara. Cuando lo hizo, Janet le puso la mano sobre el brazo.

-He tenido un accidente -dijo.

Intentó decirlo con una voz disgustada, lo que no era difícil con el nerviosismo que tenía.

- ¿Qué ha sucedido? -preguntó Marjorie con ojos dilatados.

-Se me han caído los dos frascos -dijo Janet-. Me resbala ron de la mano y se rompieron en el suelo.

-Bueno, bueno -dijo Marjorie tranquilizándose y tranquilizando a Janet-. No nos pongamos nerviosas. Siempre hay accidentes, especialmente cuando tenemos mucho trabajo y mucha prisa. Enséñame dónde.

Janet la condujo al cuarto de farmacia y señaló los restos de los dos frascos. Marjorie se agachó y con el índice y el pulgar quitó delicadamente los trozos de vidrio pegados a la etiqueta.

-Lo siento muchísimo-dijo Janet.

-No pasa nada -dijo Marjorie. Se puso de pie y se encogió de hombros-. Ya te he dicho que siempre hay accidentes.

Llamaremos a la señora Richmond.

Janet siguió a Marjorie hasta el puesto de enfermeras desde donde Marjorie llamó a la directora de enfermería. Después de explicar lo que había pasado, tuvo que sacar las indicaciones del refrigerador de medicinas. Janet pudo ver los frascos de los otros pacientes cuando lo hizo.

-Había seis centímetros cúbicos en el frasco grande y cuatro centímetros cúbicos en el pequeño -dijo Marjorie por teléfono. Escuchó durante un momento, dijo que sí varias veces y luego colgó-. Resuelto-dijo Marjorie. Hizo una anotación en las indicaciones y luego pasó el bolígrafo a Janet-. Pon tus iniciales aquí, donde he escrito que se ha perdido -dijo.

Janet anotó sus iniciales.

-Ahora ve a la oficina de la señora Richmond en el edificio de investigaciones, séptima planta-dijo Marjorie-. Llévate estas etiquetas. -Puso los fragmentos de vidrio con las etique tas pegadas en un sobre y lo entregó a Janet-. Te dará varios frascos nuevos, ¿de acuerdo?

Janet asintió con la cabeza y se excusó de nuevo.

-No ha sido nada -dijo Marjorie tranquilizándola -. Le podía haber pasado a cualquiera.

Luego pidió a Tim que llamara por el busca a Tom Widdicomb para que limpiara el cuarto de la farmacia.

Janet, con el corazón desbocado y notando que estaba sonrojada, se fue hacia los ascensores con la mayor tranquilidad que pudo. Su truco había dado resultado, pero no estaba muy satisfecha. Pensaba que estaba explotando la confianza y simpatía de Marjorie. También le preocupaba la posibilidad de que alguien pudiera dar con los frascos sin etiqueta en el cajón. Le hubiera gustado sacarlos de allí, pero pensaba que no podía arriesgarse hasta más tarde, cuando pudiera entregarlos directamente a Sean.

A pesar de su preocupación por los fármacos de Helen cuando Janet pasó delante de la puerta de Gloria se dio cuenta de que estaba cerrada. Ella acababa de conectarle el equipo de infusión, y esto la desconcertó. La puerta de Gloria siempre estaba entornada, excepto cuando hubo el incidente el día que Marjorie

las presentó. Gloria había incluso comentado que le gustaba tenerla abierta para poder estar en contacto con la vida de la planta.

Janet, indecisa, se detuvo y miró la puerta sin saber exactamente qué hacer. Se había retrasado ya en su trabajo y por lo tanto debía ir lo más pronto posible al despacho de la señora Richmond. Sin embargo, la puerta de Gloria la preocupaba.

Janet pensó que quizá Gloria no se sentía bien. Se acercó a la puerta y llamó. Cuando nadie respondió, llamó de nuevo. Al no recibir respuesta, Janet empujó, abrió la puerta y miró al interior. Gloria estaba tumbada sobre la cama. Una de las piernas colgaba de un lado del colchón. No parecía una postura muy natural en una persona dormida.

- ¿Gloria? -dijo Janet.

Gloria no respondió.

Janet sujetó la puerta con el tope de goma y se acercó a la cama. A un lado había un balde con una fregona, pero Janet no se dio cuenta porque cuando se acercó vio sobresaltada que el rostro de Gloria tenía el intenso color azulado de la cianosis.

- ¡Código: habitación 409! -gritó Janet a la telefonista después de levantar rápidamente el auricular del teléfono.

Dejó al lado de la cama el sobre con los trozos de cristal.

Janet echó hacia atrás la cabeza de Gloria y, después de asegurarse de que no tenía obstrucciones en la boca, comenzó una reanimación boca a boca. Janet cerró apretando con la mano derecha los orificios de la nariz de Gloria e infló varias veces con fuerza los pulmones de la paciente. Al ver la facilidad con que lo hacía supuso que no había obstrucciones.

Con la mano izquierda le buscó el pulso. Lo encontró, pero era un pulso débil.

Janet sopló varias veces mientras empezaron a llegar más personas. Marjorie fue la primera, pero pronto llegaron otras.

Cuando una de las otras enfermeras relevó a Janet en su trabajo de reanimación, había por lo menos diez personas en la habitación intentando ayudar. Janet quedó impresionada ante aquella respuesta rápida: incluso el hombre de la limpieza estaba allí dentro.

Gloria recuperó rápidamente el color, lo que alivió a todo el mundo. En un período de tres minutos llegaron varios médicos, incluido un anestesista de la segunda planta. Por aquel entonces habían instalado un monitor que mostraba latidos lentos, pero normales. El anestesista insertó diestramente un tubo endotraqueal y utilizó un ambubalón para insuflar los pulmones de Gloria. Esto era más eficiente que el boca a boca y el color de Gloria mejoró todavía más.

Pero había otros síntomas negativos. Cuando el anestesista proyectó una pequeña linterna en los ojos de Gloria, comprobó alarmado que sus pupilas muy dilatadas no reaccionaron.

Cuando otro médico intentó comprobar sus reflejos, no obtuvo ningún resultado.

Al cabo de veinte minutos, Gloria empezó a respirar con esfuerzo. Minutos después estaba respirando sola. También recuperó los reflejos, pero de un modo que no pronosticaba nada bueno. Los brazos y las piernas se extendían, mientras las manos y los pies se flexionaban.

- ¡Vaya! -dijo el anestesista-. Parecen indicios de rigidez descerebrada. Mal síntoma.

No era eso lo que Janet quería oír. El anestesista movió negativamente la cabeza.

-El cerebro ha estado demasiado tiempo sin oxígeno.

-Es extraño -dijo uno de los otros médicos. Inclinó la botella del equipo de infusión para ver lo que había dentro-. No sabía que el fallo respiratorio pudiera ser una complicación de este tratamiento.

-La quimioterapia puede tener efectos inesperados -dijo el anestesista-. Pudo haber empezado como un incidente vascular cerebral. Creo que deberíamos avisar a Randolph.

Janet, después de rescatar su sobre salió con pasos inciertos de la habitación. Sabía que escenas como aquélla eran propias de su trabajo, pero conocer la dura realidad no la hacía más fácil de soportar.

Marjorie salió de la habitación de Gloria, vio a Janet y se le acercó. Dijo, mientras movía la cabeza con tristeza: -No hemos tenido mucha suerte con estas pacientes de cáncer de pecho avanzado. Creo que las autoridades pertinentes deberían empezar a plantearse cambios en el protocolo de tratamiento.

Janet asintió pero sin decir nada.

-Ser la primera cuando sucede algo siempre es duro -dijo Marjorie-. Hiciste todo lo que pudiste.

Janet asintió de nuevo: -Gracias.

-Ahora vete a buscar la medicina de Helen Cabot antes de que pasen más cosas -dijo Marjorie mientras le daba un golpecito fraternal en la espalda.

Janet asintió. Bajó por las escaleras hasta la segunda planta y luego cruzó hacia el edificio de investigación. Tomó el ascensor hasta la séptima planta y, después de preguntar por la señora Richmond, entró directamente en su despacho.

La directora de enfermeras la estaba esperando y alargó la mano para recibir el sobre. Lo abrió y vertió su contenido sobre la carpeta que tenía encima de la mesa. Con el índice estuvo dando vueltas a los trozos de vidrio hasta que pudo leer las etiquetas.

Janet estaba en pie delante de la señora Richmond y su silencio le hizo temer que, de algún modo, la mujer supiera exactamente lo que Janet había hecho. Janet empezó a sudar.

- ¿Tuvo algún problema? -preguntó finalmente la señora Richmond con su voz extrañamente suave.

- ¿Cómo?-preguntó Janet.

-Cuando rompió los frascos -dijo la señora Richmond-, ¿se cortó con el cristal?

-No -dijo Janet, tranquilizada-. Se me cayeron al suelo.

No me corté.

-Bueno, no es la primera vez ni será seguramente la última -dijo la señora Richmond-. Me alegro de que no se hiciera daño.

La señora Richmond, con una agilidad sorprendente para su tamaño, se levantó de detrás de la mesa y se fue a un armario que llegaba del suelo al techo y que ocultaba una gran nevera cerrada con llave. Abrió con una llave la puerta de la nevera y sacó dos frascos semejantes a los que Janet había roto. La nevera estaba casi llena de esos frascos.

La señora Richmond volvió a su mesa. Buscó en un cajón y sacó dos etiquetas impresas idénticas a las que tenía sobre la mesa con los fragmentos de vidrio. Pasó la lengua por el dorso de las etiquetas y comenzó a pegar la que correspondía a cada frasco. Antes de acabar sonó el teléfono.

La señora Richmond respondió y continuó trabajando mientras sostenía el auricular con un hombro levantado. Casi inmediatamente, la llamada absorbió toda su atención.

Librodot

- ¿Qué? -gritó. Su voz suave se volvió irritable. Su rostro enrojeció-. ¿Dónde? -preguntó la señora Richmond-. Esto es casi peor. ¡Maldita sea!

La señora Richmond colgó el teléfono con brusquedad y estuvo un momento mirando hacia delante sin parpadear, luego se sobresaltó al notar la presencia de Janet, se puso en pie y le entregó los frascos.

-Tengo que irme -dijo con prisa-. Tenga cuidado con esa medicina.

Janet asintió y cuando se disponía a responder, la señora Richmond salía ya por la puerta.

Janet se detuvo un momento en el umbral de la oficina de la señora Richmond y vio cómo se alejaba rápidamente. Miró por encima del hombro y estudió el armario que ocultaba la nevera cerrada con llave. Había algo en toda aquella historia que no le gustaba, pero no sabía exactamente qué. Estaban pasando demasiadas cosas.

A RANDOLPH MASON le maravillaba Sterling Rombauer. Tenía una cierta idea sobre la fortuna personal de Sterling y su legendaria clarividencia comercial, pero no entendía qué estaba motivando a aquel hombre. Recorrer el país siguiendo órdenes de otras personas no era el tipo de vida que hubiese escogido Mason si hubiese dispuesto de los bienes de Sterling.

Sin embargo, Mason agradecía que Sterling hubiera escogido aquella profesión. Cada vez que contrataba a aquel hombre conseguía resultados.

-No creo que deba preocuparse por nada hasta que el avión de Sushita se presente en Miami -estaba diciendo Sterling-. Estuvo esperando a Tanaka en Boston y tenía planeado bajar a Miami, pero luego se fue a Nueva York y después a Washington sin él. Tanaka tuvo que llegar hasta aquí en un vuelo regular.

- ¿Y usted puede saber cuándo llegará el avión? -preguntó el doctor Mason.

Sterling asintió con la cabeza.

El interfono del doctor Mason sonó.

-Siento molestarle, doctor Mason -dijo Patty, su secretaria-. Pero me dijo que le avisara si llegaba la señora Richmond. Se dirige hacia aquí y parece enfurecida.

El doctor Mason tragó saliva. Sólo había una cosa que pudiera hacer estallar a Margaret. Se disculpó con Sterling y salió de su despacho para interceptar a la directora de enfermeras. Dio con ella cerca de la mesa de Patty y se la llevó a un lado.

-Otra vez lo mismo -dijo la señora Richmond con brusquedad-. Otra paciente de cáncer de pecho con un paro respiratorio cianótico. Tenemos que hacer algo, Randolph!

- ¿Otro fallecimiento?-preguntó el doctor Mason.

-Todavía no ha muerto la paciente-dijo la señora Richmond-. Pero es casi peor. Especialmente si los medios de comunicación se enteran. La paciente está en un estado vegetativo con evidente lesión cerebral.

- ¡Dios mío! -exclamó el doctor Mason -. Tienes razón; podría ser peor si la familia empezara a hacer preguntas.

-Las hará, desde luego -dijo la señora Richmond-. Debo recordarte de nuevo que esto podría arruinar todo lo que hemos estado creando.

-No es preciso que me lo digas -dijo el doctor Mason.

-Bueno. ¿Qué vas a hacer?

-No sé qué otra cosa puedo hacer -admitió el doctor Mason-. Enviemos a Harris.

Librodot

El doctor Mason pidió a Patty que llamara inmediatamente a Robert Harris y que le avisara por el intercomunicador cuando Harris llegara.

-Tengo a Sterling Rombauer en mi despacho -dijo a la señora Richmond-. Quizá te interesaría saber lo que ha descubierto sobre nuestro doctorando externo.

- ¡Aquel mocoso! -dijo la señora Richmond-. Cuando le pillé en el hospital estudiando a hurtadillas el historial médico de Helen Cabot, me vinieron ganas de estrangularle.

-Tranquilízate y ven a escuchar -dijo el doctor Mason.

La señora Richmond se dejó llevar de mala gana por el doctor Mason hasta su despacho. Sterling se puso en pie. La señora Richmond le dijo que no era preciso que se pusiera en pie por ella. El doctor Mason hizo sentar a todo el mundo, luego pidió a Sterling que pusiera en antecedentes a la señora Richmond.

-Sean Murphy es un individuo interesante y complicado -dijo Sterling mientras cruzaba tranquilamente las piernas-. Ha vivido, en cierto modo, una doble vida, ya que cambió drásticamente cuando entró en la Facultad de Medicina de Harvard, sin por ello abandonar sus raíces de obrero irlandés.

Y ha tenido éxito. Actualmente él y un grupo de amigos están a punto de fundar una empresa con el nombre previsto de Oncogen. Su objetivo será comercializar agentes de diagnósticos y agentes terapéuticos basados en la tecnología de los oncogenes.

-Entonces está claro lo que deberíamos hacer nosotros -dijo la señora Richmond-. Sobre todo teniendo en cuenta su intolerable descaro.

-Deja acabar a Sterling-dijo el doctor Mason.

-Es una persona extraordinariamente brillante en cuestiones de biotecnología -dijo Sterling-. Puede decirse que tiene auténticas dotes. Su único fallo, como ya pueden suponer, radica en la esfera social. Tiene poco respeto por la autoridad y consigue irritar a muchas personas. Hay que reconocer, sin embargo, que ya ha participado en la fundación de una empresa rentable, que Genentech compró. Y no ha tenido muchas dificultades en conseguir fondos para su segunda empresa.

-Veo que cada vez nos puede dar más problemas -dijo la señora Richmond.

-Pero no como piensa -dijo Sterling-. El problema es que Industrias Sushita saben aproximadamente lo mismo que yo.

Desde el punto de vista profesional, creo que considerarán que Sean Murphy es una amenaza para sus inversiones en el Forbes. Cuando lleguen a esta conclusión, actuarán. No estoy convencido de que un traslado a Tokio, y lo que esencialmente será una oferta de compra, dé resultado con el señor Murphy.

Sin embargo, creo que si continúa en el centro los japoneses se plantearán la posibilidad de no renovar la subvención.

-Todavía no entiendo por qué no lo devolvemos a Boston -dijo la señora Richmond-. Así se acabaría todo. ¿Por qué nos arriesgamos a comprometer nuestra relación con Sushita?

Sterling miró al doctor Mason.

El doctor Mason carraspeó.

-La verdad -dijo-, no quiero actuar con precipitación. El chico trabaja bien en lo que sabe. Esta mañana le visité en el laboratorio. Tiene ya toda una generación de ratones que aceptan la glucoproteína. Además me enseñó algunos cristales prometedores que ha conseguido hacer crecer. Asegura que en una semana tendrá cosas mejores. Nadie consiguió llegar hasta aquí. Mi problema es que estoy entre la espada y la pared. Una amenaza mayor para los fondos de

Librodot

Sushita es que todavía no les hemos entregado ni un solo producto patentable. Están esperando que les demos algo.

-En otras palabras, ¿crees que necesitamos al chico, a pesar de todos los riesgos? -preguntó la señora Richmond.

-Creo que no dije exactamente esto -contestó el doctor Mason.

-En todo caso, ¿por qué no llamas a Sushita y se lo explicas a ellos? -propuso la señora Richmond.

-No creo que sea aconsejable-dijo Sterling-. Los japoneses prefieren la comunicación indirecta para evitar todo enfrenta miento. No entenderían un enfoque tan directo. Este sistema, en lugar de aliviar, causaría más ansiedad.

-Además, ya aludí a toda esta historia cuando hablé con Hiroshi -dijo el doctor Mason-. Y, a pesar de ello, decidieron investigar por cuenta propia al señor Murphy.

-Los hombres de negocios japoneses tienen un gran problema de incertidumbre -añadió Sterling.

-En definitiva, ¿qué opina usted sobre el muchacho? ¿Es un espía? ¿Está aquí por eso?

-No -dijo Sterling -. No en un sentido tradicional. Es evidente que está interesado en los resultados del centro con el meduloblastoma, pero desde un punto de vista académico, no comercial.

-Se expresó con mucha sinceridad sobre su interés en trabajar con el meduloblastoma -dijo el doctor Mason-. En nuestra primera entrevista quedó bastante decepcionado cuan do le informé de que no se le permitiría trabajar en el proyecto. Creo que si hubiese sido una especie de espía, hubiera disimulado más. Remover el asunto no es la mejor manera de pasar desapercibido.

-Estoy de acuerdo -dijo Sterling-. Es un hombre joven motivado aún por el idealismo y el altruismo. Todavía no le ha envenenado el nuevo mercantilismo de la ciencia en general y de la investigación médica en especial.

-Sin embargo, fundó su propia compañía -dijo la señora Richmond-. Esto me parece bastante comercial.

-Pero de hecho, él y sus socios estaban vendiendo los productos a precio de coste -dijo Sterling-. El motivo económico no intervino hasta que otros se interesaron por la compañía y la compraron.

-En tal caso, ¿qué solución existe? -preguntó la señora Richmond.

-Sterling controlará la situación -dijo el doctor Mason-. Nos informará cada día. Protegerá al señor Murphy del japonés mientras él sea una ayuda para nosotros. Si Sterling llega a la conclusión de que está haciendo de espía, nos lo comunicará.

Entonces lo enviaremos a Boston.

-Es usted un canguro bastante caro-dijo la señora Richmond.

Sterling sonrió y asintió con la cabeza.

-Miami en marzo es un lugar muy agradable -dijo-. Especialmente en el Grand Bay Hotel.

La estática del interfono del doctor Mason precedió la voz de Patty.

-El señor Harris ha llegado.

El doctor Mason dio las gracias a Sterling indicando que había finalizado la entrevista. Mientras le acompañaba a la puerta de su despacho, tuvo que admitir que la señora Richmond estaba en lo cierto cuando dijo que Sterling era un canguro caro. Pero, a pesar de ello, estaba convencido de que la inversión era buena y, gracias a Howard Pace, fácilmente disponible.

Harris estaba de pie al lado de la mesa de Patty y el doctor Mason lo presentó a Sterling por cortesía. Mientras lo hacía no pudo evitar darse cuenta de que cada uno de ellos era la antítesis del otro.

Librodot

El doctor Mason, después de mandar a Harris entrar en su despacho, dio las gracias a Sterling por todo lo que había hecho y le rogó que le mantuviera informado. Sterling le aseguró que así lo haría y se fue. El doctor volvió entonces a su despacho para enfrentarse con la crisis actual.

Cerró la puerta y vio que Harris estaba prácticamente en posición de firmes en el centro del despacho; tenía el sombrero de cuero con visera y orla de oro sujeto bajo el brazo izquierdo.

-Descanse -dijo el doctor Mason, mientras daba la vuelta a su mesa y se sentaba.

-Sí, señor -dijo Harris con gravedad marcial, aunque siguió sin moverse.

- ¡Por favor, siéntese ya!-dijo el doctor Mason cuando vio que Harris continuaba de pie.

Harris tomó asiento sin quitarse el sombrero de debajo del brazo.

-Supongo que se ha enterado de que ha fallecido otra paciente de cáncer de pecho -dijo el doctor Mason-. Al menos está prácticamente muerta.

-Sí, señor-dijo Harris nerviosamente.

El doctor Mason miró con cierta irritación a su jefe de seguridad. Por un lado apreciaba el profesionalismo de Robert Harris; por otra parte le molestaba aquella comedia militarista.

No era lo más adecuado para una institución médica. Pero no se había quejado, porque hasta que empezaron aquellos fallecimientos de pacientes afectados de cáncer de pecho, la seguridad no había sido nunca un problema.

-Como le explicamos ya en otra ocasión -dijo el doctor Mason-, creemos que el autor es algún demente extraviado.

La situación está resultando intolerable. Hay que intervenir.

Le pedí que le diera la prioridad máxima. ¿Ha podido descubrir algo?

-Le aseguro que he centrado toda mi atención en este problema -dijo Harris-. Siguiendo sus indicaciones, he realizado un estudio profundo de los antecedentes de la mayor parte del personal cualificado. He comprobado las referencias llamando a centenares de instituciones. Hasta el momento no ha aparecido ninguna anomalía. Voy a ampliar ahora las comprobaciones a otros elementos del personal que tienen acceso a los pacientes. Intentamos vigilar a algunas de las pacientes de cáncer de pecho. Pero su número es muy alto y no podemos vigilarlas a todas. Quizá deberíamos considerar la posibilidad de instalar cámaras de seguridad en todas las habitaciones.

No mencionó su sospecha de que existía una posible relación entre estos casos y la muerte de una enfermera y el intento de agresión a otra. Al fin y al cabo, se trataba sólo de una intuición.

-Quizá lo que deberíamos hacer es instalar cámaras de seguridad en las habitaciones de todas las pacientes de cáncer -dijo la señora Richmond.

-Costaría dinero -dijo Harris-. No es únicamente el costo de las cámaras y de la instalación, sino también el personal adicional que necesitaríamos para vigilar los monitores.

-La cuestión del dinero pasará a segundo plano -dijo la señora Richmond-. Si este problema continúa y la prensa se entera, podemos quedarnos sin institución.

-Lo estudiaré -dijo Harris.

-Si necesita más ayuda, comuníquenoslo -dijo el doctor Mason-. Debemos impedir que se repita.

-Lo entiendo, señor-dijo Harris.

Pero él no quería ayuda. Quería hacerlo por sí mismo En aquel momento el problema se había convertido en una cuestión de honor. Ningún jodido psicópata iba a pasarle la mano por la cara.

- ¿Y qué puede decirme de la agresión de anoche en la residencia? -preguntó la señora Richmond-. Sabe que me cuesta mucho contratar a personal de enfermería. No podemos permitirnos que las ataquen en el alojamiento provisional que les ofrecemos.

-Esta ha sido la primera vez que hemos tenido un problema de seguridad en la residencia-dijo Harris.

-Quizá deberíamos poner guardias durante la noche -dijo la señora Richmond.

-Voy a realizar con mucho gusto un análisis de los costos -dijo Harris.

-Creo que la cuestión de las pacientes es más importante -dijo Mason-. De momento, no disperse sus esfuerzos.

-Sí, señor-dijo Harris.

El doctor Mason miró a la señora Richmond.

- ¿Algo más?

La señora Richmond movió negativamente la cabeza.

El doctor Mason dirigió la mirada de nuevo a Harris.

-Contamos con usted -dijo -Sí, señor-dijo Harris mientras se ponía en pie. Empezó a saludar por reflejo, pero se reprimió a tiempo.

- ¡ES IMPRESIONANTE!-dijo Sean en voz alta.

Estaba sentado solo en el despacho acristalado situado en el centro de su gran laboratorio. Estaba frente a una mesa metálica vacía y tenía esparcidas delante de él las copias de los treinta y tres historiales médicos. Había escogido el despacho por si de repente se presentaba alguien. En tal caso, dispondría de tiempo suficiente para tirar todas las copias a uno de los cajones de archivador vacíos. Luego sacaría el estante con el protocolo que había preparado para inmunizar a los ratones con la glucoproteína del Forbes.

Lo que Sean consideraba tan impresionante eran las estadísticas relativas a los casos de meduloblastoma. El Centro Forbes contra el Cáncer había conseguido, desde luego, la remisión del cien por cien de los casos en los últimos dos años, lo que contrastaba radicalmente con la tasa de mortalidad del cien por cien constatada en los ocho años anteriores. Los estudios de seguimiento con RMN demostraban que incluso los tumo res grandes desaparecían completamente después de un tratamiento con éxito. Por lo que Sean sabía, estos resultados eran totalmente inauditos en un tratamiento de cáncer excepto en los cánceres in situ, es decir, neoplasias muy pequeñas y localizadas que podían extraerse completamente o eliminarse con otros métodos.

Por primera vez desde su llegada, Sean había disfrutado de una mañana razonable. Nadie le había molestado. No había visto a Hiroshi ni a ninguno de los demás investigadores.

Empezó el día inyectando a más ratones, lo que le había permitido sacar las copias de las fichas y llevarlas a su despacho. Luego había jugado un poco con el problema de la cristalización y había hecho crecer unos cuantos cristales que seguramente tendrían al doctor Mason contento durante una semana o más. Había llamado incluso al director para que bajara a ver algunos de los cristales. Sean sabía que el director había quedado impresionado, y confiaba en que probablemente ya no le molestarían, se había retirado al despacho para estudiar todos los historiales.

Primero leyó todas las fichas para tener una imagen general.

Luego las repasó comprobando los aspectos epidemiológicos.

Observó que los pacientes representaban una amplia gama de edades y razas. También el sexo variaba. Pero el grupo dominante estaba formado por hombres blancos de mediana edad, que no era el grupo típico afectado por el meduloblastoma.

Sean supuso que las estadísticas estaban sesgadas debido a razones económicas. El Forbes no era un hospital barato. La gente necesitaba disponer de un seguro médico adecuado o de considerables ahorros para poder seguir un tratamiento en el hospital. Observó también que los casos procedían de varias ciudades importantes de todo el país, siguiendo una distribución realmente nacional.

Pero luego, como para demostrarle que esas generalizaciones eran peligrosas, descubrió el caso de una pequeña ciudad del sudoeste de Florida: Naples. Sean había visto la ciudad en el mapa. Era la ciudad más meridional de la costa occidental 209 de Florida, al norte mismo de los Everglades. El nombre del paciente era Malcolm Betencourt y estaban a punto de cumplirse los dos años desde el inicio del tratamiento. Anotó el número de teléfono y la dirección del hombre. Pensó que quizá podría hablar con él.

En cuanto a los tumores, observó que la mayoría eran multifocales y no lesiones simples, que era lo más corriente. Al ser multifocales, el médico del paciente había creído inicialmente, en la mayoría de los casos, que se trataba de un tumor metastático extendido al cerebro desde otros órganos, como los pulmones, los riñones o el colon. En todos estos casos, los médicos consultados habían expresado sorpresa al comprobar que las lesiones eran tumores cerebrales primarios, desarrolla dos a partir de elementos nerviosos primitivos. También observó que los tumores eran especialmente agresivos y de crecimiento rápido. Sin duda habrían conducido a un fallecimiento rápido si no se hubiera iniciado el tratamiento.

En cuanto al tratamiento, Sean observó que no variaba. La dosificación y el índice de administración de los fármacos codificados era el mismo en todos los pacientes, aunque se ajustaba según su peso. Todos los pacientes habían pasado por una semana aproximadamente de hospitalización y, una vez dados de alta, se sometían a un seguimiento en la clínica ambulatoria a intervalos de dos semanas, cuatro semanas, dos meses, seis meses y luego cada año. Trece de los treinta y tres pacientes habían llegado ya a la etapa de la visita anual. Las secuelas de la enfermedad eran mínimas y estaban relacionadas con déficit neurológicos benignos, como efectos secundarios de la expansión de las masas tumorales antes del tratamiento, y no al tratamiento en sí.

Sean también quedó impresionado al estudiar los mismos historiales médicos. Comprendió que estaba estudiando una cantidad tal de material que necesitaría probablemente una semana para digerirlo. Sean estaba profundamente con centrado en su trabajo y se sobresaltó cuando empezó a sonar el teléfono de su despacho. Era la primera vez que sonaba.

Levantó el auricular esperando que alguien se hubiera equivocado y comprobó, sorprendido, que era Janet.

-Tengo la medicina -dijo ella someramente.

- ¡Maravilloso! -dijo Sean.

- ¿Podemos vernos en el restaurante? -preguntó Janet.

-Claro que sí -dijo Sean. Captó que había algún problema, porque la voz de Janet sonaba algo tensa-. ¿Qué pasa?

-Todo lo posible -dijo Janet-. Te lo diré cuando te vea.

¿Puedes bajar ahora?

-Estaré allí dentro de cinco minutos -respondió Sean.

Después de ocultar todas las fichas, Sean bajó en ascensor y cruzó por el puente de peatones hacia el hospital. Supuso que la cámara lo estaba siguiendo y tuvo ganas de saludarla para que estuvieran enterados, pero resistió la tentación.

Cuando llegó al restaurante, Janet estaba ya allí sentada en una mesa con una taza de café delante. Su expresión no era de alegría.

Sean se sentó en una silla delante suyo.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó.

-Una de mis pacientes está en coma -dijo Janet-. Había acabado de conectarle el equipo de infusión. Cuando la dejé estaba bien, y al minuto siguiente había dejado de respirar.

-Lo siento mucho -dijo Sean.

También él se había visto expuesto a menudo a los traumas emotivos de la vida hospitalaria. Podía comprender los sentimientos de Janet.

-Por lo menos conseguí la medicina -dijo Janet.

- ¿Fue difícil? -preguntó Sean.

-Sobre todo en el aspecto emocional fue muy difícil -dijo Janet.

- ¿Dónde está ahora?

-La tengo en el bolso -dijo Janet. Miró a su alrededor para comprobar que nadie les estaba vigilando-. Te pasaré los frascos por debajo de la mesa.

-No es preciso que lo hagas tan melodramático -dijo Sean-. Hacer algo a hurtadillas llama más la atención que actuar de modo normal y entregar tranquilamente los frascos.

-Por favor -dijo Janet. Empezó a buscar en el bolso.

Sean notó que su mano le tocaba la rodilla. Alargó la mano por debajo de la mesa y se depositaron en ella dos frascos. Por respeto a la sensibilidad de Janet, los metió en el bolsillo, uno a cada lado. Luego retiró la silla hacia atrás y se levantó.

- ¡Sean!-se quejó Janet.

- ¿Qué? -preguntó él.

- ¿Por qué me dejas en evidencia? ¿No podrías esperar cinco minutos como si estuviéramos charlando?

Sean se sentó.

-Nadie nos está mirando -dijo-. ¿Cuándo vas a aprender?

- ¿Por qué estás tan seguro? -preguntó Janet.

Sean iba a decir algo, pero se lo guardó.

- ¿Podríamos hablar sobre algo divertido para cambiar un poco? -dijo Janet-. Estoy completamente agotada.

- ¿De qué quieres que hablemos?

-De nuestros planes para el próximo domingo -dijo Ja net-. Necesito huir del hospital y de toda esta tensión. Quiero hacer algo que me calme y que sea divertido.

-Muy bien. Lo prometo -dijo Sean-. Mientras tanto tengo muchas ganas de volver al laboratorio con esta medicina. ¿Si me voy ahora no quedarás ya en evidencia?

- ¡Vete! -le ordenó Janet-. No hay quien te aguante.

-Nos veremos en el apartamento de la playa -dijo; y se fue rápidamente antes de que Janet pudiera añadir que no estaba invitado. Luego se dio media vuelta y la saludó con la mano mientras salía del restaurante.

Mientras se apresuraba por el camino que conectaba los dos edificios, puso las manos en los bolsillos y tanteó los dos frascos. Tenía una prisa terrible por comenzar. Gracias a Janet, estaba experimentando algo de la emoción

Librodot

investigadora que había confiado tener cuando tomó la decisión de venir al Centro Forbes contra el Cáncer.

ROBERT HARRIS llevó la caja de cartón con las fichas de los empleados a su pequeño despacho sin ventanas y la depositó en el suelo cerca de su mesa. Se sentó, abrió la tapa de la caja y sacó la primera ficha.

Después de la conversación mantenida con el doctor Mason v la señora Richmond. Harris se había ido directamente a Personal. Con la ayuda de Henry Falworth, el jefe de personal, había compilado una lista del personal no especializado que tenía acceso a pacientes. La lista comprendía personal del servicio de comidas, que distribuía menús y anotaba los pedidos, y empleados que distribuían las comidas y recogían las bandejas. La lista comprendía también el personal de portería y de mantenimiento, que en ocasiones debía acudir a las habitaciones para realizar trabajos sueltos. Finalmente, la lista pasaba a la limpieza, las personas encargadas de limpiar las habitaciones, las salas y los vestíbulos del hospital.

En total, el número de nombres en la lista era abrumador.

Por desgracia, no tenía otro camino, aparte de la vigilancia por cámara, y sabía que esta operación sería demasiado costosa.

Averiguaría los precios y confeccionaría un presupuesto, pero sabía que el doctor Mason consideraría el costo inaceptable.

El plan de Harris consistía en examinar primero, con bastante rapidez, las cincuenta fichas para ver si algo le llamaba la atención, algo que pudiera parecer improbable o extraño. Si encontraba algo dudoso, formaría un grupo con estas fichas para investigarlas primero. Harris no era ni psicólogo ni médico, pero pensaba que una persona lo bastante desequilibrada para matar a pacientes tendría algo extraño en su historial.

La primera ficha era la de Ramón Concepción, un empleado del servicio de comidas. Concepción era un hombre de treinta y cinco años, de origen cubano, que había trabajado en el servicio de cocina de varios hoteles y restaurantes desde que tenía dieciséis años. Harris leyó su solicitud de empleo y repasó las referencias. Incluso echó una ojeada al apartado de cuida dos médicos. No había nada a destacar. Tiró la ficha al suelo.

Harris estudió una por una las fichas de su caja. No encontró nada notable hasta que llegó a Gary Wanamaker, otro emplea do del servicio de comidas. En el apartado de experiencias, Gary había anotado cinco años de trabajo en la cocina de la prisión de Rikers Island en Nueva York. En la foto de la ficha, el hombre tenía pelo castaño. Harris dejó esta ficha en una punta de su mesa.

Cinco fichas después Harris sacó otra que le llamó la atención. Tom Widdicomb trabajaba en la limpieza. Lo que llamó la atención de Harris fue el hecho de que aquel hombre hubiera estudiado para técnico médico de urgencias. Había tenido una serie de empleos de limpieza después de sus estudios de técnico de urgencias, incluido un período en el Hospital General de Miami, pero la idea de que una persona que había estudiado urgencias médicas trabajara en la limpieza parecía extraña. Harris miró la foto de la ficha. El hombre tenía el pelo castaño. Harris puso la ficha de Widdicomb encima de la de Wanamaker.

Unas cuantas fichas después Harris encontró otra que despertó su curiosidad. Ralph Seaver trabajaba en la sección de mantenimiento. Aquel hombre había estado encarcelado en Indiana por violación. ¡Lo ponía exactamente así en la ficha!

Librodot

Figuraba incluso en ella el teléfono del oficial que había estado encargado de controlar su libertad condicional en Indiana.

Harris movió preocupado la cabeza. No había esperado encontrar un material tan fértil. Las fichas del personal cualificado habían sido bastante aburridas comparadas con aquéllas. Aparte de algunos problemas de abuso de estupefacientes y una acusación de malos tratos a menores, no había encontrado nada. Pero en aquel grupo, había estudiado sólo una cuarta parte de las fichas y ya había separado tres que merecían un estudio más detenido.

Janet, en lugar de sentarse para tomar el café en la pausa de media tarde, tomó el ascensor hasta la segunda planta y visitó la unidad de vigilancia intensiva. Las enfermeras que trabajaban allí le merecían mucho respeto. No entendía cómo conseguían resistir la tensión constante. Janet había intentado trabajar en la UVI después de graduarse. Consideró que el trabajo era estimulante desde el punto de vista intelectual, pero al cabo de unas semanas decidió que no estaba hecha para aquello. Había demasiada tensión, la comunicación con los pacientes era escasa. La mayoría de ellos no estaban en disposición de ofrecer ningún tipo de contacto. Muchos estaban in conscientes.

Janet se acercó a la cama de Gloria y la miró. Estaba aún en coma y no había mejorado, aunque ya respiraba sin asistencia mecánica. Sus pupilas ampliamente dilatadas no se habían con traído ni reaccionaban a la luz. Lo más preocupante era que su electroencefalograma indicaba muy poca actividad cerebral.

Una visitante estaba acariciando suavemente la frente de Gloria. Tenía unos treinta años y el color y los rasgos semejantes a los de Gloria. Cuando Janet levantó la cabeza, ambas se miraron.

- ¿Es usted una de las enfermeras de Gloria? -preguntó la visitante. ~ Janet asintió. Podía ver que la mujer había estado llorando.

-Soy Marie -dijo-, la hermana mayor de Gloria.

-Siento mucho que haya sucedido esto -dijo Janet.

-Bueno -dijo Marie con un suspiro-. Quizá fue para bien.

De este modo ya no tendrá que sufrir más.

Janet asintió para contentar a Marie, si bien en su corazón opinaba de modo diferente. Gloria todavía tenía posibilidades de vencer el cáncer de pecho, sobre todo teniendo en cuenta su actitud positiva y optimista. Janet había visto a personas con una enfermedad en un estado más avanzado que conseguían remitir.

Janet, luchando para contener sus lágrimas, regresó a la cuarta planta. Allí se concentró de nuevo en su trabajo. Era la manera más fácil de evitar pensamientos que sólo le harían maldecir la injusticia de todo aquello. Por desgracia, el truco funcionó sólo en parte y continuó viendo la imagen del rostro de Gloria mientras le daba las gracias por haberle conectado el equipo de infusión. Pero de pronto el truco ya no fue suficiente. Se produjo una nueva tragedia que igualaba la de Gloria y que abrumó a Janet.

Un poco después de las dos, Janet puso una inyección intramuscular a un paciente cuya habitación estaba situada en el extremo más alejado del pasillo. Mientras regresaba al puesto de enfermeras, decidió entrar a ver a Helen Cabot. A primera hora de la mañana, y aproximadamente una hora después de que Janet hubiese añadido la medicación codificada en la botella del equipo de infusión de Helen y hubiese ajustado la proporción, Helen dijo que tenía dolor de cabeza.

Janet, preocupada por su estado, había llamado al doctor Mason y le había informado de la novedad. El doctor recomendó que trataran de modo leve el

dolor de cabeza y pidió que le volvieran a llamar si se producía algún cambio o la situación empeoraba.

Después de administrarle un analgésico oral, el dolor de cabeza no desapareció pero tampoco empeoró. Sin embargo, Janet había visitado frecuentemente a Helen al principio y luego cada hora aproximadamente durante todo el día. La preocupación de Janet disminuyó al comprobar que el dolor de cabeza no cambiaba y que sus signos vitales y su nivel de conciencia se mantenían normales.

Ahora, casi a las 14.15 de la tarde, al entrar Janet en la habitación, vio alarmada que la cabeza de Helen colgaba hacia un lado y que había quedado fuera de la almohada. Se acercó a la cama y vio algo más preocupante: la respiración de Helen era irregular. Su ritmo aumentaba y disminuía siguiendo un esquema que indicaba una grave disfunción neurológica. Janet telefoneó al puesto de enfermeras y le dijo a Tim que tenía que hablar inmediatamente con Marjorie.

-Helen Cabot sufre un Chayne-Stoking -dijo Janet cuando se puso Marjorie, refiriéndose a la respiración de Helen.

- ¡Oh, no!-exclamó Marjorie-. Voy a llamar al neurólogo y al doctor Mason.

Janet quitó la almohada y puso la cabeza de Helen en su sitio. Tomó entonces una pequeña linterna que siempre llevaba e iluminó las pupilas de Helen. No eran iguales, una estaba dilatada y no respondía a la luz. Janet se estremeció. Había leído algo al respecto. Supuso que la presión dentro del cráneo de Helen había subido tanto que una parte del cerebro se estaba herniando desde el compartimiento superior al inferior, lo cual podía poner en peligro su vida.

Janet levantó la mano y ajustó el equipo de infusión de Helen hasta el nivel de “mantenimiento abierto”. De momento era lo único que podía hacer.

Pronto empezaron a llegar otras personas. Primero Marjorie y otras enfermeras. Luego entraron apresurados el neurólogo, el doctor Burt Atherton, y un anestesista, el doctor Carl Seibert. Los médicos empezaron a dar órdenes a gritos para intentar disminuir la presión en el cráneo de Helen. Luego llegó el doctor Mason, agotado por la carrera que había realiza do desde el edificio de investigaciones.

Janet no había visto nunca al doctor Mason, aunque había hablado con él por teléfono. Estaba a cargo oficialmente del caso de Helen. Pero ante aquella crisis neurológica, dejó las decisiones en manos del doctor Atherton.

Por desgracia, ninguna de las medidas de emergencia dio resultado ~ el estado de Helen continuó empeorando. Se decidió practicar una intervención cerebral de urgencia. Con gran consternación de Janet, se hicieron los preparativos para trasladar a Helen al Hospital General de Miami.

- ¿Por qué la trasladan? -preguntó Janet a Marjorie cuando dispuso de un momento.

-Somos un hospital especializado -explicó Marjorie-. No tenemos un servicio de neurocirugía.

Janet se escandalizó. La intervención de urgencia que necesitaba Helen debía realizarse sin pérdida de tiempo. No se necesitaba todo un servicio de neurocirugía, sino sólo un quirófano y alguien que supiera practicar un orificio en el cráneo. Las biopsias que se habían estado realizando demostraban que en el Forbes se disponía de medios para hacerlo.

Se realizaron los preparativos a un ritmo frenético, y dejaron a Helen lista para partir. La trasladaron de la cama a una camilla. Janet ayudó en el traslado moviendo primero los pies de Helen y luego corriendo a su lado y sosteniendo en lo alto la botella del equipo de infusión, mientras otros

empujaban apresuradamente la camilla hacia el ascensor. En el ascensor, la situación de Helen empeoró. Su respiración, que era irregular cuando Janet entró en su habitación, se paró completamente. El rostro pálido de Helen comenzó rápidamente a volverse azul. Por segunda vez aquel día, Janet inició la reanimación boca a boca, mientras el anestesista gritaba pidiendo a alguien que le trajeran un tubo endotraqueal y un ambubalón. Cuando llegaron a la primera planta, el ascensor se detuvo, se abrieron las puertas y entró corriendo una de las enfermeras de la cuarta planta. Otra sujetó las puertas para que no se cerraran. Janet continuó con sus esfuerzos hasta que el doctor Seibert la hizo a un lado e introdujo hábilmente el tubo endotraqueal. Después de conectar el ambubalón empezó a insuflar los pulmones de Helen hasta cerca de su capacidad total. El color azulado en el rostro de Helen se transformó en un blanco de alabastro translúcido.

-Bueno, adelante -gritó el doctor Seibert.

El grupo apretado empujó rápidamente a Helen hacia la recepción de ambulancias. Allí plegaron las ruedas de la camilla y la introdujeron en el vehículo que estaba esperando. El doctor Seibert subió al vehículo con Helen para mantener su respiración. Alguien cerró las puertas de golpe y las aseguró.

La ambulancia, con su faro destellante y su sirena ensordecedora, salió a gran velocidad del aparcamiento y desapareció dando la vuelta al edificio.

Janet se volvió para mirar a Marjorie, que estaba al lado del doctor Mason. Le estaba consolando con la mano sobre su hombro.

-No me lo esperaba -dijo el doctor Mason con voz entre cortada-. Supongo que tenía que estar preparado. Tenía que suceder por fuerza. Hemos tenido tanta suerte con nuestros tratamientos de meduloblastoma... Cada éxito me hacía pensar que quizá podríamos evitar una tragedia como ésta.

-Tienen la culpa los de Boston -dijo la señora Richmond.

Había aparecido en escena poco antes de que la ambulancia se fuera-. Tenían que habernos hecho caso. La retuvieron demasiado tiempo.

-Teníamos que haberla ingresado en la UVI -dijo el doctor Mason-. Pero su estado era muy estable.

-Quizá en el Hospital General puedan salvarla -dijo Marjorie, intentando demostrar optimismo.

-Sería un milagro -dijo el doctor Atherton-. Está bastante claro que su uncus se ha herniado debajo del cáliz y está comprimiendo la medula oblongata.

Janet se reprimió y no le dijo que se guardara sus pensamientos. Le disgustaba profundamente que algunos médicos recurrieran a su jerga para ocultarse detrás de ella.

De repente, como obedeciendo a una consigna invisible, el grupo entero se dio media vuelta y desapareció por las puertas oscilantes de la entrada de ambulancias del Forbes. Janet quedó fuera. Quizá prefería estar sola. Todo había quedado de pronto muy tranquilo allí, junto al césped. Un enorme baniano adornaba el lugar. Detrás del baniano había un árbol en flor que Janet no había visto nunca. Le acariciaba el rostro una brisa tropical cálida y húmeda. Pero el agradable panorama estaba todavía dominado por la sirena ondulante de la ambulancia que se alejaba. Janet pensó que estaba escuchando las campanadas de muerte para Helen Cabot.

TOM WIDDICOMB recorría nerviosamente las habitaciones de la casa de campo de su madre, gritando y maldiciendo. Estaba tan crispado que apenas

Librodot

podía quedarse sentado. Tan pronto tenía calor como un frío intenso. Se sentía enfermo.

Se había sentido tan mal que hasta había ido a decírselo a su supervisor. El supervisor le mandó a casa y comentó que estaba pálido. Incluso notó que temblaba.

-Tiene usted todo el fin de semana por delante -había dicho el supervisor-. Acuéstese y descanse. Probablemente tiene un poco de gripe.

De modo que Tom se había marchado a casa, pero no había podido descansar. Janet Reardon tenía la culpa de todo. Tom había estado a punto de sufrir un ataque cardíaco cuando Janet llamó a la puerta de Gloria y entró minutos después de que él la hubiera puesto a descansar en paz. Tom, aterrorizado, se escondió en el cuarto de baño con la certeza de que le habían atrapado. Se había sentido tan desesperado que llegó a sacar su revólver.

Pero el alboroto que se produjo en la habitación le permitió salir del baño y escapar sin que nadie notara su presencia.

Había podido escabullirse hasta el vestíbulo con su balde.

El problema era que Gloria seguía viva. Janet Reardon la había salvado y Gloria seguía sufriendo, pero ahora quedaba fuera de su alcance. La habían llevado a la unidad de vigilancia intensiva, adonde Tom no tenía acceso.

Por eso Alice todavía no le hablaba. Tom había estado suplicando, pero no había conseguido nada. Alice sabía que hasta que no sacaran a Gloria de la unidad de vigilancia intensiva y la llevaran a una habitación privada, Tom no podría acercarse a ella.

Y ahí entraba Janet Reardon. Para Tom, esa mujer era un ser demoníaco destinado a destruir la vida que él y su madre habían creado. Sabía que debía acabar con ella. Pero ahora ya no sabía dónde vivía. Su nombre ya no estaba en el fichero de la residencia que guardaba la administración. Había cambiado de domicilio.

Tom miró el reloj. Sabía que el turno de Janet terminaba a la misma hora que hubiera terminado el suyo, a las tres de la tarde. Pero sabía también que las enfermeras se quedaban un poco más para terminar sus informes. Tenía que estar en el aparcamiento cuando ella saliera. Así podría seguirla hasta su casa y disparar contra ella. Si era capaz de eso, Alice rompería, con casi toda seguridad, ese petulante silencio y le volvería a hablar.

- ¡HELEN CABOT ha muerto!-repitió Janet mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

No era habitual en ella, como profesional, llorar por la muerte de un paciente, pero estaba especialmente sensible porque había habido dos tragedias en el mismo día. Además, la respuesta de Sean la decepcionaba. Sean estaba más interesado en descubrir dónde estaba el cadáver de Helen que en lamentar su muerte.

-Ya me doy cuenta de que ha muerto -dijo Sean tranquilizándola-. Y no quiero parecer cruel. En parte respondo así para camuflar el dolor que siento. Helen era una persona excelente. Es realmente una lástima. ¡Y pensar que su padre di rige una de las mayores empresas de informática del mundo!

- ¿Y qué tiene que ver eso? -dijo Janet irritada mientras se secaba las lágrimas con el nudillo del dedo índice.

-No, nada -admitió Sean-. Sólo, que la muerte lo iguala todo. Nada cambia aunque tengas todo el dinero del mundo.

- ¿Te has vuelto filósofo ahora? -dijo Janet secamente.

Librodot

-Todos los irlandeses somos filósofos -dijo Sean -. Así sobrellevamos la tragedia de nuestras vidas.

Estaban sentados en la cafetería, donde Sean había acudido después de que Janet le llamara. Ella le citó allí después de terminar su informe, antes de dirigirse al apartamento. Le dijo que necesitaba hablar con él.

-No quiero que te enfades -siguió diciendo Sean-. Pero estoy realmente interesado en saber adónde han llevado el cadáver de Helen. ¿Está aquí?

-No, no está aquí -dijo Janet mirando al techo-. Sinceramente, no sé dónde está. Pero supongo que está en el Hospital General de Miami.

- ¿Por qué iba a estar allí? -preguntó Sean inclinándose por encima de la mesa hacia ella.

Janet le contó todo lo sucedido y añadió que le parecía indignante que no hubieran podido practicar una craneotomía de emergencia en el Forbes.

-Estaba realmente en las últimas-dijo Janet-. No tenían que haberla trasladado. Ni siquiera llegó al quirófano. Oí que había muerto en la sala de urgencias del Hospital General.

- ¿Qué te parece si tú y yo nos acercamos hasta allí? -propuso Sean-. Me gustaría encontrarla.

Por un momento, Janet pensó que Sean bromeaba. Hizo rodar los ojos de nuevo, convencida de que Sean estaba a punto de contar algún chiste morboso.

-Estoy hablando en serio -dijo Sean-. Es posible que le hagan la autopsia. Me encantaría tener una muestra de tumor.

Y de paso, me gustaría conseguir un poco de sangre e incluso algo de líquido cerebroespinal.

Janet tuvo un estremecimiento de repugnancia.

- ¡Por favor! -dijo Sean-. Recuerda que estamos los dos metidos en esto. Siento muchísimo que Helen haya muerto, y tú sabes que es verdad. Pero ahora que ha muerto, debemos concentrarnos en la ciencia. Entraremos en el hospital sin dificultad, tú con el uniforme de enfermera y yo con la bata blanca. De hecho, vale la pena que nos llevemos algunas jeringas por si acaso.

- ¿Por si acaso qué?-preguntó Janet.

-Por si acaso las necesitamos -dijo Sean guiñándole un ojo con complicidad-. Es mejor estar preparado -añadió.

Janet fue incapaz de resistirse, quizá porque Sean era el mejor vendedor del mundo o quizá porque ella ya estaba al límite de sus fuerzas. Al cabo de quince minutos se encontró subiendo en el asiento del 4x4 de Sean para dirigirse a un hospital donde nunca había estado, con la esperanza de obtener tejido cerebral de una de sus pacientes, que acababa de expirar.

-AHÍ ESTÁ.

Sterling señaló a Sean Murphy a través del parabrisas del coche para que Wayne Edwards lo viera. Wayne era un negro americano de aspecto formidable, cuyos servicios Sterling con trataba siempre que tenía algún asunto en el sur de Florida.

Wayne había sido sargento del ejército, policía y hombre de negocios pero acabó dedicándose a los trabajos de seguridad.

Había tenido tantos oficios como Sterling y, al igual que él, aprovechaba ahora su amplia experiencia en una profesión parecida. Wayne era investigador privado y si bien se había especializado en disputas familiares, también podía hacerse cargo eficazmente de otras situaciones. Sterling le había conocido varios años atrás cuando ambos representaban a un poderoso jefe de empresa de Miami.

Librodot

-Parece un tipo fuerte -dijo Wayne, que se enorgullecía de emitir juicios rápidos.

-Creo que lo es -dijo Sterling-. En Harvard era una estrella del hockey y habría podido jugar profesionalmente si hubiera querido.

-Y la chica, ¿quién es? -preguntó Wayne.

-Una de las enfermeras, claro -dijo Sterling-. Ignoro sus líos de faldas.

-Es un bombón -dijo Wayne -. ¿Qué sabes de Tanaka Yamaguchi? ¿Lo has visto últimamente?

-No, no lo he visto-dijo Sterling-. Pero creo que lo veré pronto. Mi contacto en la AFA me dijo que la avioneta de Sushita acaba de comunicar un plan de vuelo a Miami.

-Parece que se avecinan acontecimientos -dijo Wayne.

-En cierto modo así lo espero -dijo Sterling-. Nos permitiría solucionar este problema.

Wayne puso en marcha su Mercedes 420SEL verde oscuro.

Los cristales eran muy ahumados y desde el exterior era difícil ver su interior, especialmente con sol. Separó el vehículo de la acera y se dirigió hacia la salida. Hacía media hora que había cambiado el turno de trabajo en el hospital, de modo que el tráfico para salir del aparcamiento era intenso. Dejó que varios coches pasaran entre el de Sean y el suyo. Cuando estuvieron en la Doce, se dirigieron hacia el norte por encima del río Miami.

-Hay bocadillos y bebidas en la nevera del asiento de atrás -dijo Wayne señalando con la cabeza por encima del hombro.

-Qué buena idea -dijo Sterling.

Esa era una de las cosas que le gustaban de Wayne. Era muy previsor.

-Vaya, vaya -dijo Wayne-. Ha sido un viaje corto. Ya están saliendo.

- se es otro hospital, ¿verdad? -preguntó Sterling y se inclinó hacia delante para examinar el edificio al que Sean se acercaba.

-Estamos en zona de hospitales -dijo Wayne -. No se puede avanzar una milla sin topar con uno de ellos. Pero se dirigen al hospital madre de todos. se es el Hospital General de Miami.

- ¡Qué curioso! -dijo Sterling-. Quizá la enfermera trabaja aquí.

-Uy, uy -dijo Wayne-. Creo que tenemos compañía.

- ¿A qué te refieres? -preguntó Sterling.

- ¿Ves ese Caddy verde limón detrás nuestro? -preguntó Wayne.

-Es difícil no verlo -dijo Sterling.

-Lo he estado observando desde que cruzamos el río Miami -dijo Wayne-. Tengo la inequívoca impresión de que está siguiendo a nuestro señor Murphy. No hubiera reparado en él si no hubiese tenido yo también un cacharro de ésos en mi juventud. El mío era granate. Un buen coche, pero una lata para aparcar en fila.

Ambos miraron a Sean y a su acompañante entrar en el hospital por la puerta de emergencia. No muy lejos de ellos iba el hombre que había llegado en el Cadillac verde limón.

-Creo que mi impresión inicial es acertada -dijo Wayne-. Me parece que ese tío les sigue la pista más de cerca que nosotros.

-No me gusta nada todo esto -dijo Sterling. Abrió la puerta del copiloto, salió y lanzó una mirada al rechoncho Cadillac.

Luego se inclinó para hablar con Wayne-. Este no es el estilo de Tanaka, pero no podría jurarlo. Voy a entrar. Si Murphy sale, síguele. Si el tipo del Cadillac sale primero, síguele a él.

Estaremos en contacto por el teléfono celular.

Librodot

Sterling agarró su teléfono portátil y se apresuró detrás de Tom Widdicomb, que estaba subiendo las escaleras junto a la recepción de ambulancias situada delante de la sala de urgencias del Hospital General.

SEAN Y JANET no tardaron en encontrar el departamento de patología gracias a un médico residente al que abordaron en la sala de urgencias y quien les dio las instrucciones para llegar hasta allí. Una vez dentro Sean buscó a otro médico residente, y dijo a Janet que bastaba sacar información a los médicos residentes y las enfermeras para descubrir todo cuanto uno quisiera saber sobre un hospital.

-No me tocan autopsias este mes -dijo el médico residente, intentando escabullirse.

Sean le cortó el paso y le preguntó: - ¿Cómo puedo saber si un paciente está en la lista de autopsias?

- ¿Tiene el número de su ficha médica? -preguntó el médico residente.

-Sólo tengo el nombre -dijo Sean-. Falleció en la sala de urgencias.

-Entonces es probable que no haya habido autopsia -dijo el médico residente-. Las personas fallecidas en urgencias suelen asignarse al médico forense.

- ¿Cómo podría asegurarme de ello? -insistió Sean.

- ¿Cómo se llama la paciente?

-Helen Cabot -respondió Sean.

El médico residente, con gran amabilidad, se acercó a un teléfono de pared cercano e hizo una llamada. Tardó menos de dos minutos en cerciorarse de que Helen Cabot no estaba en la lista de las autopsias.

- ¿Dónde llevan los cadáveres?-preguntó Sean.

-A la morgue -dijo el médico residente -. Está en el sótano. Tomen los ascensores principales hasta el sótano I y sigan las indicaciones en rojo con una gran M.

Mientras el residente se alejaba apresuradamente, Sean miró a Janet y le preguntó: - ¿Te atreves? Si la encontramos sabremos con certeza su estado. Quizá hasta podamos conseguir un poco de fluido corporal.

-Ahora no me voy a echar atrás -dijo Janet con resignación.

TOM WIDDICOMB se sentía ahora más tranquilo que en todo el día. Al principio se había desanimado cuando Janet apareció con un hombre joven vestido con bata blanca, pero las cosas fueron mejorando cuando ambos se dirigieron directamente al Hospital General. Tom, que había trabajado allí, se conocía el lugar de cabo a rabo. Sabía también que el Hospital General estaría lleno de gente a esa hora del día, ya que el horario de visitas acababa de empezar. Y las multitudes equivalían al caos. Tal vez tendría suerte con Janet y ni siquiera debería seguirla hasta su casa. Y si había que disparar también al tipo de la bata blanca, peor para él.

No le había resultado fácil seguir a la pareja dentro del hospital, especialmente cuando llegaron a patología. Tom había pensado que los había perdido y estuvo a punto de regresar al aparcamiento para vigilar el 4X4, cuando de pronto volvieron a aparecer. Janet se le acercó tanto que estaba seguro de que le había reconocido. Tuvo mucho miedo, pero afortunadamente no hizo ningún movimiento. Tom, temiendo que Janet chillara como lo había hecho en la residencia Forbes, empuñó la pistola dentro del bolsillo. Si Janet hubiera chillado, habría tenido que disparar allí mismo.

Librodot

Pero Janet desvió la mirada sin reaccionar. Era evidente que no le había identificado. Tom se sintió más seguro y siguió a la pareja desde más cerca. Incluso bajó en el mismo ascensor que ellos, cosa que no se hubiera atrevido a hacer cuando subían a la planta de patología.

El amigo de Janet apretó el botón de Sótano I y Tom quedó extasiado. El lugar que más le gustaba del Hospital General de Miami era el sótano. Cuando trabajaba en el hospital, se escabullía allí muchas veces para visitar la morgue o para leer el periódico. Se conocía el laberinto de túneles como la palma de la mano.

Tom volvió a temer que Janet le reconociera cuando en el primer piso se apeó todo el mundo excepto un médico y un empleado de la limpieza con uniforme. Pero Janet no logró recordarlo ni siquiera con tan poca gente entre ellos para pasar desapercibido. Cuando el ascensor llegó al sótano, el médico y el empleado de la limpieza giraron hacia la derecha y se alejaron caminando deprisa. Janet y Sean se detuvieron un instante, mirando en ambas direcciones y luego se dirigieron hacia la izquierda.

Tom esperó dentro del ascensor hasta que las puertas comenzaron a cerrarse. Las sujetó entonces para mantenerlas abiertas, salió del ascensor y siguió a la pareja guardando una distancia de unos quince metros. Metió la mano en el bolsillo y empuñó la pistola. Llegó a poner el dedo entre el gatillo y el seguro.

Cuanto más se alejaban de los ascensores, más le gustaba.

Aquél era el marco perfecto para lo que debía hacer. Le parecía increíble haber tenido tanta suerte. Estaban entrando en una zona del sótano que pocas personas visitaban. Los únicos sonidos eran sus pisadas y el ligero silbido de las conducciones de vapor.

-ESTE LUGAR parece un auténtico Hades -dijo Sean -. Me pregunto si nos hemos perdido.

-No ha habido ninguna desviación desde el último letrero con una M -dijo Janet-. Creo que vamos bien.

- ¿Por qué siempre instalan la morgue en sitios tan aislados?

-dijo Sean-. Hasta la iluminación es mala.

-Probablemente esté cerca de un muelle de descarga -dijo Janet. Luego señaló hacia delante-. Ahí hay otro letrero.

Vamos por buen camino.

-Creo que quieren dejar sus fallos lo más lejos posible -bromeó Sean -. No sería una buena propaganda situar la morgue cerca de la entrada principal.

-Me olvidé de preguntarte qué tal te fue con el medicamento que conseguí.

-No he avanzado mucho -reconoció Sean-. Sólo he comenzado una electroforesis de gel.

-Muy claro -dijo Janet sarcásticamente.

-Es realmente simple -dijo Sean-. Supongo que la medicina está compuesta de proteínas porque sin duda están aplican do algún tipo de inmunoterapia. Todas las proteínas tienen cargas eléctricas y, por lo tanto, se desplazan dentro de un campo eléctrico. Cuando las dispersas en un gel específico, que las recubre con una carga uniforme, se desplazan de modo diferente según su tamaño. Quiero saber cuántas proteínas estoy manejando y cuál es su peso molecular aproximado. Es un primer paso.

-Confío en que tus resultados justifiquen lo que me costó conseguir el medicamento -dijo Janet.

Librodot

-No te imagines que con esta única muestra ya has cumplido -dijo Sean-. Quiero que la próxima vez me traigas muestras de Louis Martin.

-No creo que pueda volver a hacerlo -dijo Janet-. No puedo romper más frascos. Si lo hago, seguro que sospechan de mí.

-Utiliza un método diferente -propuso Sean-. Además, no necesito tanto.

-Pensé que te convendría más tener el frasco entero -dijo Janet.

-Quiero comparar los medicamentos de los diferentes pacientes -dijo Sean-. Quiero averiguar en qué se diferencian.

-No es seguro que sean diferentes -dijo Janet-. Cuando subí a la oficina de la señora Richmond para buscar otro frasco, lo cogió de un gran depósito. Tuve la sensación de que tratan a todos con las dos mismas drogas.

-Eso no me lo trago -dijo Sean-. Cada tumor es diferente antihigiénicamente, incluso lo es el mismo tipo de tumor. Un cáncer celular de una persona será diferente antihigiénicamente del mismo tipo de cáncer en otra persona. Incluso será antihigiénicamente distinto si surge como un nuevo tumor en la misma persona. Y los tumores antihigiénicamente distintos requieren anticuerpos diferentes.

-Quizá administran el mismo medicamento hasta que practican la biopsia del tumor -sugirió Janet.

Sean la miró con cierta admiración.

-Esa es una posibilidad -dijo.

Al final doblaron una esquina y se encontraron frente a una gran puerta aislada. Un rótulo metálico a la altura del pecho rezaba: “Morgue. Prohibida la entrada sin autorización”. Junto a la puerta había varios interruptores.

-Vaya -dijo Sean-. Al parecer nos estaban esperando. Esa cerradura automática impresiona bastante. Y no me traje mis herramientas.

Janet avanzó y empujó la puerta. Esta se abrió.

-Retiro lo que dije-dijo Sean-. Al parecer no nos esperaban. Al menos hoy.

Una corriente de aire frío salió de la habitación y se deslizó entre sus piernas. Sean apretó el interruptor de la luz. Durante una décima de segundo no hubo respuesta. Luego destelló la cruda luz de los fluorescentes.

-Tú primero -dijo Sean caballerosamente.

-La idea fue tuya -dijo Janet-. Así que tú primero.

Sean entró y Janet le siguió inmediatamente. Gruesos pilares de carga de hormigón armado impedían ver el espacio entero, pero evidentemente la sala era grande. Había viejas camillas esparcidas desordenadamente por la habitación. Cada una de ellas contenía un cadáver amortajado. La temperatura, según el indicador de la puerta, era de 9 grados.

Janet se estremeció.

-Esto no me gusta.

-Este sitio es enorme -dijo Sean-. O bien los arquitectos tenían muy mala opinión de la competencia del personal médico, o bien preveían un desastre nacional.

-Acabemos de una vez -dijo Janet, apretándose el cuerpo con los brazos.

El aire frío era húmedo y penetrante. El olor correspondía al de un sótano húmedo y enmohecido que hubiera estado cerrado durante años.

Sean tiró de una sábana.

- ¡Ah, hola!-dijo.

El rostro sangriento y medio aplastado de un obrero de la construcción le estaba mirando fijamente. Llevaba aún puesta su ropa de trabajo. Sean le cubrió con la sábana y pasó al siguiente.

Janet, a pesar de la repugnancia que sentía, hizo lo mismo avanzando en dirección opuesta.

-Lástima que no estén en orden alfabético -dijo Sean-. Debe de haber unos cincuenta cadáveres aquí. Esta es una escena que la Cámara de Comercio de Miami no desearía divulgar en el Norte.

- ¡Sean! -tuvo que gritar Janet, porque ya estaban un poco alejados-. Tus bromas me parecen de mal gusto.

Estaban en aquel momento en los extremos opuestos de uno de los pilares de cemento.

-Vamos, Helen-empezó a decir Sean con un sonsonete infantil-. Sal ya, sal, donde quiera que estés.

-Eso es especialmente grosero -dijo Janet.

TOM WIDDICOMB estaba embargado de emoción. Incluso su madre había decidido romper su largo silencio para decirle lo listo que había sido al seguir a Janet y a su amigo hasta el Hospital General. Tom estaba familiarizado con la morgue. No podía haber encontrado un lugar mejor para ejecutar su proyecto.

Tom se acercó a la puerta aislada y sacó la pistola del bolsillo. Con la pistola empuñada en la mano derecha, empujó la gruesa puerta, la abrió y miró al interior. Al no ver a Janet ni a su amigo, entró en la morgue y dejó que la puerta se cerrara detrás de él. No podía ver a la pareja pero podía oírla. Oyó claramente a Janet decir al hombre de la bata blanca que se callara.

Tom agarró el pomo metálico de la pesada cerradura de la puerta y lo giró despacio. El pestillo se corrió silenciosamente.

Cuando Tom trabajaba en aquel hospital, no se había utiliza do nunca aquella cerradura. Incluso dudaba de que existiera la llave. Al cerrar la puerta se aseguraba de que nadie le moles tara.

-Eres un chico listo-le susurró Alice al oído.

-Gracias, mamá -respondió igualmente Tom.

Tom, sosteniendo la pistola con ambas manos tal como había visto en la televisión, avanzó hacia la columna de hormigón más cercana. Por las voces de Janet y de su amigo, podía saber que se encontraban justo al otro lado de ella.

-ALGUNOS HACE bastante tiempo que están aquí -dijo Sean-. Parece como si se hubieran olvidado de ellos.

-Eso mismo estaba pensando yo -dijo Janet-. No creo que el cadáver de Helen Cabot esté aquí. Lo habrían dejado cerca de la puerta. Al fin y al cabo, murió hace sólo unas cuantas horas.

Sean estaba a punto de asentir cuando las luces se apagaron.

No había ventanas y la puerta estaba bien protegida con una cinta de aislamiento, por lo que el local quedó no solamente a oscuras, sino absolutamente negro, como el fondo arremolina do de un agujero negro.

En el instante en que se apagaron las luces, se oyó un chillido desgarrador seguido de gemidos histéricos. Al principio Sean pensó que era Janet; pero había visto dónde se encontraba antes de que las tinieblas los envolvieran a los dos, y los gritos parecían proceder de detrás de la pared, cerca de la puerta de entrada.

“Si no era Janet -pensó Sean-, ¿quién era?” Aquella angustia era contagiosa. En condiciones normales aquella oscuridad repentina no hubiera alterado a Sean, pero combinada allí con el terrorífico aullido, sintió auténtico miedo. Lo que le impidió perder el control fue su preocupación por Janet.

-Odio la oscuridad -gritó una voz de repente entre los gemidos- ¡Ayúdenme!

Sean no sabía qué hacer. De la dirección del aullido empezaron a llegar ruidos frenéticos y convulsos. Se oyó chocar camillas entre sí y el ruido de cadáveres cayendo al suelo de cemento.

- ¡Socorro! -chillaba la voz.

Sean pensó que diría algo para intentar calmar al angustiado individuo, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea.

Incapaz de decidirse, permaneció callado.

Siguieron oyéndose choques de camillas y luego un ruido sordo, como si alguien hubiera chocado contra la puerta de seguridad. A continuación sonó un chasquido mecánico.

Durante unos segundos se proyectó un poco de luz sobre la columna de cemento y Sean alcanzó a ver a Janet tapándose la boca con las manos. Estaba sólo a unos seis metros de él.

Luego la oscuridad volvió a cubrirlos como una pesada manta.

Esta vez acompañada del silencio.

- ¿Janet?-dijo Sean en voz baja-. ¿Estás bien?

-Sí-contestó-. Dios mío, ¿qué ha sido eso?

-Acércate hacia mí-dijo Sean-. Yo me acerco hacia ti.

-De acuerdo -dijo Janet.

-Este lugar es de locos-dijo Sean, que quería seguir ha blando mientras avanzaban a tientas uno hacia el otro-. Pensé que el Centro Forbes era extraño, pero este lugar se lleva la palma. Recuérdame que no solicite plaza aquí para las prácticas de interno.

Al final sus manos se encontraron. Agarrados, fueron abriéndose camino entre las camillas en dirección a la puerta.

Sean tocó ligeramente con el pie un cadáver tirado en el suelo y advirtió a Janet para que no lo pisara.

-Esto me dará pesadillas durante el resto de mi vida -dijo Janet.

-Es peor que Stephen King -dijo Sean.

Sean topó con la pared. Luego fue avanzando lateralmente hasta tocar la puerta. La abrió de un empujón y ambos se encontraron en el pasillo desierto, deslumbrados por la luz.

Sean acarició el rostro de Janet con las manos.

-Lo siento -dijo.

-Una nunca se aburre contigo -dijo Janet-. Pero no ha sido culpa tuya. Además, conseguimos salir. Vámonos de aquí.

Sean la besó en la punta de la nariz.

-Estoy completamente de acuerdo.

La pequeña ansiedad por si les costaba encontrar los ascensores resultó infundada. A los pocos minutos los dos estaban montados en el 4x4 de Sean y se dirigían hacia la salida del aparcamiento.

- ¡Qué alivio! -dijo Janet-. ¿Tienes idea de lo que pasó ahí dentro?

-No, ni idea -dijo Sean-. Fue muy raro. Como si lo hubieran preparado todo para matarnos de miedo. Quizá en el sótano viva algún gnomo que gasta la misma broma a todo el mundo.

Cuando estaban a punto de salir del aparcamiento, Sean frenó de repente sin que apenas Janet tuviera tiempo de sujetarse con las manos al salpicadero.

- ¿Y ahora qué pasa?-preguntó.

-Mira lo que tenemos aquí -dijo Sean señalando hacia delante-. ¡Qué oportuno! Ese edificio de ladrillos es el despacho del inspector médico. No tenía ni idea de que estaba tan cerca. Creo que el destino nos está señalando que el cadáver de Helen se encuentra ahí. ¿Qué te parece?

-La idea no me entusiasma-reconoció Janet-. Pero ya que estamos...

Librodot

- ¡Eso esperaba de ti! -dijo Sean.

Sean aparcó en el aparcamiento para visitantes, y ambos entraron en el moderno edificio. Dentro, se acercaron a un mostrador de información. Una mujer de color les preguntó cordialmente si podía servirles en algo.

Sean dijo que él era estudiante de medicina y Janet enfermera. Pidió hablar con uno de los inspectores médicos.

- ¿Con cuál? -preguntó la recepcionista.

-Con el director, por ejemplo -propuso Sean.

-El jefe está de viaje -dijo la recepcionista-. ¿Qué le parece hablar con el subdirector?

-Perfecto -dijo Sean.

Después de una corta espera les hicieron pasar a través de una puerta de cristal y les condujeron a un despacho que hacía esquina. El subdirector era el doctor John Stasin. Era tan alto como Sean pero de constitución más delgada. Parecía realmente contento de que Sean y Janet hubieran aparecido por allí.

-La enseñanza es una de nuestras funciones principales -dijo orgullosamente-. Siempre hemos deseado que la comunidad profesional se interese activamente por nuestro trabajo.

-Nos interesa un paciente determinado -dijo Sean-. Se llama Helen Cabot. Ha muerto esta tarde en la sala de urgencias del Hospital General de Miami.

-El nombre no me suena -dijo el doctor Stasin-. Esperen un minuto, voy a llamar al piso de abajo. -Descolgó el teléfono, mencionó el nombre de Helen, asintió y dijo “sí” varias veces, luego colgó. Todo había sucedido con gran rapidez. Era evidente que el doctor Stasin no perdía el tiempo-. La paciente llegó hace varias horas-dijo el doctor Stasin-. Pero no está en la lista de autopsias.

- ¿Por qué no?-preguntó Sean.

-Por dos motivos -dijo el doctor Stasin-. Primero porque tenía un cáncer cerebral demostrado y su médico quiere que ésta sea la causa oficial de su fallecimiento. Segundo porque la familia se ha manifestado en contra de que le practiquemos aquí la autopsia. En tales circunstancias, pensamos que es mejor no hacerlo. Contrariamente a lo que cree la gente, nosotros respetamos los deseos de la familia, a menos, claro está, de que haya indicios comprometedores, o cuando consideramos que una autopsia puede ser, por algún motivo, de interés público.

- ¿Hay alguna posibilidad de obtener muestras de tejido?

-preguntó Sean.

-No, si no practicamos la autopsia -dijo el doctor Stasin-. Si la practicamos, los tejidos eliminados pueden utilizarse se aún nos parezca conveniente. Pero como la paciente no está en lista, los derechos de propiedad los tiene la familia. Además, la Funeraria Emerson se ha llevado ya el cadáver y mañana lo trasladará a Boston.

Sean dio las gracias al doctor Stasin por el tiempo que les había dedicado.

-No hay de qué -dijo -. Estamos aquí todos los días.

Llámennos si podemos ayudarles en algo.

Sean y Janet recorrieron de nuevo el camino hasta el coche.

El sol se estaba poniendo; la hora punta estaba en su momento más alto.

-No es normal encontrar a una persona tan amable -dijo Janet.

Sean se limitó a encogerse de hombros. Apoyó la frente contra el volante.

-Esto es deprimente -dijo-. Nada nos sale bien.

-Soy yo la que debería estar triste -le recordó Janet, viendo que de pronto se ponía taciturno.

-La melancolía es una característica de los irlandeses -dijo Sean-. No me quites esto. Quizá todas estas dificultades llevan un mensaje implícito, por

ejemplo que debería regresar a Boston y ponerme a trabajar en serio. Creo que no debí haber venido nunca.

-Vamos a comer algo -dijo Janet. Quería cambiar de tema-. Podemos volver al restaurante cubano de la playa.

-Creo que no tengo hambre -dijo Sean.

-Ya verás que un poco de arroz con pollo puede cambiarlo todo -dijo Janet -. Estoy segura.

Todas las luces estaban encendidas en casa de Tom Widdicomb, a pesar de que aún no había oscurecido completamente.

Pero pronto estaría oscuro y eso asustaba a Tom. No le gustaba la oscuridad. Habían transcurrido varias horas desde el terrible episodio en la morgue del Hospital General, sin embargo Tom seguía temblando. Su madre le había hecho algo parecido cuando tenía seis años. El se había enfadado cuando le prohibió tomar más helado, y la amenazó con contar a su profesor que dormían juntos si no le dejaba tomar un poco más. La respuesta de su madre fue encerrarle en un armario toda la noche. Había sido su peor experiencia. Desde entonces tenía miedo a la oscuridad y a los armarios.

Tom no tenía ni idea de por qué se habían apagado las luces en la morgue. Pero era significativo que cuando finalmente encontró la puerta y la abrió, estuviera a punto de chocar con un hombre vestido con traje y corbata. Tom llevaba aún la pistola en la mano, por lo que el hombre retrocedió y le dio la oportunidad de huir a toda velocidad por el pasillo. El hombre le había perseguido, pero Tom le despistó fácilmente en el laberinto, que tan bien conocía, de túneles, pasillos y habitaciones que se comunicaban. Cuando Tom salió del sótano por una puerta que daba al aparcamiento a través de una escalera exterior no vio a su perseguidor por ninguna parte.

Aún aterrorizado, llegó a su coche corriendo, arrancó y se dirigió hacia la salida del aparcamiento. Temía que la persona que le había perseguido en el sótano hubiera podido ir más deprisa que él, así que iba vigilando mientras conducía, y como el aparcamiento estaba bastante vacío a aquella hora, vio casi inmediatamente el Mercedes verde.

Tom pasó de largo frente a la puerta de salida habitual del Hospital General y salió por otra que apenas se utilizaba.

Cuando el Mercedes verde hizo la misma maniobra, Tom se dio cuenta de que le estaban siguiendo. Se concentró entonces en perder de vista al coche de atrás aprovechando la hora punta de la tarde. Gracias a un semáforo y a varios coches que se habían interpuesto entre ellos, Tom pudo acelerar y despistar al Mercedes. Estuvo conduciendo sin rumbo durante media hora para asegurarse de que ya no le seguían. Luego regresó a casa.

-No debías haber entrado en el Hospital General de Miami -dijo Tom, en tono de reprimenda para complacer a su madre-. Tenías que haberte quedado fuera, esperar y seguirla hasta su casa.

Tom aún no sabía dónde vivía Janet.

- ¡Alice, háblame! -gritó.

Pero Alice no decía ni una palabra.

Lo único que se le ocurrió a Tom era esperar a que Janet saliera el sábado del trabajo, y seguirla. Esta vez tendría más cuidado. Y dispararía.

-Ya lo verás, mamá -dijo Tom mirando el congelador-. Ya lo verás.

JANET TENÍA RAZÓN, aunque Sean no parecía dispuesto a admitir lo. Sobre todo le habían reanimado de modo especial las tacitas de café cubano. Incluso quiso imitar a los de la mesa vecina apurando de golpe cada tacita,

Librodot

como si fueran tragos de alcohol, y dejando que cayera en su estómago, como un bolo, el líquido fuerte, espeso y dulce. El sabor era intenso y le había producido casi enseguida una cierta euforia.

La actitud optimista de Janet también ayudaba a Sean a superar su desaliento, pues a pesar de haber tenido un día muy difícil y sufrido el episodio en el Hospital General, había encontrado la energía suficiente para conservar el optimismo.

Recordó a Sean que los dos días de esfuerzos habían cundido bastante. Tenían las treinta y tres fichas de los antiguos pacientes con meduloblastoma y Janet había podido conseguir dos frascos de la medicina secreta.

-Creo que hemos avanzado bastante -dijo Janet-. A este paso, seguro que llegamos a descubrir por qué el Forbes conseguía tratar con éxito a estos pacientes. ¡Venga, anímate! ¡Lo conseguiremos!

El entusiasmo de Janet y la cafeína se combinaron finalmente y reanimaron a Sean.

-Vamos a averiguar dónde está la Funeraria Emerson -dijo.

- ¿Por qué?-preguntó Janet, recelosa de una propuesta de ese tipo.

-Podemos darnos una vuelta en el coche -dijo Sean -. Quizá trabajan hasta tarde, y puedan darnos una muestra.

La funeraria estaba en la North Miami Avenue cerca del cementerio de la ciudad y del Biscayne Park. Era un edificio victoriano de dos plantas, recubierto de madera, bien conservado y con buhardilla. Estaba pintado de blanco, tenía el tejado de pizarra gris y lo rodeaba por tres lados un amplio porche. Daba la impresión de que había sido una casa particular.

El resto del barrio no era muy acogedor. Los edificios contiguos eran bloques de hormigón. Había una tienda de licores a un lado y al otro un almacén de ferretería. Sean aparcó directamente frente a la zona de descarga.

-No creo que esté abierto -dijo Janet, levantando la mirada al edificio.

-Hay mucha luz -dijo Sean. Todas las luces de la planta baja estaban encendidas excepto las del porche. El segundo piso estaba completamente oscuro-. Creo que voy a intentarlo.

Sean salió del coche, subió las escaleras y tocó el timbre.

Nadie contestó y entonces miró por las ventanas. Miró también a través de alguna de las ventanas laterales antes de volver al coche y subir. Puso en marcha el motor.

- ¿Adónde vamos ahora? -preguntó ella.

-Volvemos a la ferretería-dijo Sean-. Necesito algunas herramientas más.

-No me gusta todo esto -dijo Janet.

-Puedo dejarte en el apartamento -propuso Sean.

Janet se quedó callada. Sean se dirigió primero al apartamento de Miami Beach. Detuvo el coche al lado de la acera.

Por el camino no habían cruzado una palabra.

- ¿Qué plan tienes exactamente?-preguntó al final ella.

-Seguir buscando a Helen Cabot -dijo Sean-. No tardaré mucho.

- ¿Estás pensando en forzar la puerta de la funeraria? -preguntó Janet.

-Voy a entrar sin forzar nada -dijo Sean-. Así suena mejor.

Sólo quiero unas cuantas muestras. Después de perdidos al río.

¿No está Helen ya muerta?

Janet vaciló unos instantes. En aquel momento tenía la puerta abierta y un pie fuera del coche. Por alocado que fuera el plan de Sean, ella se sentía hasta cierto punto responsable.

Como ya había recordado Sean varias veces, la aventura había sido idea suya. Además, le parecía ridículo quedarse sentada en el apartamento

Librodot

esperando a que él volviera. Janet volvió a meter el pie dentro del coche y dijo a Sean que había cambiado de opinión y que le acompañaba.

-Actuaré como la voz de la razón -dijo.

-Me parece muy bien -dijo Sean tranquilamente.

En la ferretería Home Dept Sean compró un corta-vidrios, una ventosa especial para levantar trozos grandes de cristal, un cuchillo de campo, una pequeña sierra de mano, una nevera de camping y varios refrescos. Luego regresaron a la Funeraria Emerson y volvieron a aparcar en la zona de descarga.

-Me parece que te voy a esperar aquí -dijo Janet-. Por cierto, creo que estás loco.

-Tienes derecho a pensar lo que quieras -dijo Sean-. Yo más bien me considero una persona decidida.

-Una nevera con refrescos-comentó Janet-. ¿Te crees que vas de picnic, o qué?

-Me gusta ir preparado -dijo Sean.

Sean levantó su paquete de herramientas y la nevera y subió las escaleras del porche de la funeraria.

Janet le vio palpar las ventanas. Pasaron varios coches en ambas direcciones. Le impresionaba la sangre fría de Sean, como si se creyera invisible. Janet le miró mientras él se dirigía a una ventana lateral situada cerca de la parte trasera, y allí dejó su bolsa. Se inclinó y sacó algunas herramientas.

- ¡Maldita sea! -dijo Janet.

Abrió enfurecida la puerta del coche, subió los escalones frontales de la funeraria y se acercó al lugar donde Sean estaba trabajando con ahínco. Había adherido la ventosa a la ventana.

- ¿Has cambiado de opinión?-preguntó Sean sin mirar a Janet.

Recorrió diestramente con el corta-vidrios el perímetro de la ventana.

-Me alucina tu demencia -dijo Janet-. Es increíble que estés haciendo esto.

-Me trae recuerdos queridos -dijo Sean.

Con un firme tirón, extrajo un gran trozo del vidrio de la ventana y lo dejó sobre el suelo del porche. Después de inclinarse hacia dentro, dijo a Janet que la alarma era un simple contacto instalado en el marco de la ventana, como había imaginado.

Sean entró las herramientas y la nevera y las dejó sobre el suelo de la habitación. Tras saltar él mismo por la ventana, volvió a sacar la cabeza hacia fuera.

-Si no piensas entrar sería mejor que esperaras en el coche -dijo-. Una chica guapa paseándose por el porche de una funeraria a estas horas podría llamar un poco la atención. Puede que tarde varios minutos, si encuentro el cadáver de Helen.

- ¡Dame la mano! -dijo Janet impulsivamente mientras intentaba emular la zancada que había dado Sean para atravesar la ventana.

- ¡Cuidado con el vidrio! -le advirtió Sean-. Corta como una cuchilla.

Cuando Janet estuvo dentro, Sean levantó las herramientas y pasó la nevera a la joven.

-Han sido muy amables dejando las luces encendidas -dijo.

Las dos grandes habitaciones de delante eran salas de exposición. La habitación por donde habían entrado era una sala de exposición de ataúdes con ocho cajas de muestra. Las tapas estaban levantadas. Al otro lado de un estrecho pasillo, había un despacho. En la parte posterior de la casa, abarcando el espacio de un extremo a otro, estaba la sala de embalsamar.

Las ventanas estaban cubiertas de gruesas cortinas.

Librodot

Había cuatro mesas de embalsamamiento de acero inoxidable, dos de ellas ocupadas por cadáveres cubiertos. El primero era una mujer corpulenta que parecía estar dormida, a no ser por una gran incisión burdamente suturada en la parte superior del torso en forma de Y. Le habían hecho la autopsia.

Sean se dirigió al segundo cadáver y levantó la sábana.

-Por fin -dijo Sean-. Aquí está.

Janet se acercó y se preparó mentalmente antes de mirar. La visión era menos espeluznante de lo que había imaginado.

Helen Cabot, al igual que la mujer anterior, parecía estar en el reposo del sueño. Tenía mejor color que en vida, pues en los últimos días había empalidecido mucho.

- ¡Lástima! -comentó Sean-. Ya está embalsamada. Tendré que renunciar a la muestra de sangre.

-Parece tan natural -dijo Janet.

-Estos embalsamadores deben de ser buenos -dijo Sean.

Luego señaló un gran armario de metal con puertas de cristal-. Mira si puedes encontrar agujas y un escalpelo.

- ¿De qué tamaño?

-No soy muy exigente-dijo Sean-. Cuanto más larga sea la aguja, mejor.

Sean enchufó la sierra de calar. Al ponerla en marcha hizo un ruido terrorífico.

Janet encontró una colección de jeringas, agujas, incluso material de sutura, y guantes de goma de látex. Pero no vio por allí ningún escalpelo. Trajo a la mesa lo que había encontrado.

-Vamos a por el fluido cerebroespinal primero -dijo Sean.

Se puso un par de guantes.

Pidió a Janet que le ayudara a girar a Helen sobre el costado para poder insertar una aguja en la zona lumbar entre las dos vértebras.

-Sólo te dolerá un segundo -dijo Sean dando unas palmaditas en la cadera levantada de Helen.

-Por favor-dijo Janet-. No hagas bromas. Lo único que consigues es que me disguste más de lo que estoy ya.

Para su sorpresa, Sean extrajo fluido cerebroespinal en el primer intento. Sólo había realizado esta intervención en pacientes vivos un par de veces. Llenó la jeringa, la tapó y la puso sobre el hielo de la nevera. Janet dio la vuelta a Helen hasta que quedó de nuevo boca arriba.

-Ahora viene lo difícil -dijo Sean, volviendo a la mesa de embalsamar-. Supongo que habrás visto alguna autopsia.

Janet asintió. Había visto una, pero no había sido una experiencia agradable. Se cubrió el pecho con los brazos cruza dos mientras Sean se preparaba.

- ¿No hay escalpelos?-preguntó.

Janet movió negativamente la cabeza.

-Suerte que traje este cuchillo, un sheetrock -dijo Sean.

Agarró el cuchillo y abrió la hoja. Practicó una incisión en la nuca de Helen desde una oreja a otra, agarró el borde superior de la incisión y dio un fuerte tirón. El cuero cabelludo de Helen se separó del cráneo con el mismo sonido desgarrador que unas malas hierbas arrancadas de raíz. Sean tiró de él haciéndolo descender sobre el rostro de Helen.

Palpó el orificio de la craneotomía practicado en el lado izquierdo del cráneo de Helen en el Boston Memorial, luego buscó el otro agujero en el lado derecho, el que habían practicado dos días antes en el Forbes.

Librodot

- ¡Qué extraño! -exclamó Sean-. ¿Dónde demonios está el orificio de la segunda craneotomía?

-No perdamos más tiempo -dijo Janet.

Cuando entraron en la funeraria ya estaba nerviosa, pero su ansiedad aumentaba a cada minuto que pasaba.

Sean siguió buscando el orificio de la segunda craneotomía, pero al final se dio por vencido.

Sean cogió la sierra caladora y miró a Janet.

-Apártate un poco. Es mejor que no lo veas. Esto no va a ser muy agradable.

- ¡Venga, sigue! -dijo Janet.

Sean introdujo la hoja de la sierra en el orificio de la craneotomía que había encontrado y puso en marcha la sierra.

La hoja penetró en el hueso y estuvo a punto de escapársele de las manos. No iba a ser un trabajo tan fácil como había imaginado.

-Tienes que sujetar la cabeza -dijo Sean a Janet.

Janet agarró el rostro de Helen por ambos lados e intentó en vano evitar que la cabeza se moviera espasmódicamente de un lado a otro mientras Sean se afanaba por sujetar la sierra que funcionaba a sacudidas. Sean consiguió, con grandes dificulta des, serrar un casquete de hueso del cráneo. Había querido mantener la hoja de la sierra a la misma profundidad que el grosor del hueso, pero no pudo. La hoja se había hundido en el cerebro en varios lugares, triturando la superficie.

-Esto es asqueroso-dijo Janet.

Tensó el cuerpo y apartó la mirada con un respingo.

-No es una sierra de huesos-admitió Sean-. Tuve que improvisar.

La parte siguiente fue casi tan difícil como la primera. El cuchillo sheetrock era mucho más grande que un escalpelo y Sean tuvo dificultades para introducirlo debajo del cráneo con el objeto de cortar la médula espinal y los nervios del cráneo.

Lo hizo lo mejor que pudo. Luego introdujo una mano a cada lado del cráneo, agarró el cerebro mutilado y tiró de él hacia fuera.

Sean sacó los refrescos de la nevera y depositó el cerebro sobre el hielo. Luego destapó uno de los refrescos y se lo ofreció a Janet. Tenía la frente perlada de sudor.

Janet dijo que no. Contempló a Sean moviendo la cabeza con incredulidad, mientras él bebía un largo trago.

-A veces me pareces increíble -dijo ella.

De repente oyeron una sirena. Janet, impulsada por el terror, quiso volver a la sala de exposición, pero Sean la detuvo.

-Tenemos que salir de aquí -susurró ella con apremio.

-No-dijo Sean-. No iban a venir con la sirena puesta.

Debe de ser por otra cosa.

El sonido de la sirena se acercaba. Janet sintió que sus latidos se aceleraban. En el momento en que la sirena sonó como si estuviera entrando en la casa, su tono cambió bruscamente.

-El efecto Doppler-dijo Sean-. Esto es una demostración perfecta.

- ¡Por favor! -le suplicó Janet-. ¡Vámonos! Ya tenemos lo que querías.

-Antes hay que limpiar todo esto -dijo Sean, dejando su bebida-. Se supone que es una operación clandestina. Busca una escoba o una fregona. Yo voy a recomponer a Helen para que nadie pueda notar la diferencia.

A pesar de su nerviosismo, Janet hizo lo que Sean le pedía.

Librodot

Trabajó febrilmente. Cuando hubo terminado, Sean seguía cosiendo la sutura para devolver el cuero cabelludo a su sitio mediante puntos subcutáneos. Cuando hubo acabado, cubrió la incisión con el cabello de Helen. Janet estaba asombrada. El cadáver de Helen Cabot parecía intacto.

Llevaron las herramientas y la nevera hasta la sala de exposición de ataúdes.

-Yo saldré primero y tú me pasas el material -dijo Sean.

Sacó el cuerpo por la ventana y luego saltó al exterior.

Janet le tendió las cosas.

- ¿Te ayudo? -preguntó Sean, con los brazos ocupados.

-Creo que no -contestó Janet. Entrar no había sido tan difícil.

Sean comenzó a caminar hacia el coche cargando con los bultos.

Janet se agarró por equivocación al borde del cristal antes de saltar por la ventana. Con las prisas había olvidado las advertencias de Sean. Al sentir que el filo se introducía como una navaja en cuatro dedos, retrocedió de dolor. Miró su mano y vio un hilo de sangre rezumando. Cerró el puño con fuerza y renegó en silencio.

Janet decidió desde dentro que sería más fácil y menos peligroso salir abriendo la ventana. No era preciso arriesgarse a cortarse otra vez con el cristal. Sin pensarlo un momento abrió el pestillo y comenzó a levantar la ventana de guillotina.

La alarma se disparó inmediatamente.

Janet salió por la ventana como pudo y corrió tras de Sean.

Llegó al coche justo cuando él acababa de dejar la nevera en el suelo del asiento trasero. Los dos saltaron a la vez en el asiento delantero y Sean arrancó.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Sean mientras sacaba el coche a la carretera.

-Me olvidé de la alarma -reconoció Janet-. Abrí la ventana. Lo siento. Ya te dije que no era experta en estas cosas.

-Bueno, no importa-dijo Sean girando hacia la derecha en la primera intersección y dirigiéndose hacia el este-. Si alguien acude, habremos desaparecido hace rato.

Lo que no vio Sean fue al hombre que salió de la tienda de licores. Había reaccionado inmediatamente al oír la alarma y había visto a Janet y a Sean subiendo al 4x4. También se fijó en la matrícula. Regresó a su tienda y anotó los números antes de que los olvidara. Luego llamó a la policía de Miami.

Sean se dirigió al Centro Forbes para que Janet pudiera coger su coche. Cuando entraron en el aparcamiento, Janet estaba algo más calmada. Sean se detuvo junto a su vehículo de alquiler. Janet abrió la portezuela y comenzó a salir.

- ¿Vas directamente al apartamento? -preguntó ella.

-Voy a pasar antes por mi laboratorio -dijo Sean-. ¿Quieres venir?

-Mañana tengo que trabajar -le recordó Janet-. Y ha sido un día agotador. Estoy muy cansada. Pero me da miedo perderte de vista.

-No voy a estar mucho rato -dijo Sean -. ¡Venga! Sólo quiero hacer un par de cosas. Además, mañana es sábado y nos vamos a tomar esas pequeñas vacaciones que te prometí.

Saldremos cuando termines el trabajo.

-Parece que ya has decidido adónde iremos -dijo Janet.

-Así es -dijo Sean-. Pasaremos por los Everglades hasta Naples. Por lo que he oído, es un sitio fantástico.

- ¡De acuerdo, trato hecho!-dijo Janet, cerrando la puerta-. Pero esta noche tienes que llevarme a casa antes de las doce como más tarde.

-Claro que sí -dijo Sean mientras se dirigía al aparcamiento situado junto al edificio de investigación.

-POR LO MENOS la avioneta de Sushita no ha salido de Washington -dijo Sterling.

Estaba sentado en el despacho del doctor Mason. Wayne Edwards estaba también allí, junto al doctor Mason y Margaret Richmond.

-No creo que Tanaka haga ninguna maniobra hasta que la avioneta esté aquí y pueda disponer de ella -añadió.

-Pero dijiste que alguien estaba siguiendo a Sean -dijo el doctor Mason-. ¿Quién era?

-Esperaba que vosotros me lo pudierais aclarar -dijo Sterling-. ¿Tenéis idea de por qué estaban siguiendo al señor Murphy? Wayne se dio cuenta de ello cuando cruzábamos el río Miami.

El doctor Mason miró a la señora Richmond, que se encogió de hombros. El doctor Mason volvió a mirar a Sterling - ¿Este individuo misterioso podría estar a las órdenes de Tanaka?

-Lo dudo -dijo Sterling-. No es el estilo de Tanaka.

Cuando Tanaka actúe, Sean desaparecerá y nada más. No habrá advertencias previas. Será todo fluido y profesional. El individuo que persiguió a Sean iba desaliñado. Llevaba una camisa marrón manchada, el cuello abierto y pantalones. Y desde luego no actuaba como el tipo de profesional que Tanaka podría haber contratado.

-Cuéntame qué pasó exactamente -pidió el doctor Mason.

-Seguimos a Sean y a una joven enfermera desde la salida del aparcamiento del Forbes. Eran alrededor de las cuatro -dijo Sterling -La enfermera podría ser Janet Reardon -intervino la señora Richmond-. Los dos se conocen de Boston.

Sterling asintió. Hizo una señal a Wayne para que anotara el nombre.

-Tendremos que vigilarla también a ella. Es importante eliminar la posibilidad de que ambos trabajen en equipo.

Sterling describió la persecución de Sean hasta el Hospital General de Miami; luego ordenó a Wayne que siguiera al desconocido vestido de marrón, si éste salía primero.

El doctor Mason se sorprendió al enterarse de que Sean y su amiga enfermera se habían dirigido al depósito de cadáveres.

- ¿Qué demonios habrán estado haciendo allí?

-También confiaba en que me lo aclararíais -dijo Sterling.

-No tengo ni la más remota idea -dijo el doctor Mason moviendo la cabeza. Volvió a mirar a la señora Richmond.

También ella movió negativamente la cabeza.

-Cuando el tipo misterioso entró en la morgue detrás de Sean Murphy y de la señorita Reardon -continuó Sterling-, sólo pude verlo fugazmente. Pero tuve la impresión de que llevaba una pistola. Y resultó ser cierto. En cualquier caso, me interesaba la seguridad del señor Murphy, por lo que me fui corriendo hasta la puerta de la morgue y me la encontré cerrada con pestillo.

- ¡Espantoso! -dijo la señora Richmond.

-Sólo pude hacer una cosa -dijo Sterling-. Apagar las luces.

-Ese es un buen tanto -dijo el doctor Mason-. Bien pensado.

-Confiaba evitar así que los de dentro se hicieran daño mientras encontraba una forma de abrir la puerta -dijo Sterling-. Pero no hizo falta. El hombre de marrón al parecer tenía una aguda fobia a la oscuridad. Al cabo de

Librodot

poco tiempo salió de la habitación visiblemente alterado. Fue entonces cuando vi claramente la pistola. Le perseguí, pero desgraciadamente yo llevaba zapatos de suela, lo que me puso en gran desventaja respecto a sus zapatillas de deporte. Además, parecía estar totalmente familiarizado con aquel territorio. Cuando no cabía duda de que lo había perdido, regresé al depósito de cadáveres. Por entonces, Sean y la señorita Reardon se habían ido ya.

- ¿Y Wayne pudo perseguir al hombre de marrón?-preguntó el doctor Mason.

-Lo intentó-dijo Sterling.

-Le perdí el rastro -admitió Wayne-. Era la hora punta y tuve mala suerte.

-Es decir que ahora no tenemos ni idea de dónde está el señor Murphy-se lamentó el doctor Mason-. Y tenemos una nueva preocupación: el agresor desconocido.

-Un colega del señor Edwards está vigilando la residencia Forbes por si Sean regresa -dijo Sterling-. Es importante que lo encontremos.

El teléfono del despacho del doctor Mason sonó. Contestó él mismo.

-Doctor Mason, le habla Juan Suárez, de seguridad -dijo la voz al otro extremo-. Me pidió que le llamara si aparecía el señor Sean Murphy. Bien, pues él y una enfermera acaban de entrar y han subido a la quinta planta.

-Gracias, Juan -dijo el doctor Mason aliviado. Colgó el auricular-. Sean Murphy está a salvo-informó a los demás- Acaba de entrar en el edificio, probablemente para inyectar a los ratones. ¡Qué dedicación! Se lo dije, estoy seguro de que el chico es formidable y de que merece todo nuestro interés.

ERAN YA MÁS de las diez de la noche cuando Robert Harris salió del apartamento de Ralph Seaver. El hombre no estuvo muy dispuesto a colaborar. Le ofendió que Harris sacara a relucir el tema de su condena por violación en Indiana, que él consideraba una “historia pasada”. Harris no dio mucho crédito a la defensa interesada que Seaver hizo de sí, pero le descartó mentalmente de su lista de sospechosos en cuanto le vio.

Habían descrito al agresor como un tipo de estatura media y de constitución media. Seaver medía más de metro ochenta y probablemente pesaba 110 kilos.

Harris montó en su sedán Ford azul oscuro y cogió la última ficha de su lista de prioridades. Tom Widdicomb vivía en Hialeah, no demasiado lejos de donde se encontraba ahora.

Harris decidió, a pesar de que era tarde, acercarse a la casa de Widdicomb. Si las luces estaban encendidas, llamaría al timbre. Si no, lo dejaría para la mañana siguiente.

Harris había hecho ya varias llamadas para informarse sobre los antecedentes de Tom Widdicomb. Había averiguado que el tipo había seguido un curso de técnico de urgencias y había aprobado el examen para obtener el título. Una llamada a una compañía de ambulancias para la que Tom había trabajado no proporcionó mucha información. El propietario de la empresa se negó a hacer comentarios, diciendo que la última vez que dio informaciones sobre un antiguo empleado, se encontró rajados los neumáticos de dos de sus ambulancias.

Una llamada al Hospital General de Miami había sido algo más útil, pero no mucho más. Un funcionario de personal dijo que el señor Widdicomb había abandonado su lugar de trabajo de mutuo acuerdo con el hospital. El funcionario añadió que él no había conocido al señor Widdicomb, que se limitaba a leer su ficha de empleo.

Harris habló también con Glen, el supervisor de los trabaja dores de la limpieza del Hospital Forbes. Glen dijo que, en su opinión, Tom era de confianza, pero que a menudo se peleaba con sus colegas. Dijo que Tom trabajaba mejor solo.

La última llamada que Harris hizo fue a un veterinario llamado Maurice Springborn. Sin embargo, ese número ya no correspondía y en información telefónica no le dieron otro número. En definitiva, que Harris no había encontrado nada sospechoso en Tom Widdicomb. Y se sentía más bien poco optimista mientras se dirigía a Hialeah y buscaba el número 18 de Palmetto Lane.

-Bueno, por lo menos las luces están encendidas -se dijo Harris mientras frenaba junto al bordillo ante una casa de estilo ranchero mal conservada.

La casa de Tom Widdicomb contrastaba muchísimo con las modestas casas del barrio porque estaba tan iluminada como Times Square en Nochevieja. Todas las luces del interior y del exterior de la casa resplandecían.

Harris salió del coche y se quedó mirando la casa. Era asombrosa la cantidad de luz que emanaba. Los arbustos a tres casas de distancia proyectaban sombras definidas. Mientras se dirigía hacia la entrada, se fijó en que el nombre del buzón era Alice Widdicomb. Se preguntó qué relación tendría con Tom.

Harris subió los escalones frontales y tocó el timbre. Mientras esperaba, observó la casa. Estaba decorada con un estilo sencillo y pintada con colores pastel ya desvanecidos. Los adornos de madera necesitaban urgentemente una mano de pintura.

Como nadie salió a abrirle, Harris volvió a llamar y aplicó la oreja a la puerta para asegurarse de que el timbre funcionaba.

Lo oyó claramente. Era difícil creer que no había nadie en la casa con todas las luces encendidas.

Después de un tercer intento Harris se dio por vencido y volvió al coche. En lugar de marcharse inmediatamente, se quedó sentado contemplando la casa, preguntándose qué podría motivar a alguien a iluminar tanto su casa. Estaba a punto de arrancar cuando pensó que había visto un movimiento en la ventana del salón. Luego lo volvió a ver. Era evidente que alguien dentro de la casa había movido una cortina. Quien quiera que fuese al parecer intentaba localizar a Harris.

Sin dudarlo un momento, Harris saltó de su coche y volvió al porche. Se inclinó sobre el timbre de la puerta y lo apretó durante un buen rato. Pero siguió sin recibir respuesta.

Harris, fastidiado, regresó al coche. Llamó desde el teléfono de su coche a Glen para saber si Tom Widdicomb trabajaba al día siguiente.

-No, señor-dijo Glen con su acento sureño-. No le toca venir a trabajar hasta el lunes. Por suerte, porque hoy se sentía mal. Tenía muy mal aspecto. Le mandé a casa temprano.

Harris dio las gracias a Glen antes de colgar. Si Widdicomb no se encontraba bien y estaba en casa en la cama, ¿por qué todas esas luces? ¿Se sentía tan mal que no podía ni siquiera venir a abrir la puerta? ¿Y dónde estaba Alice, quienquiera que fuese?

Mientras Harris se alejaba en su coche de Hialeah, pensó lo que debería hacer. Algo raro estaba pasando en la casa de los Widdicomb. Siempre podía volver y vigilar la casa, pero eso le parecía exagerado. Podía esperar hasta el lunes cuando Tom se presentara al trabajo, pero, y mientras tanto ¿qué? Decidió volver a la mañana siguiente para intentar verse con Tom Widdicomb.

Librodot

Glen había dicho que era de estatura media y de constitución media y que tenía el pelo castaño.

Harris suspiró. Pasarse el día sentado frente a la casa de Tom Widdicomb no era la forma más apetecible de pasar un sábado. Pero estaba desesperado. Sentía que debía avanzar de algún modo en el asunto de las muertes de aquellas pacientes de cáncer de pecho si quería seguir empleado en el Forbes.

SEAN SILBABA suavemente mientras trabajaba: parecía la pura imagen de la alegre concentración. Janet miraba desde un taburete alto parecido al de Sean, que había arrastrado hasta el banco de laboratorio. Frente a Sean había una hilera de frascos de cristal.

Era en momentos tranquilos como éste cuando Janet encontraba a Sean tan intensamente atractivo. Su pelo oscuro, caído hacia delante, enmarcaba su rostro inclinado con finos rizos de aspecto casi femenino que contrastaban con sus rasgos duros y masculinos. Tenía la nariz estrecha en la parte superior donde se unía con la confluencia de sus espesas cejas. Era una nariz recta, menos en la punta donde se inclinaba hacia dentro antes de unirse con la curva de los labios. Sus ojos azul oscuro estaban fijos, sin parpadear, en una bandeja de plástico transparente que sujetaba con sus dedos fuertes pero ágiles.

Levantó la vista para mirar directamente a Janet. Tenía los ojos brillantes y relucientes. Janet notaba que le emocionaba lo que estaba haciendo. En aquel momento se sintió locamente enamorada, e incluso el reciente episodio en la funeraria desapareció de su mente por un momento. Quería que Sean la tomara en sus brazos y le dijera que la amaba y que quería pasar el resto de su vida junto a ella.

-Estos geles iniciales de electroforesis coloreados de plata son fascinantes -dijo Sean, haciendo añicos el sueño de Janet-. ¡Ven a verlo!

Janet se levantó del taburete. En aquel momento no le interesaban los geles de electroforesis, pero no le quedaba más remedio que mostrar interés. No quería arriesgarse a que Sean perdiera el entusiasmo. Sin embargo, era triste que él no se diera cuenta de sus sentimientos.

-Esta es la muestra del frasco mayor-explicó Sean-. Es un gel no reductor y el control permite deducir que sólo tiene un componente y que su peso molecular es aproximadamente de 150.000 daltons.

Janet asintió.

Sean tomó el otro gel y se lo enseñó.

-Ahora bien, la medicina del frasco pequeño es diferente.

Aquí hay tres bandas separadas, y eso significa que hay tres componentes distintos. Los tres tienen pesos moleculares muchos menores. Yo supongo que el frasco grande contiene un anticuerpo de inmunoglobulina, mientras que el pequeño con tiene muy probablemente citoquinas.

- ¿Qué es una citoquina?-preguntó Janet.

-Es un término genérico -dijo Sean levantándose de su taburete-. Ven conmigo -añadió-, tengo que conseguir algunos reactivos.

Fueron por la escalera. Mientras caminaban, Sean continuó con su explicación.

-Las citoquinas son moléculas de proteína producidas por células del sistema inmunológico. Intervienen en la comunicación entre células, indicando por ejemplo en qué momento hay que crecer, cuándo hay que comenzar a hacer algo, cuándo hay que prepararse contra una invasión de virus, de bacterias o incluso de células de tumor. El Instituto Nacional de la Salud ha hecho crecer in vitro linfocitos de pacientes de cáncer con una citoquina llamada interleuquina-,

Librodot

para luego volver a inyectar las células en el paciente. En algunos casos consiguieron buenos resultados.

-Pero no tan buenos como el Centro Forbes con sus casos de meduloblastoma -dijo Janet.

-Desde luego que no -confirmó Sean.

Sean cargó a Janet y a sí mismo con reactivos del almacén y ambos regresaron al laboratorio.

-Este es un momento muy interesante para las ciencias biológicas -dijo Sean-. El siglo XIX fue el siglo de la química; el siglo XX el siglo de la fisica. Pero el siglo XXI será el de la biología molecular; va a ser entonces cuando las tres ciencias química, física y biología, se fusionen. Los resultados serán asombrosos: la ciencia ficción convertida en realidad. De hecho, ya lo estamos presenciando.

Cuando llegaron al laboratorio, Janet comenzaba a sentir un sincero interés por todo aquello a pesar de los traumas emocionales del día y de su agotamiento. El entusiasmo de Sean era contagioso.

- ¿Qué vamos a hacer ahora con estos medicamentos? -preguntó.

-No estoy seguro -reconoció Sean-. Supongo que deberíamos observar el tipo de reacción que se produce entre el anticuerpo desconocido del frasco grande y el tumor de Helen Cabot.

Sean pidió a Janet que sacara unas tijeras y un escalpelo de un cajón situado cerca de donde ella estaba. Luego llevó la nevera a la pileta, y después de ponerse un par de guantes de látex, levantó el cerebro y lo enjuagó. De debajo de la pileta sacó una tabla para cortar. Depositó el cerebro encima de ella.

-Espero que no me cueste encontrar el tumor -dijo -. Nunca he intentado nada parecido. A juzgar por el RMN que hicimos en Boston, su tumor mayor está en el lóbulo temporal izquierdo. Es el lado donde practicaron la biopsia. Supongo que es allí donde debo buscar. -Sean orientó el cerebro de modo que pudiera distinguir la parte frontal de la trasera.

Luego hizo varios cortes en el lóbulo temporal-. Tengo unas ganas casi irresistibles de contar un chiste sobre lo que estoy haciendo ahora-dijo.

-Por favor, no lo hagas -dijo Janet.

Le resultaba difícil aceptar que aquél era el cerebro de una persona a la que había tratado hacía tan poco tiempo.

-Bien, esto parece prometedor -dijo Sean.

Separó los bordes de su última incisión. En la base había un tejido relativamente denso y de aspecto amarillento que mostraba cavidades diminutas pero visibles.

-Creo que estos puntos podrían ser zonas donde el tumor creció más de lo que permitía la sangre que lo alimentaba.

Le pidió a Janet que le echara una mano; se puso un par de guantes de goma y mantuvo separados los bordes de la incisión mientras Sean tomaba una muestra del tumor con las tijeras.

-Tenemos que separar las células -dijo Sean.

Depositó la muestra en un medio de cultivo tisular y añadió enzimas. Puso el frasco en la incubadora para que las enzimas pudiesen actuar.

-Ahora tenemos que caracterizar esta inmunoglobulina -dijo, levantando el mayor de los dos frascos con las incógnitas-. Para ello tenemos una prueba llamada Elisa que utiliza anticuerpos fabricados comercialmente para identificar tipos específicos de inmunoglobulina.

Colocó el frasco grande sobre el banco de trabajo y cogió un plato de plástico con noventa y seis pequeños pocillos circulares. En cada uno de ellos

Librodot

puso un anticuerpo de especificidad diferente y dejó que se uniera. Luego bloqueó todos los puntos de unión restantes en los pocillos con albúmina de suero bovino. A continuación puso una alícuota de la incógnita en cada uno de los pocillos.

-Ahora tengo que averiguar qué anticuerpo ha reaccionado con la incógnita -dijo, lavando cada uno de los pocillos para eliminar de ellos cualquier inmunoglobulina desconocida que no hubiera reaccionado-. Esto lo hacemos añadiendo a cada pocillo el mismo anticuerpo que había originalmente en él, pero esta vez le agregamos un compuesto que es enzimáticamente capaz de producir una reacción de color.

Esta última sustancia tenía la característica de adoptar un color lavanda pálido.

Estuvo explicando a Janet lo que hacía mientras realizaba la prueba. Janet había oído hablar de esta prueba, pero nunca la había visto en la práctica.

- ¡Muy bien! -dijo Sean cuando uno de los muchos pocillos se tornó de un color exactamente igual al de los controles que había preparado en dieciséis de los pocillos.

-La incógnita ya no es una incógnita. Es una inmunoglobulina humana llamada IgGl.

- ¿Cómo la fabricaron en el Forbes? -preguntó Janet.

-Buena pregunta-dijo Sean-. Supongo que con la técnica de los anticuerpos monoclonales. Aunque no puede descartar se la posibilidad de producirla con la tecnología del ADN recombinante. El problema aquí es que se trata de una gran molécula.

Janet tenía una vaga idea de lo que Sean estaba comentando y se había interesado realmente por el proceso de descubrir la composición de aquellos medicamentos desconocidos, pero de repente su agotamiento físico se hizo evidente. Echó una ojeada al reloj y comprendió por qué. Eran casi las doce de la noche.

Aunque no quería enfriar el entusiasmo de Sean, que ella misma había intentado fomentar, alargó la mano y dio un apretón al brazo de Sean. Sean tenía en la mano una pipeta Pasteur. Había comenzado a preparar las placas Elisa para la segunda sustancia desconocida.

- ¿Tienes idea de qué hora es?-preguntó Janet.

Sean miró el reloj.

- ¡Madre mía!, el tiempo vuela cuando uno se lo pasa bien.

-Mañana me toca trabajar -dijo Janet-. Tengo que dormir un poco. Supongo que puedo regresar sola al apartamento.

-A estas horas ni hablar -dijo Sean-. Deja que termine lo que estoy haciendo aquí, luego quiero realizar una prueba rápida de inmunofluorescencia para obtener el nivel de reacción entre la IgGl y las células del tumor de Helen. Voy a utilizar un aparato automático de dilución. Tardaré sólo unos minutos.

Janet aceptó de mala gana. Pero no podía seguir sentada en un taburete. Trajo a rastras una butaca del despacho acristalado. En menos de media hora, el entusiasmo de Sean subió un grado más. Con la prueba Elisa había identificado en la segunda sustancia desconocida tres citoquinas: interleuquina-, que tal como explicó a Janet era un factor de crecimiento de los linfocitos T; factor alfa de la necrosis tisular, que estimulaba determinadas células para que mataran células extrañas como las células cancerígenas; e interferón gamma, una sustancia que al parecer ayudaba a activar todo el sistema inmunológico.

- ¿No son las células T las que desaparecen en el sida?

-preguntó Janet.

Cada vez le era más costoso mantenerse despierta.

Librodot

- ¡Exacto!-dijo Sean.

Sostenía ahora en las manos varias portas sobre las que había aplicado pruebas con fluorescencia de anticuerpos con diferentes diluciones de la inmunoglobulina desconocida. Sean deslizó una transparencia con una dilución muy alta bajo el objetivo del microscopio de fluorescencia y miró a través del ocular.

- ¡Fantástico!-exclamó-. La intensidad de esta reacción es increíble. Incluso en una dilución de uno por diez mil, este anticuerpo IgGl reacciona con el tumor en más cuatro. ¡Janet, ven a ver esto!

Como Janet no contestó, Sean levantó la vista de la lente del microscopio. Janet estaba tendida sobre la butaca. Se había quedado dormida.

Cuando Sean vio a Janet durmiendo se sintió inmediatamente culpable. No había pensado en lo cansada que debía de estar. Se levantó y estiró los brazos entumecidos, se acercó a Janet y la miró desde arriba. Su aspecto era especialmente angelical mientras reposaba. El rostro estaba enmarcado por su hermoso pelo rubio. Sean tuvo muchas ganas de besarla. En cambio, la tocó suavemente en el hombro.

-Vamos -susurró-. Tenemos que ir a acostarnos.

Janet se había abrochado ya el cinturón en el coche de Sean cuando su adormecidamente le recordó que aquella mañana había venido en su propio coche. Y se lo dijo a Sean.

- ¿Crees que puedes conducir? -preguntó Sean.

Ella asintió con la cabeza.

-Quiero mi coche -dijo, sin dejar lugar a discusiones.

Sean dio la vuelta al hospital y ella bajó. Cuando Janet hubo puesto en marcha su coche, Sean la dejó pasar delante de él.

Mientras salían a la calle, Sean estaba demasiado preocupado por Janet para darse cuenta de que un Mercedes verde oscuro comenzaba a seguir lentamente los dos coches, con los faros delanteros apagados.

Librodot

CAPITULO 7

SABADO, 6 DE MARZO 4.45 a.m.

Sean abrió los ojos y parpadeó unos instantes hasta quedar totalmente despierto. Estaba impaciente por volver al labora torio y descubrir más cosas sobre la cura misteriosa del meduloblastoma. Lo poco que había podido hacer la noche anterior había servido únicamente para aumentar su curiosidad. Era muy temprano, pero Sean saltó de la cama, se duchó y se vistió.

Cuando estuvo listo para ir al laboratorio, volvió de puntillas al dormitorio, que estaba a oscuras, y dio unos golpecitos suaves a Janet. Sabía que Janet quería dormir todo lo posible hasta el último momento, pero necesitaba decirle algo. Janet se dio la vuelta y preguntó con voz soñolienta: - ¿Hay que levantarse?

-No -susurró Sean -. Me voy al laboratorio. Tú puedes seguir durmiendo durante unos minutos. Pero quería recordarte que metieras algunas cosas en la maleta para nuestro viaje a Naples. Me gustaría partir esta tarde cuando salgas del trabajo.

-No sé por qué pero me imagino que tienes otros motivos para hacerlo -dijo Janet restregándose los ojos-. ¿Por qué precisamente a Naples?

-Te lo diré cuando estemos allí -dijo Sean-. Si salimos directamente desde el Forbes, podemos evitar los atascos de Miami. No lleves mucho equipaje. Lo único que vas a necesitar es algo para cenar esta noche, un bañador y unos vaqueros.

Y otra cosa -añadió Sean, inclinándose sobre ella.

Janet le miró a los ojos.

-Necesito que consigas un poco del medicamento de Louis Martin esta mañana-dijo.

Janet se sentó en la cama.

- ¡Muy bien! -dijo sarcásticamente-. ¿Y cómo crees que voy a hacerlo? Ya te conté lo difícil que fue conseguir las muestras de Helen.

- ¡Cálmate! -dijo Sean-. Te pido sólo que lo pruebes. Podría ser importante. Dijiste que quizá todos los medicamentos venían de un único lote. Quisiera demostrar que esto es imposible. No necesito una gran cantidad, solamente un poco del frasco grande. Me bastarían incluso unos pocos centímetros cúbicos.

-Controlan los medicamentos más estrictamente que si fueran un narcótico-se quejó Janet.

- ¿Y si la diluyes con un poco de solución salina? -propuso Sean-. Ya sabes, la vieja historia de poner agua en las botellas de licor de los padres. No se van a enterar del cambio de concentración.

Janet ponderó durante unos instantes la propuesta.

- ¿Crees que podría perjudicar al paciente?

-No veo cómo-dijo Sean-. Lo más probable es que hayan previsto un gran margen de seguridad para el medicamento.

-Muy bien, lo intentaré -dijo Janet con poco entusiasmo.

Le desagradaba mucho actuar con Marjorie con engaños y estratagemas.

-Eso es todo lo que puedo pedir -dijo Sean mientras le daba un beso en la frente.

-Ahora ya no podré volver a dormir -se quejó ella mientras Sean se dirigía a la puerta.

-Este fin de semana dormiremos todo lo que queramos -le prometió.

Cuando Sean salió del edificio para dirigirse a su 4x4, el cielo empezaba a iluminarse ligerísimamente por el este. En el oeste las estrellas centelleaban como si fuera todavía media noche.

Salió del apartamento preocupado ya con el trabajo que le esperaba en el laboratorio y no se fijó en su entorno. Tampoco ahora se dio cuenta de que el Mercedes color verde oscuro le estaba siguiendo también por entre el tráfico poco intenso, varios coches por detrás del suyo.

Dentro del Mercedes, Wayne Edwards estaba marcando en el teléfono del coche el número de Sterling Rombauer en el Grand Bay Hotel de Coconut Grove.

Sterling, medio dormido, descolgó el teléfono al tercer toque.

-Salió de la madriguera y va hacia el oeste -dijo Wayne-. Probablemente hacia el Forbes.

-Muy bien -dijo Sterling-. Síguele. Me encontraré con tigo. Hace media hora me informaron de que el reactor de Sushita se estaba dirigiendo hacia el sur en aquel mismo momento.

-Parece que ha llegado la hora de actuar -dijo Wayne.

-Eso creo-dijo Sterling.

Anne Murphy se sentía de nuevo muy deprimida. Charles había vuelto a casa pero se había quedado sólo una noche.

Ahora se había ido y el apartamento parecía muy vacío. Era un placer estar con él, una persona tan tranquila y tan próxima a Dios. Anne estaba todavía en la cama preguntándose si debía levantarse, cuando sonó el timbre de la puerta de abajo.

Anne se puso su bata de cuadros y se dirigió a la cocina. No esperaba a nadie, pero tampoco había esperado a los dos visitantes que se habían interesado por Sean. Recordó la pro mesa que había hecho de no hablar con nadie sobre él ni sobre Oncogen.

- ¿Quién es? -preguntó Anne apretando el botón del interfono.

-La policía de Boston-respondió una voz.

Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Anne mientras apretaba el botón para abrir la puerta. Aquella visita significaba que Sean había vuelto a las andadas, estaba segura de ello. Después de cepillarse rápidamente el pelo, se acercó a la puerta. Había un hombre y una mujer vestidos con los uniformes de la policía de Boston. Anne no los había visto nunca. -Siento molestarla, señora -dijo la mujer policía mientras enseñaba su tarjeta de identificación-. Mi nombre es Hallihan y mi compañero se llama Mercer, de la policía.

Anne sujetaba las solapas de la bata para que no se abriera.

La policía había llamado a esa puerta varias veces cuando Sean era adolescente. Aquella visita le traía malos recuerdos.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Anne.

- ¿Es usted Anne Murphy, la madre de Sean Murphy? -preguntó la mujer.

Anne asintió con la cabeza.

-Nos ha enviado la policía de Miami -dijo el oficial Mercer-. ¿Sabe usted dónde está actualmente su hijo Sean Murphy?

-Está en el Centro Forbes contra el Cáncer, en Miami-dijo Anne-. ¿Qué ha sucedido?

-Eso no lo sabemos -dijo Hallihan.

- ¿Tiene algún problema? -preguntó Anne temiendo ya la respuesta.

-De hecho, carecemos de información -dijo Hallihan -. ¿Tiene usted su dirección aquí?

Anne se fue a la mesa del teléfono en la sala de estar, copió la dirección de su hijo en la residencia Forbes y la entregó a la policía.

-Gracias, señora -dijo Hallihan-. Agradecemos su colaboración.

Anne cerró la puerta y se apoyó contra ella. Sabía en lo hondo de su corazón que ya había sucedido lo que tanto temía: Miami había ejercido su mala influencia sobre su hijo. Sean se había metido de nuevo en problemas.

Cuando hubo recuperado un poco la compostura, Anne llamó a Brian a su casa.

-Sean se ha metido de nuevo en problemas -dijo de golpe cuando Brian contestó. Las lágrimas le brotaban de los ojos al mismo tiempo que las palabras.

-Mamá, por favor, tranquilízate-dijo Brian.

-Tienes que hacer algo -dijo Anne entre sollozos.

Brian consiguió que su madre se calmara lo suficiente para contarle lo que había sucedido y lo que la policía había preguntado.

-Probablemente sea una infracción de tráfico -dijo Brian-. Sean pasó con el coche sobre el césped de alguna casa o algo parecido.

-Creo que es algo peor -dijo Anne con voz sofocada-. Lo sé. Lo presiento. Este chico me matará.

- ¿Qué te parece si voy a verte? -dijo Brian-. Antes voy a hacer algunas llamadas y comprobaciones. Estoy seguro de que no tiene importancia.

-Así lo espero -dijo Anne mientras se sonaba.

Mientras Anne esperaba que Brian llegara desde Marlborough Street, se vistió y empezó a arreglarse el pelo. Brian vivía al otro lado del río Charles en Back Bay, y puesto que era sábado y no había tráfico llegó en media hora. Cuando llamó para comunicarle que salía, Anne se estaba poniendo las últimas horquillas.

-Antes de salir de mi apartamento, llamé a un abogado colega mío de Miami, un tal Kevin Porter -dijo Brian a su madre-. Trabaja para una empresa con la que tenemos tratos en la zona de Miami. Le conté lo sucedido y me dijo que tenía contacto con la policía y que podría averiguar lo que estaba pasando.

-Sé que ha sido algo malo -dijo Anne.

- ¡No tienes ni idea!-dijo Brian-. Por favor, no te preocupes más. Recuerda que la última vez acabaste en el hospital.

La llamada de Kevin Porter sonó unos minutos después de llegar Brian.

-Temo que las noticias no sean muy buenas -dijo Kevin-. El propietario de una tienda de licores anotó la matrícula de tu hermano cuando salía del escenario de un robo.

Brian suspiró y miró a su madre, sentada en el borde mismo de una silla de respaldo vertical con las manos apretadas sobre el regazo. Brian se indignó con Sean. ¿No pensaba nunca en los efectos que sus escapadas tenían en su pobre madre?

-Es una historia extraña-continuó Kevin-. Parece que mutilaron un cadáver y, ¿estás preparado...?

-Quiero saberlo todo -dijo Brian.

-Alguien robó el cerebro del cadáver -dijo Kevin-. Y ese cadáver no era un cuerpo abandonado. La fallecida era una mujer joven, cuyo padre es un hombre de negocios muy importante en Beantown.

- ¿Aquí en Boston?

-Exactamente. Aquí todo el mundo está preocupado por sus relaciones -dijo Kevin-. Están presionando a la policía para que haga algo. El fiscal del Estado ha confeccionado una lista de cargos de una milla de longitud. El

forense que examinó el cadáver dijo que probablemente abrieron el cráneo con una sierra metálica.

- ¿Y vieron el 4x4 de Sean saliendo del lugar? -preguntó Brian. Estaba ya pensando en una posible defensa.

-Eso me temo -dijo Kevin-. Además uno de los forenses dijo que tu hermano y una enfermera estuvieron en la oficina del forense unas horas antes preguntando por este mismo cadáver. Al parecer querían tomar muestras. Supongo que las consiguieron. Es evidente que la policía está buscando a tu hermano y a la enfermera para interrogarlos y probablemente arrestarlos.

-Gracias, Kevin-dijo Brian-. Dime dónde vas a estar hoy porque puedo necesitarte. Sobre todo si arrestan a Sean.

-Estaré aquí todo el fin de semana -dijo Kevin-. Comunicaré a la central de policía que me llamen si detienen a tu hermano.

Brian depositó lentamente el auricular y miró a su madre.

Sabía que su madre no estaba preparada para la noticia, sobre todo porque pensaba que Sean estaba perdido en Sodoma y Gomorra.

- ¿Tienes a mano los números de teléfono de Sean? -preguntó, intentando controlar la voz para que no mostrara preocupación.

Anne se los entregó sin abrir la boca.

Brian llamó primero a la residencia. Dejó que el timbre sonara doce veces antes de colgar. Luego intentó llamar al edificio de investigación del Centro Forbes contra el Cáncer.

Por desgracia sólo le contestó una cinta diciendo que la centra lita estaba abierta de lunes a viernes, de ocho a cinco.

Con gesto decidido volvió a coger el teléfono y llamó a Delta Airlines para que le reservaran plaza en el vuelo a Miami de mediodía. Estaban pasando cosas extrañas y pensó que lo mejor era llegar al lugar de los hechos lo más pronto posible.

-Tenía razón yo, ¿no es cierto, Brian?-dijo Anne-. Es algo grave.

-Estoy seguro de que todo es un simple malentendido -dijo Brian-. Por eso he decidido irme hasta allí y aclararlo todo.

-No sé en qué me equivoqué -dijo Anne.

-Mamá-la atajó Brian-. Tú no tienes ninguna culpa.

EL ESTÓMAGO DE Hiroshi Gyuhama ya le estaba molestando.

Tenía los nervios de punta. Desde que Sean le había asusta do en la escalera, había perdido las ganas de continuar es piándole. Pero esa mañana no tenía más opciones. Le vigiló en cuanto vio que llegaba su 4x4 al aparcamiento a horas tan extrañas de la mañana. Cuando vio que estaba trabajando febrilmente en su laboratorio, Hiroshi volvió a su oficina.

Hiroshi estaba doblemente preocupado porque Tanaka Yamaguchi había llegado a la ciudad. Hiroshi se había reunido con él en el aeropuerto dos días antes y le había llevado al Doral Country Club, donde tenía previsto esperar, jugando al golf, a que llegara la decisión de Sushita.

La decisión llegó en la noche del viernes. El consejo de administración de Sushita, después de examinar el memoran do de Tanaka, había decidido que Sean Murphy suponía un riesgo para la inversión en el Forbes. Sushita quería que se le enviara inmediatamente a Tokio donde se le haría entrar en “razón “.

Hiroshi no se sentía en absoluto cómodo con Tanaka. Actuaba con una extraordinaria precaución porque conocía las relaciones de Tanaka con la yakuza. Y Tanaka manifestaba con indicios sutiles que no sentía ningún respeto por Hiroshi. Se inclinaba cuando se encontraban, pero nunca muy

Librodot

profundamente ni durante mucho tiempo. La conversación que mantuvieron de camino hacia el hotel había sido del todo superficial.

Tanaka no mencionó para nada a Sean Murphy. Y cuando llegaron al hotel, Tanaka lo había ignorado, y lo peor fue que no le invitó a jugar al golf.

Todos estos desaires eran penosos y muy claros para Hiroshi; su significado era evidente. Hiroshi marcó el número del Hotel Doral Country Club y pidió hablar con el señor Yamaguchi. Transfirieron la llamada al club porque el señor Tanaka tenía previsto hacer unos agujeros dentro de veinte minutos.

Tanaka se puso al teléfono. Respondió con especial brusquedad cuando oyó la voz de Hiroshi. Este, expresándose en japonés, pasó directamente al grano.

-El señor Sean Murphy está aquí en el centro de investigaciones-dijo Hiroshi.

-Gracias -dijo Tanaka-. El avión está en camino. Todo está controlado. Llegaré al Forbes esta tarde.

SEAN HABÍA comenzado la mañana con mucho optimismo.

Después de haber identificado con tanta facilidad la inmunoglobulina y las tres citoquinas, había esperado realizar también progresos rápidos para determinar exactamente con qué tipo de antígeno reaccionaba la inmunoglobulina. Esta reaccionaba intensamente con la suspensión de células tumorales, por lo tanto dedujo que el antígeno estaba basado en la membrana.

Dicho de otro modo, el antígeno tenía que estar en la superficie de las células cancerosas.

Para comprobar esta hipótesis y también para confirmar que el antígeno era por lo menos en parte un péptido, había tratado células intactas del tumor de Helen con tripsina. Cuando intentó comprobar si estas células digeridas reaccionaban con la inmunoglobulina, descubrió rápidamente que no.

A partir de aquel momento, todo habían sido problemas para Sean. No pudo caracterizar el antígeno basado en la membrana. Tuvo la idea de probar un sinnúmero de antígenos conocidos por si reaccionaban con la porción de la inmunoglobulina incógnita que se unía con el antígeno. Ningún antígeno reaccionó. Tomó literalmente centenares de líneas celulares criadas en cultivo tisular y se pasó horas llenando las pequeñas probetas, pero no obtuvo ninguna reacción. Le interesaban sobre todo las líneas celulares que derivaban de tejidos neura les. Luego lo intentó con células normales y células transformadas o neoplásicas. Intentó digerir todas las células con detergentes en concentraciones crecientes, primero para abrir las membranas de las células y dejar al descubierto los antígenos citoplasmáticos, luego para abrir las membranas de los núcleos a fin de dejar expuestos los antígenos nucleares. Tampoco obtuvo ninguna reacción. No hubo ni un solo episodio de inmunofluorescencia en ninguno de los centenares de diminutas probetas.

Sean no acababa de entender que fuera tan difícil encontrar un antígeno que reaccionara con la inmunoglobulina misteriosa. Hasta el momento no había conseguido ninguna reacción parcial. Cuando estaba perdiendo ya la paciencia, sonó el timbre del teléfono. Se dirigió a un supletorio de la pared para responder. Era Janet.

- ¿Cómo van las cosas, Einstein?-le preguntó ella alegremente.

-Horrible -dijo Sean-. No me sale nada.

-Lo siento mucho-dijo Janet-. Pero tengo algo que quizá te alegrará el día.

- ¿Qué?-preguntó Sean.

Librodot

En aquel momento no podía imaginar nada excepto el antígeno que estaba buscando. Pero era evidente que Janet no podía ofrecerle una cosa así.

-Tengo una muestra del medicamento de Louis Martin del frasco grande -dijo Janet-. Puse en práctica tu idea.

-Qué bien -dijo Sean sin mucho entusiasmo.

- ¿Qué te pasa? -dijo Janet-. Pensé que te gustaría saberlo.

-Sí, sí me gusta -dijo él-. Pero también estoy decepciona do con lo que tengo entre manos. No sé qué hacer.

-Tenemos que vernos para que te dé la jeringa -dijo Janet-. Quizá necesitas unos momentos de descanso.

Se reunieron como de costumbre en el restaurante. Sean aprovechó la pausa para comer. Como en otras ocasione Janet le pasó la jeringa bajo la mesa. l se la metió en el bolsillo -Traje la bolsa para el fin de semana, como me pediste -dijo Janet confiando en que eso animaría un poco a Sean. Sean se limitó a asentir con la cabeza mientras masticaba su bocadillo.

-Parece que ahora el viaje ya no te interesa como esta mañana-comentó Janet.

-Estoy preocupado -dijo Sean -. No hubiese imaginado nunca que no podría encontrar un antígeno capaz de reaccionar con la misteriosa inmunoglobulina -Tampoco mi día ha sido muy maravilloso -dijo Janet-. Gloria no ha mejorado. Al contrario, está peor. Cuando la veo me entristezco. No sé lo que piensas tú, pero yo desde luego tengo muchas ganas de irme. Creo que nos conviene a los dos.

Quizá cuando estemos lejos del laboratorio se te ocurrirá alguna idea.

-Estaría muy bien -dijo Sean sin mucho interés.

-Mi turno acabará hacia las tres y media -dijo Janet-. ¿Dónde nos encontramos?

-Ven al edificio de investigación -dijo Sean-. Nos encontraremos abajo, en el vestíbulo. Si salimos por mi lado no tendremos los atascos del cambio de turno en el hospital.

-Estaré allí sin falta -dijo Janet alegremente.

STERLING SE INCLINÓ hacia delante y dio un golpecito a Wayne.

Este, que había estado durmiendo en el asiento trasero, se incorporó rápidamente.

-Esto parece interesante -dijo Sterling. A través del para brisas señaló la figura alargada y negra de un Lincoln Tower Car que estaba aparcando al lado de la acera entre el edificio del hospital y el de investigación. Cuando el coche se hubo detenido, un japonés salió por la puerta trasera y se quedó mirando los dos edificios-. se es Tanaka Yamaguchi -dijo Sterling- ¿Podrías tratar de ver con tus prismáticos cuántas personas hay en la limusina?

-Es difícil distinguirlo con los cristales ahumados -dijo Wayne, mientras miraba con un pequeño par de prismáticos-. Hay una segunda persona sentada en el asiento trasero. Un momento Se está abriendo también la puerta delantera. Veo dos personas más. En total son cuatro.

-Es lo que yo esperaba -dijo Sterling-. Supongo que todos son japoneses.

- ¡Bingo!-dijo Wayne.

-Me extraña que hayan venido todos al Forbes -dijo Sterling-. El sistema preferido por Tanaka es secuestrar a las personas en un lugar aislado para que no haya testigos.

-Probablemente van a seguirlo -comentó Wayne-. Y esperarán el lugar adecuado.

Librodot

-Supongo que así es -dijo Sterling. Vio que de la limusina salía una segunda persona. Era una persona alta comparada con Tanaka-. Préstame un momento los prismáticos.

Wayne le pasó los prismáticos por encima del asiento.

Sterling enfocó los oculares y estudió a los dos orientales. No reconocía a la segunda persona.

- ¿Por qué no nos acercamos a ellos y nos presentamos?

-propuso Wayne-. Podemos decirles que se trata de una operación arriesgada. Quizá renunciarían a su plan.

-Con esto sólo conseguiríamos ponerlos en estado de alerta -dijo Sterling-. Es mejor así. Si anunciamos nuestra presencia demasiado pronto, sólo conseguiremos que actúen de modo más clandestino. Tenemos que cogerlos con las manos en la masa para tener algo con qué negociar.

-Me parece que estamos jugando al ratón y al gato-comentó Wayne.

-Es exactamente así -dijo Sterling.

Robert Harris había estado sentado en su coche unas cuantas puertas más abajo de la casa de Tom Widdicomb, en Palmetto Lane, Hialeah, desde primeras horas de la mañana. Aunque Harris estaba allí desde hacía cuatro horas, no había visto ningún signo de vida excepto que todas las luces se habían apagado. En una ocasión pensó que había visto moverse las cortinas como en la noche anterior, pero no podía estar seguro.

Supuso que en aquella situación de aburrimiento, la vista le estaba jugando alguna mala pasada.

Harris había estado a punto en varias ocasiones de dejarlo todo. Estaba dedicando demasiadas horas de su tiempo valioso a una persona sospechosa únicamente porque había cambiado de carrera, porque tenía todas las luces encendidas y porque no quería contestar al timbre de la puerta. Sin embargo, la idea de que la agresión a las dos enfermeras estuviera relacionada con los episodios de las pacientes de cáncer tenía a Harris obsesionado. Al no disponer de más ideas o indicios, decidió quedarse donde estaba.

Eran ya más de las dos de la tarde, cuando Harris, que estaba a punto de abandonar la vigilancia por hambre y otras necesidades físicas, vio por primera vez a Tom Widdicomb. La puerta del garaje se levantó y allí estaba el personaje, parpadeando a la luz brillante del sol.

El aspecto físico de Tom era exactamente lo que cabía esperar. Su estatura era mediana y su constitución normal.

Tenía el pelo castaño. Llevaba la ropa ligeramente arrugada.

La camisa y los pantalones estaban sin planchar. Llevaba una manga de la camisa arremangada hasta medio brazo y la otra le llegaba al puño, pero estaba desabrochada. Calzaba zapatillas ligeras de deporte, ya viejas. Había en el garaje dos coches, y Harris dirigió su atención a éstos.

Un gran Cadillac convertible muy antiguo de color verde lima y un Ford Escort de color gris. Tom puso en marcha el Ford con alguna dificultad. Cuando el motor empezó a dar vueltas, salió del tubo de escape una nube de humo negro, como si no se hubiera utilizado el coche desde hacía mucho tiempo. Tom sacó el coche del garaje, cerró la puerta manualmente y luego volvió a subir al Escort. Cuando salió a la calzada de la calle, Harris dejó que se alejara un poco antes de seguirlo.

Harris no tenía ningún plan preconcebido. Cuando vio a Tom al abrirse la puerta del garaje, pensó por un momento en bajarse de su coche y hablar un poco con aquel hombre. Pero se contuvo y ahora le estaba siguiendo sin ningún motivo concreto. Pero pronto entendió hacia dónde se dirigía Tom, y Harris se

Librodot

fue interesando cada vez más. Tom iba directo hacia el Centro Forbes contra el Cáncer.

Cuando Tom entró en el aparcamiento, Harris le siguió pero giró en dirección opuesta para que no se fijara en él. Harris frenó rápidamente, abrió la portezuela y se quedó de pie en el estribo mientras seguía con la mirada el coche de Tom, que daba una vuelta por el aparcamiento y finalmente se detenía cerca de la entrada del hospital.

Harris se volvió a meter en el coche y se acercó algo más al otro vehículo hasta encontrar una plaza libre a unos quince metros del Escort. Se le ocurrió la posibilidad de que Tom Widdicomb estuviera acechando a la segunda enfermera ataca da, Janet Reardon. Si la suposición era correcta, quizá había sido él quien la había atacado y en caso afirmativo quizá era también el asesino de las pacientes de cáncer de pecho.

Harris movió la cabeza poco convencido. Todo eran conjeturas, había demasiados “si” y el resultado global era muy diferente de su manera de pensar y actuar. A él le gustaban los hechos y no las hipótesis vagas. Pero de momento era lo único de que disponía y Tom Widdicomb estaba actuando de modo extraño. Se quedaba en casa con todas las luces abiertas; se escondía la mayor parte del día; ahora estaba vagando por el aparcamiento del hospital en su día libre y además se suponía que estaba en casa enfermo. Aunque desde un punto de vista racional todo aquello sonara muy ridículo, era suficiente para que Harris estuviera sentado en su coche, lamentando no haber tenido la previsión de traerse unos bocadillos y una limonada.

CUANDO SEAN volvió de la cita con Janet, cambió la dirección de sus investigaciones. En lugar de intentar caracterizar la especificidad antigénica del medicamento de Helen Cabot, decidió determinar exactamente en qué difería el medicamento de Louis Martin del de ella. Una electroforesis rápida de los dos medicamentos demostró que tenían aproximadamente el mismo peso molecular, tal como había supuesto. Una prueba Elisa igualmente rápida con la inmunoglobulina IgGl antihumana confirmó que era la misma clase de inmunoglobulina que la de Helen. Eso también era de esperar.

Pero luego descubrió lo inesperado. Realizó una prueba de fluorescencia con anticuerpos utilizando el medicamento de Louis Martin sobre el tumor de Helen y obtuvo una reacción tan positiva como la que le había dado el medicamento de Helen. Janet creía que los medicamentos procedían de una misma fuente, pero Sean no creía que pudieran ser las mismas.

Sus conocimientos sobre la especificidad antigénica de los cánceres y sus anticuerpos le hacían suponer que el hecho era muy improbable. Sin embargo, tenía que admitir ahora que el medicamento de Louis reaccionaba con el tumor de Helen.

Hubiese deseado incluso disponer de la biopsia de Louis para poder probarla con el medicamento de Helen y confirmar este descubrimiento sorprendente.

Sean, sentado en el banco de laboratorio, se preguntó qué podía hacer a continuación. Podía someter el medicamento de Louis Martin a la misma batería de antígenos que había aplicado al medicamento de Helen, pero probablemente no serviría de nada. Decidió, en cambio, caracterizar las zonas de unión antigénica de las dos inmunoglobulinas. Entonces podría comparar directamente sus secuencias de aminoácidos. La primera fase de este procedimiento consistió en digerir cada una de las inmunoglobulinas con una enzima llamada papaína a fin de separar los fragmentos que estaban

Librodot

relacionados con la unión de antígenos. Cuando Sean hubo conseguido estos segmentos, los separó y luego “desarrolló” las moléculas. Introduciría finalmente estos compuestos en un analizador automatizado de péptidos que llevaría a cabo la tarea complicada de obtener las secuencias de aminoácidos. La máquina estaba en la sexta planta.

Sean subió a la sexta planta y puso a punto los instrumentos automatizados. Había unos cuantos investigadores más que estaban trabajando allí aquel sábado por la mañana, pero Sean estaba demasiado absorto en su trabajo para distraerse hablando con nadie.

Cuando hubo preparado el analizador y lo tuvo listo, regresó a su laboratorio. Tenía más medicamento de Helen que de Louis y aprovechó el de la mujer para continuar buscando algo que reaccionara con la zona de unión del antígeno. Intentó imaginar qué tipo de antígeno de superficie podía estar sobre sus células tumorales y llegó a la conclusión de que probablemente era alguna especie de glucoproteína que formaba un punto de unión celular.

Fue entonces cuando recordó la glucoproteína del Forbes que había estado intentando cristalizar.

Tal como había hecho con muchos otros antígenos posibles, comprobó la reactividad de la glucoproteína del Forbes al medicamento de Helen utilizando para ello una prueba de inmunofluorescencia. Mientras estaba estudiando la placa para descubrir algún signo de reactividad, sin ningún resultado, se sobresaltó al oír una grave voz femenina.

- ¿Qué está haciendo usted exactamente?

Sean se dio media vuelta y vio que la doctora Deborah Levy estaba de pie justo detrás de él. Sus ojos chispeaban con una intensidad feroz. Sean quedó completamente sobrecogido por la sorpresa. Ni siquiera había tomado la precaución de inventar una tapadera convincente para sus pruebas inmunológicas.

No había imaginado que pudiera interrumpirle nadie un sábado por la mañana, y menos la doctora Levy. Creía que ni siquiera estaba en la ciudad.

-He hecho una pregunta simple-dijo la doctora Levy-, y espero una respuesta.

Sean apartó su mirada de la doctora Levy y repasó con la vista el lío de reactivos esparcidos sobre el banco de laboratorio. La profusión de probetas de cultivo tisular y el desorden en general. Tartamudeó intentando inventar una explicación razonable. No se le ocurrió nada excepto el trabajo de cristalización que le habían encargado. Por desgracia, aquello no tenía nada que ver con la inmunología.

-Estoy haciendo crecer unos cristales-dijo Sean.

- ¿Dónde están?-preguntó sin inmutarse la doctora Levy.

Su tono indicaba que no sería fácil convencerla.

Sean no respondió inmediatamente.

-Estoy esperando una respuesta -dijo la doctora Levy.

-No lo sé exactamente-dijo Sean.

Pensó que estaba quedando como un tonto.

-Le dije que en esta casa la disciplina era lo primero -continuó la doctora Levy-. Pero veo que usted no me está haciendo mucho caso.

-Desde luego que sí -se apresuró a replicar Sean-. Es lo que estoy haciendo.

-Roger Calvet dijo que usted ya no baja a inyectar a sus ratones -dijo la doctora Levy -Bueno, sí...-comenzó diciendo Sean.

Librodot

-Y el señor Harris dijo que le atrapó en nuestra zona de contención máxima-le interrumpió la doctora Levy-. Claire Barrington, según me contó, le comunicó a usted específicamente que aquella zona estaba prohibida.

-Yo estaba pensando... -empezó a decir Sean.

-Ya le dije de entrada que yo no había aprobado su venida a este centro-dijo la doctora Levy-. Su comportamiento hasta el momento no ha hecho más que confirmar mis reservas.

Quiero saber qué está haciendo con todo este equipo y estos reactivos caros. No se necesitan materiales inmunológicos para hacer crecer cristales.

-Estaba pasando el rato -dijo Sean dócilmente.

No quería admitir en absoluto que en realidad estaba trabajando con el meduloblastoma, especialmente porque se lo habían prohibido específicamente.

- ¡Pasando el rato!-repitió la doctora Levy con desprecio-.

¿Dónde se imagina que está usted? ¿En su cuarto de jugar?-A pesar de su tez oscura, se ruborizó-. Nadie puede hacer aquí ningún trabajo sin presentarme una propuesta oficial. Yo soy la responsable de investigación. Usted debe trabajar en el proyecto de glucoproteína clonal y sólo en eso. ¿Se da por enterado?

Quiero que la próxima semana tengamos cristales defractables.

-Bien -dijo Sean mientras evitaba mirar a la mujer a la cara.

La doctora Levy se detuvo un momento más como esperan do que sus palabras surtieran efecto. Sean se sintió como un niño a quien pillan con las manos en la masa. No tenía ni una excusa que aducir. Sus dotes habituales de réplica aguda le habían abandonado temporalmente. Al final la doctora Levy salió con paso majestuoso del laboratorio. Se hizo de nuevo el silencio.

Durante un minuto Sean se quedó mirando el lío que tenía enfrente. No sabía siquiera dónde había dejado su trabajo con los cristales. Tenía que estar en algún lugar pero no hizo ningún movimiento para encontrarlo. Se quedó simplemente moviendo la cabeza con aire desolado. Qué situación más ridícula. Todas las frustraciones se acumularon de nuevo.

Estaba ya harto de aquel lugar. No debía haber ido nunca, y nunca lo hubiera hecho si hubiera sabido las condiciones impuestas por el Centro Forbes. Tenía que haberse ido en señal de protesta tan pronto como se lo dijeron. Eso fue todo lo que pudo hacer para reprimirse y no tirar con la mano al suelo todos los utensilios de cristal, las probetas y los reactivos inmunológicos y hacerlos añicos.

Sean miró el reloj. Eran algo más de las dos de la tarde. “Al diablo con todo”, pensó. Recogió todas las inmunoglobulinas incógnitas y las guardó en la parte trasera de la nevera junto con el cerebro de Helen Cabot y su muestra de fluido cerebroespinal.

Sean agarró su chaqueta tejana y se dirigió hacia los ascenso res dejando atrás el desorden que había creado.

Salió a la brillante y cálida luz del sol de Miami y sintió una gran sensación de alivio. Tiró la chaqueta en el asiento trasero de su 4x4 y se sentó detrás del volante. El motor se puso en marcha. Procuró quemar algo de caucho mientras salía del aparcamiento y se dirigía a gran velocidad al sur, hacia la residencia Forbes. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no vio la limusina que le estaba siguiendo y cuyo bastidor iba rozando con el suelo mientras intentaba no perder a Sean de vista. Ni tampoco vio el Mercedes color verde oscuro que seguía a la limusina.

Sean llegó corriendo al apartamento. Cerró la puerta del coche con un portazo suplementario y cerró con una patada la puerta de entrada de la residencia. No estaba para bromas.

Librodot

Entró en su apartamento y oyó que se abría la puerta de enfrente. Era Gary Engels vestido con sus habituales tejanos y sin camisa.

-Buenos días -dijo Gary tranquilamente apoyado contra el dintel de su puerta-. Acabas de tener visita.

- ¿Qué clase de visita? -preguntó Sean.

-La policía de Miami-dijo Gary -. Llegaron dos fornidos policías y empezaron a meter las narices por todas partes haciendo muchas preguntas sobre ti y tu coche.

- ¿Cuando?-preguntó Sean.

-Hace unos minutos -dijo Gary-. Te los podrías haber encontrado en el aparcamiento.

-Gracias -dijo Sean.

Se metió en el apartamento y cerró la puerta irritado por aquel nuevo problema. Sólo había una explicación de la visita de la policía. Alguien había anotado el número de su matrícula cuando se disparó la alarma de las pompas fúnebres.

Si algo no quería ahora Sean era tener que enfrentarse con la policía. Agarró una pequeña maleta, la llenó con un neceser, ropa interior, un bañador y zapatos. En la maleta grande puso una camisa, corbata, pantalones y una chaqueta. En menos de tres minutos estaba bajando las escaleras.

Antes de salir del edificio, miró para descubrir si había algún coche de la policía, con distintivo o sin él. El único vehículo que parecía fuera de lugar era una limusina. Sean, pensando que los policías no irían a detenerle en una limusina, fue corriendo hacia su 4x4 y luego se dirigió de nuevo hacia el Centro Forbes contra el Cáncer. Por el camino se detuvo en una cabina telefónica.

La idea de que la policía le estaba buscando preocupaba a Sean de modo extraordinario. Le renovaba malos recuerdos de su juventud inquieta. Algunos momentos de su breve existencia de pequeño delincuente habían sido excitantes, pero sus encuentros con el sistema judicial habían sido aburridos y desalentadores. No quería volver a hundirse de nuevo en aquel pantano burocrático.

La primera persona a quien pensó llamar Sean al saber que la policía le buscaba era a su hermano Brian. Antes de hablar con ningún policía, quería hablar con el mejor abogado que conocía. Esperaba encontrar a su hermano en casa. Solía estar en casa las tardes del sábado. Pero en lugar de Brian, se puso el contestador automático de Brian con su absurdo mensaje y la música de fondo que se oye en los ascensores. A veces Sean se preguntaba cómo podían haberse criado los dos en la misma. Dejó un mensaje diciendo que era importante que hablaran, pero que no podía dejar el número. Dijo que llamaría más tarde. Lo intentaría de nuevo cuando llegara a Naples.

Sean regresó a su coche y se dirigió de nuevo a gran velocidad al Forbes. Quería estar sin falta en el lugar de la cita cuando Janet saliera del trabajo.

Librodot

CAPITULO 8

SABADO, 6 DE MARZO 3.20 p.m.

Hacia las tres y veinte de la tarde, Janet se estaba quedando dormida mientras se comunicaban los últimos pormenores del parte. Cuando Sean la despertó aquella mañana se sintió agota da, pero después de una ducha y del café, se había recuperado bastante. Había necesitado más café por la mañana y luego había vuelto a tomar café a primera hora de la tarde. Se había sentido bien hasta que se sentó para redactar su parte. Cuando se quedaba quieta, la fatiga la dominaba y, para turbación suya, dio unas cuantas cabezadas sobre la mesa. Marjorie tuvo que darle un codazo en las costillas.

-Veo que estás en estado de duermevela -dijo Marjorie.

Janet se limitó a sonreír. Aunque hubiese podido contarle a Marjorie todo lo que había hecho en la tarde y la noche anteriores, dudaba que Marjorie la hubiese creído. De hecho, ni ella misma se lo creía.

Cuando hubieron acabado el parte, Janet recogió sus cosas y pasó por el puente al edificio de investigación. Sean estaba sentado en el vestíbulo leyendo una revista. Cuando la vio, le sonrió. Janet se alegró al observar que su humor había mejora do desde su encuentro en la cafetería.

- ¿Estás lista para la excursión? -dijo Sean poniéndose en pie.

-Estoy lista-dijo Janet-, aunque me gustaría quitarme el uniforme y ducharme.

-Quitarte el uniforme será fácil-dijo Sean-. Hay un lavabo para señoras aquí mismo en el vestíbulo, donde puedes cambiarte. La ducha tendrá que esperar. Pero vale la pena sacrificarse para evitar los atascos. Nuestra ruta pasa al lado mismo del aeropuerto y estoy seguro de que por las tardes hay mucho tráfico.

-Lo de la ducha era broma -dijo Janet-. Pero voy a cambiarme.

-Aprovecha mi hospitalidad, entonces -dijo Sean mientras señalaba la puerta del baño para mujeres.

TOM WIDDICOMB había metido la mano en el bolsillo de sus pantalones agarrando el revólver, la típica arma del sábado por la noche, con empuñadura de madreperla. Estaba a un lado de la entrada del hospital esperando a que Janet Reardon saliera del edificio. Pensaba que quizá podría disparar contra ella cuando se metiera en su coche. Se veía en la imaginación acercársele por detrás exactamente cuando se sentara al volante. Le dispararía un tiro en el cogote y continuaría andando.

La detonación seguramente ni se notaría entre el desorden y la confusión de las personas, los coches y el ruido de los motores arrancando.

El problema era que Janet no había aparecido. Tom había visto otros rostros conocidos, entre ellos enfermeras de la cuarta planta, por lo tanto no era probable que se hubiera retrasado con el parte.

Tom miró el reloj. Eran las tres y treinta y siete y el éxodo masivo del turno de día se había reducido ya a unas pocas personas. La mayoría se había ido ya y Tom empezó a sentirse perdido y frenético. Tenía que encontrarla como fuera;

Librodot

él antes había procurado comprobar que Janet trabajaba, pero ¿dónde estaba ahora?

Tom se enderezó después de haber estado apoyado en la pared, dio la vuelta al edificio del hospital y se encaminó hacia el de investigación. Desde allí podía ver el puente que unía las dos estructuras. Se preguntó si la enfermera había cruzado el puente y había salido por la puerta del edificio de investigación. Estaba a medio camino entre los dos edificios, cuando se detuvo al ver una larga limusina negra. Supuso que en la sección ambulatoria estaban tratando a alguna celebridad. Ya había sucedido en otras ocasiones.

Tom exploró el aparcamiento describiendo un gran arco e intentó nerviosamente pensar en lo que debía hacer ahora.

Debería averiguar qué coche llevaba Janet, para saber si se había escabullido o no. En caso afirmativo, todo se complicaba mucho. Sabía que al día siguiente Janet libraba y si no lograba descubrir dónde vivía; le resultaría inaccesible durante el resto del fin de semana. Y eso no le gustaba en absoluto. La idea de regresar a una casa silenciosa, sin tener ninguna información precisa, le desagradaba mucho. Alice no le había hablado en toda la noche.

Tom estaba pensando qué haría cuando vio el 4x4 negro que había seguido el día antes. Empezó a caminar hacia él para observarlo más de cerca cuando de repente vio a la enfermera.

Acababa de salir del edificio de investigación.

Tom tuvo una sensación de alivio al verla, pero le inquietaba comprobar que no iba sola. La acompañaba el mismo hombre que estaba con ella la tarde anterior. Tom les observó mientras se acercaban al 4x4. Ella llevaba una bolsa de viaje.

Tom se disponía a regresar corriendo a su coche, cuando vio que no se metían en el Isuzu. Lo único que hicieron fue sacar otra maleta y una bolsa para trajes.

Tom comprendió que disparar contra Janet en el aparcamiento era totalmente absurdo, porque el turno de día ya se había ido. Además, iba acompañada y tendría que matar a los dos para no dejar testigos.

Tom se dirigió hacia su coche sin perder de vista a la pareja.

Cuando llegó a su Escort, Janet y Sean estaban ya al lado de un Pontiac rojo alquilado. Tom entró en su coche y lo puso en marcha mientras observaba que metían el equipaje en el maletero del Pontiac.

ROBERT HARRIS había estado vigilando todos los movimientos que había hecho Tom Widdicomb. Había visto a Sean y a Janet antes de que los viera Tom, y cuando Tom no hizo nada se sintió algo decepcionado pensando que toda su frágil construcción teórica estaba equivocada. Pero luego Tom había descubierto a la pareja y había regresado a su Escort. Al verlo, Harris puso en marcha su coche y salió del aparcamiento esperando que Tom siguiera a Janet y confiando en que así fuera. En la esquina de la calle 12 aparcó a un lado de la carretera. Si no se equivocaba, Tom saldría pronto y las sospechas de Harris quedarían confirmadas.

En aquel momento, Sean y Janet salieron del aparcamiento y se dirigieron hacia el norte para cruzar el río Miami. Luego, tal como había esperado Harris, apareció Tom y tomó la misma dirección. Sólo una limusina negra separaba a Tom de su posible presa.

“Esto cada vez es más interesante”, se dijo Harris mientras ponía en marcha el coche para seguirlos. Detrás de él se oyó el clamor de una bocina y Harris pisó a fondo los frenos. Un gran Mercedes verde le pasó rozando.

Librodot

- ¡Maldito!-masculló Harris.

No quería perder de vista a Tom Widdicomb y tuvo que apretar a fondo el acelerador para alcanzarlo. Estaba decidido a seguir a aquel hombre para ver si hacía algún gesto de amenaza claro contra Janet Reardon. En tal caso, Harris lo arrestaría.

Harris estaba contento hasta que Tom dobló hacia el oeste en lugar de entrar en la autopista 836 Este-Oeste. Cuando pasaron delante del aeropuerto internacional de Miami y luego entraron en la autopista de Florida en dirección al sur, Harris comprendió que el viaje iba a ser mucho más largo de lo que había imaginado.

-ESTO NO ME GUSTA -dijo Sterling cuando salieron de la auto pista de Florida y entraron en la carretera 41-. ¿Qué está haciendo esta gente? Lo mejor hubiera sido volver a casa o que se mezclase con la multitud.

-Si doblan hacia el oeste en el próximo cruce está claro que se dirigen hacia los Everglades -dijo Wayne, que iba conduciendo-. O bien hacen esto o quieren cruzar todo Florida. La carretera 41 atraviesa los Everglades desde Miami hasta la Costa del Golfo.

¿Qué hay en la Costa del Golfo? -preguntó Sterling.

-Según mi libro, no hay mucho -dijo Wayne-. Buenas playas y buen clima. Pero nada extraordinario. Naples es la primera ciudad auténtica. También hay un par de islas como Marco y Sanibel. En general es una región llena de condominios con muchos jubilados. Muy discretos, pero de un nivel alto. Un condominio puede costar millones en Naples.

-Parece que giran hacia el oeste -dijo Sterling con la vista clavada en la limusina que les precedía. Estaban siguiendo a Tanaka, no a Sean, suponiendo que Tanaka no perdería de vista a Sean.

- ¿Qué hay entre aquí y Naples?-preguntó Sterling.

-No hay mucho-dijo Wayne-. Sólo caimanes, juncias y pantanos de cipreses.

-Me estoy poniendo muy nervioso-dijo Sterling-. Están haciendo exactamente lo que Tanaka desea. Esperemos que no se detengan en alguna zona de descanso aislada.

Sterling echó un vistazo a la derecha y se dio cuenta de algo que antes había visto sin percatarse. Al lado de ellos, en un sedán azul, vio un rostro conocido. Era Robert Harris, el jefe de seguridad del Forbes. Le habían presentado a aquella persona el día anterior.

Sterling señaló Harris a Wayne y le contó quien era.

-Esto lo complica mucho -dijo-. ¿Por qué el señor Harris está siguiendo a Sean Murphy? Lo más probable es que su presencia haga esta situación mucho más difícil de lo necesario.

- ¿Estará enterado de la existencia de Tanaka? -preguntó Wayne.

-Me imagino que no-dijo Sterling-. No creo que el doctor Mason sea tan tonto.

-Quizá se ha enamorado de la chica -dijo Wayne-. Quizá está siguiendo a Reardon y no a Murphy.

Sterling suspiró.

-Me desconcierta lo rápidamente que puede echarse a perder una operación. Hace un minuto confiaba en que podríamos controlar el curso de los acontecimientos porque teníamos la ventaja de la información. Por desgracia, ya no es así. Estoy empezando a tener la desagradable sensación de que el azar se

Librodot

convertirá en un factor importante. De pronto han surgido demasiadas variables.

BRIAN NO HABÍA facturado ninguna maleta. Se había llevado simplemente una bolsa y su portafolio. Cuando bajó del avión, pasó directamente por el mostrador de Hertz. Después de un corto trayecto en la lanzadera de Hertz, encontró su coche de alquiler en el aparcamiento. Un Lincoln Town Car de color crema.

Brian, provisto con un buen plano de las calles de Miami, tomó primero la dirección sur hacia la residencia Forbes.

Había llamado varias veces al número de Sean desde el aeropuerto en Boston, pero nadie había contestado. Preocupado por ello, había llamado a Kevin desde el avión, pero Kevin le aseguró que la policía no había localizado todavía a Sean.

En la residencia Forbes, Brian llamó a la puerta de Sean sin obtener respuesta. Con la esperanza de que Sean regresara pronto, dejó una nota informándole que había llegado y que se alojaría en el Colonnade Hotel. Brian apuntó el número de teléfono del hotel. Cuando estaba deslizando la nota por debajo de la puerta de Sean, se abrió la puerta del otro lado del pasillo.

- ¿Está buscando a Sean Murphy? -le preguntó un joven descamisado en tejanos.

-Sí-dijo Brian.

Entonces se presentó como hermano de Sean.

Gary Engels se presentó también.

-Sean estuvo aquí hacia las dos y media de la tarde. Le conté que la policía había pasado preguntando por él. O sea que no se quedó mucho rato.

- ¿Dijo adónde iba? -preguntó Brian.

-No -dijo Gary-. Pero cuando se fue se llevó una maleta y una bolsa de trajes.

Brian dio las gracias a Gary y volvió a su coche de alquiler.

La noticia de que Sean se había ido con equipaje no era muy prometedora. Brian confió en que su hermano no fuera tan tonto como para poner pies en polvorosa. Por desgracia, con Sean todo era posible.

Brian se dirigió al Centro Forbes contra el Cáncer. La centralita de teléfonos estaba cerrada pero pensó que el edificio estaría abierto y así fue. Entró en el vestíbulo.

-Desearía encontrar a Sean Murphy-dijo al guardia-. Me llamo Brian Murphy, soy el hermano de Sean, de Boston.

-No está aquí -dijo el guardia con un marcado acento hispano. Consultó la libreta que tenía delante-. Salió a las dos y veinte. Regresó a las tres y cinco, pero se fue de nuevo a las tres cincuenta.

- ¿Sabe si de alguna manera puedo hablar con él? -pregunto Brian.

El guardia consultó otra libreta.

-Se aloja en la residencia Forbes. ¿Desea la dirección?

Brian dijo al guardia que ya la tenía y le dio las gracias. Salió al exterior y se metió en el coche sin saber qué hacer. Pensó que no había sido muy lógico acudir a Miami sin haber hablado primero con Sean y se preguntó dónde podía estar su hermano.

Decidió volver al hotel. Puso el coche en marcha y tuvo que dar media vuelta para salir del aparcamiento. Mientras giraba localizó un Isuzu negro que se parecía sospechosamente al de Sean. Se acercó al coche y vio que las placas eran de Massachusetts. Brian puso la palanca del cambio automático en

Librodot

"estacionados" y salió para echar un vistazo al 4x4. Desde luego, era el de Sean. El interior estaba lleno de envoltorios de bocadillos y vasos vacíos de porexpán.

Era extraño que Sean hubiera dejado su coche aparcado en el hospital. Brian volvió al edificio, habló al guardia del coche aparcado y preguntó si podía hacerse cargo de él. El guardia se limitó a encogerse de hombros.

- ¿Podría ponerme en contacto de algún modo con el director del centro antes del lunes?-preguntó Brian.

El guardia movió negativamente la cabeza.

-Me gustaría dejar mi nombre y el número de teléfono del hotel -dijo Brian-. ¿Podría usted llamar a su supervisor y pedirle que entregue el número al director del centro?

El guardia asintió con cara amable e incluso sacó un bolígrafo y un papel para que Brian escribiera. Brian redactó rápidamente la nota y la entregó luego al guardia junto con un billete de cinco dólares. La cara del guardia se iluminó con una gran sonrisa.

Brian volvió a su coche, se fue al hotel y pidió una habitación. Una vez en ella, lo primero que hizo fue llamar a Kevin para darle su número. Kevin volvió a asegurarle que no se había producido el arresto.

Brian llamó luego a Anne para tranquilizarla, comunicándole que había llegado bien a Miami. Le comunicó que todavía no había hablado con Sean pero que esperaba hacerlo pronto.

Le dio su número del hotel antes de colgar.

Después de hablar con su madre, Brian se quitó los zapatos y abrió la maleta. Si tenía que quedarse encallado en una habitación de hotel, por lo menos trabajaría un poco.

-ESTO YA SE PARECE más a lo que yo esperaba encontrar en el sur de Florida -dijo Sean.

Habían dejado finalmente la civilización atrás. La autopista de cuatro carriles, bordeada continuamente por centros comerciales y condominios, se había convertido en una carretera de dos carriles que cortaba los Everglades.

- ¡Qué paisaje tan bonito! -dijo Janet-. Parece casi prehistórico. No me extrañaría que de uno de estos estanques se levantara de pronto un brontosauro -añadió, echándose a reír.

Estaban pasando por entre océanos de juncias entreveradas con montecillos de pinos, palmeras y cipreses. En todas partes había aves exóticas. Algunas eran blancas como fantasmas, otras de color azul iridiscente. En la distancia se acumulaban enormes nubes cumuliformes que parecían más blancas que nunca sobre el intenso azul del cielo.

El viaje estaba calmando mucho a Janet. Le encantaba haber podido dejar Miami y a los pacientes. Sean conducía y ella se había quitado los zapatos y había plantado los pies descalzos sobre el salpicadero. Iba vestida con sus tejanos más cómodos y una camisa sencilla de algodón blanco. En el trabajo llevaba el pelo recogido, pero cuando salieron del aparcamiento del Forbes se lo había soltado. Los cristales de las ventanas estaban bajados y el viento hacía ondular su cabellera.

El único problema era el sol. La dirección era exactamente hacia el oeste y la luz del sol entraba brillante por el parabrisas sin perdonar nada. Tanto Sean como Janet llevaban puestas sus gafas de sol y habían bajado las viseras del coche para proteger se de los rayos directos del sol.

-Creo que empiezo a comprender el atractivo de Florida -dijo Janet, a pesar del sol.

Librodot

-Ahora los inviernos en Boston parecen todavía más duros -dijo Sean.

- ¿Por qué no hemos ido en tu Isuzu? -preguntó Janet.

-Tengo un pequeño problema con el coche -dijo Sean.

- ¿Qué clase de problema?-preguntó Janet.

-La policía quiere hablar con su propietario.

Janet quitó los pies del salpicadero.

-Creo que no me gusta lo que estoy oyendo -dijo-. ¿Qué pasa con la policía?

-La policía se presentó en la residencia Forbes -dijo Sean-. Gary Engels habló con ellos. Creo que alguien anotó el número de mi matrícula cuando se disparó la alarma en la funeraria.

- ¡Dios mío!-exclamó Janet-. Entonces la policía nos está buscando.

-Cuidado -dijo Sean-. Me están buscando a mí.

- ¿Y qué? -dijo Janet-. Si alguien vio las placas de la matrícula también nos vio a los dos.

Janet cerró los ojos. Esta era precisamente la pesadilla que más temía.

-Lo único que tienen es un número-dijo Sean-. Con esto no se demuestra nada.

-Pero pueden sacar las huellas dactilares -dijo Janet.

Sean la miró un momento con un moderado desdén.

-Más seriedad, por favor -dijo-. No te imagines que van a enviar un equipo de investigadores especialistas y espolvorear el lugar sólo porque hay una ventana rota y a un cadáver le falta el cerebro.

- ¿Cómo lo sabes?-replicó Janet-. No eres un especialista en cuestiones jurídicas. Creo que deberíamos entregarnos a la policía y explicarlo todo.

Sean soltó una risa desdeñosa.

- ¡Por favor! No nos vamos a entregar. No seas ridícula.

Recuerda que me están buscando a mí. Quieren hablar conmigo. Si sucede lo peor yo cargo con todo. Pero no creas que va a llegar a tanto. Hice una llamada a Brian. El conoce a gente en Miami y va a arreglarlo todo.

- ¿Hablaste con Brian?-preguntó Janet.

-No, todavía no -admitió Sean-. Pero le dejé un mensaje en el contestador. Cuando lleguemos al hotel llamaré de nuevo y dejaré el número del hotel si todavía no está en casa. Por cierto, ¿trajiste tu tarjeta de crédito?

-Claro que la traje -dijo Janet.

-Demos gracias al cielo por tu fondo fiduciario -dijo Sean.

Alargó el brazo y dio una suave palmadita a la rodilla de Janet-. Reservé habitación en el Ritz Carlton porque el Quality Inn estaba completo.

Janet miró por su ventanilla preguntándose qué estaba haciendo con su vida. No le importaba lo de la tarjeta de crédito. Pagar de vez en cuando la factura no era malo. Sean era una persona generosa con su dinero cuando lo tenía. Y a ella le sobraba. Lo que le preocupaba era que la policía quisiera arrestarlos. Sean se portaba como un caballero asumiendo toda la culpa, pero Janet sabía que ella no podía aceptarlo suponiendo que le creyeran, lo que probablemente no iba a suceder. Quien vio la matrícula también la vio a ella.

Al parecer enamorarse de Sean sólo le había causado problemas, primero emocionales, y ahora posiblemente profesionales. No estaba segura de cómo iba a reaccionar el Centro Forbes cuando supiera que tenía entre su personal a una enfermera acusada Dios sabe de qué en relación con un escalo en una funeraria. No había muchos jefes de personal que pudiesen considerar este tipo de antecedentes como una recomendación.

Janet estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, pero a su lado estaba Sean tan tranquilo y gallito como siempre. Incluso parecía disfrutar con la

historia. Janet no podía entender que Sean estuviera tan frío y sosegado sabiendo que la policía de Miami lo estaba buscando. Se preguntó si alguna vez llegaría a entenderlo bien.

-Cuéntame la historia de Naples, Florida -dijo Janet, para cambiar de tema-. Me dijiste que me lo explicarías cuando estuviéramos en camino.

-Muy sencillo -dijo Sean-. Uno de los treinta y tres pacientes vive en Naples. Su nombre es Malcolm Betencourt.

- ¿Uno de los pacientes de meduloblastoma en remisión?

-preguntó Janet.

-Sí -dijo Sean-. Una de las primeras personas tratadas. Ha estado en remisión durante casi dos años.

- ¿Y qué planes tienes?

-Llamarle.

- ¿Para decirle qué?

-No sé exactamente -dijo Sean-. Tendré que improvisar.

Creo que sería interesante tener alguna idea sobre el tratamiento que el Forbes administra desde el punto de vista del paciente. Quiero saber qué le contaron. Tuvieron que decirle algo, por lo menos para que firmara los formularios de consentimiento.

- ¿Por qué te imaginas que va a aceptar hablar contigo?-preguntó Janet.

- ¿Crees que podría resistir mi encanto irlandés? -preguntó Sean.

-Lo digo en serio -replicó Janet-. A la gente no le gusta hablar sobre enfermedades.

-Quizá sobre enfermedades no -admitió Sean-. Pero recuperarse de una enfermedad que normalmente es mortal es algo muy distinto. Quedarías sorprendida. A la gente le gusta hablar sobre estas cosas y sobre el médico de fama mundial que consiguió salvarles. ¿Te has fijado en que a la gente le gusta pensar que su médico tiene fama mundial aunque tenga su consulta en lugares como Malden o Revere?

-Creo que tienes demasiada desfachatez -dijo Janet.

No estaba demasiado convencida de que Malcolm Betencourt respondiera bien a la llamada de Sean, pero también sabía que no podía hacer nada para impedir que Sean lo intentara. Además, si olvidaba la historia de la policía de Miami, la idea de pasar un fin de semana lejos del hospital era deliciosa, aunque Sean tuviera otros motivos en mente. Imaginó, incluso, que ella y Sean podrían al final disponer de un momento para hablar sobre su futuro. Al fin y al cabo, aparte de Malcolm Betencourt, tendría a Sean en exclusiva.

- ¿Qué resultados conseguiste con el medicamento de Louis Martin?-preguntó Janet.

Pensó que convenía mantener la conversación animada hasta que fuera la hora de la cena. Estaba imaginando ya una cena a la luz de las velas en una terraza sobre el mar. Entonces podrían hablar sobre compromisos y amor.

Sean lanzó a Janet una mirada de frustración.

-Me interrumpió la encantadora jefa de investigación -dijo-. Me leyó el reglamento antidisturbios y me ordenó que me dedicara sólo a la estúpida glucoproteína del Forbes. Me cogió realmente desprevenido; no supe qué decirle. No se me ocurrió nada inteligente.

-Lo siento -dijo Janet.

-Bueno, esto tenía que suceder más tarde o más temprano -dijo Sean-. Pero tampoco estaba haciendo nada interesante antes de que se presentara la arpía. No logré que el medicamento de Helen reaccionara con ningún antígeno, celular, vírico o bacteriano. Pero quizá tenías razón al pensar que el medicamento procedía de un mismo lote. Apliqué una muestra del medicamento

de Louis al tumor de Helen y reaccionó en las mismas diluciones con tanta intensidad como el de ella.

-Es decir, que utilizan el mismo medicamento -dijo Janet-. ¿Te parece esto raro? Cuando tratan a gente con un antibiótico, les dan a todos el mismo medicamento. Poner etiquetas al medicamento de cada paciente es probablemente una cuestión de control y nada más.

-Pero la inmunoterapia contra el cáncer no puede compararse con un tratamiento con antibióticos -dijo Sean-. Te dije ya que los cánceres son antihigiénicamente distintos, incluso el mismo tipo de cáncer.

-Yo creía que uno de los axiomas del razonamiento científico era admitir las excepciones -dijo Janet-. Si se descubre que una hipótesis tiene una excepción, es preciso reconsiderar la hipótesis original.

-Sí... -dijo Sean, dudando finalmente.

Lo que decía Janet tenía sentido. Lo cierto era que el Forbes estaba consiguiendo remisiones del cien por cien, al parecer con una medicación que no estaba individualizada. Sean había visto este éxito documentado en treinta y tres casos, por lo tanto tenía que haber algún error cuando él insistía en la especificidad inmunológica de las células cancerígenas.

-Debes admitir que esto es un argumento -insistió Janet.

-Bueno -dijo Sean-. Pero sigo pensando que hay algo raro en todo esto, algo que se me escapa.

-Claro -dijo Janet-. No sabes con qué antígeno reacciona la inmunoglobulina. Te falta esto. Cuando lo descubras quizá se explique todo lo demás. Veamos cómo estimula tu creatividad un fin de semana tranquilo. Quizá cuando llegue el lunes se te habrá ocurrido algo que te permitirá superar esta barrera.

Sean y Janet, después de pasar por el corazón mismo de los Everglades, comenzaron a ver signos de civilización. Primero un lugar o dos de veraneo, luego la carretera se amplió a cuatro carriles. Rápidamente las juncias cedieron el terreno a centros comerciales, gasolineras combinadas con supermercados y campos de golf en miniatura, tan feos como los del lado de Miami.

-Me habían dicho que Naples era un lugar de ricos -comentó Janet-. Esto no parece muy elegante.

-Dejemos el veredicto en suspenso hasta que lleguemos al Golfo -dijo Sean.

La carretera dobló de repente hacia el norte y continuó la poco atractiva profusión de anuncios descontrolados y centros comerciales.

- ¿Cómo pueden sobrevivir tantos centros comerciales? -preguntó Janet.

-Este es uno de los misterios de la cultura estadounidense -dijo Sean.

Janet tomó el mapa y fue guiando. Avisó a Sean con suficiente tiempo antes de que doblaran a la izquierda para dirigir se hacia el agua.

-Esto empieza a ser algo más prometedor-comentó Sean más animado.

Después de un kilómetro aproximadamente de panoramas paisajísticos, apareció encima de los mangles, a la izquierda de la carretera, la silueta mediterránea del Ritz Carlton. La profusión de plantas tropicales exuberantes y de flores exóticas era apabullante.

- ¡Por fin hemos llegado! -dijo Sean mientras se detenía debajo de la puerta cochera.

Un hombre con uniforme azul y sombrero de copa negro abrió las puertas del coche.

-Bienvenidos al Ritz Carlton! -dijo el caballero de la librea.

Atravesaron por unas puertas de cristal de tamaño exagera do y penetraron en un mundo confuso de mármol rosa pulido, caras alfombras orientales y candelabros de cristal. Estaban sirviendo un elegante té en el dosel

Librodot

debajo de los grandes arcos de las ventanas. A un lado había un piano de cola con pianista de frac.

Sean tomó a Janet por los hombros mientras avanzaban haciendo eses hacia la recepción.

-Creo que este lugar me gustará -le dijo.

TOM WIDDICOMB había experimentado una gama completa de emociones durante aquella persecución de dos horas. Al principio, cuando Janet y Sean habían salido de la ciudad hacia los Everglades, no había sabido qué pensar. Luego decidió que las cosas iban bien. Si estaban emprendiendo unas pequeñas vacaciones, estarían tranquilos y no iban a sospechar nada. En la ciudad las personas actuaban, de modo natural, con más suspicacia y cuidado. Pero cuando una hora se convirtió en dos y Tom fue echando ojeadas a su indicador de gasolina, comenzó a enfadarse. Aquella mujer le había causado ya muchos problemas y empezaba a desear que se detuvieran a un lado de la carretera. Entonces podría acercarse, pegarles unos tiros y acabar de una vez.

Cuando entró en el recinto del Ritz Carlton, Tom se preguntó si le quedaba una gota de gasolina. El indicador estaba a cero desde hacía ocho kilómetros.

Tom evitó la entrada principal, siguió conduciendo y aparcó en un gran solar al lado de las pistas de tenis. Salió del coche y subió corriendo por la pista de entrada, pero aflojó el paso cuando vio el coche rojo aparcado delante mismo de la puerta.

Tom puso la mano en la empuñadura de la pistola que tenía en el bolsillo, rodeó el coche y se confundió con un grupo de turistas que entraban en el hotel. Temió que alguien intentara detenerle, pero no fue así. Exploró nerviosamente el lujoso vestíbulo y vio a Janet y Sean en el mostrador de la recepción.

Tom, envalentonado por su irritación, se acercó directamente al mostrador y se puso al lado de Sean. Janet estaba al otro lado del hombre. Estar tan cerca de ellos le provocó un estremecimiento que descendió por su columna vertebral.

-No nos quedan habitaciones para no fumadores con vistas al mar -dijo la recepcionista a Sean.

Era una mujer bajita, con ojos grandes, pelo dorado y el tipo de bronceado que escandaliza a un dermatólogo.

Sean miró a Janet y arqueó las cejas.

- ¿Qué te parece?-preguntó.

-Podríamos ver si la habitación para fumadores no es muy mala-propuso ella.

Sean se dirigió a la recepcionista.

- ¿En qué planta está la habitación con vistas al mar?-preguntó.

-En la quinta planta -dijo la recepcionista-. Habitación 501. Es una buena habitación.

-Bueno-dijo Sean-. La probaremos.

Tom se apartó del mostrador de la recepción murmurando silenciosamente “habitación 501“, mientras se dirigía a los ascensores. Vio a un hombre fornido con traje de negocios y un pequeño auricular en el oído. Tom le evitó. En todo momento tenía la mano en el bolsillo apretando la empuñadura de la pistola.

ROBERT HARRIS estaba de pie al lado del piano, consumido por la indecisión. Como a Tom, las primeras etapas de la persecución le habían animado. La persecución evidente de Janet por Tom parecía confirmar su naciente teoría. Pero cuando la procesión abandonó Miami empezó a sentirse

Librodot

irritado, especialmente porque también él pensaba que iba a quedarse de un momento a otro sin gasolina. Además, se estaba muriendo de hambre.

Había comido por última vez a primeras horas de la mañana.

Ahora, después de haber recorrido todo el trayecto por los Everglades hasta llegar al Ritz Carlton de Naples, empezaba a tener dudas sobre lo que aquel viaje demostraba exactamente.

Desde luego no era un delito tomar el coche hasta Naples, y Tom podía replicar que no había estado siguiendo a nadie.

Era triste, pero Harris tenía que aceptar que de momento no había podido llegar a ninguna conclusión segura. La relación entre Tom Widdicomb y la agresión a Janet Reardon o las muertes de las pacientes de cáncer de pecho era, por no decir más, muy débil, y estaba constituida solamente por hipótesis y conjeturas.

Harris sabía que debía esperar a que Tom hiciera un movimiento claramente agresivo contra Janet, y en eso confiaba. Al fin y al cabo, el aparente interés de Tom por la enfermera podía atribuirse a alguna obsesión demente. La mujer no estaba mal. De hecho era razonablemente atractiva y sexy; el propio Harris podía apreciarlo. Harris se sentía claramente fuera de lugar con sus pantalones cortos y su camiseta y se separó del piano cuando Tom Widdicomb desapareció por el pasillo detrás de la recepción. Harris se puso en marcha rápidamente y pasó junto a Janet y Sean, que estaban todavía ocupados inscribiéndose en el hotel.

Harris pudo ver a Tom, que iba delante de él, doblar una esquina y desaparecer. Y él mismo iba a acelerar cuando sintió que una mano le agarraba el brazo. Dio media vuelta y se encontró cara a cara con un hombre de aspecto robusto con un auricular en el oído derecho. Iba vestido con un traje oscuro, probablemente para pasar desapercibido entre los huéspedes.

No era un huésped. Era el agente de seguridad del hotel.

-Perdón -dijo el agente-. ¿Puedo servirle en algo?

Harris dirigió una rápida mirada hacia el lugar por donde Tom había desaparecido, luego miró al agente que le tenía agarrado todavía del brazo. Sabía que tenía que inventarse algo rápidamente...

- ¿QUÉ VAMOS A HACER ahora?-preguntó, incómodo, Wayne.

Estaba encorvado dificultosamente sobre el volante. El Mercedes verde estaba aparcado al lado de la acera en la entrada principal del Ritz Carlton. Delante de ellos estaba la limusina aparcada a un lado de la puerta del garaje. Nadie había salido de la limusina, aunque el portero con librea había hablado con el chofer y éste le había entregado un billete, probablemente con muchos ceros.

-Realmente no sé qué hacer-dijo Sterling-. Mi intuición me ordena quedarme con Tanaka, pero me preocupa que el señor Harris haya entrado en el hotel. No tengo ni idea de lo que pretende hacer.

- ¡Vaya, vaya! -dejó escapar Wayne -. Tenemos nuevas complicaciones .

Vieron cómo, delante de ellos, se abría la puerta delantera al otro lado del conductor de la limusina. Salió un joven japonés inmaculadamente vestido. Puso un teléfono portátil encima del coche, se arregló la corbata de tono oscuro y se abrochó la chaqueta. Luego recogió el teléfono y entró en el hotel.

- ¿Crees que quizá vayan a matar a Sean Murphy? -preguntó Wayne-. Este jovenzuelo me parece un profesional.

-Me sorprendería muchísimo-dijo Sterling-. Los japoneses no actúan así. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Tanaka no es un típico japonés,

especialmente por sus relaciones con la yakuza. Y la biotecnología se ha convertido en un bocado muy apetecible. Creo que cada vez tengo menos con fianza en mi capacidad de adivinar sus intenciones. Quizá convendría que siguieras al japonés. En cualquier circunstancia procura que no haga daño al señor Murphy.

Wayne, aliviado porque podía salir del coche, se metió en el hotel sin perder ni un instante.

Cuando Wayne hubo entrado en el hotel, Sterling volvió a fijar la vista en la limusina. Intentó imaginar qué estaba pensando Tanaka, qué estaba planeando en aquel momento.

Sumido en estas meditaciones, recordó de repente el reactor de Sushita.

Sterling tomó el teléfono del coche y llamó a su contacto en la A F A. El contacto le pidió que esperara mientras tecleaba la pregunta en el ordenador. Al cabo de unos instantes, se puso de nuevo.

-Su pájaro se ha escapado del gallinero.

- ¿Cuándo? -preguntó Sterling.

No era eso lo que esperaba. Si el avión había partido, quizá Wayne tenía razón. Tanaka tal vez ya no pensaba llevarse a Sean al Japón si no tenía a su disposición el reactor de Sushita.

-Partió hace poco -dijo el contacto.

- ¿Vuelve a la costa este? -preguntó Sterling.

-No-dijo el contacto-. Se dirige hacia Naples, Florida.

¿Le dice esto algo a usted?

-Desde luego que sí -dijo Sterling con alivio.

-Desde allí irá a México -dijo el contacto-. Entonces habrá salido de nuestra jurisdicción.

-Agradezco mucho su ayuda -dijo Sterling.

Sterling colgó el teléfono, satisfecho por haber llamado.

Ahora estaba seguro de que no iban a matar a Sean Murphy.

En cambio, le iban a ofrecer un viaje gratis a través del Pacífico.

-NO NOTÓ EL OLOR de los cigarrillos aquí dentro -dijo Janet, mientras husmeaba por la espaciosa habitación. Luego abrió las puertas de vidrio correderas y salió a la terraza-. ¡Sean, ven aquí!-llamó-. ¡Es fantástico!

Sean estaba sentado en el borde de la cama leyendo las instrucciones para hacer una llamada a gran distancia. Se levantó y se fue con Janet a la terraza.

El panorama era espectacular. Una playa en forma de cimitarra describía en dirección al norte un arco gigantesco que se fundía en la distancia con la isla de Sanibel. Debajo mismo de la terraza había la exuberante vegetación de un manglar. Hacia el sur, la playa trazaba una línea recta y acababa desapareciendo detrás de una línea de edificios altos con condominios. El sol estaba descendiendo hacia poniente bajo una cortina de nubes rojas. El Golfo estaba en calma y tenía un color verde profundo. Unos cuantos practicantes de surf punteaban la superficie y sus velas eran manchas brillantes de colores.

-Bajemos a la playa a nadar un poco -dijo Janet con los ojos encendidos por el entusiasmo.

-Claro -dijo Sean-. Pero primero quiero llamar a Brian y al señor Betencourt.

- ¡Buena suerte! -le dijo Janet por encima del hombro entrando en la habitación para cambiarse.

Mientras Janet estaba en el baño poniéndose el bañador, Sean marcó el número de Brian. Eran ya más de las seis y Sean esperaba con certeza

Librodot

encontrarle en casa. Le decepcionó oír de nuevo que se ponía en marcha el maldito contestador automático y que se repetía el mensaje de Brian. Después del tono, Sean dejó el número del Hotel Ritz y de su habitación y pidió a su hermano que, por favor, le llamara. Luego lo pensó mejor y añadió que era importante.

A continuación Sean marcó el número de Malcolm Betencourt. El señor Betencourt respondió personalmente al segundo toque.

Sean improvisó. Dijo que era un doctorando de medicina de Harvard que estaba haciendo un trabajo optativo en el Centro Forbes contra el Cáncer. Había estado revisando las fichas de pacientes que habían seguido el protocolo del meduloblastoma y cuya salud era buena. Después de haber examinado la ficha del señor Betencourt, agradecería la posibilidad de hablar con él en persona sobre su tratamiento, suponiendo que esto fuera posible.

-Llámame Malcolm, por favor-dijo el señor Betencourt-.

¿Desde dónde me llamas? ¿Desde Miami?

-Estoy en Naples-dijo Sean-. Mi amiga y yo acabamos de llegar.

-Fantástico. O sea que te tenemos en el barrio. Y dices que eres de Harvard. ¿Sólo de la facultad de medicina o también graduado?

Sean explicó que estaba inscrito en el programa de doctora do de la facultad de medicina, pero que también había estudiado la carrera en Harvard.

-Yo también fui a Harvard -dijo Malcolm-. Soy de la promoción de 1950. Supongo que esto te parecerá de otro siglo. ¿Practicaste algún deporte en la universidad?

Sean se quedó algo sorprendido por la dirección que iba tomando la conversación, pero decidió seguir la corriente.

Contó a Malcolm que había formado parte del equipo de hockey sobre hielo.

-Pues yo también estuve en el equipo -dijo Malcolm-.

Pero lo que te interesa es mi paso por el Forbes y no los días gloriosos de mi juventud. ¿Cuánto tiempo estarás en Naples?

-Solamente el fin de semana.

-Espera un momento, joven -dijo Malcolm. Al cabo de un momento, volvió a ponerse-. ¿Qué te parece venir a cenar?

-preguntó.

-Esto es muy amable por su parte -dijo Sean-. ¿Está seguro de que no estoy abusando?

- ¡Qué va! Ya pedí permiso al jefe -dijo Malcolm alegremente-. Y a Harriet le gustará tener compañía juvenil. ¿Qué te parece a las ocho y media? Sin etiqueta.

-Perfecto -dijo Sean-. ¿Puede darme la dirección?

Malcolm comunicó a Sean que vivía en una calle llamada Galeon Drive en Port Royal, una zona lindante por el sur con el casco antiguo de Naples. Luego le dio la dirección completa que Sean se anotó.

Apenas había colgado el teléfono, cuando alguien llamó a la puerta. Sean, mientras se dirigía hacia la puerta, volvió a leer las instrucciones para llegar a casa de Malcolm. Abrió distraído la puerta sin preguntar quién era ni mirar por la mirilla de seguridad. Pero no se dio cuenta de que Janet había prendido la cadena. Cuando tiró de la puerta, ésta se detuvo repentinamente dejando sólo una rendija de cinco centímetros.

A través de la rendija, Sean pudo notar al instante un brillo de metal en la mano de la persona que estaba en la puerta. No pudo interpretar el sentido de aquello. Estaba demasiado molesto por no haber conseguido abrir la puerta, y

Librodot

no pensó en otra cosa. Cuando hubo abierto la puerta adecuadamente, se excusó con el hombre que tenía ante sí.

El hombre, que llevaba el uniforme del hotel, sonrió y dijo que no importaba. Pedía excusas por molestarles, pero la dirección les enviaba frutas y una botella de champán de regalo como disculpa por no haber podido darles una habitación de no fumadores con vistas al mar.

Sean dio las gracias y le pasó una propina antes de acompañarlo a la puerta. Luego llamó a Janet. Sirvió dos copas.

Janet apareció en la puerta del baño con un bañador de color negro muy escotado por la espalda. Sean tuvo que tragar saliva.

- ¡Estás fantástica!

- ¿Te gusta? -preguntó Janet mientras entraba dando un par de piruetas en la habitación-. Me lo compré antes de salir de Boston.

-Mucho -dijo Sean.

Contempló de nuevo la figura de Janet, recordando que había sido su figura lo que le había atraído por primera vez cuando la vio bajar de aquel mostrador.

Sean le pasó la copa de champán y le contó que era un regalo de la dirección.

-Por nuestra escapada de fin de semana -dijo Janet, acercando su copa a la de Sean.

- ¡Muy bien, muy bien! -dijo Sean chocando su copa con la de ella.

-Y por nuestras conversaciones de este fin de semana -añadió Janet, acercando de nuevo ambas copas.

Sean tocó por segunda vez la copa, pero en su rostro se formó un interrogante: - ¿Qué conversaciones?

-En algún momento de las siguientes veinticuatro horas quiero hablar contigo sobre nuestra relación -dijo Janet.

- ¿En serio? -dijo Sean asustado.

-No pongas esta cara tan triste-dijo Janet-. Bebe y ponte el bañador. El sol se pondrá antes de que lleguemos abajo.

Los pantalones cortos de gimnasia de Sean, de nailon, tuvieron que servir también de bañador. No había podido encontrar el bañador cuando hizo las maletas en Boston. Pero esto no le preocupaba. No había previsto estar mucho tiempo en la playa. Y como máximo, pensaba que se pasearía por la arena y miraría a las chicas. No tenía previsto meterse en el agua. Después de haber bebido cada cual una copa de champán se pusieron los albornoces de toalla del hotel. Mientras bajaban en ascensor, Sean contó a Janet lo de la invitación de Malcolm Betencourt. Janet quedó sorprendida por la iniciativa y algo decepcionada. Había pensado que tendrían una cena romántica para ellos solos.

De camino hacia la playa pasaron al lado de la piscina del hotel, que era una variación libre de una hoja de trébol. Había media docena de personas en el agua, la mayoría niños. Después de cruzar por una pasarela sobre una lengua estrecha del manglar llegaron al Golfo de México.

Incluso en aquella hora, la playa era deslumbrante. La arena era blanca y estaba mezclada con restos aplastados y blanquea dos por el sol de miles de millones de crustáceos. Delante mismo del hotel, la playa estaba salpicada de tumbonas de madera de secoya y parasoles de lona azul. Hacia el norte había unos cuantos bañistas que se paseaban por la playa, pero hacia el sur la arena estaba desierta.

Escogieron la soledad y se dirigieron hacia el sur cruzando por la playa para entrar en el apogeo de las pequeñas olas que rompían sobre la arena. Sean

Librodot

esperaba que el agua fuera como la de Cape Cod en verano, pero tuvo una agradable sorpresa.

Era fresca, pero desde luego no estaba fría.

Cogidos de la mano, continuaron paseando sobre la arena al borde del agua. El sol se estaba acercando al horizonte y proyectaba una estela brillante de luz dorada sobre la superficie del agua. Una bandada de pelícanos se deslizó silenciosamente sobre ellos. Se oyó el grito de un ave tropical procedente de las profundidades del gran manglar. Cuando hubieron pasado por delante de los condominios alineados delante de la playa y al sur del Ritz Carlton, las urbanizaciones dejaron paso a una hilera de pinos australianos mezclados con uveros y unas cuantas palmeras. El Golfo cambió su color de verde y se tornó plateado mientras el sol se hundía bajo el horizonte.

- ¿Me quieres en serio?-preguntó de repente Janet.

Puesto que durante la cena no podría hablar seriamente con Sean, pensó que aquél era el mejor momento para poder iniciar por fin una conversación. Al fin y al cabo, ¿había algo más romántico que pasearse al anochecer por la playa?

-Claro que te quiero -dijo Sean.

- ¿Por qué no me lo dices nunca?

- ¿No lo digo?-preguntó Sean sorprendido.

-No, no lo haces.

-Bueno, pero lo pienso continuamente-dijo Sean.

- ¿Crees que me quieres mucho?

-Sí, claro -dijo Sean.

- ¿Me amas, Sean?-preguntó Janet.

Pasearon un rato en silencio mirando los pies que dejaban sus huellas en la arena.

-Sí -dijo Sean.

- ¿Sí qué?-preguntó Janet.

-Lo que tú dijiste-contestó Sean.

Dirigió la vista hacia el lugar del horizonte donde el sol había desaparecido. Todavía persistía un brillo inflamado.

-Mírame, Sean-dijo Janet.

Sean la miró de mala gana a los ojos.

- ¿Por qué no puedes decirme que me amas? -le preguntó.

-Te lo estoy diciendo -dijo Sean.

-No puedes pronunciar las palabras -replicó Janet-. ¿Por qué no?

-Soy irlandés -le respondió Sean tratando de bromear un poco-. Los irlandeses no saben expresar muy bien sus sentimientos.

-Bueno, por lo menos lo has admitido -dijo Janet-. Pero es importante saber si me quieres realmente o no. No vale la pena que hablemos de lo que deseo hablar si faltan los sentimientos básicos.

-Los sentimientos están -insistió Sean.

-Vale. De momento te voy a soltar del anzuelo -dijo Janet mientras le obligaba a detenerse-. Pero debo decir que para mí es un misterio que puedas ser tan expresivo sobre todas las demás cosas de la vida y que seas tan poco comunicativo cuando se trata de nosotros. Pero ya hablaremos de eso más tarde. ¿Qué te parece si nadamos un poco?

- ¿De verdad quieres meterte en el agua? -preguntó Sean con escepticismo. El agua era muy oscura.

- ¿Qué crees que significa nadar un poco? -preguntó ella.

-Ya entiendo -dijo Sean-. Pero lo que llevo no es exactamente un bañador.

Temía que cuando sus shorts se mojaran pareciera como si no llevara nada puesto.

Janet no podía creer que, después de hacer todo el camino para llegar hasta allí, tuviera escrúpulos para meterse en el agua por sus shorts.

-Si no te parecen bien, ¿por qué no te los quitas?

- ¡Vaya por Dios! -contestó Sean burlándose-. La señorita Remilgos me está proponiendo que me bañe en pelotas. Bueno, no me importará si tú también lo haces.

Sean se quedó mirando desafiadoramente a Janet a la luz tenue del crepúsculo. Una parte de sí mismo disfrutaba poniendo en evidencia a Janet. Al fin y al cabo, ¿no había criticado su poca expresividad con los sentimientos? No estaba muy seguro de que ella recogiera el guante, pero en los últimos tiempos Janet le había estado sorprendiendo bastante, sobre todo desde que le había seguido hasta Florida.

- ¿Quién empieza? -dijo Janet.

-Lo haremos a la vez-contestó él.

Después de dudar un momento, ambos se quitaron los albornoces de toalla, luego los bañadores y se adentraron saltando en el ligero oleaje. Mientras la tarde se iba convirtiendo en noche, estuvieron revolcándose en las aguas poco pro fundas y dejando que olas en miniatura hicieran cascadas sobre sus cuerpos desnudos. Después de la rigurosa reclusión invernal en Boston, aquello les parecía el súmum del abandono, especialmente a Janet. Comprobó sorprendida que estaba disfrutando inmensamente.

Al cabo de quince minutos salieron del agua y corrieron a la playa a recoger su ropa riendo como adolescentes desbocados.

Janet empezó inmediatamente a ponerse el bañador pero Sean tenía otra idea. La cogió por la mano y tiró de ella hacia las sombras de los pinos australianos. Tendieron los albornoces sobre el lecho arenoso cubierto de agujas de pino, al borde de la playa, y se acostaron en un abrazo íntimo y alegre.

Pero no duró mucho.

Janet fue la primera en captar algo extraño. Levantó la cabeza y miró hacia la línea luminosa formada por la arena blanca de la playa.

- ¿Oíste eso? -le preguntó.

-No sé-contestó Sean, sin siquiera escuchar.

-En serio-dijo Janet-, he oído algo.

Antes de que pudieran moverse, una figura salió de las sombras que envolvían el bosquecillo de pinos. La cara del forastero se confundía con las sombras. Lo único que pudieron ver claramente era la pistola con empuñadura nacarada.

-Si esto es una propiedad privada ya nos vamos -dijo Sean mientras se sentaba.

- ¡Cierra el pico! -dijo Tom entre dientes.

No podía apartar los ojos del cuerpo desnudo de Janet.

Había pensado salir de las sombras y disparar inmediatamente contra los dos, pero ahora empezaba a dudar. No podía ver mucho en la penumbra, pero lo que veía le tenía hipnotizado.

Notaba que le costaba pensar.

Janet, al sentir sobre sí los ojos penetrantes de Tom, agarró el bañador y lo apretó contra su pecho. Pero Tom no quería perderse nada. Con la mano libre, arrancó el bañador y lo tiró a la arena.

-No debías haberte entrometido -dijo Tom secamente.

- ¿De qué está hablando?-preguntó Janet sin poder apartar los ojos de la pistola.

-Alice me avisó de que las chicas como tú me tentarían -dijo Tom.

- ¿Quién es Alice? -preguntó Sean mientras se ponía en pie. Quería que Tom dejara de hablar.

- ¡Cierra el pico! -ladró Tom, apuntando la pistola hacia Sean. Decidió que había llegado el momento de acabar con aquel individuo. Alargó el brazo y fue apretando el dedo sobre el gatillo hasta que la pistola se disparó.

La bala salió desviada. En el momento exacto que Tom apretaba el gatillo, una segunda figura oscura surgió de las sombras, se abalanzó contra Tom y lo derribó unos metros más allá.

El impacto del forastero hizo saltar la pistola de las manos de Tom. La pistola cayó al suelo a unos centímetros de los pies de Sean. Este, con el ruido de la detonación resonando todavía en sus oídos, miró con perplejidad el arma. ¡Era increíble: alguien había disparado una pistola contra él!

- ¡Coge la pistola! -consiguió decir Harris mientras se deba tía con Tom.

Fueron rodando hasta el tronco de un pino. Tom consiguió librarse un instante. Empezó a correr por la playa, pero sólo hizo unos veinte metros antes de que Harris le derribara de nuevo.

Sean y Janet superaron la sorpresa inicial y empezaron a reaccionar al mismo tiempo. Janet agarró los bañadores y los albornoces. Sean recogió la pistola. Vieron que Harris y Tom estaban rodando por la arena cerca del agua.

- ¿Pero quién nos salvó?-preguntó Janet-. ¿No deberíamos ayudarle?

-No-dijo Sean-. Sé quién es. No necesita ninguna ayuda.

Vámonos ya.

Sean agarró la mano de Janet, que no estaba muy convencida, y ambos corrieron bajo el dosel de los pinos hasta la playa y luego hacia el norte en dirección al hotel. Janet quiso en varias ocasiones mirar por encima del hombro, pero Sean continuaba empujándola. Cuando estuvieron cerca del hotel, se detuvieron un momento para ponerse la ropa.

- ¿Quién es el hombre que nos ha salvado? -preguntó Janet entre boqueadas.

-El jefe de seguridad del Forbes -dijo Sean, también agota do-. Se llama Robert Harris. No le pasará nada. Deberíamos preocuparnos más bien por el otro chalado.

- ¿Quién era? -preguntó Janet.

-No tengo la menor idea -dijo Sean.

- ¿Qué le diremos a la policía? -preguntó Janet.

-Nada -dijo Sean -. No iremos a la policía. Yo no puedo ir.

Me están buscando. Hasta que no hable con Brian no puedo.

Pasaron corriendo al lado de la piscina y entraron en el hotel.

-El hombre de la pistola tiene que estar relacionado también con el Forbes -dijo Janet-. De lo contrario, el jefe de seguridad no estaría aquí.

-Probablemente tienes razón -dijo Sean-. A no ser que Robert Harris me estuviera siguiendo, como la policía. Podría estar jugando a cazador de recompensas. Estoy seguro de que le encantaría librarse de mí.

-No me gusta nada todo esto -admitió Janet, mientras subían en el ascensor.

-A mí tampoco -dijo Sean-. Están pasando cosas raras y no tenemos ninguna pista.

- ¿Qué vamos a hacer? -preguntó Janet-. Sigo creyendo que deberíamos ir a la policía.

-Olvídate de eso, Janet. Lo primero que vamos a hacer es cambiar de hotel-dijo Sean-. No me gusta que Harris sepa dónde nos alojamos. Ya es bastante grave que sepa que estamos en Naples.

Cuando llegaron a la habitación, recogieron rápidamente sus cosas. Janet intentó convencer de nuevo a Sean para que fueran a la policía, pero él se negó rotundamente.

-Mi plan es el siguiente-dijo Sean-. Me voy a llevar el equipaje, bajaré hasta la piscina y luego saldré por las pistas de tenis. Tú sales por la puerta delantera, coges el coche, luego pasas y me recoges.

- ¿Qué cosas estás diciendo? -preguntó Janet-. ¿Por qué tenemos que irnos furtivamente?

-Nos siguieron hasta aquí, por lo menos Harris -dijo Sean-. Quiero que todo el mundo piense que seguimos aloja dos en el hotel.

Janet decidió que sería más fácil obedecer a Sean. Era evidente que no estaba de humor para discutir. Además, quizá aquella actitud paranoide estaba justificada.

Sean salió primero con el equipaje.

WAYNE EDWARDS se dirigió a paso rápido hacia el Mercedes y se acomodó en el asiento del acompañante. Sterling estaba sentado al volante.

Sterling podía ver delante suyo al joven japonés entrar en la limusina.

- ¿Qué ha sucedido? -preguntó Sterling.

-No estoy seguro -dijo Wayne-. El japonés se limitó a sentarse en el vestíbulo y a leer revistas. Luego la chica apareció sola. Está bajo la puerta cochera esperando el coche.

Ni rastro de Sean Murphy. Creo que los de la limusina están tan desorientados como nosotros.

Un empleado del aparcamiento llegó conduciendo el Pontiac rojo. Lo dejó aparcado bajo la puerta cochera.

La limusina se puso en marcha, soltando por el tubo de escape una nubecilla negra.

Sterling puso en marcha el Mercedes. Comunicó a Wayne que el reactor de Sushita se dirigía hacia Naples.

-No hay duda de que algo va a pasar -comentó Wayne.

-Estoy seguro de que será esta noche -dijo Sterling -. Tenemos que estar preparados.

En aquel momento el Pontiac rojo se puso en marcha con Janet Reardon al volante. Detrás de él llegó la limusina.

Sterling hizo un viraje completo.

Al fondo del camino, el Pontiac giró a la derecha. La limusina lo siguió.

-Me huelo algo malo-dijo Wayne-. Hay algo aquí que no me gusta. Para salir a la carretera hay que doblar a la izquierda.

El camino de la derecha no tiene salida.

Sterling giró a la derecha siguiendo a los demás. Wayne estaba en lo cierto. El camino acababa allí. Pero antes de acabar había una entrada a un gran aparcamiento tapada parcialmente por el follaje. Sterling se detuvo.

-La limusina está allí -dijo Wayne, señalando a la derecha.

-Y allí está el Pontiac-dijo Sterling con un gesto hacia las pistas de tenis-. Y allí está el señor Murphy cargando su equipaje en el maletero. No es un sistema muy ortodoxo de despedirse.

-Supongo que se creen muy listos -dijo Wayne, moviendo tristemente la cabeza.

-Quizá esta maniobra está relacionada con el señor Robert Harris-propuso Sterling.

Librodot

Esperaron a que el Pontiac rojo pasara por la salida. La limusina siguió luego. Después de esperar un rato, Sterling hizo lo propio.

-Atención al coche azul de Harris -avisó Sterling.

Wayne asintió: -Estoy vigilando-le tranquilizó.

Siguieron en dirección sur durante seis o siete kilómetros y luego cortaron por el oeste hacia el Golfo. Al final acabaron en el Gulf Shore Boulevard.

-Esta zona está bastante más construida -dijo Wayne.

A ambos lados de la carretera había edificios de condominios con el césped bien cuidado y parterres llenos de flores.

Siguieron conduciendo durante un rato hasta que vieron el Pontiac rojo doblar hacia una rampa y subir a la entrada del primer piso del Edgewater Beach Hotel. La limusina salió de la carretera pero se quedó en la planta baja y dio la vuelta al edificio. Sterling salió de la carretera y aparcó en unas plazas en diagonal a la derecha de la rampa. Paró el motor. Desde lo alto de la rampa podían ver a Sean dando instrucciones para que sacaran el equipaje del Pontiac.

-Un pequeño y agradable hotel -dijo Wayne-. Menos ostentoso.

-Creo que la fachada te está engañando -dijo Sterling-. Uno de mis contactos en la banca me contó que un suizo encantador ha comprado este hotel y lo ha convertido en un lugar elegante al estilo europeo.

- ¿Crees que Tanaka pondrá en marcha su plan desde aquí?

-preguntó Wayne.

-Está esperando, supongo, que Sean y su compañera salgan pronto para poder acorralarlos en algún lugar solitario.

-Si yo estuviera con este bombón, creo que echaría el pestillo a la puerta y pediría que me subieran la cena.

Sterling cogió el teléfono del coche.

-Ya que hablamos de la compañera del señor Murphy, veamos qué han descubierto sobre ella mis contactos en Boston.

Librodot

CAPITULO 9

SABADO, 6 DE MARZO 7.50 p.m.

-Esta habitación es fabulosa -dijo Janet mientras abría los grandes postigos de madera tropical.

Sean se acercó a ella.

-Parece como si estuviéramos suspendidos sobre la playa -dijo Estaban en la tercera planta. La playa estaba iluminada hasta el borde mismo del agua.

Los dos estaban intentando dejar atrás, de algún modo, la preocupante experiencia de la playa. Al principio Janet había deseado regresar a Miami. Pero Sean la convenció para que se quedara. Le dijo que, con independencia de la posible explicación del episodio, por lo menos era agua pasada, y que habiendo hecho todo el recorrido en coche hasta Naples, por lo menos tenían que disfrutarlo un poco.

-Preparémonos-dijo Sean-. Malcolm Betencourt nos es pera dentro de cuarenta minutos.

Mientras Janet se duchaba, Sean se sentó e intentó comunicar una vez más con Brian. Le frustró encontrarse de nuevo con el contestador automático. Dejó un tercer mensaje y dijo a su hermano que no hiciera caso del anterior número de teléfono. Le dio el número de Edgewater Beach y el número de la habitación, añadiendo que saldría para cenar pero que le llamara más tarde a la hora que fuera. Dijo que los dos debían hablar y que eso tenía una enorme importancia.

Sean llamó luego a casa de los Betencourt para comunicar les que se retrasarían unos minutos. El señor Betencourt le aseguró que-no había problema y le agradeció la llamada.

Sean, sentado en el borde de la cama mientras Janet estaba todavía en la ducha, sacó la pistola que había recogido en la playa. Abrió el cilindro y sacudió algo de arena que se había introducido en él. Era una antigua arma especial para detectives, Smith and Wesson, calibre 38. Quedaban cuatro cartuchos. Sean movió con preocupación la cabeza al pensar lo poco que había faltado para que le dieran. También pensó en la ironía de que le hubiese salvado una persona que había despertado sus antipatías desde el primer momento.

Sean cerró de golpe el cilindro del revólver y guardó el arma debajo de su camisa. Había tenido demasiados roces inexplicables con la desgracia en las últimas veinticuatro horas para desaprovechar esta oportunidad de armarse. Intuía que estaba pasando algo raro y como cualquier buen diagnosticador médico estaba intentando relacionar todos los síntomas con una sola enfermedad. Pensó intuitivamente que debía guardar el arma por si acaso. Se estaba estremeciendo todavía en su interior al recordar la sensación de desamparo que había sentido antes de que se disparara la pistola.

Sean fue a ducharse cuando Janet salió de la ducha. Janet estaba quejándose todavía porque no habían denunciado al hombre de la pistola y continuó diciéndolo mientras se maquillaba. Pero Sean se mantuvo inflexible y añadió que, en su opinión, Robert Harris era perfectamente capaz de resolver la situación.

- ¿No pareceremos sospechosos si tenemos que explicar más tarde por qué no fuimos a la policía? -insistió Janet.

Librodot

-Probablemente -aceptó Sean-. Pero éste es un problema más que Brian deberá resolver. Dejemos de hablar de esto durante un momento e intentemos disfrutar un poco.

-Otra pregunta -dijo Janet-. Aquel hombre dijo que yo me estaba entrometiendo en algo, ¿a qué podía estar refiriéndose?

Sean levantó las manos exasperado.

-Es evidente que aquel individuo estaba chalado. Probablemente estaba hundido en algún episodio psicótico de paranoia aguda. ¿Cómo puedes imaginarte que yo sepa en qué estaba pensando?

-Bueno, bueno-dijo Janet -. Cálmate. ¿Llamaste de nuevo a Brian?

Sean asintió.

-Ese vago no ha llegado todavía a casa -dijo-. Pero le dejé el número de teléfono de aquí. Probablemente llamará mientras estemos cenando.

Cuando estaban a punto de salir, Sean llamó al empleado del aparcamiento para que le llevara el coche a la entrada. Antes de dejar la habitación, Sean se puso la Smith and Wesson en el bolsillo sin que Janet lo viera.

Durante el trayecto hacia el sur por el Gulf Shore Boulevard, Janet se calmó. Incluso comenzó a hacer de nuevo comentarios sobre lo que veían y a apreciar los árboles en flor.

Observó que no había basuras ni pintadas en las paredes, ni rastro de personas sin hogar. Parecía como si los problemas de las ciudades de los Estados Unidos hubieran quedado muy lejos de Naples, Florida.

Mientras Janet intentaba que Sean mirara un árbol en flor especialmente bonito, se dio cuenta de que Sean invertía un tiempo excesivo en mirar por el retrovisor.

- ¿Qué estás buscando? -le preguntó.

-A Robert Harris -dijo Sean.

Janet miró hacia atrás y luego miró a Sean.

- ¿Lo has visto? -preguntó alarmada.

Sean movió negativamente la cabeza.

-No -dijo-. No he visto a Harris, pero creo que un coche nos está siguiendo.

- ¡Dios mío! -dijo Janet.

Desde luego, aquel fin de semana no era en absoluto lo que ella había imaginado.

De repente Sean hizo un viraje completo en medio de la carretera. Janet tuvo que agarrarse al salpicadero para sostener se. En un abrir y cerrar de ojos se encontraron yendo hacia el norte y en la dirección de donde venían.

-Es el segundo coche -dijo Sean-. Fíjate bien, a ver si adivinas de qué tipo de coche se trata y si puedes ver al conductor.

Había dos coches que se acercaban a gran velocidad hacia ellos con los faros abriéndose camino en la oscuridad. Cuando el primer coche hubo pasado, Sean aminoró la marcha y luego pasó también el segundo coche.

-Es una limusina -dijo Janet sorprendida.

-Bueno, supongo que tengo paranoia-dijo Sean algo arrepentido-. Desde luego ése no es el tipo de coche que Robert Harris podría estar conduciendo.

Sean dio repentinamente otro viraje completo y se encontraron de nuevo en dirección sur.

- ¿Te importaría avisarme un poco antes de repetir una de estas maniobras? -se quejó Janet.

Después volvió a sentarse bien en el asiento.

-Perdona -dijo Sean.

Librodot

Mientras se dirigían hacia el sur después de haber dejado atrás el casco antiguo de la ciudad, observaron que las casas eran cada vez mayores y más impresionantes. Dentro de Port Royal eran incluso más lujosas y cuando enfilaron el camino de entrada de Malcolm Betencourt, bordeado con antorchas encendidas, quedaron atónitos. Aparcaron en una zona designada "aparcamiento para visitantes", situada por lo menos a treinta metros de la puerta.

-Esto se parece más a un chateau francés trasplantado -dijo Janet-. Es enorme. ¿A qué se dedica este hombre?

-Me dijo que dirige una sociedad de negocios hospitalarios -respondió Sean.

Salió del coche, dio la vuelta t abrió la puerta de Janet.

-No sabía que podía ganarse tanto dinero con la medicina comercial-comentó Janet.

Los Betencourt resultaron unos anfitriones muy amables.

Dieron la bienvenida a Sean y Janet como si fueran viejos amigos. Incluso les riñeron bromeando por haber aparcado en una zona reservada a los del "oficio".

Provistos con copas del mejor champán con unas gotas de casis como complemento iniciaron un gran tour por aquella casa de dos mil metros cuadrados. También se dieron un paseo por los jardines, que contenían dos piscinas, una de las cuales formaba una cascada sobre la otra, y vieron un velero de madera de teca de cuarenta metros amarrado a un muelle de considerables dimensiones.

-Algunas personas dirán que esta casa es quizá algo grande -dijo Malcolm cuando se hubieron sentado-, pero Harriet y yo estamos acostumbrados a disponer de mucho espacio. De hecho, nuestra casa de Connecticut es algo mayor.

-Además, continuamente tenemos invitados -dijo Harriet.

Luego hizo sonar una campanita y apareció un criado con el primer plato. Otro criado les sirvió vino blanco seco.

- ¿O sea que estás estudiando en el Forbes? -dijo Malcolm a Sean-. Tienes mucha suerte. Es un lugar excelente. Supongo que has hablado con el doctor Mason.

-Con el doctor Mason y con la doctora Levy -dijo Sean.

-Están consiguiendo resultados maravillosos -dijo Malcolm-. Claro que no hace falta que lo diga. Como ya sabes, yo soy una prueba viva de ello.

-Estoy seguro de que está agradecido -dijo Sean-. Pero...

-Agradecido es poco-le interrumpió Malcolm-. Me han dado una segunda oportunidad de vivir, y les estoy más que agradecido.

-Hemos donado cinco millones de nuestra fundación -dijo Harriet-. Los estadounidenses tenemos que depositar nuestros recursos en las instituciones que consiguen resultados, en lugar de seguir la política de favoritismo del Congreso.

-Harriet tiene ideas muy claras sobre el tema de la investigación-explicó Malcolm.

-Creo que tiene razón-admitió Sean-. Pero, señor Betencourt, yo soy un doctorando de medicina y lo que me interesa es su experiencia como paciente. Me gustaría oírla de su propia boca. ¿Qué concepto se formó del tratamiento que le dieron?

Estoy seguro de que se interesó por él, sobre todo teniendo en cuenta su ocupación.

- ¿Te refieres a la calidad del tratamiento o al tratamiento en sí?

Librodot

-Al tratamiento en sí -dijo Sean.

-Soy un hombre de negocios, no un médico -dijo Malcolm-. Pero me considero un lego informado. Cuando ingresé en el Forbes iniciaron inmediatamente la inmunoterapia con un anticuerpo. El primer día tomaron una biopsia del tumor y luego extrajeron glóbulos blancos de la sangre. Incubaron los glóbulos blancos con el tumor para sensibilizarlos y convertir los en "células matadoras". Finalmente inyectaron en mi torrente sanguíneo mis propios glóbulos blancos sensibilizados.

Tengo entendido que el anticuerpo recubrió las células cancerosas y luego llegaron las células matadoras y se las comieron.

Malcolm se encogió de hombros y miró a Harriet por si deseaba añadir algo.

-Así fue -dijo ella, asintiendo-. Los glóbulos se dirigieron hacia los tumores y los liquidaron.

-Al principio mis síntomas empeoraron algo -dijo Malcolm-. Pero luego conseguí mejorar progresivamente. Seguimos los progresos en el RMN. Los tumores se fundieron sin más, y hoy me siento fenomenal. -Se golpeó el pecho con el puño para hacer hincapié en lo dicho.

- ¿Y ahora está siguiendo un tratamiento ambulatorio?

-preguntó Sean.

-Así es -dijo Malcolm-. De momento, debo volver allí cada seis meses, pero el doctor Mason está convencido de que estoy curado, por lo tanto espero que alarguen el período a un año. Cada vez que voy allí me administran una dosis de anticuerpo para estar sobre seguro.

- ¿Y no tiene más síntomas?-preguntó Sean.

-Nada-dijo Malcolm-. Estoy perfectamente en forma.

Quitaron los primeros platos. Llegó el plato principal junto con un vino tinto suave. Sean se sentía muy tranquilo, a pesar del episodio de la playa. Miró un instante a Janet, que mantenía una conversación aparte con Harriet; resultó que tenían en común amigos de familia. Janet sonrió a Sean cuando vio que la miraba. Era evidente que también ella se lo estaba pasando bien.

Malcolm probó con satisfacción su vino.

-No está mal, para un Napa del '86-dijo. Dejó la copa en la mesa y miró a Sean-. No solamente no tengo síntomas del tumor cerebral, sino que me siento muy bien. Mejor de lo que me sentí durante años. Desde luego, quizá estoy comparando mi estado con el del año que pasé antes de la inmunoterapia, que fue infernal. No podían haberme pasado más cosas. Primero tuve una operación de rodilla, que no fue muy divertida.

Luego una encefalitis y luego el tumor cerebral. Durante este año me he sentido perfectamente. Ni siquiera me he resfriado.

- ¿Tuvo encefalitis? -preguntó Sean con el tenedor suspendido ante la boca.

-Sí -dijo Malcolm-. Fui una rareza médica. Alguien podía haberse doctorado sólo con mi caso. Tuve dolores de cabeza, fiebre y en general no me sentía muy bien y... -Malcolm se inclinó sobre la mesa y se cubrió la boca con la mano-. Cuando hacía pipí me escocía el pito. -Luego miró hacia las mujeres para asegurarse de que no le habían oído.

- ¿Cómo supo que era encefalitis? -preguntó Sean.

Depositó el tenedor en el plato sin haberlo tocado.

-Bueno, lo peor fueron los dolores de cabeza -dijo Malcolm-. Visité a mi internista local, quien me envió al Columbia Presbyterian. Allí están acostumbrados a ver las cosas más extrañas, enfermedades de todo tipo, exóticas y tropicales. Me visité con todas aquellas eminencias en enfermedades

Librodot

infecciosas. Fueron ellos quienes supusieron que tenía encefalitis y luego lo demostraron con un método nuevo llamado polimerasa no sé qué.

-Reacción en cadena de la polimerasa -dijo Sean como si hablara en trance-. ¿Qué clase de encefalitis era?

-Dijeron que era una E S L -dijo Malcolm-. Es decir encefalitis de St. Louis. Todos se sorprendieron mucho, por que no era precisamente la estación. Pero yo había hecho un par de viajes. En todo caso la encefalitis no fue muy grave y después de descansar y guardar cama me sentí bien. Luego, dos meses después, ¡pataplam!, mi primer tumor cerebral. Pensé que se había acabado todo. Lo mismo pensaron mis médicos en el norte. Primero pensaron que se había difundido desde otro lugar, el colon o la próstata. Pero cuando vieron que estos órganos estaban perfectamente, decidieron realizar una biopsia. Lo demás, como es lógico, pertenece a la historia.

Malcolm tomó un poco más de comida, la masticó y la tragó. Bebió un poco de vino. Luego miró de nuevo a Sean.

Sean no se había movido. Parecía petrificado. Malcolm se inclinó sobre la mesa y le miró a los ojos.

- ¿Cómo te encuentras, muchacho?-preguntó.

Sean parpadeó como si estuviera saliendo de un trance.

-Estoy bien -dijo tartamudeando.

Pidió perdón rápidamente por poner aquella cara y dijo que la historia de Malcolm le había asombrado. Dio muchísimas gracias a Malcolm por haber querido compartir su historia con él.

-El placer fue mío -dijo Malcolm-. Si puedo ayudar a formar a unos cuantos doctorándos como tú, pensaré que estoy devolviendo parte del interés de la deuda que tengo pendiente con la profesión médica. Si no fuera por su mentor, el doctor Mason, y su colega la doctora Levy, yo no estaría aquí hoy en día.

Malcolm dirigió luego su atención a las mujeres y mientras todos, excepto Sean, tomaban la cena, la conversación pasó a Naples y a la decisión que tomaron los Betencourt de construir su casa en el lugar.

- ¿Qué os parece si tomamos los postres en la terraza, sobre la piscina? -propuso Harriet cuando hubieron retirado los platos.

-Lo siento, pero tendremos que prescindir de los postres -dijo Sean, abriendo la boca después de haber mantenido un largo silencio-. Janet y yo hemos estado trabajando durísimamente. Lo siento, pero creo que tenemos que volver al hotel antes de que nos durmamos de pie. ¿No es cierto, Janet?

Janet asintió y sonrió sin mucha naturalidad. No era una sonrisa motivada por una alegre aceptación. Era un intento de ocultar su mortificación.

Al cabo de cinco minutos se estaban despidiendo en el gran vestíbulo de los Betencourt mientras Malcolm repetía a Sean que le llamara directamente si quería hacerle más preguntas.

Le dio el teléfono de-su línea directa privada. Cuando se cerró la puerta tras de ellos y empezaron a caminar por el amplio camino de entrada, Janet dijo furiosa: -Fue una manera muy poco educada de finalizar la velada.

Ellos eran muy amables y tú, en cambio, decides irte prácticamente a mitad de la cena.

-La cena había terminado -le recordó Sean-. Harriet estaba hablando de los postres. Además, no podía estar sentado con ellos ni un minuto más. Malcolm me abrió los ojos sobre varias cosas extraordinarias. No sé si estabas escuchando cuando describió su enfermedad.

Librodot

-Estaba hablando con Harriet -dijo Janet con irritación -Dijo que tuvo una operación, encefalitis, y luego el tumor cerebral, todo en un período de unos cuantos meses.

- ¿Y esto qué sentido tiene para ti? -preguntó Janet.

-Me hizo recordar que tanto Helen Cabot como Louis Martin tenían la misma historia -dijo Sean-. Lo sé porque redacté sus fichas e hice las pruebas físicas.

- ¿Crees que estas enfermedades están relacionadas de algún modo? -preguntó Janet.

Su tono se había dulcificado.

-Creo que observé una secuencia y unos episodios semejantes en algunas de las fichas que copiamos-dijo Sean-. No estoy seguro porque no era esto lo que buscaba, pero aunque sólo fueran tres casos, la posibilidad de una coincidencia es muy pequeña.

- ¿A qué te refieres? -preguntó Janet.

-No lo sé seguro -dijo Sean-. Pero estoy convencido de que quiero ir a Cayo Hueso. El Centro Forbes tiene allí un laboratorio de diagnóstico separado, donde se envían las biopsias. Este es uno de los trucos favoritos de los hospitales: tener laboratorios casi independientes para sacar los máximos beneficios de los trabajos que deben enviar a un laboratorio de diagnóstico, de este modo se saltan la prohibición de hacer los diagnósticos en casa.

-Tengo el próximo fin de semana libre, sábado y domingo -dijo Janet-. No me importaría visitar Cayo Hueso.

-No quiero esperar -dijo Sean-. Quiero ir ahora mismo.

Creo que hemos encontrado la pista de algo interesante.

También estaba pensando que la policía le estaba buscando y que, si no podía ponerse en contacto con Brian, esperar una semana quizá era un lujo excesivo.

Janet se detuvo de repente y miró su reloj. Eran las diez pasadas.

- ¿Hablas de ir esta misma noche? -preguntó con incredulidad.

-Veamos primero si queda muy lejos. Luego podremos decidir.

Janet comenzó a caminar de nuevo y pasó al lado de Sean, quien se había detenido cuando ella lo hizo.

-Sean, cada vez te estás volviendo más incomprensible y más chalado-dijo-. Llamas a la gente en el último momento, ellos te invitan amablemente a cenar, luego los dejas plantados en medio de la cena porque de repente se te ocurre ir a Cayo Hueso. No puedo más. Pero debo decirte algo: Esta señora se niega esta noche a ir a Cayo Hueso. Estoy...

Janet no finalizó su furioso monólogo. Al dar la vuelta al Pontiac, que estaba oculto parcialmente por un gran baniano, chocó prácticamente con un personaje de traje oscuro, camisa blanca y corbata oscura. Su rostro y su pelo estaban sumidos en las tinieblas.

Janet contuvo la respiración. Todavía estaba nerviosa por el episodio de la playa, y encontrarse con otro hombre que salía de las sombras, la asustó terriblemente. Sean iba hacia ella cuando lo detuvo una figura oscura parecida que estaba junto a su lado del coche.

A pesar de la poca luz, Sean comprendió que el hombre que tenía delante era asiático. En un santiamén una tercera persona se había situado detrás de él. Durante un momento nadie habló. Sean giró la cabeza y miró a la casa para estimar el tiempo que tardaría en llegar corriendo a la puerta delantera.

También pensó en lo que haría cuando llegara a la puerta. Por desgracia, dependería mucho de la rapidez con que Malcolm Betencourt pudiera abrir.

-Por favor -dijo el hombre que estaba delante de Sean en perfecto inglés-. El señor Yamaguchi agradecería mucho que usted y su compañera tuvieran unas palabras con él.

Sean miró a cada uno de los tres hombres. Todos ellos tenían un aura de confianza y tranquilidad totales y eso puso nervioso a Sean. Sean podía sentir el peso de la pistola de Tom en el bolsillo de la chaqueta, pero no se atrevió a sacarla. No tenía ninguna experiencia con armas de fuego y era imposible que pudiera disparar contra aquellas personas. Y no le gustaba imaginar lo que podían hacer ellos a cambio.

-Sería lamentable que hubiera problemas -dijo la misma persona-. Por favor, el señor Yamaguchi está esperando en un coche aparcado en la calle.

-Sean -le llamó Janet por encima del coche con una voz temblorosa-. ¿Quiénes son?

-Lo ignoro-respondió Sean. Luego preguntó al hombre que tenía delante-. ¿Puede darme una indicación de quién es el señor Yamaguchi y de por qué tiene tanto interés en hablar con nosotros?

-Por favor-repitió el hombre-. El propio señor Yamaguchi se lo contará. Por favor, el coche está sólo a unos pasos de aquí.

-Bueno, si lo pide con tanta amabilidad -dijo Sean-. Desde luego, claro que quiero saludar al señor Yamaguchi.

Sean se giró y comenzó a dar la vuelta al coche. El hombre que estaba detrás de él le dejó pasar. Sean puso un brazo sobre el hombro de Janet y los dos empezaron a andar hacia la calle.

El japonés más alto, que se había puesto delante de Sean, abrió la marcha. Los otros dos les siguieron en silencio.

La limusina estaba aparcada debajo de una hilera de árboles y era tan oscura que apenas pudieron verla hasta que estuvieron a unos metros. El hombre más alto abrió la puerta trasera y con un gesto pidió a Sean y a Janet que entraran.

- ¿No podría salir el señor Yamaguchi?-dijo Sean.

Se preguntó si era la misma limusina que parecía seguirlos cuando iban a casa de los Betencourt. Supuso que sí.

-Por favor -dijo el japonés más alto -. Dentro estarán mucho más cómodos.

Sean hizo un gesto a Janet para que entrara y luego la siguió.

Casi inmediatamente se abrió la otra puerta de atrás, y uno de los japoneses callados se sentó al lado mismo de Janet. Otro hombre siguió inmediatamente a Sean. El más alto entró delante, se puso al volante y arrancó el coche.

- ¿Qué pasa ahora, Sean? -preguntó Janet.

Su sorpresa inicial se estaba convirtiendo en alarma.

- ¿Señor Yamaguchi? -preguntó Sean.

Enfrente de él podía ver apenas la figura de un hombre sentado en uno de los asientos al lado de una consola con un pequeño televisor.

-Muchas gracias por haber venido-dijo Tanaka haciendo una ligera inclinación. El acento era apenas perceptible-. Le pido disculpas por estos asientos poco cómodos, pero el recorrido será corto.

El coche se puso en marcha de golpe. Janet cogió la mano de Sean.

-Ustedes son muy corteses -dijo Sean-. Y se lo agradezco.

Pero también me gustaría tener idea de lo que está pasando aquí y de hacia a dónde vamos.

-Le han invitado a tomarse unas vacaciones -dijo Tanaka.

Librodot

Su blanca dentadura brilló en la oscuridad. Cuando pasaron bajo una farola, Sean pudo ver por primera vez el rostro de aquel hombre. Era un rostro tranquilo pero decidido. No había en él signo alguno de emoción.

-Su viaje es por cortesía de Industrias Sushita-continuó diciendo Tanaka-. Puedo asegurarle que le tratarán muy bien.

Las Industrias Sushita no se tomarían tantas molestias si no tuvieran un gran respeto por usted. Lamento que deba hacerse de este modo furtivo y bárbaro, pero tengo mis órdenes.

También lamento que su compañera esté complicada en este asunto, pero sus anfitriones la tratarán con igual respeto. Su presencia en este momento es una ventaja porque estoy seguro que usted no deseará que le suceda nada malo. Por lo tanto, señor Murphy, por favor, no intente nada heroico. Mis colegas son profesionales.

Janet empezó a quejarse, pero Sean le apretó la mano para que callara.

_ ¿Y adónde vamos? -preguntó Sean.

-A Tokio -dijo Tanaka como si no estuviera respondiendo.

En el interior se hizo un silencio tenso mientras el coche continuó su marcha hacia el nordeste. Sean pasó revista a las opciones que tenía. No tenía muchas. La amenaza de violencia contra Janet era algo a tener en cuenta. Y la pistola en el bolsillo no le tranquilizaba en absoluto.

Tanaka no les había engañado sobre el viaje. En menos de veinte minutos llegaron a la zona de aviación general del aeropuerto de Naples. Era ya muy entrada la noche del sábado y los signos de vida eran mínimos: sólo unas cuantas luces en el edificio principal. Sean intentó pensar en cómo alertar a alguien, pero el espectro de que Janet saliera perjudicada lo con tuvo. Desde luego no deseaba que se lo llevaran por la fuerza al Japón, pero no podía imaginar un medio factible para impedirlo.

La limusina pasó una entrada en la valla de malla metálica y enfiló la pista. Pasó de largo ante la parte trasera del edificio de aviación general y luego se dirigió a un gran reactor privado que estaba claramente preparado para despegar en cualquier momento. Tenía los motores en marcha, las luces contra colisiones y de navegación estaban destellando. Tenía la puerta abierta y la escalera retráctil estaba bajada.

La limusina se detuvo a unos veinte metros del avión.

Pidieron correctamente a Sean y a Janet que salieran del coche y recorrieran la corta distancia que les separaba de los peldaños. Sean y Janet se taparon los oídos con las manos para protegerse del rugido del reactor y se dirigieron de mala gana hacia el avión como les habían ordenado. Sean consideró de nuevo las posibilidades con que contaba. Ninguna parecía prometedora. Miró a los ojos a Janet. Parecía aturdida. Ambos se detuvieron al pie de la escalera.

-Por favor -gritó Tanaka por encima del ruido de los motores, mientras gesticulaba para que Sean y Janet subieran las escaleras.

Sean y Janet se miraron de nuevo. Sean asintió con la cabeza indicando a Janet que subiera y luego la siguió. Tuvieron que agacharse para pasar la entrada, pero una vez dentro pudieron incorporarse. A la izquierda estaba la cabina del piloto con la puerta cerrada.

El interior del avión era sencillo pero elegante, recubierto de caoba de tinte oscuro y cuero bronceado. La alfombra era de color verde oscuro. Los asientos consistían en una serie de butacas reclinables que podían girar para mirar en cualquier dirección y que estaban tapizados. En la parte trasera del avión había una pequeña cocina y la puerta de un lavabo. En un estante de la cocina había una botella abierta de vodka y unas rodajas de limón. Sean y Janet se

Librodot

detuvieron cerca de la puerta sin saber exactamente dónde ir. Una de las butacas cercanas estaba ocupada por un hombre de aspecto europeo vestido con un traje de negocios. Igual que el japonés, tenía un aura de tranquila confianza. Sus rasgos eran angulosos y regulares; tenía el pelo algo rizado. En la mano derecha sostenía una copa. Sean y Janet pudieron oír el tintineo de los cubitos contra el cristal cuando se la llevó a los labios.

Tanaka, que había subido detrás mismo de Sean y Janet, vio al blanco segundos después que ellos. Pareció sobresaltarse.

El japonés más alto chocó contra Tanaka, que se había detenido demasiado repentinamente. El choque hizo brotar de Tanaka una serie rápida de irritados sonidos japoneses.

El japonés más alto comenzó a contestar, pero le interrumpió el blanco.

-Debo advertirles -dijo en inglés-que hablo perfectamente japonés. Mi nombre es Sterling Rombauer.

Dejó la copa en un hueco del brazo de la butaca previsto para este fin. Se incorporó, sacó una tarjeta de visita y la alargó a Tanaka mientras se inclinaba con deferencia.

Tanaka hizo también una reverencia al mismo tiempo que Sterling mientras tomaba la tarjeta y, a pesar de la sorpresa evidente que sentía por la presencia de Sterling, examinó la tarjeta con cuidado y se inclinó de nuevo. Luego habló rápidamente en japonés al compañero que tenía detrás.

-Creo que yo puedo responder mejor a esto -dijo Sterling tranquilamente mientras se sentaba de nuevo y levantaba la copa-. El piloto, el copiloto y los ayudantes de vuelo no están en la cabina, están descansando en el lavabo.

Sterling hizo un gesto por encima del hombro.

Tanaka habló de nuevo irritadamente con su cohorte en japonés.

-Le ruego que me disculpe por interrumpirle de nuevo -dijo Sterling-. Pero lo que usted le está pidiendo a su socio que haga no es muy razonable. Si examina cuidadosamente la situación, comprenderá que no sería muy lógico que estuviera aquí solo. Y desde luego, si usted mira por estribor verá un vehículo ocupado por un cómplice que tiene en este momento en la mano un teléfono portátil programado para comunicarse rápidamente con la policía. En este país, el secuestro es un delito; de hecho, es un crimen.

Tanaka miró de nuevo la tarjeta de visita de Sterling como si le hubiera pasado por alto algo en el primer examen.

- ¿Qué desea? -preguntó en inglés.

-Creo que debemos hablar, señor Tanaka Yamaguchi -contestó Sterling. Hizo sonar los cubitos de su bebida y tomó un último trago-. En la actualidad represento los intereses del Centro Forbes contra el Cáncer. Su director no quiere poner en peligro la relación del Centro con Industrias Sushita, pero todo tiene sus límites. El director no quiere que se lleven ustedes al señor Murphy al Japón.

Tanaka calló.

-Señor Murphy -dijo Sterling ignorando de momento a Tanaka-, ¿le importaría que el señor Yamaguchi y yo nos quedáramos unos momentos a solas? Le propongo que usted y su compañera bajen del avión y se reúnan con mi socio en el coche. Espérenme allí, por favor. No tardaré mucho.

Tanaka no intentó dar contraorden a la propuesta de Sterling. Sean no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Cogió la mano de Janet, ambos pasaron al lado de Tanaka y su acompañante, bajaron los pocos peldaños de la escalera y corrieron hacia el coche sin luces aparcado perpendicularmente al avión.

Cuando Sean llegó a la altura del Mercedes, pasó a la puerta trasera del lado de los pasajeros y la abrió. Hizo entrar a Janet y luego entró él. Antes de

Librodot

cerrar la puerta, Wayne Edwards les saludó con un cordial “Hola, chicos”. Aunque había girado brevemente la cabeza hacia ellos cuando entraron, su atención se centró de nuevo en el avión, que podía ver claramente por el parabrisas.

-No quisiera que me consideraran poco acogedor -continuó diciendo-, pero quizá sería mejor que esperaran en la terminal.

-El señor Rombauer dijo que nos fuéramos con usted -replicó Sean.

-Sí, ya lo sé -dijo Wayne-. Este era el plan. Pero he estado pensando en ello. Si algo falla y el avión comienza a moverse, me voy a tirar contra las ruedas delanteras. Los asientos de detrás no tienen bolsas de aire.

-Entiendo -dijo Sean.

Salió del coche y tendió la mano a Janet. Los dos se dirigieron hacia el edificio de aviación general.

-Todo se pone cada vez más confuso -se quejó Janet-. Vivir contigo es como caminar sobre la cuerda floja. ¿Qué está pasando, Sean Murphy?

-Me gustaría saberlo -dijo Sean-. Quizá creen que sé más de lo que sé.

_ ¿Y qué puede significar esto?

Sean se encogió de hombros.

-Lo único que sé es que nos hemos librado por casualidad de un viaje no deseado al Japón -dijo Sean.

- ¿Pero por qué al Japón?-preguntó Janet.

-No estoy muy seguro -dijo Sean-. Pero Hiroshi, el japonés del Forbes, me ha estado espiando desde que me presenté, y un japonés visitó recientemente a mi madre preguntando por mí. La única explicación que puedo imaginar es que me consideran, de algún modo, un riesgo para sus inversiones en el Forbes.

-Todo esto es una locura -dijo Janet-. ¿Quién era el hombre del avión que nos sacó de allí?

-No le había visto nunca -dijo Sean-. Es un elemento más del misterio. Dijo que estaba trabajando para el Forbes.

Al llegar al edificio de aviación general, descubrieron que la puerta estaba cerrada.

- ¿Y ahora qué?-preguntó Janet.

-Por favor, tranquilízate -dijo Sean-. No nos vamos a quedar aquí.

Le tomó la mano, rodearon el edificio de hormigón de dos pisos y salieron del campo de aviación por la misma puerta por donde había entrado la limusina. Frente al edificio había un aparcamiento bastante grande. Sean empezó a tentar las puertas de cada uno de los coches.

-Por favor, no me digas nada. Voy a adivinarlo -dijo Janet-. Ahora, para completar la noche, vas a robar un coche.

-Tomarlo prestado es más exacto -dijo Sean.

Encontró un Chevrolet Celebrity con las puertas sin cerrar.

Después de inclinarse y meter la mano debajo del salpicadero, se puso al volante.

-Entra-la llamó-. Va a ser fácil.

Janet dudó, pensando una vez más que la arrastraban a algo que de entrada no quería. La idea de meterse en un coche robado no era muy atractiva, sobre todo después de los problemas que habían tenido.

- ¡Entra!-repitió Sean.

Janet abrió la puerta y obedeció.

Sean puso en marcha inmediatamente el coche, con gran consternación de Janet.

-Siempre un profesional -comentó desdeñosamente.

-La práctica lleva a la perfección -dijo Sean.

En el cruce de la entrada del aeropuerto con la carretera del condado, Sean dobló hacia la derecha. Continuaron durante un momento en silencio.

- ¿Tengo permiso para preguntar hacia dónde vamos? -preguntó Janet.

-No estoy seguro-dijo Sean-. Me gustaría parar en algún lugar y preguntar por el camino de Cayo Hueso. Lo malo es que esta ciudad es muy tranquila, y sólo son las once de la noche de un sábado.

- ¿Por qué no me llevas de nuevo a la casa de los Betencourt? -dijo Janet-. Cogeré mi coche de alquiler y volveré al hotel. Luego tú puedes marcharte a Cayo Hueso si tanto te in teresa.

-No creo que sea una buena idea -dijo Sean-. Los japoneses no se presentaron en casa de los Betencourt por casualidad.

Estaban en la limusina que despertó mis sospechas. Es evidente que nos siguieron desde el Edgewater Beach Hotel, lo que significa que deben de haber estado siguiéndonos desde el Ritz Carlton. Lo más probable es que nos hayan seguido desde el Forbes.

-Pero los otros también nos siguieron -dijo Janet.

-Sin duda cruzó los Everglades una auténtica caravana -continuó Sean-. Pero lo cierto es que no podemos volver ni al coche ni al hotel. Si lo hacemos nos arriesgamos a que continúen persiguiéndonos.

-Y supongo que no podemos ir a la policía -dijo Janet.

-Claro que no -dijo Sean secamente.

- ¿Y nuestras cosas?-preguntó Janet.

-Llamaremos desde Miami y que nos las envíen -dijo Sean-. También llamaremos a los Betencourt informándoles sobre el coche. Hertz tendrá que hacerse cargo de él. Eso no es lo importante. Es más importante que ahora ya no nos sigue nadie.

Janet suspiró. Tenía sus dudas. Quería irse a la cama. Pero Sean estaba diciendo cosas razonables en una situación que no lo era. El episodio con el japonés la había asustado, la había asustado casi tanto como el episodio de la playa.

-Aquí hay gente -dijo Sean-. Voy a preguntar.

Delante de ellos vieron una hilera de coches aparcados cerca de un gran cartel luminoso que anunciaba el Oasis, un night club o discoteca. Sean se detuvo a un lado de la carretera. La cola que esperaba al empleado del aparcamiento se alargaba porque había una zona que estaba medio llena de botes con sus remolques. El Oasis compartía el aparcamiento con una marina de tierra firme.

Sean bajó del Celebrity y fue sorteando los coches aparcados hasta llegar a la entrada de la discoteca. Sonidos graves que hacían resonar la columna vertebral emanaban de la puerta abierta. Después de esperar en la tarima del empleado del aparcamiento, Sean acorraló a uno de los empleados y le preguntó por dónde se iba al muelle de la ciudad. El hombre acosado describió rápidamente el camino con grandes gestos.

Unos minutos después Sean estaba de nuevo en el coche.

Repitió a Janet lo que le habían dicho para que le ayudara.

- ¿Por qué vamos al muelle? -preguntó Janet-. ¿O te pare ce una pregunta tonta?

- ¡Por favor, no te enfades conmigo! -le suplicó Sean.

- ¿Con quién puedo enfadarme? -dijo Janet-. Hasta ahora este fin de semana no se parece nada a lo que había imaginado.

-Reserva tu enfado para el chalado de la playa o para aquellos japoneses paranoicos -dijo Sean.

- ¿Y qué me dices del muelle? -preguntó Janet de nuevo.

Librodot

-Cayo Hueso está al sur mismo de Naples -dijo Sean-. Al menos eso es lo que recuerdo del mapa. Los Cayos describen una curva hacia poniente. Si tomamos una barca, probablemente llegaremos allí con más facilidad y también con más rapidez. Incluso podríamos dormir un poco. Además, no tendremos que ir en un coche prestado.

Janet no dijo nada. La idea de pasar toda la noche navegan do era el final adecuado de un día tan loco.

Encontraron fácilmente los muelles de la ciudad al fondo de una calle sin salida con una gran asta de bandera a la entrada.

Pero los muelles fueron una decepción para Sean. Había esperado encontrar mucha más actividad, porque le habían dicho que la pesca deportiva era muy popular en la costa oeste de Florida. La única marina estaba cerrada a cal y canto. En un tablón de anuncios había unas cuantas ofertas de botes de alquiler para pescar y poca cosa más. Después de aparcar el coche se pasearon por el embarcadero. Los botes comerciales, de mayores dimensiones, estaban todos a oscuras.

Cuando hubieron regresado al coche, Janet se inclinó sobre la capota.

- ¿Alguna idea brillante más, señor Einstein?

Sean estaba pensando. La idea de llegar a Cayo Hueso por mar continuaba atrayéndole. Desde luego era demasiado tarde para alquilar otro coche. Además, cuando llegaran allí estarían agotados. Cerca del muelle había un restaurante-bar llamado muy apropiadamente El Muelle.

Sean señaló hacia él.

-Vamos allá -dijo -. Necesito una cerveza. Y podemos preguntar al camarero si conoce a alguien que alquile botes.

El Muelle era un local rústico y provisional construido con planchas de madera tratadas a presión y provisto de mesas fabricadas con escotillas. No había ventanas, sólo unas aberturas que podían cerrarse con postigos. En lugar de cortinas, había una colección de redes de pescar, boyas y otros aparatos náuticos. Unos cuantos ventiladores giraban lentamente colgados del techo. A lo largo de una pared, había una barra de madera bruñida y oscura en forma de J.

Un pequeño grupo de personas estaba alrededor de la barra mirando un partido de baloncesto en un televisor situado en lo alto de una pared, a un lado de la entrada. No era exactamente como el Old Scully's de Charlestown, pero Sean pensó que el lugar tenía un aspecto confortable. De hecho empezó a sentir una cierta nostalgia.

Sean y Janet encontraron un lugar en la barra, de espaldas al televisor. Había dos camareros, uno alto, serio y con bigote, y otro fornido con una sonrisita inalterable en el rostro. Ambos iban vestidos de un modo informal, con camisetas de manga corta con dibujos y shorts oscuros. Llevaban anudados alrededor de la cintura delantales cortos.

El camarero más alto llegó inmediatamente y depositó dos posavasos circulares de cartón delante de Sean y de Janet con un movimiento ágil de muñeca.

- ¿Qué tomarán? -preguntó.

-Veo que tienen fritada de conchas -dijo Sean mientras leía un gran menú pegado a la pared.

-Desde luego -dijo el camarero.

-Tráiganos una ración -dijo Sean-. Y yo quiero cerveza de barril ligera. -Sean miró a Janet.

-Lo mismo-dijo ella.

Pronto les pusieron unas jarras escarchadas de cerveza, y Sean y Janet tuvieron sólo un momento para comentar lo tranquilo que era el lugar antes de que llegara la fritada de conchas.

- ¡Caramba! -comentó Sean-. ¡Qué rápido!

-La buena comida necesita su tiempo -dijo el camarero.

A pesar de todo lo que habían vivido aquella noche, tanto Sean como Janet soltaron una carcajada. El camarero, como cualquier buen comediante, ni siquiera sonrió.

Sean aprovechó el momento para preguntar sobre botes.

- ¿Qué clase de bote le interesa?-preguntó el camarero.

Sean se encogió de hombros.

-No sé mucho sobre botes -admitió-. Queremos llegar esta noche a Cayo Hueso. ¿Cuánto tiempo necesitaríamos?

-Eso depende -dijo el camarero -. En línea recta son noventa millas. Con un bote de buen tamaño, se puede llegar allí en tres o cuatro horas. - ¿Tiene idea de si podremos encontrar a alguien que nos lleve? -preguntó Sean.

-Le costará dinero -dijo el camarero.

- ¿Cuánto?

-Quinientos, seiscientos -dijo el camarero encogiéndose de hombros.

- ¿Aceptan tarjetas de crédito? -preguntó Sean.

Janet empezó a quejarse, pero Sean le apretó la pierna por debajo de la barra.

-Te pagaré -susurró.

El camarero se fue a un rincón donde había un teléfono.

STERLING MARCÓ EL número privado de Randolph Mason con un placer malicioso. Aunque le pagaban bien, no le gustaba estar trabajando a las dos de la madrugada. Pensó que también el doctor Mason se molestaría.

La voz del doctor Mason sonó débil y cargada de sueño, pero pareció encantado de oír a Sterling.

-He resuelto el enigma Tanaka-Sushita -anunció Sterling-. Incluso hemos recibido confirmación por fax desde Tokio. No van a secuestrar al señor Murphy. Puede quedarse en el Centro Forbes contra el Cáncer con la condición de que usted garantice personalmente que no entrará en contacto con secretos patentables.

-No puedo garantizar esto -dijo el doctor Mason -. Es demasiado tarde.

Sterling quedó demasiado sorprendido para decir nada.

-Han pasado más cosas -explicó el doctor Mason-. El hermano de Sean Murphy, Brian Murphy, se ha presentado en Miami preocupado por Sean. Al no poder localizarle, se puso en contacto conmigo. Me informó de que la policía de Miami está buscando a Sean por un escalo en una funeraria y robo no autorizado del cerebro de un cadáver.

- ¿Tiene alguna relación este cerebro con el Centro Forbes contra el Cáncer? -preguntó Sterling.

-Mucha -dijo el doctor Mason-. La fallecida era paciente del Forbes. Era una de nuestras pacientes de meduloblastoma, y podría añadir que es la única fallecida en los últimos años. El problema es que nuestro protocolo de tratamiento todavía no está protegido con una patente.

- ¿Significa esto que Sean Murphy podría estar en posesión de secretos patentables al tener este cerebro a su disposición?

-Exactamente -dijo el doctor Mason-. Como siempre, das en el clavo. He dado instrucciones ya a los agentes de seguridad del Forbes para que no dejen

Librodot

entrar al señor Murphy en nuestros laboratorios. Lo que ahora me interesa es que consigas entregarlo a la policía.

-Esto podría ser difícil -dijo Sterling-. El señor Murphy y la señorita Reardon han desaparecido. Te estoy llamando desde su hotel. Han dejado aquí sus pertenencias, pero no creo que tengan previsto regresar. Son más de las dos de la madrugada. Temo que no valoré lo suficiente su capacidad de residencia. Pensé que, después de rescatarlos del planeado secuestro, su situación de alivio les habría vuelto más pasivos. Ha sido precisamente lo contrario. Me imagino que se apoderaron de un automóvil y se fueron en él.

-Quiero que los encuentres -dijo el doctor Mason.

-Te agradezco la confianza que demuestras en mis capacidades -dijo Sterling-. Pero el carácter de la misión está cambiando. Creo que te interesaría contratar a un investigador privado normal, que cobrará unos emolumentos bastante inferiores a los míos.

-Quiero que continúes con ese trabajo -dijo el doctor Mason. Su voz tenía un tono de desesperación-. Quiero que Sean Murphy sea entregado a la policía lo más pronto posible.

De hecho, sabiendo lo que sé ahora, desearía que hubieses dejado que se lo llevaran los japoneses. Te pagaré lo acordado más una mitad. Pero hazlo.

-Eres muy generoso -dijo Sterling-. Pero, Randolph...

-Multiplica por dos el tiempo -dijo el doctor Mason-. Si busco a otra persona para que se ocupe de esto, el retraso sería excesivo. Quiero que Sean Murphy esté en manos de la policía ahora mismo.

-Muy bien -dijo Sterling de mala gana-. Continuaré con la misión. Pero debo advertirte que si la señorita Reardon no utiliza su tarjeta de crédito, no tengo medios de localizarle hasta que se presente de nuevo en Miami.

- ¿La tarjeta de ella? -preguntó el doctor Mason.

-Así pagaron las facturas del hotel -dijo Sterling.

-No me has fallado nunca -dijo el doctor Mason.

-Haré lo que pueda-le prometió Sterling.

Cuando Sterling hubo colgado, dijo a Wayne que debía hacer otra llamada. Estaban en el vestíbulo del Edgewater Beach Hotel. Wayne estaba sentado cómodamente en un sofá con una revista en el regazo.

Sterling marcó el número de uno de sus muchos contactos bancarios en Boston. Cuando comprobó que su hombre se había despertado lo bastante para pensar con coherencia, Sterling le entregó los datos que había conseguido de Janet Reardon, incluido el hecho de que aquella noche había utilizado su tarjeta Visa en dos hoteles. Sterling le pidió que le llamara al número de su teléfono portátil si la tarjeta se utilizaba de nuevo.

Sterling se sentó junto a Wayne y le informó que continuaban con la misión, pero que el objetivo había cambiado. Le contó lo que había explicado el doctor Mason y que su misión consistía ahora en entregar a Murphy a la policía. Sterling preguntó a Wayne si tenía alguna sugerencia que hacer.

-Sólo una -dijo Wayne-. Pidamos un par de habitaciones y cerremos un poco los ojos.

JANET SENTÍA QUE el estómago le daba tumbos. Era como si el bistec a la pimienta verde que había cenado en casa de los Betencourt hubiese invertido su avance por el conducto digestivo. Estaba echada sobre una litera en la proa de un bote de catorce metros que les llevaba a Cayo Hueso. Sean estaba profundamente dormido en la litera que había al otro lado de la estrecha cabina. En la penumbra su rostro parecía muy tranquilo. Janet se puso furiosa al ver

que su compañero podía estar tan tranquilo en tales circunstancias. Aquello multiplicaba todavía más su malestar.

A pesar de la calma aparente que el Golfo había presentado durante el paseo que dieron al anochecer, ahora parecía tan violento como un océano desencadenado. Estaban viajando en dirección sur y las olas golpeaban el bote a cuarenta y cinco grados. El bote se movía alternadamente, saltando hacia la derecha de modo que era imposible no marearse, para caer luego y chocar con un estremecimiento a la izquierda. A todo eso, el rugido constante y profundo de los motores diésel no cesaba.

No habían podido zarpar hasta las dos cuarenta y cinco de la madrugada. Al principio habían avanzado en aguas tranquilas entre centenares de islas cubiertas de mangles y visibles a la luz de la luna. Janet, que estaba muy agotada, se había ido a dormir, pero la despertó el repentino golpeteo del bote contra las olas y el aullido del viento que se había desencadenado repentinamente. No se había enterado de que Sean había bajado a la cabina, sin embargo cuando se despertó lo tenía al otro lado, durmiendo tranquilamente.

Janet pasó los pies por el borde de la litera y se sujetó mientras el bote caía pesadamente en el seno de otra ola. Se sostuvo con ambas manos y empezó a caminar hacia la popa y a subir al salón principal. Sabía que si no le daba un poco de aire se marearía. Bajo cubierta el ligero olor del diesel estaba agravando su creciente náusea.

Janet, como si en ello le fuera la vida, consiguió llegar a la popa del bote carenante, donde había dos butacas giratorias montadas en la cubierta para practicar la pesca oceánica. Janet temió que estas butacas estuvieran demasiado expuestas y se echo sobre unos cojines que cubrían un banco al lado de babor.

El lado de estribor estaba empapado de salpicaduras.

El viento y el aire fresco curaron milagrosamente el estómago de Janet, pero tampoco podía descansar, porque tenía que estar literalmente agarrada. Janet, dominada por el rugido de los motores y a merced de los golpes amplificados del mar por haberse situado en la popa, no podía entender qué encontraba la gente en los cruceros a motor. Delante de ella y en lo alto, bajo un dosel, estaba sentado Doug Gardner, la persona que había aceptado perder una noche de sueño para trasladarlos a Cayo Hueso, cobrando. Su silueta se recortaba sobre un conjunto iluminado de cuadrantes e indicadores. No tenía mucho que hacer puesto que había dejado el bote con el piloto automático.

Janet miró el dosel de estrellas y recordó que cuando era adolescente solía hacer lo mismo en las noches de verano. Se tumbaba a pensar en su futuro. Ahora lo estaba viviendo, pero de algo estaba segura: no era exactamente como lo había imaginado.

Quizá su madre tenía razón, pensó Janet de mala gana.

Quizá había sido una tontería bajar a Florida e intentar hablar con Sean. Janet sonrió con cierta tristeza. La única conversación que había conseguido mantener hasta el momento era lo poco que se habían dicho en la playa aquella noche, cuando Sean se había limitado a repetir sus propias expresiones de amor. No había sido muy satisfactorio.

Janet había llegado a Florida con la esperanza de asumir el control de su vida, pero cuanto más tiempo pasaba junto a Sean, menos control le parecía tener.

STERLING EXPERIMENTÓ una sensación mayor de satisfacción al llamar al doctor Mason a las tres y media de la madrugada que cuando lo hizo a las

Librodot

dos. El médico necesitó cuatro toques para responder. El mismo Sterling acababa de despertarse al recibir una llamada de su contacto bancario en Boston.

-Conozco ya hacia dónde se dirige la escandalosa pareja -dijo Sterling-. Por suerte la señorita utilizó de nuevo su tarjeta de crédito por un importe bastante considerable. Pagó quinientos cincuenta dólares para que les trasladaran de Naples a Cayo Hueso.

-No son buenas noticias precisamente -dijo el doctor Mason.

-Pensé que te gustaría saber que estamos informados sobre su lugar de destino -dijo Sterling-. Creo que hemos tenido bastante buena suerte.

-El Forbes tiene unos laboratorios en Cayo Hueso-dijo el doctor Mason-. Se llaman Basic Diagnostics. Supongo que es allí adonde se dirige el señor Murphy.

- ¿Por qué imaginas que quiere ir? -preguntó Sterling

-Enviamos allí bastantes trabajos de laboratorio -dijo el doctor Mason-. Resulta económico con los actuales sistemas de pagos a terceros.

- ¿Por qué te preocupa que el señor Murphy visite la instalación?

-Las biopsias de meduloblastomas se envían allí -dijo el doctor Mason-. No quiero que el señor Murphy se ponga en contacto con las técnicas que utilizamos para sensibilizar los linfocitos T de los pacientes.

Basic Diagnostics?

_ ¿Y el señor Murphy podría deducir estas técnicas con una única visita?-preguntó Sterling.

-Está muy enterado en cuestiones de biotecnología -dijo el doctor Mason-. No puedo correr este riesgo. Ve inmediatamente allí e impide que entre en este laboratorio. Haz que se entregue a la policía.

-Doctor Mason, son las tres y media de la madrugada -le recordó Sterling.

-Alquila un avión -dijo el doctor Mason-. Nosotros pagamos los gastos. El nombre del director es Kurt Wanamaker.

Voy a llamarle en cuanto cuelgue y le diré que te espere.

Cuando Sterling tuvo el número de teléfono del señor Wanamaker colgó. A pesar de todo el dinero que le estaban pagando, no le gustaba la idea de salir corriendo para Cayo Hueso en medio de la noche. Pensó que el doctor Mason estaba exagerando. Al fin y al cabo era domingo y era muy probable que ni siquiera estuviera abierto el laboratorio.

Sin embargo, Sterling saltó de la cama y se metió en el baño.

Librodot

CAPITULO 10

DOMINGO, 7 DE MARZO 5.30 a.m.

La primera visión que Sean tuvo de Cayo Hueso a la luz del alba fue una serie de edificios bajos de madera incrustados entre el verdor tropical. Algunos edificios de ladrillos sobresalían de vez en cuando sobre la línea general, pero no tenían más de cinco pisos. Al nordeste, la orilla del mar estaba punteada con marinas y hoteles que se sucedían sin interrupción.

- ¿Cuál es el mejor lugar para dejarnos? -preguntó Sean a Doug.

-Probablemente el muelle de Pier House -dijo Doug mientras paraba los motores-. Está exactamente al fondo de Duval Street, que es la calle principal de Cayo Hueso.

- ¿Conoce el lugar? -preguntó Sean.

-He estado allí en más o menos una docena de ocasiones -dijo Doug.

- ¿Le suena una organización llamada Basic Diagnostics?

-preguntó Sean.

-Creo que no.

_ ¿Y los hospitales? -preguntó Sean.

-Hay dos -contestó Doug-. Uno está aquí mismo en Cayo Hueso, pero es pequeño. Hay un hospital mayor en el siguiente cayo, Stock Island. Es el hospital principal.

Sean bajó a la cabina y despertó a Janet. La chica no se levantó con mucha alegría. Le dijo que se había echado en la litera hacía sólo quince o veinte minutos.

-Cuando bajé hace unas horas estabas durmiendo como un bebé -dijo Sean.

-Sí, pero cuando salimos a mar abierto tuve que subir otra vez a cubierta. No pude dormir durante el viaje como tú. No es un fin de semana muy descansado, que digamos.

El atraque se realizó sin problemas porque ningún bote se estaba moviendo a aquellas horas de la mañana del domingo.

Doug les saludó con la mano y partió inmediatamente cuando Sean y Janet hubieron saltado al muelle.

Sean y Janet empezaron a caminar por el muelle y al mirar a su alrededor tuvieron la extraña sensación de que eran los únicos seres vivos en la isla. Había muchos indicios de los regocijos de la noche anterior alrededor de las bocas de las alcantarillas se amontonaban botellas de cerveza y otros restos. Pero no se veía ni un alma. Ni siquiera había animales.

Era como la calma después de la tempestad.

Subieron por Duval Street, con su surtido de tiendas de camisetas, joyerías y recuerdos, todas atrancadas como si esperaran algún disturbio. El popular tren del Tour de las Conchas aparecía abandonado al lado de su kiosco de venta de billetes de color amarillo brillante. El lugar era tan desangelado como Sean había supuesto, pero el resultado final era extrañamente encantador.

Mientras pasaban por delante del bar Sloppy Joe, el sol empezó a despuntar sobre el océano Atlántico y llenó la calle desierta con la luz brumosa de la mañana. Cuando llegaron a la siguiente travesía les envolvió un aroma delicioso.

Librodot

-Creo que estoy oliendo... -empezó a decir Sean.

-Croissants-completó Janet.

Guiándose por su olfato llegaron a una panadería francesa con cafetería. El delicioso olor salía de unas ventanas abiertas que daban a una terraza salpicada de mesas y sombrillas. La puerta estaba cerrada con llave y Sean tuvo que gritar por la ventana abierta. Salió una mujer de pelo rojo y ondulado, secándose las manos en un delantal.

-Aún no hemos abierto -dijo con algo de acento francés.

- ¿Qué le parece vendernos un par de croissants? -propuso Sean.

La mujer inclinó la cabeza a un lado mientras consideraba la idea.

-Creo que puedo ofrecerles algo de café con leche que acabo de preparar ya que la cafetera express todavía no está encendida.

Sean y Janet se sentaron bajo una de las sombrillas de la terraza desierta y saborearon los bollos recién hechos. El café les reanimó.

-Bueno, ya estamos aquí. ¿Qué plan tenemos? -preguntó Janet.

Sean se acarició el mentón, donde apuntaba la barba.

-Voy a ver si encuentro un listín de teléfonos -dijo-. Allí encontraré la dirección y el teléfono.

-Mientras tú miras eso, creo que voy al lavabo -dijo Janet-. Me siento como trapo en las zarpas de un gato.

-No creo que un gato se te acercara mucho -dijo Sean.

Se agachó cuando Janet le tiró una servilleta de papel hecha una bola.

Cuando Janet volvió, con un aspecto mucho más fresco, Sean no sólo tenía la dirección sino que la mujer pelirroja le había dado instrucciones para llegar hasta el lugar.

-Está lejos-dijo-. Necesitamos un coche.

-Supongo que esto será fácil, claro -dijo Janet-. Podemos hacer autostop o tomar un taxi: la calle está llena de ellos.

No habían visto un solo coche desde que habían llegado.

-Estaba pensando en otra cosa -dijo Sean mientras dejaba una buena propina a su anfitriona.

Janet miró a Sean sin entender hasta que comprendió a qué se refería.

- ¡Ah, no! -dijo Janet-. No vamos a robar otro coche.

-Tomarlo prestado -corrigió Sean-. Me había olvidado de lo fácil que es.

Janet se negó a participar en ningún “préstamo” de coche.

Pero Sean no se dejó intimidar.

-No quiero romper nada -dijo mientras iba probando las puertas de todos los coches aparcados en una callejuela.

Todos estaban cerrados con llave.

-Me parece que la gente de aquí es muy desconfiada -dijo.

Luego se detuvo, recorriendo con la mirada la calle-. He cambiado de idea. No quiero ningún coche.

Sean se dirigió a una gran moto que se mantenía erguida sobre su caballete y puso en marcha el motor casi con tanta rapidez como si hubiese tenido la llave de contacto. Se sentó a horcajadas sobre la moto, levantó de una patada el caballete e hizo señas a Janet para que subiera.

Janet contempló a Sean, con su rostro sin afeitar y su ropa arrugada, mientras daba gas al motor. ¿Cómo podía haberse enamorado de un individuo así?, se preguntó. Pasó de mala gana una pierna sobre la máquina y rodeó con sus brazos el talle de Sean. Sean giró el acelerador y salieron a gran velocidad haciendo añicos el silencio matinal.

Bajaron por Duval Street en la dirección que habían toma do, luego giraron al norte ante el kiosco del tren de las Conchas y siguieron la línea de la playa.

Llegaron al final a un viejo puerto. Los laboratorios de Basic Diagnostics ocupaban un almacén de ladrillos de dos pisos, que habían restaurado bellamente.

Sean dio la vuelta a la parte trasera del edificio y aparcó la moto detrás de un cobertizo. Cuando hubo apagado el motor, el único sonido que podían oír era el grito distante de las gaviotas sobre el mar. No había un alma viviente.

-Creo que no tenemos suerte -dijo Janet-. Parece que está cerrado.

-Vamos a comprobarlo -dijo Sean.

Subieron por las escaleras de atrás y miraron a través de la puerta trasera. No había luces en el interior. Una plataforma recorría el lado norte del edificio. Probaron las puertas que daban a la plataforma, entre ellas una que ocupaba un gran dintel, pero todo estaba bien cerrado. En la doble puerta de la entrada situada en la parte delantera del edificio había un cartel anunciando que el laboratorio estaba abierto de las doce del mediodía a las cinco de la tarde los domingos y festivos.

Había una pequeña puerta metálica para dejar las muestras fuera de horas.

-Creo que tendremos que volver más tarde -dijo Janet.

Sean no respondió. Se protegió los ojos con las manos y miró por las ventanas delanteras. Dio la vuelta a la esquina e hizo lo mismo en las demás ventanas. Janet le seguía mientras iba de ventana en ventana recorriendo a la inversa el camino de llegada.

-Confío en que no estés haciendo planes -dijo Janet-. Busquemos algún lugar donde dormir unas cuantas horas.

Podemos volver aquí después de mediodía.

Sean no contestó. Se alejó unos pasos de la última ventana que había estado mirando. Sin previo aviso, propinó al cristal un golpe de karate con el canto de la mano. La ventana explotó hacia dentro y se esparció sobre el suelo del interior.

Janet dio un salto hacia atrás y luego miró rápidamente por encima del hombro para ver si alguien había presenciado la escena. Volvió la vista hacia Sean y dijo: -No lo hagamos. La policía nos está buscando ya por el episodio de Miami.

Sean estaba ocupado sacando del marco algunos fragmentos grandes.

-No hay alarma contra rotura -dijo.

Se encaramó rápidamente por la ventana y luego se giró para estudiarla cuidadosamente.

-No hay ningún tipo de alarma -repitió.

Abrió el pestillo de la ventana y tiró de él hacia arriba.

Luego alargó la mano hacia Janet.

Janet se cruzó de brazos.

-No quiero participar en esto.

-Por favor-insistió él-. No habría forzado esta ventana si no hubiese considerado que la cuestión tiene una extraordinaria importancia. Están pasando cosas raras y aquí podemos encontrar algunas respuestas. Confía en mí.

- ¿Y si llega alguien?-preguntó Janet.

Giró la cabeza y volvió a mirar nerviosamente por encima del hombro.

-No vendrá nadie -dijo Sean-. Son las siete y media de la mañana de un domingo. Además, sólo voy a mirar un poco.

Saldremos en quince minutos, te lo prometo. Y si esto te consuela, dejaremos un billete de diez dólares para pagar la ventana.

Librodot

Después de todo lo que había pasado ya, Janet imaginó que no tenía mucho sentido resistirse. Dejó que Sean la ayudara a saltar por la ventana.

Estaban en un lavabo de hombres. Se percibía el olor perfumado del desinfectante de una pastilla ovalada y rosada en la base del urinario adosado a la pared.

- ¡Quince minutos! -dijo Janet mientras abrían precavidamente la puerta.

Fuera del lavabo de hombres había una sala que ocupaba toda la longitud de la casa. Una inspección rápida de la planta reveló la existencia de un gran laboratorio enfrente del lavabo de hombres, que también ocupaba toda la longitud del edificio.

Al mismo lado había un lavabo de mujeres, un almacén, un despacho y una escalera.

Sean fue abriendo cada puerta e inspeccionando su interior.

Janet miraba por encima del hombro. Sean entró en el laboratorio y recorrió el pasillo central mirando a ambos lados.

El suelo era de plástico de vinilo gris, los armarios de plástico laminado con un tono gris más claro y los mostradores, blancos.

-Parece un laboratorio clínico normal -dijo-, sin pretensiones. Está todo el equipo corriente.

Se detuvo en la sección de microbiología e inspeccionó una incubadora llena de platos petri.

- ¿Te sorprende? -preguntó Janet.

-No, pero esperaba algo más -dijo Sean-. No hay una sección de patología para procesar las biopsias. Me dijeron que enviaban aquí las biopsias.

Volvieron a la sala principal y Sean se dirigió a la escalera.

Subió los peldaños. Arriba había una sólida puerta metálica.

Estaba cerrada con llave.

-Vaya, vaya... -dijo Sean-. Esto nos ocupará más de quin ce minutos.

-Me lo prometiste -dijo Janet.

-Pues mentí -dijo Sean mientras inspeccionaba la cerradura-. Si encuentro alguna herramienta adecuada podrían ser dieciséis minutos.

-Ya han pasado catorce -dijo Janet.

-Por favor -dijo Sean-. Vamos a ver si podemos encontrar algo que nos sirva de barra de tensión y un alambre grueso de ganzúa.

Bajó de nuevo las escaleras. Janet lo siguió.

El Sea King alquilado por Sterling aterrizó con un gruñido de neumáticos a las siete cuarenta y cinco de la mañana en el aeropuerto de Cayo Hueso y se dirigió hacia la terminal de aviación general. En la terminal comercial, situada al lado, un avión regular de American Eagle estaba en el proceso final de embarque.

Cuando Sterling recibió la respuesta de la empresa chárter eran ya casi las cinco de la madrugada. Después de algunas presiones, entre las que se incluyó la promesa de pagar más, quedaron en que el avión partiría hacia las seis, pero problemas para repostar retrasaron la partida hasta las seis y cuarenta y cinco.

Sterling y Wayne aprovecharon el retraso para dormir un poco. Primero en el Edgewater Beach y luego en la sala de espera del aeropuerto. También durmieron durante la mayor parte del vuelo.

Al llegar al edificio de aviación general de Cayo Hueso Sterling vio a un hombre bajo con calvicie incipiente que miraba por la ventana delantera. Tenía en la mano un vaso de porexpán humeante.

Cuando Sterling y Wayne bajaron del avión, aquel hombre se les acercó y se presentó. Era Kurt Wanamaker: una persona corpulenta de rostro ancho y bronceado. El poco pelo que le quedaba estaba descolorido por el sol.

-Fui al laboratorio a las siete y cuarto-dijo Kurt mientras se dirigían a su Chrysler Cherokee-. Todo estaba en calma.

Creo que ustedes se les han adelantado, suponiendo que ellos tuvieran realmente intención de venir.

-Vayamos directamente al laboratorio -dijo Sterling-. Me gustaría estar allí cuando el señor Murphy fuerce la entrada, si lo hace. De este modo podríamos hacer algo más que entre garlo a la policía.

-Esto debería servir -dijo Sean.

Había cerrado fuertemente los ojos mientras manipulaba los dos recambios de bolígrafo. Había doblado uno de ellos en ángulo recto para que sirviera de barra de tensión.

- ¿Qué estás haciendo ahora exactamente? -preguntó Janet.

-Ya te lo conté en el Forbes -dijo Sean-. Cuando estábamos entrando en el almacén de seguridad de las fichas médicas. Se llama "menear las clavijas". Hay cinco pequeñas clavijas que sujetan el cilindro para que no gire. Ah, ya está.

La cerradura cedió con un ligero ruido. La puerta se abrió.

Sean entró primero. No había ventanas. El interior era tan oscuro como una noche sin luna, y sólo entraba la luz procedente de la escalera. Mientras Sean tanteaba la pared a la izquierda de la puerta, su mano topó con un conjunto de interruptores. Los abrió todos a la vez y el techo entero se iluminó.

- ¡Vaya! ¡Mira esto! -dijo Sean totalmente asombrado.

Aquél era el laboratorio que había esperado encontrar en el edificio de investigaciones del Centro Forbes contra el Cáncer.

Era enorme, abarcaba toda la planta. También era muy blanco, con suelo blanco, armarios blancos y paredes blancas.

Sean avanzó lentamente por el pasillo central admirando el equipo.

- ¡Aquí todo es nuevo! -dijo con admiración. Puso la mano sobre una máquina encima de una mesa-. Y lo mejor de lo mejor. Este es un instrumento automatizado para el southern blotting. Por lo menos cuesta doce mil dólares. Y allí está el espectrofotómetro de quimioluminiscencia más moderno. Sólo cuesta veintitrés de los gordos. Y ahí hay una unidad de cromatografía de fase líquida. Pongamos que vale veinte. Y allí un clasificador automático de células. Esto sale a ciento cincuenta. ¡Y, Dios mío!

Sean se detuvo con reverencia ante un aparato especial en forma de huevo.

-No acerques la tarjeta de crédito a este monstruo -dijo-. Es un resonador magnético nuclear. ¿Tienes idea de lo que cuesta esta preciosidad?

Janet movió negativamente la cabeza.

-Puedes proponer medio millón de dólares -dijo Sean-. Y si tienen esto, significa que también tienen un defractor de rayos X.

Continuaron andando y Sean llegó a un recinto acristalado.

Dentro pudo ver una campana de máxima contención de tipo III, de hileras e hileras de incubadoras de cultivo tisular.

Sean intentó abrir la puerta de cristal. La puerta se abrió y tuvo que apoyarse contra ella para contrarrestar la succión que la cerraba. La presión del interior del laboratorio de virus era inferior a la del resto del laboratorio para que no escapara ningún organismo.

Sean entró en la zona de máxima contención e indicó a Janet que se quedara donde estaba. Primero fue al congelador horizontal y levantó la tapa. La temperatura del termómetro interior señalaba-60^{o}C. Dentro del congelador había múltiples estantes con pequeños frascos. En cada frasco había un cultivo de virus congelado.

Librodot

Sean cerró el congelador y pasó a algunas de las incubadoras de cultivo tisular. Se mantenían a 36,5ºC., para imitar la temperatura normal del cuerpo de una persona.

Sean se acercó a la mesa y cogió algunas fotomicrografías electrónicas de virus isométricos y los correspondientes dibujos de las cápsulas víricas, que parecían dibujos de ingeniería.

Estos dibujos reproducían la simetría icosaédrica de los caparazones de los virus y tenían mediciones reales de los capsómetros. Sean observó que las partículas víricas tenían un diámetro general de 43 nanómetros.

Sean salió de la zona de máxima contención y pasó a una zona que sentía mucho más familiar. Al parecer, toda una sección del laboratorio estaba dedicada al estudio de oncogenes. Exactamente lo que Sean estaba haciendo en Boston, con la diferencia de que aquí todo el equipo de laboratorio era nuevo. Sean fue inspeccionando melancólicamente los estantes llenos con los reactivos necesarios para aislar oncogenes y sus productos, las oncoproteínas.

-Aquí tienen lo más moderno -dijo.

En la sección de oncogenes había más incubadoras de cultivo tisular del tamaño de neveras con capacidad para mil botellas de vino. Abrió la puerta de una de ellas y leyó los nombres de las líneas celulares.

-Aquí podría trabajar bien -dijo después de cerrar la incubadora.

- ¿Es esto lo que esperabas?-preguntó Janet.

Le había seguido como un perrito, excepto cuando entró en la zona de máxima contención.

-Más de lo que yo esperaba -dijo Sean-. Seguramente es aquí donde trabaja Levy. Supongo que la mayor parte de este equipo proviene de la zona prohibida de la sexta planta del edificio de investigaciones del Forbes.

- ¿Qué deduces de todo esto? -preguntó Janet.

-Deduzco que necesito pasarme unas cuantas horas más en el laboratorio del Forbes -dijo Sean-. Creo que...

Sean no pudo acabar. Se oyeron voces y ruidos de pasos que subían por la escalera. Janet, con un gesto de pánico, se tapó la boca con la mano. Sean la agarró y sus ojos recorrieron desesperadamente la zona del laboratorio, para encontrar un lugar donde esconderse. No había escapatoria posible.

CAPITULO 11

DOMINGO, 7 DE MARZO 8.05 a.m.

- ¡Aquí están! -anunció Wayne Edwards.

Acababa de abrir la sólida puerta metálica de un pequeño armario cercano al laboratorio acristalado de máxima contención.

Sean y Janet parpadearon ante la repentina irrupción de luz.

Sterling avanzó para mirar lo que Wayne había descubierto.

Kurt estaba a su lado.

-Quizá su aspecto no sea el de fugitivos o agentes provoca dores -dijo Sterling-. Aunque desde luego nosotros sabemos la verdad.

- ¡Salgan del armario! -ordenó Wayne.

Janet, atemorizada y llena de remordimientos, y Sean con aspecto desafiador salieron a la brillante luz.

-No tenían que haberse ido del aeropuerto ayer por la noche -les riñó Sterling-. Y pensar en los esfuerzos que hicimos para impedir que les secuestraran. Esperaba un poco de gratitud. Tengo curiosidad por saber si están al corriente de todos los problemas que han causado.

-Los problemas que estoy causando -le corrigió Sean.

-Ah, sí, el doctor Mason dijo que usted era impertinente -dijo Sterling-. Bueno, dejaremos que ventile su impertinencia con la policía de Cayo Hueso. Podrán pelearse con sus colegas de Miami sobre la jurisdicción que corresponde a su caso, porque ahora han cometido también aquí un delito.

Sterling descolgó un teléfono y se dispuso a llamar.

Sean sacó del bolsillo de su chaqueta la pistola tanto tiempo inactiva y la apuntó hacia Sterling.

- ¡Cuelgue el teléfono! -le ordenó.

Janet contuvo el aliento al ver la pistola en manos Sean.

- ¡Sean!-gritó-. ¡No!

- ¡Calla! -dijo secamente Sean.

Los tres individuos que le rodeaban formando un amplio círculo le ponían nervioso. No deseaba en absoluto que pudran reducirle aprovechándose de Janet.

Mientras Sterling colgaba el auricular, Sean hizo señas a tres hombres para que se agruparan.

-Este comportamiento es muy tonto-dijo Sterling-. F zar la entrada de un local con un arma mortal en las manos un delito mucho más grave que entrar sin más.

- ¡Al armario! -ordenó Sean haciendo un gesto hacia lugar que él y Janet acababan de abandonar.

- ¡Sean, eso es demasiado! -dijo Janet.

Dio un paso hacia Sean.

- ¡Apártate! -dijo Sean con un gruñido.

La empujó violentamente a un lado.

Janet, consternada por la aparición de la pistola, quedó doblemente aturdida por el cambio repentino de la personal: dad de Sean. El sonido cruel y duro de su voz y la expresión d su rostro la intimidaron.

Librodot

Sean consiguió que los tres hombres se metieran en e estrecho armario. Cerró rápidamente la puerta con llave. Se metió la pistola en el bolsillo y apoyó algunos muebles de gran tamaño contra la puerta, entre ellos un pesado fichero de cinc cajones.

Una vez satisfecho, tomó la mano de Janet y comenzó a caminar hacia la salida. Janet intentó soltarse. Estaban a medio camino en la escalera cuando consiguió liberarse.

-No voy contigo -dijo.

- ¿Qué estás diciendo? -dijo Sean en voz baja pero enérgica.

-Me hablaste de una manera... -dijo-. Realmente, no te re conozco.

- ¡Por favor! -dijo Sean entre dientes-. Hice teatro para impresionar a los demás. Si las cosas no salen como pienso que saldrán, podrás decir que te obligué a participar en este asunto. Con todo el trabajo que tengo que hacer en el laboratorio de Miami, es posible que las cosas empeoren antes de mejorar.

-Habla claro conmigo-dijo Janet-. No quiero más acertijos. ¿Qué tienes pensado?

-Es demasiado largo para explicarlo ahora. Lo importante es salir de aquí. No sé cuánto tiempo resistirá aquel armario con tres personas dentro, pero cuando lo abran será como un gato saliendo del saco.

Janet, más confundida que nunca, siguió a Sean por las escaleras. Pasaron por el laboratorio de la primera planta y salieron por la parte delantera del edificio. El Cherokee de Kurt Wanamaker estaba aparcado en ángulo en la calle. Sean indicó a Janet que entrara.

-Fueron muy amables al dejar las llaves puestas -dijo Sean.

-Como si esto pudiera importarte algo -dijo Janet.

Sean, sin responder, arrancó el coche, pero inmediatamente apagó el motor.

- ¿Y ahora qué?-dijo Janet.

-Con tantas emociones, olvidé que necesito algunos reactivos del laboratorio de arriba -salió del coche y dijo a través de la ventanilla-: Sólo tardaré un minuto.

Janet intentó protestar pero Sean desapareció. Era evidente que en toda esta historia los sentimientos de ella le habían importado hasta ahora un comino. Janet salió del coche y se puso a caminar nerviosamente arriba y abajo.

Por suerte, Sean volvió al cabo de unos minutos con una gran caja de cartón que depositó en el asiento trasero. Se puso al volante y arrancó el coche. Janet se sentó a su lado. Salieron a la carretera y se dirigieron hacia el norte.

-Mira si hay un mapa en la guantera -dijo.

Janet buscó y encontró un mapa. Lo abrió en la sección de los Cayos de Florida. Sean tomó el mapa y lo estudió mientras conducía.

-Será imposible llegar hasta Miami con este coche -dijo-. Cuando aquellos tres salgan del armario, verán que ha desaparecido. La policía empezará a buscarlo y puesto que sólo hay una carretera hacia el norte, no les costará mucho encontrarnos.

-Soy una fugitiva -comentó Janet con admiración-. Lo dijo aquel hombre cuando nos encontró en el armario. No puedo creerlo. No sé si debo reír o llorar.

-Hay un aeropuerto en Marathon -dijo Sean, sin hacer caso del comentario de Janet-. Dejaremos el coche allí y alquilaremos otro o tomaremos un avión, según el horario.

-Supongo que volveremos a Miami-dijo Janet.

-Por supuesto -dijo Sean -. Iremos directamente al Forbes.

- ¿Qué hay en la caja de cartón?-preguntó Janet.

-Muchos reactivos que no tienen en Miami-dijo Sean.

- ¿De qué tipo? -dijo Janet.

-La mayoría son pares de cebadores de ADN y sondas de ADN para oncogenes-dijo Sean-. He encontrado también algunos cebadores y sondas de ácido nucleico de virus, especialmente las que utilizan para la encefalitis de St. Louis.

- ¿Y no vas a decirme para qué sirve todo eso? -volvió a preguntar Janet.

-Te parecería demasiado absurdo -admitió Sean-. Quiero tener primero algunas pruebas. Quiero demostrármelo primero a mí mismo antes de contárselo a nadie, ni siquiera a ti.

-Por lo menos dame una idea general sobre la utilización de estos cebadores y sondas -dijo Janet.

-Los cebadores de ADN se utilizan para encontrar fibras determinadas de ADN-dijo Sean-. Localizan a una única fibra entre millones de otras y reaccionan con ella. Luego, mediante un proceso llamado reacción en cadena de la polimerasa, la fibra original de ADN puede amplificarse miles de millones de veces. De este modo puede detectarse fácilmente con una sonda marcada de ADN.

-O sea que estos cebadores y sondas sirven como el poderoso imán que encuentra la proverbial aguja en un pajar -concluyó Janet.

-Exactamente -dijo Sean, impresionado por la rapidez con que ella había captado lo fundamental-. Es un imán muy potente. Puede encontrar una fibra determinada de ADN en una solución de un millón de fibras más. En ese sentido es un imán casi mágico. Creo que deberían dar el Premio Nobel a la persona que inventó el proceso.

-La biología molecular está avanzando mucho -dijo Janet con un bostezo.

-Es increíble -confirmó Sean-. Incluso a los especialistas les cuesta estar al día.

Janet luchó para mantener abiertos los párpados, que se le cerraban pesadamente, influidos además por el ruido apagado del motor y el suave traqueteo. Quería pedir a Sean que le explicara con más detalles lo que pensaba, e imaginó que la mejor manera era que continuara hablando sobre biología molecular y sobre lo que pensaba hacer cuando volviera al laboratorio del Forbes. Pero estaba demasiado agotada para continuar.

A Janet, la sensación de ir en coche siempre le había resultado relajante. Después de haber dormido tan poco en el bote y de haber corrido tanto aquella mañana, no tuvo que pasar mucho tiempo antes de que empezara a cabecear.

Se hundió en un sueño profundo y muy reparador y no se despertó hasta que Sean salió de la carretera I y entró en el recinto del aeropuerto de Marathon.

-Hasta ahora todo va bien -dijo Sean-. Ninguna barricada y ningún policía.

Janet se incorporó. Durante un momento no tuvo ni idea de dónde estaba. Pero luego la realidad se impuso con terrible fuerza. Ahora se sentía peor que cuando había caído dormida.

Se pasó los dedos por el pelo y pensó que era un auténtico revoltijo. Le resultaba difícil imaginar el aspecto que tenía.

Prefería no saberlo.

Sean aparcó el coche en la zona más concurrida del aparca miento. Pensó que sería menos fácil que descubrieran su presencia, y que de este modo dispondría de más tiempo.

Cargó con los brazos la caja de cartón que había dejado en el asiento trasero y la llevó hasta la terminal. Pidió a Janet que se informara sobre los vuelos a Miami y él fue a preguntar si podía alquilar algún coche. Estaba

todavía buscando una agencia de alquiler de coches, cuando Janet volvió diciéndole que dentro de veinte minutos salía un vuelo para Miami.

La empleada de la compañía ayudó amablemente a envolver la caja de Sean con cinta adhesiva después de pegarle unas cuantas etiquetas que decían "frágil". La empleada le garantizó que tratarían el paquete con el mayor cuidado. Más tarde, cuando Sean estaba subiendo en el pequeño turbopropulsor de línea, vio que alguien tiraba despreocupadamente su caja en el carro de los equipajes. Pero esto no le preocupó. Había encontrado en Basic Diagnostics material de embalaje de burbujas cuando puso los reactivos en la caja. Confiaba en que sus cebadores y sondas resistirían el viaje.

Cuando llegaron al aeropuerto de Miami, alquilaron un coche. Lo contrataron en Avis, evitando Hertz, por si acaso el ordenador de Hertz indicaba que Janet Reardon tenía ya un Pontiac rojo.

Pusieron la caja con los reactivos en el asiento trasero y se fueron directamente al Forbes. Sean aparcó al lado de su 4x4, cerca de la entrada del edificio de investigación. Sacó su tarjeta de identidad del Forbes.

- ¿Quieres venir conmigo o no?-preguntó Sean. El agotamiento estaba empezando también a hacer mella en él-. Puedes irte al apartamento con este coche, si quieres.

-Ya he llegado muy lejos -dijo Janet-. Quiero que me vayas explicando lo que haces cuando lo hagas.

-Te entiendo -dijo Sean.

Salieron del coche y se dirigieron al edificio. Sean no esperaba ningún problema y le sorprendió que el guardia se pusiera en pie. Ningún guardia lo había hecho hasta entonces. El nombre de este guardia era Alvarez. Sean lo había visto ya en varias ocasiones.

- ¿El señor Murphy? -preguntó Alvarez con un claro acento hispano.

-Soy yo -dijo Sean.

Había chocado con el brazo del torno que Alvarez no había abierto. Sean tenía su tarjeta en la mano para que Alvarez pudiera verla. Debajo del otro brazo llevaba la caja de cartón.

Janet iba detrás de él.

-No se le permite la entrada en el edificio -dijo Alvarez.

Sean dejó la caja de cartón en el suelo.

-Trabajo aquí -dijo Sean.

Se inclinó hacia delante para acercar su tarjeta a la cara de Alvarez, por si el guardia no la había visto.

-Son órdenes del doctor Mason -dijo Alvarez.

Se apartó de la tarjeta de Sean como si fuera algo repulsivo.

Levantó uno de sus teléfonos con una mano y con la otra cogió el fichero rotatorio.

-Cuelgue el teléfono -dijo Sean, esforzándose por controlar su voz. Después de todo lo que había pasado y con su fatiga general, estaba a punto de perder la paciencia.

El guardia ignoró a Sean. Encontró el teléfono del doctor Mason y empezó a marcar los números.

-Se lo pedí amablemente -dijo Sean-. ¡Cuelgue el teléfono!

-Ahora pronunció la frase con más fuerza.

El guardia acabó de marcar y luego fijó sus ojos tranquilamente en Sean mientras esperaba la conexión.

Sean, con una rapidez de relámpago, alargó el brazo por encima del tablero y agarró el cable del teléfono por donde desaparecía en el panel de madera. Un tirón vigoroso dejó el cable suelto. Sean sostuvo la punta del cable delante del

rostro sorprendido del guardia. Era una masa enredada de diminutos hilos rojos, verdes y amarillos.

-Su teléfono ya no va -dijo Sean.

El rostro de Alvarez enrojeció. Soltó el auricular, agarró una porra y se dispuso a salir de detrás de la mesa.

Sean, en lugar de retroceder como esperaba el guardia, se precipitó hacia delante para contener a Alvarez como si estuviera interceptando al contrincante en un partido de hockey.

Sean llegó desde abajo. La base de su antebrazo entró en contacto con la mandíbula inferior del guardia. Alvarez voló por los aires y su espalda chocó contra la pared antes de que pudiera intentar hacer nada con su porra. En el instante del choque Sean pudo oír un crujido claro como el de un trozo seco de leña al romperse. Sean también oyó el gruñido del guardia cuando chocó contra la pared y expulsó el aliento de los pulmones. Cuando Sean se retiró, Alvarez cayó al suelo con el cuerpo fláccido.

- ¡Dios mío! -gritó Janet-. Le has hecho daño.

- ¡Uf! ¡Qué mandíbula! -dijo Sean mientras se restregaba la base del antebrazo.

Janet pasó al lado de Sean para auscultar a Alvarez, que sangraba por la boca. Janet temió por un instante que estuviera muerto, pero vio rápidamente que sólo estaba inconsciente.

- ¿Cómo acabará todo esto? -dijo gimiendo-. Sean, creo que le has roto la mandíbula a este hombre y que se ha mordido la lengua. Le has dejado inconsciente.

-Llevémosle al edificio del hospital -propuso Sean.

-Aquí no tienen sección de traumatología -dijo Janet-. Tendremos que llevarlo al Hospital General de Miami.

Sean miró hacia el techo y suspiró. Echó un vistazo a su caja llena de cebadores y sondas. Necesitaba unas cuantas horas de trabajo en el laboratorio, quizá hasta cuatro. Miró el reloj. Era apenas la una de la tarde.

- ¡Sean!-ordenó Janet-. ¡Ahora! Está sólo a tres minutos.

Podemos volver cuando lo hayamos llevado allí. No podemos dejarle en este estado.

Sean, de mala gana, empujó la caja de cartón detrás de la mesa del guardia, y luego ayudó a Janet a llevar al guardia al aparcamiento. Entre los dos lo subieron al coche de alquiler y lo metieron en el asiento trasero.

Sean entendía la lógica de llevar a Alvarez a la sala de urgencias del General de Miami. No era demasiado inteligente dejar a una persona sangrando e inconsciente sin que nadie la atendiera. Si el estado de Alvarez se complicaba, Sean se habría metido en un gran lío; e incluso a su inteligente hermano le costaría mucho sacarlo de allí. Pero Sean no estaba dispuesto a que le atraparan únicamente por haber aceptado aquella misión caritativa.

Aunque era un domingo al mediodía, Sean supuso que la sala de urgencias estaría muy ocupada.

-Lo dejamos y nos vamos rápidamente -advirtió a Janet-. Se trata de entrar y salir deprisa. Cuando lo hayamos dejado en la sala de urgencias, nos vamos. El personal de allí ya sabrá a qué atenerse.

Janet no estaba muy de acuerdo, pero comprendía que no le convenía mucho manifestarlo.

Sean dejó el motor en marcha y el cambio automático en posición de aparcamiento mientras él y Janet sacaban con esfuerzo el cuerpo todavía fláccido de Alvarez.

-Por lo menos está respirando -dijo Sean.

Librodot

Inmediatamente después de pasar la puerta de urgencias, Sean descubrió una camilla vacía.

-Pongámoslo aquí encima -ordenó a Janet.

Cuando hubieron dejado bien instalado a Alvarez encima de la camilla, Sean le dio un suave empujón.

-Urgencia extrema -gritó Sean mientras la camilla entraba rodando por la sala. Luego agarró el brazo de Janet-. Vamos, corramos.

Mientras corrían hacia el coche, Janet dijo: -El no era una urgencia extrema.

-Ya lo sé -dijo Sean-. Pero fue lo único que se me ocurrió para que reaccionaran. Ya sabes cómo son las salas de urgencias. Alvarez podría estar allí durante horas esperando a que alguien se ocupara de él.

Janet sólo pudo encogerse de hombros. Sean tenía razón. Y antes de salir le había aliviado ver a un enfermero que estaba interceptando ya la camilla.

Mientras volvían al Forbes, ni Sean ni Janet pronunciaron una palabra. Estaban agotados. Por si fuera poco, Janet estaba intranquila por la violencia explosiva que había manifestado Sean; era un comportamiento más que no había previsto en él.

Mientras tanto Sean estaba pensando cómo podría conseguir pasar cuatro horas en el laboratorio sin que nadie le interrumpiera. Después del desgraciado episodio con Alvarez y de que la policía de Miami le estuviera buscando, Sean comprendía que tendría que encontrar algo ingenioso para retener a las hordas.

De pronto tuvo una idea. Era radical, pero funcionaría con toda seguridad. El plan le hizo sonreír a pesar de su agota miento. Tenía una especie de justicia poética que le atraía.

Sean consideró que estaba justificado utilizar en este punto medidas extremas. Cuanto más pensaba en sus actuales teorías sobre todo lo que estaba pasando en el Centro Forbes contra el Cáncer más convencido estaba de que era cierto, pero necesitaba pruebas. Y para tener pruebas necesitaba tiempo en el laboratorio. Y para tener tiempo en el laboratorio necesitaba algo drástico. En realidad, cuanto más drástico fuera, más resultado daría.

Cuando hubieron dado el último viraje dentro del aparcamiento del Forbes, Sean rompió el silencio: -En la noche que llegaste a Florida, yo asistí a una fiesta en casa del doctor Mason -dijo-. Un paciente de meduloblastoma había hecho una donación en metálico al Forbes. Mucho dinero. Era jefe de una empresa que fabrica aviones en Saint Louis.

Janet guardó silencio.

-Louis Martin es el presidente y director ejecutivo de una empresa que fabrica equipos de ordenadores del norte de Boston-dijo Sean.

Echó una mirada a Janet mientras aparcaba. En su rostro se dibujaba la perplejidad.

-Malcolm Betencourt dirige una gran cadena de hospitales comerciales -continuó diciendo Sean.

-Y Helen Cabot era estudiante -dijo Janet finalmente.

Sean abrió la puerta pero no bajó.

-Es cierto. Helen era una estudiante universitaria. Pero también es cierto que su padre es fundador y presidente director ejecutivo de una de las principales empresas de informática del mundo.

- ¿Qué quieres decir con todo eso? -preguntó Janet.

-Sólo quiero que pienses en estos datos-dijo Sean mientras salía del coche-. Y cuando subamos quiero que mires las treinta y tres fichas que copiamos y pienses un poco en los datos económicos. Dime únicamente qué te sugieren.

Sean se alegró cuando vio que no había un nuevo guardia en la entrada. Recuperó su caja de cartón de detrás del tablero.

Luego él y Janet pasaron debajo del torno y tomaron el ascensor hasta la quinta planta.

Sean miró primero la nevera para comprobar que nadie había tocado el cerebro de Helen ni la muestra de fluido cerebroespinal. Luego sacó las fichas de su escondite y las entregó a Janet. Miró el desorden de su banco de laboratorio, pero no tocó nada.

-Salgo un momento mientras tú estudias las fichas -dijo sin darle importancia-. Volveré dentro de poco, quizá en una hora.

- ¿Adónde vas? -preguntó Janet. Como siempre, Sean no paraba de depararle sorpresas-. Pensé que necesitabas tiempo de laboratorio. Por eso vinimos corriendo hasta aquí.

-Y es cierto -le aseguró Sean-. Pero me temo que nos interrumpirán a causa de Alvarez y también del grupo que encerré en el armario de Cayo Hueso. Es seguro que ya han salido y están preparados para entrar en acción. Tengo que tomar algunas medidas para mantener a raya a los bárbaros.

- ¿Qué significa medidas? -preguntó Janet cautelosamente.

-Quizá sea mejor que no lo sepas -dijo Sean-. He tenido una gran idea que funcionará con toda seguridad. Pero es algo drástica. No creo que debas participar en ella.

-No me gusta oírte decir todo esto -dijo Janet.

-Si llega alguien mientras estoy fuera y pregunta por mí -dijo Sean sin hacer caso del comentario de Janet-, diles que no tienes idea de dónde estoy; lo cual será cierto.

- ¿Quién puede venir? -preguntó Janet.

-Confío en que nadie -dijo Sean-. Pero si alguien lo hace probablemente será Robert Harris, el tipo que nos salvó en la playa. Si Alvarez llama a alguien le llamará a él.

_ ¿Y si pregunta qué estoy haciendo aquí?

-Diles la verdad -dijo Sean-. Diles que estás estudiando estas fichas para intentar entender mi comportamiento.

- ¡Por favor! -dijo Janet desdeñosamente-. No creo que pueda entender tu comportamiento estudiando estas fichas. Es una idea ridícula.

-Léelas y recuerda lo que acabo de decirte.

- ¿Te refieres a la demografía económica? -preguntó Janet.

-Exactamente -dijo Sean-. Ahora debo irme. Pero tengo que pedirte prestado algo. ¿Tienes el spray contra robos Mace que siempre llevas en el bolso?

-No me gusta nada -repitió Janet, pero sacó el bote de Mace y lo entregó a Sean-. Me estoy poniendo muy nerviosa con todo esto.

-No te preocupes-agregó Sean-. Necesito el bote de Mace por si me encuentro a Batman.

- ¡Por favor! ¡Te estás pasando! -dijo Janet con exasperación.

SEAN SABÍA QUE tenía el tiempo limitado. Alvarez recuperaría pronto la conciencia, suponiendo que no lo hubiese hecho ya.

Sean estaba seguro de que el guardia acabaría comunicando a alguien el mensaje de que el edificio de investigaciones del Forbes estaba sin guardia y de que Sean Murphy había regresa do a la ciudad.

Sean cogió el coche de alquiler y se fue al City Yacht Basin, cerca del auditorio municipal. Aparcó el coche y fue a una de las marinas, donde alquiló un Boston Whaler de cinco metros.

Zarpó del puerto de yates, condujo el bote a través de Biscayne Bay y rodeó el puerto marítimo de Dodge Island. Era un domingo por la tarde y había algunos yates de crucero atraca dos en los muelles con personas que subían para pasar unos días de aventura en el Caribe. Había también un número importante de naves de placer, desde esquís acuáticos motorizados hasta grandes yates oceánicos.

El trayecto en mar abierto era traicionero por el oleaje que una combinación de viento y algunos buques en marcha producían, pero Sean llegó sano y salvo al puente que unía la autopista MacArthur con Miami Beach. Pasó por debajo del puente y vio su objetivo hacia la izquierda: la isla Star.

Le resultó fácil encontrar la casa de los Mason, porque su enorme yate blanco, el Lady Luck, estaba amarrado al muelle de delante de la casa. Sean dejó su Boston Whaler de alquiler en ángulo detrás del yate, donde había un pequeño muelle flotante unido al muelle principal por una escala de buque. Tal como esperaba Sean, cuando hubo amarrado su bote, vio a Batman, el dobermann de los Mason, que le esperaba en lo alto de la escalera gruñendo y mostrando sus formidables colmillos.

Sean subió la escalera repitiendo “buen chico” una y otra vez. Batman, que sacaba el cuerpo por el muelle lo más lejos que podía, respondió a las expresiones de amistad de Sean arrugando su labio superior y profiriendo un gruñido amenazador. El volumen del gruñido aumentó a medida que mostraba más dientes. Sean llegó hasta dos palmos de los caninos de Batman, y proyectó contra éste un chorro del bote de Mace de Janet que envió al perro aullando a su caseta al lado del garaje.

Sean, confiando en que sólo hubiera un perro, subió hasta el muelle e inspeccionó el lugar.

Lo que tenía que hacer, debía hacerlo rápidamente antes de que empezaran a sonar los teléfonos. Las puertas correderas que comunicaban el salón con la cocina estaban abiertas. Se oía música de ópera.

Desde el lugar donde estaba, Sean no podía ver a nadie. Era un día magnífico y había esperado encontrar a Sarah Mason bronceándose en una de las tumbonas al lado de la piscina.

Sean vio una toalla, lociones bronceadoras y parte de un periódico dominical, pero no vio a Sarah.

Sean se movió rápidamente, dio la vuelta a la piscina y se acercó a las puertas correderas abiertas. Unas puertas metálicas impedían ver el interior. Cuanto más se acercaba a la casa, más fuerte se oía la música. Cuando Sean llegó, tocó la puerta. No estaba cerrada con llave. La deslizó suavemente. Entró en la habitación e intentó captar el sonido de personas por encima del repentino crescendo de la ópera.

Sean se acercó al estéreo y buscó entre el deslumbrante juego de botones e indicadores. Encontró el botón de puesta en marcha y apagó el sistema, sumergiendo la habitación en un silencio relativo. Supuso que interrumpir de este modo el aria de Aida equivaldría a una llamada. Y así fue.

Casi inmediatamente el doctor Mason apareció en la puerta de su estudio y miró el estéreo con una expresión intrigada en el rostro. Dio unos cuantos pasos en la habitación antes de ver a Sean. Se detuvo evidentemente asombrado.

-Buenas tardes, doctor Mason -dijo Sean con una voz más jovial de lo que hubiera deseado-. ¿Está en casa la señora Mason?

-En nombre de... qué significa esta... -farfulló el doctor Mason.

Librodot

Al parecer no encontraba la palabra adecuada.

- ¿Esta intrusión?-sugirió Sean.

Apareció Sarah Mason, igualmente sorprendida por el repentino silencio. Iba vestida, si puede llamarse así, con un bikini negro brillante. El escueto bañador apenas cubría su abundante carne. Llevaba sobre el bikini una chaqueta transparente con botones brillantes, pero la chaqueta era tan transparente que no lograba darle un aspecto más modesto. Completaban el conjunto unas zapatillas negras sin cinta trasera y tacones altos, decoradas con un penacho de plumas sobre cada empeine.

-Estoy aquí para invitarlos a los dos al laboratorio -dijo Sean con toda naturalidad-. Les sugiero que se traigan algo para leer. Será una tarde larga.

El doctor y la señora Mason se miraron un momento.

-Lo malo es que no disponemos de mucho tiempo -dijo Sean-. Pongámonos en marcha. Utilizaremos su coche porque vine en un bote.

-Voy a llamar a la policía-anunció el doctor Mason.

Hizo ademán de volver al estudio.

-No creo que esto entre en el juego-dijo Sean, sacó la pistola de Tom y la levantó para cerciorarse de que los dos Mason podían verla claramente.

La señora Mason quedó boquiabierta. El doctor Mason se puso rígido.

-Confiaba en que una simple invitación bastaría -dijo Sean-. Pero tengo esta pistola por si las moscas.

-Creo que está cometiendo un grave error, joven -dijo el doctor Mason.

-Con todo respeto -dijo Sean-, si mis sospechas son ciertas, es usted quien ha cometido graves errores.

-Esto no quedará así -le advirtió el doctor Mason.

-No lo deseo -dijo Sean.

- ¡Haz algo!-ordenó la señora Mason a su marido.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas y eso ponía en peligro su rimel.

-Preferiría que todos estuvieran tranquilos. No haré daño a nadie. Ahora convendría que nos fuéramos todos al coche -dijo Sean, haciendo un gesto con la pistola.

-Tengo que comunicarle que estamos esperando a un in vitado-dijo el doctor Mason-. De hecho estamos esperando a su...

-Esto significa sólo que tenemos que salir rápidamente de aquí -le interrumpió Sean; luego gritó-: ¡En marcha!-Con la pistola en la mano señaló hacia la entrada.

El doctor Mason, de mala gana, puso un brazo protector alrededor de su esposa y se dirigió hacia la puerta delantera.

Sean la abrió en su lugar. La señora Mason sollozaba y decía que no podía salir vestida de aquella manera.

- ¡Fuera! -gritó Sean demostrando de modo claro que estaba perdiendo la paciencia.

Estaban a medio camino del coche aparcado del doctor Mason cuando otro coche se paró en la acera.

Sean, consternado por esta intrusión, se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Estaba pensando que tendría que agregar aquel visitante a su pareja de rehenes. Cuando vio quién era, tuvo que parpadear varias veces: era Brian, su propio hermano.

- ¡Sean! -dijo Brian cuando reconoció a su hermano. Se acercó corriendo por el césped, mostrando evidente sorpresa y placer-. Te he estado buscando durante veinticuatro horas.

¿Dónde has estado?

-Te estuve llamando -dijo Sean-. ¿Puede saberse qué estás haciendo en Miami?

- ¡Qué bien que llegues ahora, Brian!-interrumpió el doctor Mason-. Tu hermano estaba en vías de secuestrarnos.

- ¡Tiene una pistola! -avisó la señora Mason mientras se sorbía los mocos.

Brian miró a su hermano con incredulidad.

- ¿Una pistola? -repitió sin dar crédito-. ¿Qué pistola?

-La tiene en el bolsillo -continuó la señora Mason.

Brian miró fijamente a Sean: - ¿Es cierto?

Sean se encogió de hombros.

-Ha sido un fin de semana...

-Dame la pistola-dijo Brian alargando la mano.

-No -dijo Sean.

-Dame la pistola -repitió Brian, esta vez con más firmeza.

-Brian, la cosa es más complicada de lo que parece -dijo Sean-. Por favor, no te inmiscuyas precisamente ahora. Es evidente que más tarde voy a necesitar tu talento legal. Es decir, que no te vayas. Pero necesito que te tranquilices durante unas horas.

Brian dio un paso más en dirección a Sean acercándose hasta casi poder tocarlo.

-Dame la pistola -repitió-. No quiero que cometas ese tipo de delito. El secuestro con un arma de fuego es un crimen grave. Está penado con la cárcel.

-Ya sé que tus intenciones son buenas -dijo Sean-. Sé que eres el mayor y que eres abogado. Pero en este momento no puedo explicarlo todo. Confía en mí.

Brian alargó la mano y la metió en el bolsillo de la chaqueta de Sean, tentando el notorio bulto. Sus dedos se cerraron alrededor de la pistola. Sean agarró la muñeca de Brian, inmovilizándola con un apretón de hierro.

-Tú eres mayor -dijo Sean-, pero yo soy más fuerte. Esta escena ya la hemos vivido.

-No voy a permitir que lo hagas-dijo Brian.

-Suelta la pistola -ordenó Sean.

-No voy a permitir que eches a perder tu vida -dijo Brian.

-No me obligues a hacerlo.

Brian intentó desprender su brazo de la mano de Sean sin dejar la pistola que tenía agarrada.

Sean reaccionó lanzando un gancho con la izquierda a la boca del estómago de Brian. Con la velocidad del rayo, siguió al puñetazo un golpe en la nariz Brian se desplomó como un saco de patatas y se encogió en el suelo formando una bola apretada mientras intentaba recuperar el aliento. Un hilillo de sangre empezó a chorrear de su nariz.

-Lo siento-dijo Sean.

El doctor y la señora Mason, que habían estado contemplan do el incidente, salieron corriendo hacia el garaje. Sean dio un salto tras ellos y agarró primero a la señora Mason. El doctor Mason, que tenía cogido el otro brazo de la señora Mason, también se detuvo en seco.

Sean, que acababa de golpear su hermano, no estaba de humor para discusiones.

-Al coche -ordenó-. Doctor Mason, usted conduce.

Los Mason obedecieron como corderos. Sean se sentó en el asiento trasero.

-Al laboratorio, por favor -dijo.

Mientras salían por el acceso a la casa, Sean pudo ver a Brian, que había conseguido sentarse en el suelo. El rostro de su hermano reflejaba una mezcla de confusión, dolor e ira.

-YA ERA HORA-dijo secamente Kurt Wanamaker mientras él, Sterling y Wayne salían dificultosamente del armario.

Estaban chorreando de sudor. A pesar de que el aire acondicionado funcionaba en el laboratorio principal, la temperatura en el armario sin ventilación había subido mucho.

-Hasta ahora no les oí -explicó el técnico.

-Hemos estado gritando desde mediodía -se quejó Kurt.

-Es difícil oír nada desde abajo -dijo el técnico-. Especialmente cuando todo el equipo está funcionando. Además, no subimos nunca arriba.

-No entiendo que no haya podido oírnos -dijo Kurt.

Sterling se fue directamente a un teléfono y marcó el número privado del doctor Mason. Como el doctor no contestó, Sterling masculló una maldición imaginándose que estaría pasando una tranquila tarde de domingo en un club de campo.

Sterling colgó y estudió un momento sus opciones. Tomó una decisión, volvió a donde estaban Kurt y Wayne y les dijo que desearía volver al aeropuerto.

Mientras bajaban las escaleras, Wayne rompió el silencio.

-Nunca hubiese supuesto que Sean Murphy era una persona capaz de llevar un arma.

-Desde luego fue una sorpresa total -añadió Sterling-. Creo que es un dato más para considerar a Sean Murphy un individuo mucho más complejo de lo que en un principio habíamos supuesto.

Cuando llegaron a la parte delantera del edificio, Kurt Wanamaker se sumió en el pánico.

-Mi coche ha desaparecido -gimió.

-Sin duda por cortesía del señor Murphy -dijo Sterling-. Al parecer sigue riéndose de nosotros.

-Me gustaría saber cómo llegaron aquí Murphy y su chica desde el centro -dijo Wayne.

-Hay una motocicleta en la parte trasera que no pertenece a ninguno de los empleados -dijo el técnico.

-Supongo que eso lo explica todo -dijo Sterling-. Llame a la policía y déle la descripción del coche que ha desaparecido.

Puesto que cogió el coche, es lógico imaginar que se fue de la isla. Quizá la policía pueda detenerlo.

-El coche era nuevo-dijo Kurt compungido-. Lo tenía desde hacía sólo tres semanas. Es terrible.

Sterling se mordió la lengua. Aquel hombre nervioso, pesa do y medio calvo, con quien había pasado cinco horas incómodas apretujado en un diminuto armario, sólo le inspiraba des precio.

-Quizá podría pedir a uno de sus técnicos que nos llevara al aeropuerto.

Le consoló pensar que tal vez aquéllas serían las últimas palabras que dirigiría a aquel hombre.

Librodot

CAPITULO 12

DOMINGO, 7 DE MARZO 2.30 p.m.

En cuanto el doctor Mason entró en el aparcamiento del Forbes, Sean intentó ver el interior del vestíbulo del edificio de investigación por si algo había cambiado desde que se fue.

Pero la luz del sol se reflejaba en el cristal de las ventanas y era imposible ver nada dentro. Sean ignoraba si el guardia de servicio era el mismo o no. Hasta que no hubieron aparcado y entrado en el edificio, Sean, que llevaba a los Mason a poca distancia delante suyo, no vio que efectivamente había otro guardia de servicio. La chapa de identificación del guardia rezaba "Sánchez".

-Dígale quién es usted y pídale las llaves maestras -susurró Sean mientras el trío se acercaba al torno de entrada.

-Ya sabe quién soy -respondió secamente el doctor Mason.

-Dígale que nadie más debe entrar en el edificio hasta que nosotros regresemos -dijo Sean.

Sabía que esta orden sería desobedecida a medida que la tarde avanzara, pero pensó que valía la pena intentarlo.

El doctor Mason hizo lo que Sean le dijo. En cuanto Sánchez le hubo dado el grueso llavero, lo pasó a Sean. El guardia los miró con extrañeza mientras atravesaban el torno.

Las rubias de grandes pechos, bikini negro y tacones altos con plumas no eran precisamente habituales en el edificio de investigación del Forbes.

-Su hermano tenía razón -dijo el doctor Mason cuando Sean hubo cerrado y echado el pestillo a las puertas de entrada al pasar la barrera-. Está cometiendo un grave delito. Irá a la cárcel. No puede hacer esto impunemente.

-Le dije que no pretendía hacerlo impunemente-respondió Sean.

Sean cerró con llave las puertas de la escalera. En la segunda planta cerró las salidas de incendio que conducían al puente del hospital. Cuando hubieron llegado a la quinta planta, Sean dejó trabado el ascensor. Llamó luego al segundo ascensor y lo dejó también trabado.

Sean hizo entrar a los Mason en su laboratorio y saludó a Janet con la mano. Janet estaba en la oficina acristalada leyendo los historiales médicos. Salió de ella y miró con curiosidad a los Mason. Sean les presentó apresuradamente, luego mandó a los Mason a la oficina acristalada y les dijo que no se movieran. Cerró la puerta.

- ¿Qué están haciendo aquí? -preguntó Janet preocupada-. ¿Y por qué va en bañador la señora Mason? Parece que haya estado llorando.

-Está un poco histérica-explicó Sean-. No tuvo tiempo de cambiarse. Los he traído aquí para impedir que otros vengan a molestarme. Además, en cuanto haya hecho lo que tengo planeado hacer, el doctor Mason será la primera persona en saberlo.

- ¿Les obligaste a venir aquí? -preguntó Janet.

Esto superaba el límite, aún después de todos los recursos que Sean había utilizado.

-Ellos hubieran preferido quedarse a escuchar el resto de Aida -dijo Sean. Comenzó a limpiar una parte de su banco de trabajo, sobre todo debajo de uno de los extractores de aire.

- ¿Usaste la pistola que llevas?-preguntó Janet.

No quería oír la respuesta.

-Tuve que enseñarla -reconoció Sean.

- ¡Que Dios nos ampare! -exclamó Janet, levantando la mirada hacia el techo y moviendo con incredulidad la cabeza.

Sean sacó varios recipientes de cristal limpios, incluido un gran frasco de Erlenmeyer. Apartó algunos restos que había junto a la pileta para dejar más espacio.

Janet se acercó a Sean y le agarró del brazo.

-Todo este asunto ha ido ya demasiado lejos -dijo-. Has secuestrado a los Mason! ¿Te das cuenta?

-Claro que me doy cuenta -dijo Sean-. ¿Qué crees, que estoy loco?

-No me hagas contestar a eso -dijo Janet.

- ¿Vino alguien mientras yo estaba fuera? -preguntó Sean.

-Sí-dijo Janet-. Vino Robert Harris, como tú habías previsto.

_ ¿Y qué? -preguntó Sean, levantando la vista de su trabajo.

-Le dije lo que tú me dijiste -respondió Janet-. Quería saber si habías vuelto a la residencia. Le dije que no lo sabía.

Creo que se fue allí a buscarte.

-Perfecto -dijo Sean-. Harris es el que más miedo me da.

Es demasiado agresivo. Todo tiene que estar de nuevo en su sitio cuando él regrese. -Sean siguió con su trabajo.

Janet no sabía qué hacer. Contempló a Sean durante unos minutos mientras mezclaba reactivos en el frasco grande de Erlenmeyer creando un líquido incoloro y aceitoso.

- ¿Qué estás haciendo exactamente?-preguntó.

-Estoy preparando una gran dosis de nitroglicerina -dijo-. Le añado un baño de hielo para que se sedimente y se en fríe.

-Estás bromeando -dijo Janet, realmente preocupada.

Era difícil seguir las maniobras de Sean.

-Tienes razón -dijo Sean, bajando la voz-. Esto es teatro.

Pero está dedicado al doctor Mason y a su bella esposa. Siendo médico, conoce suficiente química para que la idea le parezca verosímil.

-Sean, estás actuando de un modo extraño.

-Soy un poco maníaco -aceptó Sean-. Por cierto, ¿qué te parecen esas fichas?

-Creo que tenías razón -dijo Janet-. No todos los historia les hacen referencia a la situación económica, pero cuando sí lo hacen señalan que los pacientes son directores ejecutivos o parientes de ellos.

-Todos aparecen citados en Fortune 500, supongo -dijo Sean-. ¿Cómo lo interpretas?

-Estoy demasiado agotada para sacar conclusiones -dijo Janet-. Pero supongo que es una extraña coincidencia.

Sean se echó a reír.

- ¿Cuál crees que sería la probabilidad estadística de que eso sucediera por casualidad?

-No sé suficiente estadística para contestar Janet.

Sean mantuvo el frasco en alto y agitó la solución de su interior.

-Esto tiene ya suficiente buena pinta y seguro que pasa -dijo-. Esperemos que el viejo doctor Mason se acuerde un poco de la química inorgánica y se deje impresionar.

Janet miró cómo Sean llevaba el frasco al recinto de cristal.

Librodot

Se preguntaba si Sean no estaría perdiendo el sentido de la realidad. Reconocía que se había visto empujado a cometer acciones cada vez más desesperadas, pero raptar a los Mason a punta de pistola era de una increíble insensatez. Las consecuencias legales de un acto así tenían que ser graves. Janet no sabía mucho de derecho, pero suponía que en cierto modo ella estaba también comprometida. No creía que la teoría de la coerción que Sean había propuesto pudiera dejarla al margen.

¡Si por lo menos supiera qué hacer!

Luego observó cómo Sean mostraba a los Mason la falsa nitroglicerina haciéndola pasar por auténtica. La impresión que aquello produjo en el doctor Mason hizo deducir a Janet que el director del Forbes recordaba suficiente química inorgánica y se había tragado la historia. El doctor Mason abrió los ojos desorbitadamente. La señora Mason se tapó la boca con la mano. Cuando Sean agitó violentamente el frasco, los Mason retrocedieron atemorizados. Luego Sean hundió el frasco en el baño de hielo que había dejado sobre la mesa, recogió las fichas que Janet se había dejado dentro y salió al laboratorio.

Al salir del recinto echó los papeles sobre un banco de labora torio cercano.

- ¿Qué han dicho los Mason?-preguntó Janet.

-Se impresionaron bastante -dijo Sean-. Sobre todo cuando les dije que el punto de congelación es sólo de 10 grados y que el material es extraordinariamente inestable en forma sólida. Les he dicho que tengan cuidado, porque podría explotar con sólo dar un golpe en la mesa.

-Creo que deberíamos dar por terminado todo este asunto -dijo Janet-. Estás llegando demasiado lejos.

-Siento no estar de acuerdo -dijo Sean-. Además, soy yo quien está haciendo esto y no tú.

-Yo estoy comprometida -dijo Janet-. El simple hecho de estar aquí probablemente me convierte en cómplice.

-Cuando todo esté dicho y hecho, Brian lo resolverá -dijo Sean-. Créeme.

La atención de Janet se dirigió a la pareja encerrada en la oficina de cristal.

-No deberías haber dejado a los Mason solos -dijo Janet-. El doctor Mason está llamando por teléfono.

-Bien -dijo Sean-. Estaba totalmente seguro de que llama ría. De hecho, espero que haya llamado a la policía. Cuanto más ambiente de circo haya, mejor.

Janet miró a Sean fijamente. Por primera vez pensó que quizá estaba sufriendo un ataque de psicopatía.

-Sean -dijo suavemente-. Tengo la sensación de que estás algo descompensado. Quizá la tensión por los últimos acontecimientos ha sido demasiado fuerte.

-Lo digo en serio -dijo Sean-. Quiero ambiente de carnaval. Será mucho más seguro. Lo último que deseo es que un comando frustrado, tipo Robert Harris, avance a gatas por las conducciones de aire con un cuchillo en la boca tratando de ser héroe. Es en esos casos cuando la gente resulta herida.

Sería estupendo que la policía y los bomberos estuviesen ahí fuera rascándose la cabeza, pero manteniendo a raya a los posibles paladines. Quiero que me crean loco durante unas cuatro horas.

-No te entiendo -dijo Janet.

-Ya me entenderás -le aseguró Sean -. Mientras tanto, tengo trabajo para ti. Me dijiste que sabías algo de informática. Sube a administración, a la séptima planta -le entregó el llavero con las llaves maestras-. Entra en la habitación acristalada que vimos cuando copiamos las fichas, donde había un

ordenador con un programa en marcha que emitía números de nueve cifras. Creo que son números de la seguridad social. ¡Ah, y los números de teléfono! Creo que eran los números de las compañías aseguradoras que cubren las pólizas médicas. Mira si puedes confirmarlo. Luego intenta abrirte camino hacia el ordenador central del Forbes. Quiero que busques los ficheros de viajes de la clínica, especialmente de Deborah Levy y Margaret Richmond.

- ¿Me puedes decir por qué quieres que haga eso? -preguntó Janet.

-No -dijo Sean -. Es como un estudio doble ciego. Trata de ser objetiva.

La manía de Sean era extrañamente convincente... y atractiva. Janet cogió las llaves y subió las escaleras. Sean la despidió con ambos pulgares hacia arriba. Cualquiera que fuese el resultado de aquella alocada y peligrosa aventura, Janet no lo sabría hasta al cabo de cuatro o cinco horas.

Antes de ponerse a trabajar de nuevo, Sean descolgó el teléfono, marcó el número de Brian en Boston y le dejó un largo mensaje. De entrada le pedía disculpas por haberle golpeado. Luego dijo que, por si acaso las cosas acababan saliendo muy mal, quería contarle lo que en su opinión estaba sucediendo en el Centro Forbes contra el Cáncer. Tardó unos cinco minutos.

EL TENIENTE HÉCTOR Salazar del Departamento de Policía de Miami solía dedicar las tardes del domingo a terminar las pilas de atestados que Miami producía en las típicas noches agitadas del sábado. Los accidentes de automóvil, de los que se ocupaban las patrullas uniformadas y sus sargentos, comprendían la mayor parte de los trabajos del día. Los domingos a última hora de la tarde, después de los partidos de fútbol, solían estallar violentas peleas domésticas, que a veces requerían la presencia de la patrulla de vigilancia. Por eso Héctor quería adelantar lo más posible su trabajo antes de que comenzara a sonar el teléfono.

A las tres y cuarto sonó el teléfono, pero Héctor contestó despreocupadamente pues sabía que el partido de los Miami Dolphins aún no había terminado. La llamada procedía de la sala de reclamaciones por una línea de tierra.

-Le habla el sargento Anderson -dijo la voz-. Estoy en el edificio del hospital del Centro Forbes contra el Cáncer. Hay un problema.

- ¿De qué se trata?-preguntó Héctor.

La silla chirrió al recostarse hacia atrás.

-Tenemos a un tipo metido en el edificio de investigación con dos rehenes o quizá con tres -dijo Anderson-. Va arma do. También lleva algún tipo de bomba.

- ¡Dios mío!-exclamó Héctor mientras su silla volvía a su posición original con un golpe seco. Sabía, por experiencia, la cantidad de papeleo que podían producir escenas de este tipo-. ¿Hay alguien más en el edificio?

-Creemos que no -dijo Anderson-. Por lo menos según el guardia no hay nadie más. Y para colmo, los rehenes son gente importante. Se trata del director del centro, el doctor Randolph Mason, y su esposa, Sarah Mason.

- ¿Tiene la zona acordonada? -preguntó Héctor.

Ya estaba imaginando la situación. Esta operación iba a traer cola. El doctor Randolph Mason era un personaje conocido en la región de Miami.

-Estamos en ello -dijo Anderson-. Estamos acordonando el edificio entero con cinta amarilla de la policía.

- ¿No ha llegado aún la prensa?-preguntó Héctor.

A veces los medios de comunicación llegaban antes a la escena del delito que el personal de refuerzo de la policía. Los periodistas a menudo controlaban las bandas de radio de la policía.

Librodot

-Todavía no -dijo Anderson-. Por eso estoy usando esta línea de tierra. Pero aparecerán en tropel de un momento a otro. El secuestrador se llama Sean Murphy. Es un estudiante de medicina que trabaja en la clínica. Está con una enfermera llamada Janet Reardon. No sabemos si ella es cómplice o rehén.

- ¿Qué quiere decir eso de "algún tipo de bomba"? -preguntó Héctor.

-Ha mezclado nitroglicerina en un gran frasco -dijo Ander son-. La ha puesto en hielo sobre una mesa en la habitación de los rehenes. Cuando se haya congelado, un solo golpe de puerta puede provocar la explosión. Por lo menos eso es lo que dijo el doctor Mason.

- ¿Ha hablado con los rehenes?-preguntó Héctor.

- ¡Oh, sí! -dijo Anderson-. El doctor Mason me dijo que él y su esposa están en una oficina acristalada con la nitroglicerina. Están aterrorizados, pero de momento no están heridos y tienen un teléfono. Dice que puede ver al tipo. Pero que la chica se ha ido. No sabe adónde.

- ¿Qué hace Murphy?-preguntó Héctor-. ¿Ha pedido ya algo?

-No ha pedido nada aún -dijo Anderson-. Al parecer está realmente ocupado haciendo algún experimento.

- ¿Qué significa esto de "algún experimento"? -preguntó Héctor.

-Ni idea -dijo Anderson-. Sólo repito lo que el doctor Mason ha dicho. Parece ser que Murphy estaba descontento porque le habían denegado el permiso para trabajar en un proyecto determinado. Quizá está trabajando en eso. En cualquier caso, está armado. Según el doctor Mason, blandió la pistola en frente de ellos cuando irrumpió en su casa.

- ¿Qué tipo de pistola?

-Por la descripción del doctor Mason, parece que es una especial detective de calibre 38 -dijo Anderson.

Primero llamó al equipo de negociación de rehenes y habló con su supervisor Ronald Hunt. Luego llamó al comandante de turno del equipo de Intervenciones Especiales, George Loring. Finalmente llamó a Phil Darell, el supervisor de la patrulla de explosivos. Héctor dijo a los tres que reunieran a sus respectivos equipos y que se dirigieran al Centro Forbes contra el Cáncer lo antes posible.

Héctor levantó su corpachón de ciento diez kilos de la silla del despacho. Era un hombre fornido que había sido todo músculo antes de los treinta años. A partir de aquel momento, una gran parte de aquellos músculos se habían convertido en grasa. Con sus rechonchas manos parecidas a palas, se ató al cinturón la parafernalia de policía que se había quitado antes de sentarse. Estaba poniéndose el chaleco antibalas Kevlar, cuando el teléfono volvió a sonar. Era su jefe, Mark Witman.

-He sabido que hay una toma de rehenes -dijo el jefe Witman.

-Sí, señor -tartamudeó Héctor-. Me acaban de avisar.

Estamos movilizando al personal necesario.

- ¿Cree que podrá controlarlo? -dijo el jefe.

-Sí, señor-respondió Héctor.

- ¿Está seguro de que no quiere que un capitán venga a dirigir la función? -preguntó el jefe Witman.

-Creo que no habrá problemas, señor -dijo Héctor.

-De acuerdo -agregó el jefe Witman-. Pero debo decirle que ya he recibido una llamada del alcalde. Esta es una situación políticamente comprometida.

-Lo tendré presente, señor -contestó Héctor.

-Quiero que se sigan las normas al pie de la letra -dijo Witman.

-Sí, señor -respondió Héctor.

SEAN ABORDÓ SU trabajo con decisión. Sabiendo que tenía el tiempo contado, intentó trabajar con eficacia, planeando antes cada paso. Lo primero que hizo fue subir a la sexta planta y verificar el analizador automático de péptidos que había insta lado el sábado para averiguar la secuencia de aminoácidos.

Pensó que muy probablemente lo habrían apagado, puesto que Deborah Levy había aparecido para leerle la cartilla justo cuando acababa de empezar. Pero nadie había tocado la máquina y la muestra aún estaba dentro. Arrancó la copia de la impresora.

Lo siguiente fue bajar dos termocicladores de la sexta a la quinta planta. Iban a ser sus principales aparatos de trabajo durante la tarde. Los termocicladores servían para realizar las reacciones en cadena de la polimerasa.

Sean se puso a trabajar en serio después de echar un vistazo a los Mason, que parecían dedicar la mayor parte del tiempo a discutir quién tenía la culpa de que les hubieran tomado como rehenes.

Sean estudió primero los resultados del analizador de péptidos. Eran espectaculares. Las secuencias de aminoácidos de los puntos de unión con los antígenos de la medicina de Helen Cabot y de Louis Martin eran idénticos. Las inmunoglobulinas eran las mismas, lo cual significaba que se trataba a todos los pacientes de meduloblastoma, por lo menos inicialmente, con el mismo anticuerpo. Esta información corroboraba la teoría de Sean, y su entusiasmo aumentó.

Luego Sean sacó de la nevera el cerebro de Helen y la jeringa que contenía su fluido cerebroespinal. Tomó del cerebro otra muestra general del tumor y devolvió el órgano a la nevera. Sean cortó la muestra del tumor en trocitos pequeños y los puso en un frasco con las enzimas adecuadas para obtener una suspensión celular de las células cancerígenas. Metió el frasco en la incubadora.

Mientras las enzimas actuaban sobre la muestra de tumor, Sean comenzó a llenar algunos de los noventa y seis pocillos del primer termociclador con unas alícuotas del fluido cerebroespinal de Helen. Añadió a cada pocillo de fluido cerebroespinal una enzima llamada transcriptasa inversa para cambiar cualquier A R N vírico en ADN. Luego puso los cebadores emparejados del virus de la encefalitis de St. Louis en el mismo pocillo. Añadió finalmente los reactivos para sostener la reacción en cadena de la polimerasa. Entre los reactivos había una enzima estable caliente llamada Taq.

Sean volvió a la suspensión celular del cáncer de Helen y utilizó un detergente designado NP-40 para abrir las células y sus membranas nucleares. Luego, mediante laboriosas técnicas de separación, aisló las nucleoproteínas celulares del resto de los desechos celulares. En una última etapa, Sean separó el ADN del ARN.

Sean llenó con muestras de ADN los receptáculos restantes del primer termociclador. Agregó cuidadosamente a estos mismos pocillos los cebadores emparejados de oncogenes, un par distinto en cada pocillo. Dosificó finalmente en cada pocillo una cantidad adecuada de reactivos para la reacción en cadena de la polimerasa.

Cuando tuvo bien lleno el primer termociclador lo conectó.

Sean se dirigió al segundo termociclador y añadió muestras del ARN celular del tumor de Helen a cada pocillo. En la segunda pasada tenía previsto buscar un A R N mensajero constituido por oncogenes. Para ello tuvo que añadir unas alícuotas de transcriptasas inversas a cada pocillo, la misma enzima que había añadido a las muestras de fluido cerebroespinal. Mientras realizaba el tedioso proceso de añadir los pares del cebador de oncogenes, un

Librodot

par en cada pocillo, sonó el teléfono Al principio Sean no hizo caso, y supuso que el doctor Mason contestaría. Pero no fue así, y el sonido continuado del timbre empezó a ponerle los nervios de punta. Sean dejó la pipeta que estaba utilizando y se dirigió hacia la oficina acristalada. La señora Mason estaba sentada tristemente en una silla de la oficina, apartada hacia un rincón. Parecía haber estado llorando mucho y en aquel momento se sonaba con un pañuelo de papel. El doctor Mason miraba nerviosamente el frasco en el baño de hielo, temiendo que el timbre del teléfono pudiera alterarlo.

Sean abrió la puerta de golpe: - ¿Le importaría contestar el teléfono? -dijo con irritación-. Quienquiera que sea, no se olvide de decirle que la nitroglicerina está casi a punto de congelarse.

Sean cerró dando un portazo. Cuando la puerta dio contra el quicio, Sean vio sobresaltarse al doctor Mason, pero obedientemente descolgó el receptor. Sean regresó a su banco de labora torio y a sus probetas. No había llenado más de un pocillo, cuando volvieron a perturbar su concentración.

-Es el teniente Héctor Salazar, del Departamento de Policía de Miami -le informó el doctor Mason-. Quiere hablar con usted.

Sean levantó la mirada hacia la oficina. El doctor Mason mantenía la puerta medio abierta con el pie. Sostenía el teléfono en una mano y el receptor en la otra. El hilo iba serpenteando hasta dentro de la oficina.

-Dígale que si esperan un par de horas más, todo irá bien -dijo Sean.

El doctor Mason habló por teléfono unos momentos, y luego gritó: -Insiste en hablar con usted.

Sean miró hacia el techo. Volvió a dejar su pipeta sobre el banco de laboratorio, se acercó al supletorio de la pared, y apretó el botón que destellaba.

-En este momento estoy muy ocupado -dijo sin más preámbulos.

-Tómeselo con calma -dijo en tono tranquilizador Héctor-. Ya sé que está disgustado, pero todo acabará bien. Hay una persona aquí que quisiera decirle algo. Es el sargento Hunt. Queremos actuar del modo más razonable. Estoy seguro de que usted también.

Sean intentó protestar porque no tenía tiempo para conversaciones cuando sonó al otro lado del hilo la voz ronca del sargento Hunt.

-Quiero que esté tranquilo-dijo el sargento Hunt.

-Eso es un poco difícil -dijo Sean-. Tengo mucho que hacer en poco tiempo.

-Nadie resultará herido -dijo el sargento Hunt-. Quisiéramos que bajara para poder hablar.

-Lo siento-dijo Sean.

-Me han contado que usted está enfadado porque no pudo trabajar en un determinado proyecto -dijo el sargento Hunt-. Vamos a hablar sobre eso. Puedo imaginar que fue muy indignante. Usted ha querido castigar a las personas que considera responsables. Pero también deberíamos explicarle que retener a alguien en contra de su voluntad es un grave delito.

Sean sonrió al darse cuenta de que la policía había deducido que él había tomado como rehenes a los Mason porque no le habían dejado trabajar en el protocolo del meduloblastoma. En cierto modo, no iban muy desencaminados.

-Le agradezco su interés y su presencia -dijo Sean-. Pero no tengo mucho tiempo para hablar. Tengo que volver al trabajo -Dígame solamente qué quiere -dijo el sargento Hunt.

-Tiempo -dijo Sean-. Sólo quiero un poco de tiempo. Dos o tres horas, o quizá cuatro como mucho.

Sean colgó. Regresó a su banco, cogió su pipeta y se puso de nuevo a trabajar.

RONALD HUNT era un hombre pelirrojo de metro ochenta. Tenía treinta y siete años y estaba en el cuerpo de policía desde hacía quince, después de graduarse en la universidad de la comunidad. Su especialidad había sido el cumplimiento de la ley, pero también había cursado psicología como asignatura secundaria. Quería combinar la psicología con el trabajo policial y aprovechó la primera oportunidad que tuvo cuando quedó una plaza disponible en el Equipo de Negociación de Rehenes. Aunque no podía aplicar sus conocimientos con la frecuencia que hubiera deseado, cuando podía hacerlo le gustaba enfrentarse con las dificultades. Eso le había animado a seguir otros cursos de psicología por las tardes en la Universidad de Miami.

El sargento Hunt había manejado con éxito todas sus operaciones anteriores y había adquirido confianza en sus capacidades. Después de haber resuelto con fortuna el último episodio en el que un empleado insatisfecho en una planta de embotellamiento de refrescos había tomado como rehenes a tres compañeras de trabajo, el cuerpo de policía había concedido a Ronald una mención al mérito en el servicio. Así, el hecho de que Sean Murphy le colgara el teléfono, fue un golpe personal para él.

- ¡El muy desgraciado me ha colgado! -exclamó Ronald Hunt indignado.

- ¿Qué dijo que quería? -preguntó Héctor.

-Tiempo -dijo Ron.

- ¿Qué significa tiempo? -preguntó Héctor-. ¿Como la revista? ¿Quiere salir en la revista Tiempo?

-No -dijo Ron-. Tiempo quiere decir horas. Me dijo que tenía que volver a su trabajo. Debe de estar trabajando en ese proyecto en que le prohibieron participar.

- ¿Qué tipo de proyecto? -preguntó Héctor.

-No lo sé-dijo Ron. Luego apretó en su teléfono portátil el botón de vuelta a marcar-. No puedo negociar si no hablamos.

El teniente Héctor Salazar y el sargento Ronald Hunt estaban de pie detrás de tres coches blancos y azules de la policía de Miami situados en el aparcamiento del Forbes, ante la entrada del edificio de investigación. Los coches patrulla estaban aparcados formando una U abierta de espaldas al edificio.

En el centro de esta U habían instalado un minicentro de mando con un par de teléfonos y una radio sobre una mesa de juego plegable.

La presencia de la policía en el lugar había aumentado considerablemente. Al principio había sólo cuatro oficiales: los dos policías de patrulla uniformados que habían contestado la llamada, además de su sargento y su compañero. Ahora se había formado una pequeña multitud. Aparte de docenas de policías normales uniformados, incluido Héctor, estaba el equipo de negociación, formado por dos hombres, una escuadra de explosivos con cinco hombres y un equipo de Intervenciones Especiales vestidos con uniformes de asalto negros. Los Especiales estaban a un lado precalentándose con algunos muñecos.

Aparte de la policía, el Centro Forbes estaba representado por la doctora Deborah Levy, Margaret Richmond y Robert Harris. Les habían permitido situarse cerca del centro de control, pero con la condición de que se mantuvieran al margen. Una pequeña multitud, que incluía los medios de comunicación locales, se había reunido detrás de la barrera marcada con la cinta amarilla de la policía. Varias camionetas de televisión estaban aparcadas lo más cerca posible con sus antenas extendidas. Los periodistas con micrófonos en la mano y los equipos de cámara pisándoles los talones se

Librodot

paseaban por entre la multitud para entrevistar a quien pudiera tener alguna Información sobre el acontecimiento que se estaba desarrollan do dentro.

Mientras la multitud aumentaba, la policía intentaba proseguir su tarea.

-El doctor Mason dice que Sean Murphy se niega rotundamente a ponerse al teléfono -dijo Ron.

Estaba claramente ofendido.

-Mejor que siga intentándolo-le aconsejó Héctor. Se dirigió hacia Anderson y dijo-: Confío que todas las entradas y salidas están cubiertas.

-Todas están cubiertas -le aseguró Anderson-. Nadie va a entrar o a salir sin que nosotros lo sepamos. Además tenemos tiradores apostados en el tejado del hospital.

- ¿Y en el puente de peatones que conecta los dos edificios?

-preguntó Héctor.

-Hemos situado a un hombre en el puente en el lado del hospital -dijo Anderson-. No va a haber ninguna sorpresa en esta operación.

Héctor hizo una seña a Phil Darell, el superior de la patrulla de explosivos para que se acercara.

- ¿Qué es esa historia de la bomba? -preguntó Héctor.

-Es poco ortodoxa-reconoció Phil-. He hablado con el doctor. Se trata de un frasco de nitroglicerina. Calcula que contiene unos doscientos o trescientos centímetros cúbicos.

Está depositado en un baño de hielo. Al parecer Murphy entra de vez en cuando y vierte hielo sobre el baño. Cada vez que lo hace, aterroriza al doctor.

- ¿Puede haber algún problema? -preguntó Héctor.

-Sí, podría haberlo -contestó Phil-. Especialmente cuando se solidifique.

- ¿Podría explotar con un portazo?-preguntó Héctor.

-Probablemente no -respondió Phil-. Pero con una sacudida sí. Y si cayera al suelo, explotaría sin duda alguna.

- ¿Usted podría ocuparse de eso?

-Desde luego que sí -dijo Phil.

Luego Héctor pidió a Deborah Levy que se acercara.

-Creo que usted dirige las investigaciones en el centro.

La doctora Levy asintió con la cabeza.

- ¿Qué supone que está haciendo el chico ahí dentro?-preguntó Héctor-. Dijo a nuestro negociador que quería tiempo para trabajar.

- ¡Trabajar! -exclamó la doctora Levy en tono despectivo-. Probablemente está allí dentro saboteando nuestras investigaciones. Se enfadó porque no le dejamos trabajar en uno de nuestros protocolos. No tiene respeto por nadie ni por nada.

Sinceramente, desde el primer momento en que le vi pensé que estaba desequilibrado.

- ¿Puede estar trabajando ahora en ese protocolo? -preguntó Héctor.

-Claro que no-dijo la doctora Levy-. El protocolo está ahora en pruebas clínicas.

-O sea que en su opinión el individuo está ahí arriba sólo para crear problemas -dijo Héctor.

- ¡Está haciendo exactamente eso! -dijo la doctora Levy-. Creo que deberían subir y sacarlo a rastras de allí.

-Hay que pensar en la seguridad de los rehenes -dijo Héctor.

Héctor estaba a punto de consultar con George Loring y su equipo de Intervenciones Especiales cuando le interrumpió uno de los policías de patrulla uniformados.

Librodot

-Este hombre insiste en hablar con usted, teniente -dijo el policía de la patrulla-. Asegura ser el hermano del individuo que está encerrado ahí dentro.

Brian Murphy se presentó. Explicó que era abogado y ejercía en Boston.

- ¿Tiene alguna pista sobre lo que está pasando aquí? -preguntó Héctor.

-No, y lo siento-dijo Brian-. Pero conozco a mi hermano.

Siempre ha sido muy obstinado, pero nunca haría una cosa así a menos que hubiera una buena razón para ello. Quiero asegurarme de que ustedes no van a actuar de modo imprudente.

-Retener rehenes a punta de pistola y amenazarlos con una bomba es algo más que obstinación -dijo Héctor-. Ese tipo de comportamiento le sitúa en la categoría de persona peligrosa, impredecible e inestable. Tenemos que actuar sobre esta base.

-Reconozco que lo que está haciendo parece una locura -dijo Brian-. Pero Sean en el fondo está en sus cabales. Quizá deberían dejarme hablar con él.

- ¿Cree que le va a escuchar?-preguntó Héctor.

-Creo que sí -dijo Brian, a pesar de que aún sentía los efectos de lo sucedido en casa de los Mason.

Héctor quitó el teléfono a Ronald Hunt y lo dio a Brian para que intentara llamar. Desgraciadamente no contestó nadie, ni siquiera el doctor Mason.

-El doctor ha estado contestando hasta hace sólo unos minutos-dijo Ron.

-Déjenme entrar a hablar con él -dijo Brian.

Héctor movió negativamente la cabeza.

-Ya hay suficientes rehenes de momento -dijo.

-Teniente Salazar -llamó una voz.

Héctor se dio media vuelta y vio a un blanco, alto y delgado, que se le acercaba acompañado por un negro americano, barbudo y musculoso. Sterling se presentó y presentó a Wayne Edwards.

-Conozco a su jefe, Mark Witman, bastante bien -dijo Sterling después de las presentaciones. Luego añadió-: Nos enteramos de lo que está haciendo Sean Murphy y hemos venido a ofrecer nuestros servicios.

-Esto es un asunto de la policía-dijo Héctor.

Miró a los recién llegados con desconfianza. No le gustaban las personas que intentaban impresionarle diciéndole que eran colegas del jefe. Le sorprendía que hubieran podido cruzar la barrera policial.

-Mi compañero y yo hemos estado siguiendo al señor Murphy durante varios días -explicó Sterling-. Nos contrató para ello temporalmente el Centro Forbes contra el Cáncer.

- ¿Pueden explicar lo que está pasando aquí? -preguntó Héctor.

-Lo que sabemos es que ese pájaro ha estado haciendo cosas cada vez más demenciales -dijo Wayne.

- ¡No es un demente! -dijo Brian interrumpiéndole-. Sean es temerario e imprudente, pero no está loco.

-Si alguien comete una locura detrás de otra -dijo Wayne-, es lógico decir que está loco.

En aquel momento todos tuvieron el mismo reflejo y baja ron la cabeza cuando un helicóptero empezó a barrer el edificio y luego a sobrevolar el solar del aparcamiento. El rugido de las hélices hizo vibrar las cajas torácicas de los presentes.

Comenzó a levantarse una nube de polvo y arenilla. Varios papeles se fueron volando de la mesa de juego.

George Loring, el comandante del equipo de Intervenciones Especiales, se acercó.

Librodot

-Ese es nuestro helicóptero-le gritó al oído a Héctor. El ruido del aparato era ensordecedor-. Avisé que viniera para que podamos subir al tejado cuando lo ordenes.

Héctor se sujetaba la gorra con dificultades.

-Por todos los cielos, George -contestó gritando-. Dile al maldito helicóptero que se largue hasta que lo llamemos.

- ¡Sí, señor! -respondió el otro a gritos.

Tiró de un pequeño micrófono prendido de una hombrera.

Protegiéndolo con las manos, habló brevemente al piloto. Para alivio de todos, el helicóptero se inclinó y se alejó para aterrizar en un helipuerto próximo al hospital.

- ¿Cómo ves la situación? -preguntó Héctor a George cuando pudieron hablar.

-He estudiado los planos del edificio que me dio el jefe de seguridad, quien por cierto ha colaborado mucho -dijo George, señalando a Robert Harris-. Creo que sólo necesitamos un equipo de seis hombres en el tejado: tres para cada escalera. El sospechoso está en el laboratorio de la quinta planta. Con una bastaría, pero probablemente utilizaremos dos granadas de concusión. Estará listo en cuestión de segundos. Será coser y cantar.

_ ¿Y qué pasará con la nitroglicerina de la oficina? -preguntó Héctor.

-Nadie me habló de ninguna nitroglicerina -contestó George.

-Está en la oficina acristalada-dijo Héctor.

-Sería muy arriesgado -interrumpió Phil, que había oído la conversación-. Las ondas de choque podrían hacer explotar la nitroglicerina si se ha solidificado ya.

- ¡Al diablo, entonces!-dijo George-. Nada de granadas.

Podemos simplemente salir por ambas escaleras a la vez. El terrorista no sabrá de qué lado se le ataca.

- ¡Sean no es un terrorista!-dijo Brian, horrorizado al oír esa conversación.

-Quisiera ir de voluntario con el equipo de ataque -dijo Harris, hablando por primera vez-. Conozco el terreno.

-No es momento para aficionados-dijo Héctor.

-No soy un aficionado -dijo Harris indignado-. Me entrené de comando en el servicio y realicé varias misiones de comando en la Operación Desierto.

-Creo que hay que hacer algo lo antes posible -dijo la doctora Levy-. Cuánto más tiempo se deje ahí dentro a ese niñato loco, más perjudicará nuestros experimentos actuales.

Todos volvieron a agachar la cabeza cuando otro helicóptero pasó a poca altura sobre el aparcamiento. Llevaba escrito en un costado “Canal 4 TV”.

Héctor gritó a Anderson que llamara a la sala de reclamaciones y ordenara al Canal 4 que se llevaran su maldito helicóptero de la escena, de lo contrario pediría al equipo de SWAT que se ocupara de ellos con sus armas automáticas.

A pesar del ruido y del alboroto general, Brian descolgó uno de los teléfonos y apretó el botón en memoria. Rezó para que alguien contestara, y así fue. Pero no era Sean. Era el doctor Mason.

SEAN NO TENÍA ni idea de cuántos ciclos debían recorrer los termocicladores. Lo único que esperaba era una reacción positiva en alguno de los aproximadamente ciento cincuenta pocillos que había preparado. Detuvo con impaciencia la primera de las máquinas al cabo de veinticinco ciclos y sacó la bandeja con los pocillos.

Primero añadió una sonda biotinilada y los reactivos enzimáticos necesarios para comprobar si la sonda había reaccionado en la serie de pocillos que contenían el líquido cerebroespinal de Helen Cabot. Luego introdujo estas muestras en el instrumento de quimioluminiscencia y esperó a que saliera la copia impresa para ver si se producía alguna luminiscencia.

Comprobó, sorprendido, que la primera muestra era positiva. Aunque estaba convencido de que al final sería positiva, no esperaba una reacción tan rápida. Esto significaba que Helen Cabot-al igual que Malcolm Betencourt-había contraído la encefalitis de St. Louis en pleno invierno, lo cual era extraño pues el vector habitual de transmisión de la enfermedad es un mosquito.

Sean dirigió entonces la atención a los demás pocillos donde buscaba la presencia de oncogenes. Pero antes de que pudiera comenzar a añadir las sondas adecuadas, el doctor Mason le interrumpió.

El teléfono había sonado de modo intermitente después de que Sean hubiera hablado con el sargento Hunt, pero él no había hecho caso. Al parecer, el doctor Mason tampoco había contestado, porque en varias ocasiones el timbre sonó un largo rato. Y Sean había terminado por desconectar el timbre de su extensión. Pero al parecer el teléfono había estado sonando de nuevo y esta vez el doctor Mason había respondido, porque abrió con energía la puerta para decir a Sean que su hermano estaba al aparato.

Aunque Sean no quería interrumpir lo que estaba haciendo, se sentía algo culpable con Brian y decidió contestar. Le pidió disculpas por haberle metido en eso.

-Estoy dispuesto a perdonar y a olvidar -dijo Brian-. Pero debes terminar con esta insensatez ahora mismo: ven aquí abajo y entrégate.

-No puedo -dijo Sean-. Necesito aproximadamente una hora más, como mucho dos.

- ¿Pero qué estás haciendo, por Dios?-preguntó Brian.

-Sería demasiado largo contártelo ahora -contestó Sean-. Pero es algo muy importante.

-Me temo que no sabes el maremágnum que estás provocando -dijo Brian-. Excepto la Guardia Nacional, están aquí todos los demás. Si no bajas ahora mismo y acabas con esta situación, no voy a poder hacer nada por ti.

-Sólo necesito un poco más de tiempo-pidió Sean-. No estoy exigiendo mucho.

-Aquí se ha reunido un puñado de pistoleros locos -dijo Brian-. Están hablando de entrar a saco en el edificio.

-Asegúrate que saben lo de la supuesta nitroglicerina -dijo Sean-. Eso quizá evite que hagan de héroes.

- ¿Qué significa esto de la “supuesta nitroglicerina”? -preguntó Brian.

-Es básicamente etanol con un poco de acetona -contestó Sean-. Pero parece nitroglicerina. Al menos sirve para engañar al doctor Mason. No creías que había fabricado nitroglicerina auténtica, ¿verdad?

-A estas alturas -dijo Brian -, te creería incluso capaz. -Habla con ellos para que no emprendan ninguna operación comando -dijo Sean-. Dame por lo menos una hora más.

Sean oyó que Brian seguía protestando, pero ya no le escuchó. Colgó el teléfono y volvió a la primera bandeja del termociclador.

Sean no había avanzado mucho con las sondas de oncogenes cuando Janet apareció por la puerta de la escalera llevando hojas impresas del ordenador.

-No ha habido problema para encontrar el fichero de los viajes del Forbes-dijo ella. Acercó los papeles de ordenador a Sean-. Para lo que pueda servir, la

Librodot

doctora Deborah Levy viaja mucho, pero casi siempre son viajes de ida y vuelta a Cayo Hueso.

Sean echó una ojeada a la copia impresa.

-Sí, no para de ir y venir -admitió-. Pero fíjate en todas esas otras ciudades. Eso es lo que esperaba. ¿Y Margaret Richmond qué?

-No viaja a Cayo Hueso -dijo Janet-. Viaja un poco por el país. Suele ir una vez al mes a alguna otra ciudad.

- ¿Qué me dices del programa automatizado que vimos?

-preguntó Sean.

-Tenías razón -contestó Janet-. Estaba en marcha cuando yo llegué, así que copié dos de los números que pensamos que podrían ser números de teléfono. Cuando intenté llamar directamente, me di cuenta de que era una red informática, de modo que utilicé el ordenador central y su módem para conectar con ellos. Ambos eran números de compañías aseguradoras: una era Medi-First y la otra Healthnet.

- ¡Perfecto! -exclamó Sean-. Todas las piezas comienzan a encajar.

- ¿Qué tal si me haces partícipe de las revelaciones? -preguntó Janet.

-Me apostaría cualquier cosa a que el programa busca los ficheros de las autorizaciones de las compañías de seguros médicos para determinados números de la seguridad social.

Probablemente lo hace de noche los días de la semana y los domingos por la tarde.

- ¿Te refieres a las autorizaciones de intervenciones quirúrgicas? -preguntó Janet.

-A eso exactamente me refiero-dijo Sean-. La mayoría de los planes de seguro médico, por no decir todos, procuran reducir las intervenciones quirúrgicas innecesarias, exigen que el doctor o el hospital notifique previamente a la compañía aseguradora la intervención prevista. Normalmente dan siempre el permiso, por lo que el trámite es poco importante. Dudo que se tomen en serio la confidencialidad. El ordenador de ahí arriba está imprimiendo intervenciones quirúrgicas electivas propuestas en una lista específica de números de la seguridad social.

-Son los números que aparecen en pantalla -comentó Janet.

-Eso tienen que ser-dijo Sean.

- ¿Y por qué?-preguntó Janet.

-Dejaré que lo averigües tú-contestó Sean-. Mientras yo sigo procesando estas muestras de los termocicladores, tú estudia las historias referenciales de las treinta y tres fichas que copiamos. Verás que en la mayoría de ellas se menciona que el paciente sufrió una intervención quirúrgica voluntaria poco antes de que se le diagnosticara meduloblastoma. Quiero que compares las fechas de esas operaciones con el programa de viajes de la doctora Levy.

Janet se quedó mirando a Sean sin pestañear. A pesar de su agotamiento, comenzaba a asimilar los hechos tal como Sean los comprendía y, por lo tanto, comenzó a entender hacia dónde se dirigían los pensamientos de Sean. Sin decir una sola palabra, se sentó dispuesta a trabajar con las fichas y las copias impresas del ordenador que se había traído de la séptima planta.

Sean volvió a su trabajo, cargó unos cuantos pocillos más con las correspondientes sondas de oncogenes. No había progresado mucho cuando el doctor Mason le interrumpió.

-Mi esposa tiene hambre -anunció el doctor Mason.

Sean estaba cansado y con los nervios de punta. Después de todo lo que había pasado, no podía soportar a los Mason, especialmente a la señora Mason. El hecho de que consideraran apropiado importunarle porque ella tenía hambre

Librodot

le puso furioso. Dejó sobre la mesa la pipeta y fue corriendo hacia la oficina acristalada.

El doctor Mason vio venir a Sean y adivinó enseguida su estado de ánimo. Dejó que la puerta se cerrara sola y volvió a entrar en la oficina.

Sean abrió bruscamente la puerta de la oficina dejando que chocara con el tope. Entró como una tromba, sacó el frasco de Erlenmeyer del baño de hielo, y le dio una sacudida. Parte de su contenido se había solidificado y trozos de hielo golpearon contra los lados del envase.

El rostro del doctor Mason empalideció mientras se contraía esperando la explosión. La señora Mason se cubrió la cara con las manos.

-Si les oigo decir una palabra más, vengo y rompo este frasco contra el suelo -dijo Sean gritando.

Como la explosión no se produjo, el doctor Mason abrió los ojos. La señora Mason miró a través de sus dedos separados.

- ¿Lo han entendido bien? -preguntó Sean secamente.

El doctor Mason tragó saliva y asintió con la cabeza.

Sean, enfadado con los Mason y con su propio ataque de furia, volvió a su banco de laboratorio. Se sentía culpable y miró hacia Janet, pero ella no se había dado cuenta de nada.

Estaba demasiado enfrascada en las fichas.

Sean recogió la pipeta y siguió trabajando. Conseguir lo que se proponía no era fácil y tuvo que concentrarse. Tenía que poner la sonda correcta en el pocillo correspondiente, y tenía los pares de cebadores y las sondas de más de cuarenta oncogenes, una lista bastante extensa.

Las primeras muestras fueron negativas. Sean no sabía si las había sacado del termociclador antes de un número suficiente de ciclos o si eran realmente negativas. Al llegar a la quinta muestra comenzó a desanimarse. Por primera vez desde que puso en marcha todo ese espectáculo, empezaba a dudar seriamente de las conclusiones que hasta entonces había creído firmes como una roca. Pero la sexta muestra resultó positiva.

Sean había detectado la presencia de un oncogén conocido con la designación ERB-2 referente a un virus de eritroblastosis propio de las aves, un virus cuyo huésped habitual eran las gallinas.

Cuando Janet hubo terminado con las fichas, Sean había encontrado ya otro oncogén llamado v-myc, correspondiente al virus del mielocitoma, otro virus que contraían las gallinas.

-Solamente tres cuartas partes de las fichas llevan la fecha de las intervenciones quirúrgicas -dijo Janet-. Pero la mayoría de éstas coinciden con las fechas y los destinos de los viajes de la doctora Levy.

- ¡Aleluya! -exclamó Sean-. Todo está encajando como un rompecabezas.

-Lo que no comprendo -dijo Janet-, es lo que fue a hacer a esas ciudades.

-Casi todos los pacientes postoperatorios tienen conectado un equipo de infusión -dijo Sean-. Eso les mantiene hidrata dos y, además, si surge algún problema el personal médico tiene una vía de acceso para administrar medicamentos. Mi teoría es que la doctora Deborah Levy les puso una inyección en la botella del equipo de infusión.

- ¿De qué? -preguntó Janet.

-Una inyección del virus de la encefalitis de St. Louis -dijo Sean.

Explicó a Janet que había obtenido una prueba positiva del virus de la encefalitis de St. Louis en el líquido cerebroespinal de Helen Cabot. Le dijo también que Louis Martin había tenido síntomas neurológicos pasajeros parecidos a los de He len varios días antes de su intervención voluntaria.

Librodot

-Y si miras las fichas -continuó diciendo Sean-, creo que descubrirás que la mayoría de esas personas tuvieron síntomas pasajeros parecidos.

- ¿Por qué no contrajeron una encefalitis completa? -preguntó Janet-. ¿Especialmente si la inyectaron a través de los equipos de infusión?

-Esa es la parte realmente inteligente del plan -dijo Sean-. Creo que incluyeron oncogenes víricos en los virus de encefalitis para alterarlos y atenuarlos. Ya he detectado dos oncogenes de éstos en el tumor de Helen. Supongo que encontraré otros. Una de las teorías actuales sobre el cáncer es que se necesitan al menos tres incidentes aislados en una célula para que sea cancerosa.

- ¿Cómo se te ocurrió todo esto? -preguntó Janet.

Todo sonaba demasiado complicado, demasiado rebuscado, demasiado complejo, y sobre todo, demasiado espantoso para ser verdad.

-Paulatinamente -dijo Sean-. Por desgracia, he tardado mucho tiempo. Supongo que inicialmente mis sospechas eran muy leves, pues era la última cosa que esperaba. Pero cuando tú me dijiste que comenzaban la inmunoterapia con un agente específico a partir del primer día, pensé que algo no encajaba.

Eso iba contra todo lo que yo sabía sobre la especificidad de la inmunoterapia. Desarrollar un anticuerpo lleva tiempo y el tumor de cada persona es antigénicamente único.

-Pero fue en casa de los Betencourt cuando comenzaste a actuar de modo extraño -comentó Janet.

-Malcolm Betencourt insistió en la secuencia de los hechos -dijo Sean-. Intervención quirúrgica voluntaria seguida de síntomas neurológicos, y luego tumor cerebral. Helen Cabot y Louis Martin tuvieron la misma progresión. Hasta que no supe la historia de Malcolm, no me di cuenta de su importancia.

Como decía uno de mis profesores de medicina, si tomas nota muy detalladamente de todos los datos de un historial, podrás realizar cualquier diagnóstico.

-Por lo tanto, crees que el Centro Forbes se ha dedicado a enfermar a gente de cáncer por todo el país -dijo Janet, mientras se esforzaba en convertir en palabras su horrible temor.

-Un tipo de cáncer muy especial -dijo Sean-. Uno de los oncogenes víricos que he detectado crea una proteína que sobresale a través de la membrana celular. Como ésta es homóloga a la proteína que forma el receptor de la hormona del crecimiento, actúa como un interruptor que si está abierto estimula el crecimiento celular y la división celular. Pero además de esto, la porción que sobresale a través de la célula, es un péptido y probablemente antigénico. Mi teoría es que la inmunoglobulina que administran a esas personas es un anticuerpo de esa parte extracelular de la oncoproteína ERB-2.

-Me he perdido-reconoció Janet.

-Vamos a intentarlo -dijo Sean-. Quizá pueda demostrártelo. Tardaremos sólo un momento, ya que tengo alguna oncoproteína ERB-2 del laboratorio de Cayo Hueso. Veamos si el medicamento de Helen Cabot reacciona con ella. Recuerda que no pude conseguir que reaccionara con ningún antígeno celular natural. Lo que reaccionaría es su tumor.

Mientras Sean preparaba rápidamente la prueba de inmunofluorescencia, Janet intentó asimilar lo que Sean había dicho hasta el momento.

-En otras palabras -dijo Janet después de una pausa-, este cáncer de meduloblastoma es tan diferente no sólo porque es artificial, sino también porque puede curarse.

Sean levantó la mirada de su trabajo con evidente admiración.

Librodot

- ¡Exacto! -dijo-. Tú lo has dicho. Han creado un cáncer con el antígeno de un tumor específico para el cual tenían ya un anticuerpo monoclonal. Este anticuerpo reaccionará con el antígeno y cubrirá todas las células cancerosas. Lo único que les faltaba era estimular el sistema inmune tanto en vivo como in vitro para conseguir todas las células posibles. El único problema menor era que el tratamiento probablemente agravaba de entrada los síntomas debido a la inflamación que sin duda causaba.

- ¿Por eso murió Helen Cabot?-preguntó Janet.

-Eso creo-dijo Sean-. En Boston la retuvieron demasiado tiempo durante el estadio de diagnóstico. Deberían haberla mandado a Miami enseguida. Lo que pasa es que Boston no puede imaginar que alguien pueda resolver mejor que ellos algún problema médico.

- ¿Cómo podías estar tan seguro de todo esto? -preguntó Janet-. Cuando volvimos aquí no tenías ninguna prueba. Sin embargo estabas tan seguro que obligaste a los Mason a venir aquí a punta de pistola. Creo que estabas arriesgándote muchísimo -El hecho decisivo fueron los dibujos como de ingeniería de la cápsula vírica que vi en el laboratorio de Cayo Hueso -explicó Sean-. En cuanto los vi, supe que todo tenía que ser verdad. Mira, la especialidad de la doctora Levy es la virología.

Los dibujos eran de un virus esférico con simetría icosaédrica.

Ese es el tipo de cápsula que tiene el virus de la ESL. La parte científicamente elegante de esta malvada trama es que Deborah Levy pudo introducir los oncogenes dentro de la cápsula vírica de la ESL. No había sitio para más de un oncogén en cada virus, porque Levy había tenido que dejar intacto gran parte del genoma del virus de la ESL para que siguiera siendo infeccioso. No sé cómo lo hizo. También debió de haber incluido, además del oncogén, algunos genes retrovíricos para que el oncogén se insertara en los cromosomas de las células infectadas. Mi teoría es que Levy transformó unos cuantos virus con los oncogenes, y que sólo se volvieron cancerígenas las células cerebrales que tuvieron la mala suerte de captar todos los oncogenes simultáneamente.

_ ¿Y por qué un virus de encefalitis? -preguntó Janet.

-Este virus tiene una predilección natural por las neuronas -dijo Sean-. Para poder provocar un cáncer que luego pudieran tratar, necesitaban un tumor que manifestara de modo fiable síntomas tempranos. El cáncer cerebral es uno de ellos.

Científicamente, todo suena muy racional.

-Diabólico, es más acertado -dijo Janet.

Janet miró hacia la oficina acristalada. El doctor Mason se paseaba por la habitación aunque evitando cuidadosamente la mesa y el frasco en el baño de hielo.

- ¿Crees que él sabe todo esto? -preguntó Janet.

-No lo sé -dijo Sean-. Pero si tuviera que opinar, diría que sí. Sería difícil llevar a cabo toda esta compleja operación sin que el director lo supiera. Al fin y al cabo, el objetivo último era obtener fondos.

- ¿Por eso buscaban directores ejecutivos y sus familiares?

-Imagino que sí-dijo Sean-. Es fácil averiguar qué compañía de seguros médica utiliza una gran empresa. Tampoco es difícil descubrir el número de seguridad social de una persona, especialmente el de personajes casi públicos. Una vez conseguido el número de seguridad social de la persona asegurada, es fácil conseguir el de los demás miembros de la familia.

-Es decir, que aquella noche cuando estábamos aquí copiando las fichas y oímos la palabra “donante”, se refería adinero y no a órganos.

Librodot

Sean asintió con la cabeza.

-En ese momento teníamos la imaginación demasiado activa -dijo-. Olvidamos que los hospitales especializados y los centros de investigación asociados están cada vez más desesperados porque cada vez es más difícil conseguir subvenciones del Instituto Nacional de la Salud. Crear un grupo de pacientes adinerados y agradecidos es una buena forma de entrar en el siglo XXI.

-Mientras tanto, la prueba de inmunofluorescencia con el ERB-2 y la medicina de Helen Cabot había dado un resultado muy positivo, superior al de las células tumorales.

- ¡Ahí lo tienes!-dijo Sean satisfecho-. Esta es la reacción antígeno-anticuerpo que había estado buscando.

Luego Sean se volvió hacia los centenares de muestras que tenía en los dos termocicladores.

- ¿Puedo ayudarte? -preguntó Janet.

-Claro que sí-contestó Sean.

Le enseñó a manejar una pipeta de doce canales; luego le dio una serie de sondas de oncogenes para meter en los pocillos del termociclador.

Trabajaron juntos durante casi tres cuartos de hora, concentrados en el delicado trabajo. Estaban los dos físicamente agotados y emocionalmente desbordados por la magnitud de la conspiración que sospechaban. Cuando hubieron preparado y analizado el último pocillo con luminiscencia, habían descubierto dos oncogenes más: Ha-ras, llamado así por el virus del sarcoma de Harvey que normalmente infecta ratas; y SV40 T Grande por un virus hallado generalmente en los riñones de los monos. A partir de los estudios de ARN del segundo termociclador, donde Sean había realizado cuantitativamente una reacción en cadena de la polimerasa, quedó claro que todos los oncogenes estaban expresados en “mega”.

- ¡Vaya cóctel de oncogenes! -dijo Sean asombrado cuando se levantó y tensó sus músculos cansados-. Cualquier célula nerviosa que captara estos cuatro oncogenes, se volvería cancerosa sin ninguna duda. La doctora Levy no deja nada al azar.

Janet dejó la probeta que sostenía y se agarró la cabeza con las manos. Habló con voz cansada, sin levantar la mirada.

_ ¿Y ahora qué?

-Nos tendremos que entregar -dijo Sean.

Mientras intentaba imaginar el siguiente paso, miró rápidamente hacia la oficina donde los Mason estaban discutiendo otra vez. Afortunadamente, las paredes de cristal atenuaban bastante el sonido de sus voces.

- ¿Cómo vamos a desarrollar la entrega? -preguntó Janet con voz adormecida.

Sean suspiró.

- ¿Sabes?, no lo he pensado mucho. Va a ser complicado.

Janet levantó la vista.

-Supongo que tenías alguna idea cuando pusiste en marcha este plan.

-No-reconoció Sean-. No llegué tan lejos.

Janet apartó su silla y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver el aparcamiento.

-Has logrado montar el circo que querías -dijo-. Hay centenares de personas ahí fuera, incluido un grupo de uniforme negro.

-Esos son los únicos que me ponen nervioso -admitió Sean-. Imagino que se trata de un equipo de Intervenciones Especiales.

Librodot

-Quizá lo primero que deberíamos hacer es enviar a los Mason afuera para que les digan que estamos preparados para salir.

-Es una idea-comentó Sean-. Pero tú irás con ellos.

-Entonces te quedarías solo aquí dentro -dijo Janet. Volvió a sentarse-. Y eso no me gusta. Y me gusta menos cuando veo a esos tipos de uniforme negro impacientes por iniciar el ataque.

-El mayor problema es el cerebro de Helen Cabot -dijo Sean.

- ¿Por qué? -preguntó Janet con un suspiro de exasperación.

-Es nuestra única prueba -dijo Sean-. No podemos permitir que la gente del Forbes destruya el cerebro, y estoy seguro de que lo harían si pudieran. Imagino que no voy a ser muy popular cuando terminemos todo esto. Hay bastantes probabilidades de que, durante la confusión, el cerebro no caiga en buenas manos. Dudo que alguien se tome la molestia de pararse a escucharme.

-Me temo que no-dijo Janet.

- ¡Espera un momento! -dijo Sean con un entusiasmo repentino-. Tengo una idea.

Librodot

CAPITULO 13

DOMINGO, 7 DE MARZO 4.38 p.m.

Sean tardó veinte minutos en convencer a Janet de que lo mejor era que ella se reuniera con los Mason en la oficina.

Sean tenía la esperanza de que si consideraban a Janet como un rehén más, el argumento de que él la había coaccionado tendría más fuerza. Janet se mostraba escéptica, pero al final cedió.

Cuando lo hubieron decidido así, Sean cubrió el cerebro de Helen Cabot con hielo y lo puso en la nevera que había utilizado para transportarlo al laboratorio. Luego, con un trozo de cuerda que encontró en el armario almacén, hizo un gran paquete con las treinta y tres copias de los historiales médicos más la copia de impresora del archivo de viajes del Centro Forbes contra el Cáncer. Cuando todo estuvo listo, Sean cogió las llaves maestras y con la nevera en una mano y los papeles en la otra, subió hasta el piso de administración.

Sean entró con la llave maestra en la sección de finanzas.

Después de sacar el estante del pequeño montacargas, se metió como pudo dentro de él con los dos paquetes. Bajó en el montacargas los siete pisos hasta el sótano, tratando dificultosamente de mantener los codos dentro para que no rozaran con las paredes.

En el almacén de los historiales médicos tuvo algunos problemas. El interruptor estaba en la entrada y Sean tuvo que recorrer la sala entera en completa oscuridad. Por lo menos recordaba la disposición general de los estantes y pudo avanzar con un poco de confianza, aunque varias veces se encontró desorientado. Finalmente, dio con el otro montacargas. A los pocos minutos estaba dentro subiendo los dos pisos hasta el archivo médico del edificio del hospital.

Cuando abrió la puerta del montacargas, agradeció que las luces estuvieran encendidas, pero le asustó escuchar a alguien que daba órdenes con voz apagada. Antes de apearse de la estrecha cabina, Sean pensó que la voz procedía de un pequeño cubículo que no podía ver. Salió lo más silenciosamente posible del montacargas y avanzó sigilosamente hasta el vestíbulo, agarrando los dos paquetes, cada uno bajo un brazo.

Al llegar al vestíbulo, Sean pudo sentir la electricidad en el ambiente. Era evidente que los departamentos de química clínica y radiología estaban enterados del episodio de los rehenes en el edificio vecino; y a causa del revuelo general había un ambiente casi festivo entre el personal escaso del fin de semana. La mayoría de ellos estaban en el vestíbulo asoma dos a los ventanales que ocupaban la pared entera frente a los ascensores y que daban al edificio de investigación. Nadie se fijó en Sean.

Sean, evitando los ascensores, tomó las escaleras y bajó hasta la primera planta. Cuando salió a la entrada principal, se sintió inmediatamente aliviado. Por suerte era la hora de las visitas, de modo que había bastante gente reunida en torno a la entrada del vestíbulo. Sean, a pesar de sus voluminosos paquetes, de su barba de dos días y sus ropas arrugadas, pudo confundirse entre la multitud.

Sean salió del hospital sin que nada se lo impidiera. Mientras atravesaba el aparcamiento próximo al edificio de investigación, comenzó a darse cuenta de la

Librodot

cantidad de gente que se había presentado para ver su espectáculo de rehenes. La gente se había distribuido entre el puñado de coches aparcados, uno de los cuales era su 4x4 Al pasar cerca de su Isuzu Sean pensó en la posibilidad de dejar dentro el cerebro y las fichas. Pero decidió que sería mejor dárselos directamente a Brian. Sean estaba seguro de que su hermano permanecía allí, a pesar de sus amenazas de abandonarlo.

La policía había sellado la parte delantera del edificio de investigación tendiendo la cinta policial de vinilo amarillo de un vehículo a otro. En la parte trasera del edificio la cinta estaba pegada a los árboles y la zona quedaba completamente cercada. A lo largo del perímetro de la cinta, había oficiales de policía uniformados montando guardia a intervalos regulares.

Sean vio que la policía había instalado una central de mando en una mesa de juego situada detrás de un grupo de coches de patrulla. A su alrededor se había reunido un grupo formado por varias docenas de oficiales de policía. Un poco retirados hacia la izquierda estaban los hombres del equipo de Intervenciones Especiales vestidos de negro, algunos haciendo ejercicios calisténicos, otros examinando un impresionante surtido de armas.

Sean se detuvo en la cinta y recorrió con la mirada la multitud. Pudo localizar a Brian inmediatamente. Era el único vestido con camisa blanca y tirantes de dibujos. Brian estaba a un lado en animada conversación con un miembro del equipo de Intervenciones Especiales que llevaba la cara debajo de los ojos tiznada de pintura negra.

Sean se acercó a uno de los oficiales de policía uniformados que vigilaban la cinta policial e hizo señas para llamar su atención. El oficial estaba muy atento a su cortaúñas.

-Perdone que le moleste -dijo Sean-. Soy pariente del individuo que retuvo a los rehenes y el que está hablando allí con un miembro del equipo de Intervenciones Especiales es mi hermano -dijo Sean señalando a Brian-. Creo que puedo ayudar a resolver el dilema.

El policía levantó la cinta sin decir una palabra. Simplemente hizo un gesto a Sean para que entrara. Luego volvió a sus uñas.

Sean procuró no acercarse a Deborah Levy o Robert Harris, a quien había localizado cerca de uno de los coches de patrulla.

Afortunadamente, no estaban mirando hacia él. También cambió de dirección cuando vio, junto a la mesa de juego, a uno de los hombres que había encerrado en el armario de Cayo Hueso, el mismo que había estado esperándole en la avioneta de Sushita en Naples.

Sean se dirigió directamente hacia su hermano, y se le acercó por detrás. Oyó fragmentos de la discusión, que trataba sobre la posibilidad de entrar a saco en el edificio. Era evidente que tenían opiniones contrarias.

Sean dio unos golpecitos a Brian en el hombro, pero Brian levantó los hombros en un gesto de desinterés por aquella interrupción. Estaba ocupado explicando su argumento, que remachaba golpeando con el puño en la palma abierta. Continuó su apasionado monólogo hasta que Sean apareció en una esquina de su campo de visión. Brian dejó la frase a medias y se quedó con la boca abierta.

George Loring siguió la dirección de la mirada de Brian, al ver a Sean pensó que era un vagabundo y luego volvió a mirar a Brian.

- ¿Conoce a este tipo?-preguntó.

-Somos hermanos-dijo Sean mientras empujaba a Brian, atónito, con el codo hacia un lado.

- ¿Qué demonios. . .?-exclamó Brian.

Librodot

- ¡No montes un número! -le advirtió Sean, llevándose a su hermano más lejos-. Si aún estás cabreado porque te pegué, perdona. No quería golpearte, pero no me quedó más remedio.

Apareciste en un momento inoportuno.

Brian lanzó una mirada rápida pero preocupada hacia el puesto de la policía, a sólo unos doce metros. Dirigiendo de nuevo su atención hacia Sean, preguntó: - ¿Qué estás haciendo aquí?

-Quiero que cojas esta nevera -dijo Sean, entregándosela-. Y también estas copias de historiales. Pero la nevera es lo más importante.

Brian cambió de postura para cargar con el peso de las fichas.

- ¿Cómo diablos saliste de ahí dentro? Me aseguraron que habían sellado completamente el lugar y que nadie podía entrar o salir.

-Te lo diré enseguida -dijo Sean-. Pero primero la nevera: tiene un cerebro dentro. No un cerebro muy bonito, pero sí muy importante.

- ¿Es el cerebro que robaste? -preguntó Brian -. En ese caso, es propiedad robada.

-Guárdate tu jerga jurídica, de momento -dijo Sean.

- ¿De quién es el cerebro?

-De una paciente -dijo Sean-. Y lo necesitaremos para denunciar a varias personas del Centro Forbes contra el Cáncer.

- ¿Quieres decir que es una prueba? -preguntó Brian.

-Será una enorme sorpresa para muchos-prometió Sean.

-Pero falta una cadena de custodia apropiada -se quejó Brian.

-El ADN resolverá eso -dijo Sean-. Que no caiga en manos de nadie. Y las copias de las fichas también son importantes.

-Pero no sirven como prueba-dijo Brian-. No son copias certificadas.

- ¡Por Dios, Brian!-dijo Sean bruscamente-. Ya sé que fui muy imprudente al no pedir la presencia de un notario cuando las copié, pero nos pueden servir para convencer al jurado.

Además las copias demostrarán que podemos citar a testigos y podremos utilizarlas para estar seguros de que no cambiarán los originales -Sean bajó el tono de voz-. Y ahora, ¿qué hacemos para terminar con este carnaval sin pérdida de vidas humanas, especialmente de la mía? Esos tipos del equipo de Intervenciones Especiales que están ahí sin hacer nada me dan escalofríos.

Brian volvió a mirar en torno suyo.

-No lo sé -dijo-. Déjame que lo piense. Tú siempre me sacas de quicio. Ser hermano tuyo es un trabajo a jornada completa para varios abogados. Ojalá pudiera cambiarte por una buena hermana.

-No era eso lo que pensabas cuando vendimos las acciones de Immunotherapy-le recordó Sean.

-Supongo que podríamos marcharnos de aquí sin decir nada -dijo Brian.

-Lo que sea mejor-dijo Sean complaciente.

-Pero entonces podrían acusarme de cómplice después de los hechos-musitó Brian.

-Lo que tú digas -dijo Sean-. Pero tengo que decirte que Janet está arriba.

- ¿Es la chica rica con quien salías en Boston? -preguntó Brian.

-Sí -dijo Sean-. Apareció por sorpresa aquí en Florida el mismo día que yo llegué.

-Quizá lo mejor es que te entregues aquí mismo-razonó Brian-. Probablemente eso le sentará bien al juez. Cuanto más pienso en ello, más me convence la idea. Ven, te presentaré al teniente Héctor Salazar. Es el que dirige el espectáculo, y parece un tipo decente.

-Por mí, ningún problema -dijo Sean-. Vamos allá antes de que uno de esos miembros del equipo de Intervenciones Especiales vestido de negro se lastime un músculo de la ingle con sus ejercicios calisténicos y me denuncie por quebranto de consorcio.

-Mejor será que tengas una buena explicación para todo esto-le advirtió Brian.

-Te vas a quedar de piedra -dijo Sean-. Te lo garantizo.

-Déjame hablar a mí -dijo Brian mientras se dirigían a la mesa de juegos.

-No tengo el menor interés en hablar-dijo Sean-. Si algo haces bien, es eso.

Mientras se acercaban a la mesa de juego Sean vio a Sterling Rombauer y a Robert Harris, que estaban discutiendo aparta dos. Sean intentó darles la espalda y caminar hacia un lado, por si acaso le reconocían y provocaban una situación de pánico. Pero no hacía falta preocuparse. Estaban demasiado absortos en su conversación para notar su presencia.

Al acercarse por detrás al voluminoso Héctor Salazar, Brian carraspeó para llamar la atención del policía, pero no sirvió de nada. Héctor había tomado la conversación con George Lo ring en el punto en que Brian la había dejado. George estaba impaciente para que dieran ya la señal de entrar en acción.

Héctor le estaba pidiendo paciencia.

- ¡Teniente!-llamó Brian.

- ¡Maldición! -bramó Héctor-. Anderson: ¿llamó usted a reclamaciones para que alejaran el helicóptero de la televisión?

Ya vuelve a estar aquí.

Todas las conversaciones tuvieron que interrumpirse mientras el helicóptero del Canal 4 volaba bajo por encima de sus cabezas y se inclinaba alrededor de la zona de aparcamiento.

Héctor hizo un gesto con el dedo al cámara, del que luego se arrepintió cuando tuvo que verlo reproducido una y otra vez en la televisión.

Cuando el helicóptero hubo desaparecido, Brian reclamó la atención de Héctor.

-Teniente -dijo Brian animadamente-. Me gustaría presentarle a mi hermano Sean Murphy.

- ¡Otro hermano! -exclamó Héctor sin establecer la conexión correcta-. ¿Pero qué es esto, una reunión de familia?

-Luego dijo a Sean-: ¿Cree usted que puede tener alguna influencia sobre ese hermano suyo chalado que está allá arriba en el laboratorio? Necesitamos que empiece a hablar con nuestro equipo de negociaciones.

- ¡Se trata de Sean! -dijo Brian-. Es él quien estaba allá arriba. Pero ahora está fuera, y quiere disculparse por toda esta complicación.

Héctor miró primero a un hermano, luego al otro y su mente intentó sacar algún sentido de aquel giro de los acontecimientos repentino y alucinante.

Sean le tendió la mano. Héctor la agarró automáticamente, todavía demasiado atónito para poder hablar. Los dos hombres se dieron un apretón de manos como si les acabaran de presentar en un cóctel.

- ¡Hola! -dijo Sean dedicando a Héctor una de sus mejores sonrisas-. Quiero agradecerle personalmente todos sus esfuerzos. Realmente me alegró el día.

Librodot

CAPITULO 14

LUNES, 8 DE MARZO 11.15 a.m.

Sean pasó las puertas giratorias del Tribunal del Condado de Dade antes que Brian, y dejó que el sol y el aire fresco le acariciaran mientras esperaba que su hermano saliera. Sean había pasado la noche en el calabozo después de haber sido arrestado y fichado la tarde anterior.

-Eso fue peor que la facultad de medicina -dijo Sean refiriéndose a la noche pasada en la cárcel, mientras Brian y él bajaban los amplios escalones bañados por el sol.

-Si no sale todo perfectamente bien, podría caerte una condena larga -dijo Brian.

- ¿No lo dices en serio, verdad? -preguntó Sean alarmado-. Al menos después de haberte contado las maquinaciones de la gente del Forbes.

-Ahora todo está en manos del sistema judicial -dijo Brian, encogiéndose de hombros-. Cuando esto llegue al jurado, todo dependerá de la suerte. Y ya oíste lo que dijo el juez ahí dentro cuando te leyó los cargos. No estaba muy contento contigo, a pesar de que te entregaste y de que la nitroglicerina no era nitroglicerina. Si tus rehenes creían que era nitroglicerina, poco importaba que no lo fuera. Más vale que me agradezcas el tiempo y la molestia que me tomé para sellar tus antecedentes penales de juventud. De lo contrario, probablemente no te habrían dejado salir bajo fianza.

-Podías haber pedido a Kevin Porter que comunicara al juez la existencia de circunstancias atenuantes -se quejó.

-La lectura de cargos no es un juicio-explicó Brian-. Ya te lo he dicho. Sirve para que tú escuches las acusaciones oficiales que se formulan contra ti y prepares tu defensa.

Además, Kevin aludió a las circunstancias atenuantes al discutir la suma de la fianza.

- ¡Esa es otra! -dijo Sean-. ¡Quinientos mil dólares de fianza! ¡Dios mío! ¿No podía haber conseguido que la rebajaran un poco? Ahora hemos inmovilizado parte del capital inicial de Oncogen.

-Tienes suerte de haber salido bajo fianza, y punto -dijo Brian-. Te voy a recordar los cargos contra ti: conspiración, robo de mayor cuantía, escalo, escalo con arma mortal, agresión, agresión con un arma mortal, falso encarcelamiento, secuestro, disturbios y mutilación de cadáver. Me extraña que te dejaras violación y asesinato.

- ¿Qué sabes del fiscal de Distrito del Condado de Dade?

-preguntó Sean.

-Aquí abajo le llaman fiscal del Estado -dijo Brian-. Me reuní anoche con él y con el fiscal de Distrito de los EE.UU.

Mientras tú dormías cómodamente en la cárcel, yo estaba trabajando como una mula.

- ¿Qué dijeron?

-Los dos estaban interesados, evidentemente -dijo Brian-. Pero se reservaron prudentemente todo comentario porque no había ninguna prueba que presentarles, aparte de unas cuantas fichas de viajes y de copias de historiales médicos.

Librodot

-Y el cerebro de Helen Cabot, ¿qué? -preguntó Sean-. Esa es la prueba.

-No es una prueba todavía -dijo Brian-. Los experimentos que dices que hiciste no se han repetido.

- ¿Dónde está ahora el cerebro?-preguntó Sean.

-Lo ha confiscado la policía -dijo Brian-. Pero tiene la custodia física el médico forense del Condado de Dade. Recuerda, es un bien robado. Por lo tanto, eso complica su carácter de prueba.

-Odio a los abogados -dijo Sean.

-Y tengo la sensación de que aún te gustarán menos cuando esto haya terminado -dijo Brian-. Esta mañana he oído que el Forbes, en vista de tus declaraciones irresponsables y difamatorias, ha contratado a uno de los abogados más espectaculares y famosos del país, así como el apoyo de la mayor empresa de Miami. Varios personajes de todo el país están indignados por tus acusaciones y están inundando al Forbes de dinero para colaborar en la representación legal. Además de las acusaciones criminales, también vas a encontrarte con un diluvio de pleitos civiles.

-No me extraña que algunos empresarios importantes estén apoyando al Forbes -dijo Sean -. Pero también ellos tendrán que cambiar de opinión cuando sepan que la fantástica cura que el Forbes les administró era para curar un tumor cerebral causado por el Forbes.

-Más vale que sea cierto-dijo Brian.

-Y lo es -dijo Sean-. El tumor que examiné tenía cuatro oncogenes víricos. En un tumor natural habría sido asombroso hallar siquiera uno solo.

-Pero ése es sólo un tumor entre treinta y ocho casos -dijo Brian.

-No te preocupes-dijo Sean-. Estoy seguro de que tengo razón.

-Pero ya han puesto en duda la otra prueba -dijo Brian-. El Forbes ha manifestado a través de sus abogados que la presencia de la doctora Deborah Levy en determinadas ciudades al día siguiente de que operaran a sus pacientes es pura coincidencia.

- ¡Claro! -exclamó Sean sarcásticamente.

-Tienen sus argumentos -dijo Brian-. En primer lugar, sus viajes no coinciden con todos los casos.

-Porque mandaron a otra persona -dijo Sean-. Por ejemplo, a Margaret Richmond. Tendrás que pedir la presentación de todos sus documentos de viaje.

-Y aún hay más-dijo Brian-. El Forbes sostiene que la doctora Levy es una inspectora itinerante del Colegio de Patología de los Estados Unidos. Lo he comprobado y es cierto. Viaja a menudo por el país realizando las inspecciones obligatorias para que los laboratorios clínicos de los hospitales mantengan su calificación. También he hecho averiguaciones en algunos de los hospitales. Parece que la doctora Levy realizó inspecciones esos mismos días.

- ¿Y qué me dices del programa informático que funciona de noche con los números de la seguridad social? -preguntó Sean-. Eso es bastante revelador.

-El Centro Forbes ya lo ha negado categóricamente -dijo Brian-. Dice que conecta periódicamente con las compañías aseguradoras, pero sólo para procesar las demandas. Según ellos nunca entran en los archivos de autorizaciones de las intervenciones quirúrgicas voluntarias. Además, las compañías asegura doras sostienen que todos sus archivos están protegidos.

-Por supuesto eso es lo que dirán las compañías de seguros -dijo Sean-. Seguro que todos están temblando de miedo por si acaban enredados en un pleito civil por culpa de eso. En cuanto al programa en el Forbes, Janet y yo lo vimos funcionando.

-Va a ser difícil demostrarlo -dijo Brian-. Necesitaríamos el propio programa y, desde luego, no nos lo van a dar.

-Claro. ¡Vaya lata! -comentó Sean.

-Todo se va a jugar en el ámbito científico, y me pregunto si podremos contar con un jurado que crea la historia, o que llegue por lo menos a entenderla-dijo Brian-. No estoy muy seguro de entenderla yo mismo. Todo el asunto es bastante esotérico.

- ¿Dónde está Janet?-preguntó Sean.

Habían empezado a caminar de nuevo.

-Está en mi coche-dijo Brian-. La lectura de los cargos se la hicieron antes que a ti, y fue un poco más fácil; sin embargo, tenía muchas ganas de salir del Tribunal. Es lógico. Toda esta experiencia la ha desanimado. No está tan acostumbrada a meterse en problemas como tú.

- ¡Muy gracioso!-dijo Sean-. ¿La han acusado de algo?

-Claro que la han acusado -dijo Brian-. ¿Crees que esos tipos son tontos? Ella fue cómplice en todo, excepto en los cargos de asalto a mano armada y secuestro. Afortunadamente, el juez consideró al parecer que su mayor delito era haberse asociado contigo. No impuso fianza. La dejaron marchar bajo palabra.

Mientras se acercaban al coche de alquiler de Brian, Sean vio a Janet sentada en el asiento delantero. Tenía la cabeza recostada hacia atrás y parecía estar dormida. Pero en cuanto Sean se acercó al coche, abrió los ojos instantáneamente. Al verlo, salió deprisa y le abrazó.

Sean la abrazó también, pero se sintió cohibido al tener a su hermano al lado.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó Janet, separando la cabeza pero con los brazos alrededor del cuello de Sean.

-Muy bien, ¿y tú?

-Estar en la cárcel me ha abierto los ojos -reconoció Janet-. Supongo que me puse un poco histérica al principio. Pero mis padres tomaron el avión enseguida y aparecieron con un abogado de la familia que aceleró la lectura de mis cargos.

- ¿Dónde están tus padres ahora? -preguntó Sean.

-Han vuelto al hotel -dijo Janet-. Se enfadaron porque quise quedarme a esperarte.

-Me lo imagino-dijo Sean.

Brian miró el reloj y dijo: -Oídme, pareja. El doctor Mason ha anunciado una conferencia de prensa a las doce en el Forbes. Creo que deberíamos ir. Yo temía que estuviéramos todavía liados aquí en los tribunales, pero tenemos tiempo. ¿Qué os parece?

- ¿Por qué deberíamos ir? -preguntó Sean.

-Este caso me preocupa, como puedes imaginar -dijo Brian-. Es importante conseguir un proceso justo aquí en Miami. Preferiría que esta conferencia de prensa no se convirtiera en un ejercicio de relaciones públicas, como el Forbes espera según creo. Si vosotros estáis allí, tendrán que rebajar el tono de su retórica. Vuestra asistencia también permitirá presentarte como un individuo responsable que formula acusaciones serias.

Sean se encogió de hombros.

-Bueno, me parece bien -dijo-. Además tengo curiosidad por oír lo que dice el doctor Mason.

-Yo también -dijo Janet.

Había mucho tráfico y tardaron más tiempo en llegar de lo que Brian había calculado, pero cuando finalmente entraron en la zona de aparcamiento del Forbes la conferencia de prensa todavía no había empezado. Estaba previsto que la conferencia tuviera lugar en el auditorio del hospital y todas las plazas de

aparcamiento próximas al hospital estaban ocupa das. Había varias camionetas de televisión aparcadas en el carril de urgencia, cerca de la puerta delantera del hospital.

Brian tuvo que dar la vuelta al edificio de investigación para encontrar sitio.

Mientras caminaban hacia el hospital, Brian comentó que el caso estaba recibiendo mucha atención de los medios de comunicación.

-Debo advertiros que esto está que arde. Es el tipo de proceso que se decide tanto en los medios de comunicación como en los tribunales. Y además, el escenario es el Centro Forbes. No os sorprenda si os reciben con mucha frialdad.

Había un tropel de gente arremolinada frente al hospital.

Muchos eran periodistas, y por desgracia varios reconocieron a Sean. Se echaron encima de él, empujándose unos a los otros para ponerle los micrófonos delante de la cara y hacerle todos al mismo tiempo preguntas hostiles. Los flashes centelleaban; los focos de la cámara de televisión inundaban la escena.

Cuando Sean, Brian y Janet hubieron llegado a la puerta delantera, Sean estaba indignado. Su hermano tuvo que contenerle para que no diera un par de puñetazos a varios de los fotógrafos.

En el interior no fue mucho mejor. La noticia de la llegada de Sean se transmitió formando ondas entre una multitud sorprendentemente grande. Cuando los tres entraron en el auditorio, Sean oyó que se elevaba un coro de abucheos entre los miembros del personal médico del Forbes que asistía al acto.

-Ya veo a lo que te referías al hablar de una acogida gélida -comentó Sean cuando hubieron encontrado asiento-. No es territorio neutral precisamente.

-Tienen la mentalidad de una chusma linchadora -dijo Brian-. Esto te dará una idea de lo que vas a aguantar más tarde.

El abucheo y los silbidos dirigidos contra Sean cesaron abruptamente y fueron sustituidos por respetuosos aplausos cuando el doctor Randolph Mason salió de los bastidores del pequeño escenario. Caminó con decisión hacia el podio y colocó encima del atril un sobre de Manila de tamaño medio.

Agarró con las manos ambos lados del atril y miró hacia el público con la cabeza ligeramente echada hacia atrás. Su porte y aspecto eran los de un profesional, el pelo encanecido y perfectamente peinado le daba un aire clásico. Iba vestido con traje azul oscuro, camisa blanca y corbata discreta. La única mancha de color era un pañuelo de seda de color lavándula en el bolsillo superior de la chaqueta.

-Es la imagen romántica de médico que todo el mundo tiene-susurró Janet-. Como los que salen en la tele.

Brian asintió con la cabeza.

-Es el tipo de persona que los miembros de un jurado tienden a creer. Esta va a ser una batalla dura.

El doctor Mason carraspeó y empezó a hablar. Su voz vibrante llenaba fácilmente el pequeño auditorio. Agradeció a todos su asistencia y su apoyo al Centro Forbes contra el Cáncer frente a las acusaciones recientemente formuladas.

- ¿Va usted a denunciar a Sean Murphy por difamación?

-gritó uno de los periodistas desde la segunda fila.

Pero el doctor Mason no contestó. El auditorio entero inició un prolongado siseo en respuesta a la descortesía del periodista. El periodista captó el mensaje y se disculpó dócilmente.

Librodot

El doctor Mason arregló la posición del sobre de Manila sobre el atril mientras se concentraba.

-Estamos en unos momentos difíciles para los hospitales y los centros de investigación, sobre todo para los hospitales especializados que tienen la doble misión del cuidado de los pacientes y la investigación. Los programas de reembolso clínico basados en diagnósticos y tratamientos regulares no pueden aplicarse a lugares como el Forbes, cuyos planes de tratamiento a menudo siguen protocolos experimentales. Este tipo de tratamiento es intensivo y por lo tanto caro.

"La pregunta que se plantea es: ¿de dónde debería proceder el dinero para sufragar estos cuidados? Algunas personas creen que debería sacarse de las subvenciones a la investigación puesto que los tratamientos forman parte del proceso de investigación. Sin embargo, la financiación pública de la investigación general se ha reducido, lo que nos ha obligado a buscar otras fuentes de apoyo financiero, como la industria, o incluso, en casos excepcionales, la industria extranjera. Pero incluso estas fuentes tienen sus límites, sobre todo ahora que la economía mundial atraviesa un mal momento. A qué podemos recurrir sino al método más viejo de todos: la filantropía privada.

-No puedo creerlo-susurró Sean-. Parece un sermón para la colecta.

Varias personas se volvieron a mirar a Sean con severidad.

-He dedicado toda mi vida a aliviar el sufrimiento -continuó diciendo el doctor Mason-. La medicina y la lucha contra el cáncer han sido toda mi vida desde el día que entré en la facultad de medicina. El bien a la humanidad ha sido siempre la fuerza que me ha motivado y mi meta.

-Ahora parece un político-susurró Sean-. ¿Es que no va a entrar nunca en materia?

- ¡Silencio! -dijo secamente alguien desde detrás de Sean.

-Cuando ocupé el cargo de director del Centro Forbes -continuó diciendo el doctor Mason-sabía que la institución tenía dificultades financieras. Devolver a la institución una sólida base financiera fue un objetivo acorde con mi deseo de trabajar para el bien de la humanidad. Me entregué a esa tarea en cuerpo y alma. Si he cometido algunos errores no ha sido por falta de motivos altruistas.

Hubo aplausos aislados cuando el doctor Mason se detuvo para toquetear el sobre de Manila y ponerse a desatar el cordón que lo mantenía cerrado.

-Estamos perdiendo el tiempo -susurró Sean.

-Sólo ha sido la introducción -respondió Brian con un susurro-. Quédate callado. Estoy seguro de que ahora está a punto de llegar al meollo de la conferencia.

-En estos momentos, quisiera despedirme de ustedes -dijo el doctor Mason-. A todos los que me han ayudado en este difícil período mi cordial agradecimiento.

- ¿Toda esta perorata para decir que dimite? -preguntó Sean en voz alta. Estaba disgustado.

Pero nadie contestó a la pregunta de Sean. En cambio, gritos sofocados de horror ondearon por entre el público cuando el doctor Mason metió la mano en el sobre y sacó un revólver niquelado mágnum de calibre 357.

Los murmullos fueron creciendo mientras unas cuantas personas próximas al podio se ponían en pie sin saber si escapar o acercarse al doctor Mason.

-No pretendo que nadie se disguste -dijo el doctor Mason-. Pero oí que...

Era evidente que el doctor Mason tenía algo más que decir, pero dos periodistas de la primera fila hicieron un movimiento hacia él. El doctor Mason

Librodot

les hizo señas para que se alejaran, pero los dos hombres se acercaron más. El doctor Mason dio un paso atrás desde el podio. Parecía aterrorizado, como un ciervo acorralado. Su rostro había palidecido profundamente.

Entonces, ante la consternación general, el doctor Mason se metió el cañón del revólver en la boca y apretó el gatillo. La bala atravesó el paladar, licuó parte de la masa cerebral y del cerebelo, y arrancó un trozo circular de cráneo de unos cinco centímetros antes de incrustarse profundamente en la moldura de madera de la cornisa. El doctor Mason cayó hacia atrás mientras la pistola se proyectaba hacia delante. El revólver rebotó y se deslizó bajo los asientos de la primera fila poniendo en fuga a varias personas que seguían sentadas.

Algunos chillaron, otros gritaron y la mayoría se sintió indispuesta por unos momentos. Sean, Janet y Brian apartaron la mirada en el momento en que la pistola se disparó. Cuando volvieron a mirar, había un alboroto infernal en la sala. Nadie sabía exactamente qué hacer. Ni siquiera los médicos y enfermeras pudieron actuar; era evidente que el doctor Mason ya no requería ayuda.

Lo único que Sean, Janet y Brian pudieron ver del doctor Mason fueron sus zapatos con la punta hacia arriba y su cuerpo en escorzo. La pared situada detrás del podio estaba salpicada como si alguien le hubiera arrojado un puñado de cerezas maduras.

Sean tenía la boca seca. Le resultaba difícil tragar.

Se formaron unas cuantas lágrimas en los ojos de Janet.

Brian murmuró: - ¡María santísima, madre de Dios!

Todo el mundo estaba atónito y emocionalmente agotado.

Casi nadie hablaba. Algunas almas fuertes, entre ellas Sterling Rombauer, se aventuraron encima del escenario para ver el cadáver del doctor Mason. De momento, la mayoría de la gente se quedó donde estaba; todos excepto una mujer que se levantó de su asiento y se abrió paso hasta la salida. Sean vio cómo empujaba, en su marcha apresurada, a personas mudas de asombro. La reconoció inmediatamente.

-Esa es la doctora Levy-dijo Sean, poniéndose de pie-.

Alguien debería detenerla. Seguro que está planeando huir del país.

Brian agarró a Sean del brazo, impidiéndole que la persiguiera.

-Este no es el momento ni el lugar para que hagas de defensor de nada. Déjala marchar.

Sean miró cómo la doctora Levy llegaba a la salida y desaparecía. Luego se volvió hacia Brian, que permanecía sentado: -El misterio comienza a desvelarse.

-Tal vez -dijo Brian evasivamente.

Su mente jurídica estaba preocupada por la simpatía que aquel acontecimiento inesperado podía despertar en la comunidad.

El gentío comenzó paulatinamente a dispersarse.

-Venga -dijo Brian-. Vámonos de aquí.

Brian, Janet y Sean fueron saliendo lentamente y en silencio, abriéndose paso entre la multitud entristecida que estaba reunida a la entrada del hospital. Se encaminaron hacia el coche de Brian. Cada uno de ellos se esforzaba por digerir la horrible tragedia que acababan de presenciar. Sean fue el primero en hablar.

-Pienso que fue un mea culpa bastante espectacular -dijo-. Debemos reconocer que por lo menos tenía buena puntería.

-Sean, no seas desagradable -dijo Brian-. El humor negro no es lo mío.

-Gracias -dijo Janet a Brian. Luego dirigiéndose a Sean agregó-: Acaba de morir un hombre. ¿Cómo puedes burlarte de eso?

-Helen Cabot también murió -dijo Sean-. Su muerte me importa mucho más.

Librodot

-Ambas muertes deberían importarte -replicó Brian-. Al fin y al cabo, el suicidio del doctor Mason podría atribuirse a la mala publicidad que el Forbes ha recibido por culpa tuya. El hombre tenía motivos para estar deprimido. Su suicidio no constituye necesariamente un reconocimiento de su culpa.

-Espera un momento -dijo Sean, deteniendo la marcha del grupo-. ¿Después de lo que acabamos de presenciar aún te quedan dudas sobre lo que te conté del meduloblastoma?

-Soy abogado -dijo Brian-. Estoy acostumbrado a pensar de una determinada manera. Intento prever la respuesta de la defensa.

-Olvida durante dos segundos que eres abogado -dijo Sean-. Como ser humano, ¿qué te parece?

-De acuerdo -cedió Brian-. Tengo que reconocer que fue un acto muy revelador.

Librodot

EPILOGO

VIERNES, 21 DE MAYO 13.50 H

El gran reactor de Delta viró y luego entró en la fase final de aproximación al aeropuerto Logan. Estaba aterrizando en dirección noroeste y Sean, situado junto a la ventanilla, tenía un buen panorama de Boston desde el lado izquierdo del avión.

Brian estaba sentado a su lado, pero tenía la nariz enterrada en una revista de derecho. Pasaron por encima de la Biblioteca Kennedy en Columbus Point y luego vieron la punta del sur de Boston con su fachada marítima de casitas de tres plantas construidas con tablas de madera.

Luego Sean pudo contemplar el magnífico panorama del perfil de Boston con el puerto interior en primer plano. Poco antes de tocar tierra, tuvo una visión rápida de Charlestown con el obelisco de Bunkerhill proyectándose hacia el cielo vespertino.

Sean respiró con alivio. Había vuelto a casa.

Ninguno de los dos había facturado equipaje, por lo que al salir del avión bajaron directamente a una parada de taxis y se metieron en uno de ellos. Primero fueron a la oficina de Brian en el antiguo ayuntamiento de School Street. Sean dijo al taxista que esperara y salió con Brian. No habían hablado mucho desde que habían salido de Miami aquella mañana, principalmente porque la situación había sido muy tensa y también porque habían hablado mucho durante los tres días anteriores. Fueron a Miami para que Sean pudiera declarar ante un jurado de Florida sobre el caso “El Estado de Florida contra el Centro Forbes contra el Cáncer”.

Sean miró un momento a su hermano. A pesar de sus diferencias y de sus frecuentes peleas, sintió un impulso de amor hacia Brian. Le alargó la mano. Brian la cogió y la estrechó firmemente. Pero no era suficiente. Sean soltó la mano de Brian y le dio un abrazo intenso y prolongado.

Cuando se separaron, se sintieron un poco incómodos. En raras ocasiones manifestaban físicamente su afecto. Generalmente no se tocaban aparte de golpes en el hombro y alguna palmada en la espalda.

-Gracias por todo lo que has hecho-dijo Sean.

-No es nada comparado con lo que has hecho tú por tantas posibles víctimas del Forbes -dijo Brian.

-Pero sin tu actuación jurídica -dijo Sean -, el Forbes seguiría actuando hoy en día.

-Todavía no se ha acabado -le advirtió Brian-. Fue únicamente un primer paso.

-Bueno, lo que sea -dijo Sean-. Pongamos ahora todos nuestros esfuerzos en Oncogen. El asunto Forbes está en manos del fiscal del Estado de Florida y del fiscal federal de distrito. ¿Crees que llevarán el caso a juicio?

-Quizá cooperen -dijo Brian -. Es evidente que ambas partes, ante el interés despertado en los medios de comunicación, pensarán que el caso tiene muchas posibilidades políticas.

-Bueno, hasta pronto-dijo Sean mientras volvía al taxi.

Brian agarró la puerta antes de que Sean pudiera cerrarla.

Librodot

-No quisiera que lo tomaras a mal -dijo Brian-, pero como hermano mayor tuyo creo que debo darte algunos consejos. Las cosas serían mucho más fáciles si rebajaras un poco este aire de chulería que a veces manifiestas. No quiero decir que tengas que cambiar mucho. Bastaría con que redujeras esa rudeza propia de barrio. Conservas demasiado el estilo de antes.

-Vamos, vamos -dijo Sean con una sonrisa triste-. Anímate, muchacho.

-Lo digo en serio -contestó Brian-. Conviertes en enemigos a las personas menos inteligentes que tú, que por desgracia somos la mayoría.

-Este es el cumplido más equívoco que haya recibido -dijo Sean.

-Bueno, no lo dije como un cumplido-dijo Brian-. Te pareces a una especie de sabio idiota. Eres muy listo en algunas esferas, pero estás retrasado en otras, como el trato social. O no te enteras de lo que piensan los demás, o no te importa. Pero en todo caso, el resultado es el mismo.

-Has soltado el freno -dijo Sean riendo.

-Piénsalo un poco, hermano -dijo Brian. Dio un amistoso puñetazo al hombro de Sean.

Sean pidió al taxista que le llevara al Hospital Memorial de Boston. No faltaba mucho para las tres y Sean tenía muchas ganas de atrapar a Janet antes de que acabara su turno. Sean se recostó en el asiento y pensó en lo que Brian le había dicho.

Aunque su hermano era muy agradable, en ocasiones parecía algo ingenuo.

Cuando llegó al hospital, subió directamente a la planta de Janet. En el centro de enfermeras se enteró de que estaba abajo, en la número 503, medicando a la señora Mervin. Sean se dirigió por la sala de entrada hacia la sala de los pacientes.

Estaba impaciente por comunicar a Janet la buena noticia.

Cuando llegó, Janet estaba poniendo antibiótico en el equipo de infusión de la señora Mervin.

-Bueno, ¿cómo estás, forastero? -dijo Janet cuando Sean apareció.

Le gustaba ver a Sean allí, aunque era evidente que estaba preocupada. Le presentó a la señora Mervin y le dijo que era un doctorando de Harvard.

-Os quiero a todos, chicos-dijo la señora Mervin. Era una anciana de pelo blanco, mejillas rosadas y ojos brillantes-. Puedes venir a visitarme siempre que quieras -dijo con una risita.

Janet guiñó un ojo a Sean.

-La señora Mervin está mejorando.

-Ya lo veo, ya lo veo -dijo Sean.

Janet hizo una anotación en su tarjeta y se la metió en el bolsillo. Tomó la bandeja de la medicación, se despidió de la señora Mervin y le dijo que llamara si quería algo.

En la sala de entrada, Sean tuvo que dar zancadas para alcanzar a Janet.

-Tengo muchas ganas de hablar contigo -dijo cuando estuvo a su lado-. Suponiendo que no lo hayas adivinado.

-Me gustaría que charláramos un rato -dijo Janet-, pero estoy realmente ocupada. Tengo que hacer el parte y todavía debo administrar estas medicaciones.

-El jurado ha aceptado los cargos contra el Forbes -dijo Sean.

Janet se detuvo y le dirigió una amplia y cálida sonrisa.

- ¡Es magnífico!-dijo-. Me alegro. Y estoy orgullosa de ti.

Debes sentirte justificado.

-Como dice Brian, es un primer paso importante-continuó Sean-. Entre los acusados está la doctora Levy, aunque no la han visto ni se ha oído de ella

Librodot

desde la conferencia de prensa de Mason y su mea culpa. La acusación incluye también a dos doctores del equipo clínico y a la directora de enfermeras, Margaret Richmond.

-Todavía me cuesta creerlo -dijo Janet.

-Basta recordar lo agradecidos que se sentían los pacientes de meduloblastoma hacia el Forbes -dijo Sean-. Hasta que intervinimos nosotros. Dieron más de sesenta millones de dólares en donaciones, prácticamente sin restricciones.

- ¿Cómo está el hospital?-preguntó Janet mientras echaba una ojeada a su reloj.

-El hospital está bajo administración judicial -dijo Sean-. Pero el instituto de investigación está cerrado. Y por si te interesa, también los japoneses fueron víctimas de la estafa. No intervinieron para nada. Cuando se destapó todo, cortaron por lo sano y se fueron corriendo.

-Lo siento por el hospital-dijo Janet-. Creo personalmente que es un buen hospital. Confío en que pueda sobrevivir.

-Todavía tengo más noticias -dijo Sean-. ¿Sabes aquel chalado que nos pilló en la playa y nos las hizo pasar moradas?

Se llama Tom Widdicomb y está loco como una cabra. Tenía a su madre muerta conservada en un congelador en su casa.

Al parecer, creía que su madre le ordenaba dar el descanso eterno con succinilcolina a todas las pacientes con cáncer de pecho avanzado. La madre había tenido la misma enfermedad.

- ¡Dios mío! -dijo Janet-. ¿Fue esto lo que le sucedió a Gloria D'Amataglio?

-Parece que sí -dijo Sean-. Y a bastantes más.

-Incluso yo me acuerdo de Tom Widdicomb -dijo Janet-. Era aquel empleado de la limpieza que fastidiaba tanto a Marjorie.

-Bueno, al parecer tú también le fastidiabas -dijo Sean-. En su mente retorcida decidió, de algún modo, que te habían enviado para pararle los pies. Por eso te perseguía. Piensan que era el individuo que te encontraste en el baño en la residencia Forbes, y desde luego fue la persona que nos siguió hasta el depósito de cadáveres en el Hospital General de Miami.

- ¡Dios mío! -exclamó Janet.

La idea de que un psicópata hubiera estado siguiéndole los pasos la ponía terriblemente nerviosa. Pensó de nuevo en lo diferente que resultó el viaje a Florida de lo que había imaginado cuando lo planearon.

-Van a procesar a Widdicomb -continuó diciendo Sean-. Como es lógico, dice que está loco y si traen a su madre en el congelador para que testifique, no tendrá problemas. -Sean se echó a reír-. El hospital, claro, está en administración judicial por culpa suya. Todas las familias que perdieron a una paciente de cáncer de pecho en circunstancias sospechosas están presentando querella.

- ¿Y los pacientes de meduloblastoma no presentan denuncias? -preguntó Janet.

-No contra el hospital -dijo Sean-. Había dos entidades: el hospital y el centro de investigaciones. Los pacientes de meduloblastoma tendrán que pedir responsabilidades al centro de investigaciones. Al fin y al cabo, en el hospital se curaron.

-Todos excepto Helen Cabot -dijo Janet.

-Cierto-asintió Sean.

Janet miró de nuevo el reloj y movió la cabeza.

-Ahora es realmente tarde -dijo-. Sean, tengo que irme.

¿No podríamos hablar de todo eso esta noche, quizá cenando o algo así?

Librodot

-Hoy no-dijo Sean-. Es viernes.

-Ah, claro -dijo Janet secamente. Se golpeó la frente con la palma de la mano-. ¡Qué tonta de haberme olvidado! Bueno, cuando tengas tiempo, llámame.

Janet empezó a caminar por la sala. Sean dio unos cuantos pasos y la agarró por el brazo, deteniéndola.

- ¡Espera! -dijo sorprendido de que Janet hubiera cortado de pronto su conversación-. ¿No me vas a preguntar por los cargos contra ti y contra mí?

-Sí, me interesan -dijo Janet-. Pero me pillaste en mal momento y, claro, esta noche estás ocupado.

-Sólo tardaré un segundo más -dijo Sean exasperado -. Brian y yo pasamos casi toda la tarde negociando con el fiscal del Estado. Nos prometió que retiraría todos los cargos contra ti. En cuanto a mí, a cambio de declarar bastará con que me declare culpable de haber provocado desórdenes y haber causa do daños. ¿Qué te parece?

-Lo encuentro fantástico-dijo Janet-. Ahora permíteme.

-Janet intentó soltarse el brazo, pero Sean no la dejaba.

-Hay otra cosa -dijo Sean-. He estado pensando mucho desde que se acabó lo del Forbes. -Sean apartó la mirada y movió los pies con nerviosismo-. No sé cómo decirlo, pero ¿recuerdas cuando decías que querías hablar sobre nuestra relación, al venirte a Florida, que querías hablar sobre compromiso y todo eso? Bueno. Creo que me parece bien. Su poniendo que todavía estés pensando en lo que creo que pensabas.

Janet, asombrada, miró directamente a los ojos color azul oscuro de Sean. Sean intentó apartar la mirada. Janet alargó la mano, le agarró la barbilla y le obligó a mirarla.

- ¿Todas estas indirectas son un intento para decir que nos casamos?

-Bueno, más o menos-contestó Sean sin pronunciar la palabra.

Apartó la mano de Janet de su barbilla y recorrió la sala con la mirada. Le costaba mucho mirarla. Hizo algunos gestos con la mano, como si fuera a decir algo más, pero sin llegar a abrir la boca.

-No te entiendo -dijo Janet mientras sus mejillas se sonrojaban-. ¡Pensar en todas las ocasiones en que yo quería hablar y tú no, y ahora me dices esto aquí, en este momento! Bueno, permítame que le diga algo, señor Murphy. No estoy segura de poder mantener una relación contigo si no estás dispuesto a cambiar mucho, y sinceramente, no creo que puedas. Después de la experiencia que tuvimos en Florida, no estoy segura de que seas lo que yo quiero. Eso no significa que no te quiera, porque sí te quiero. Significa simplemente que no creo que pueda vivir con el tipo de relación que tú puedes darme.

Sean estaba atónito. Durante un momento no pudo ni hablar. La respuesta de Janet había sido totalmente inesperada.

- ¿Qué significa eso de cambiar?-preguntó finalmente-.

¿Cambiar qué?

-Si tú no sabes qué y tengo que decírtelo yo, no vale la pena. Claro que podríamos continuar hablando sobre esto esta noche, pero tienes que salir con los chicos.

-No te metas -dijo Sean-. No he visto a los chicos desde hace semanas. Con todos los líos legales que he tenido.

-Desde luego, esto es cierto -dijo Janet-. Y a ti te divierte.

-Empezó a caminar de nuevo por la sala. Dio unos pasos, se volvió y le miró de nuevo-. Tomé una decisión inesperada en mi viaje a Florida -dijo-. Estoy pensando seriamente en matricularme en la facultad de medicina. No es porque no me guste la enfermería, y sólo Dios sabe lo mucho que te exige, pero todo lo

Librodot

que me contaste sobre la biología molecular y la revolución médica que está creando me ha interesado más de lo que me interesó nunca ningún tema académico. Creo que me gustaría participar. Bueno, hasta la vista, Sean -añadió Janet mientras continuaba su camino-. Y cierra esa boca.

Sean quedó demasiado sorprendido para poder hablar.

ERAN ALGO MÁS de las ocho cuando Sean empujó la puerta del bar Old Scully's. No había estado allí desde hacía muchas semanas y le embargaba una sensación agradable. El lugar estaba atiborrado de amigos y conocidos, y todo el mundo parecía contento. Algunos estaban allí desde las cinco y no parecía que aquello les hubiera perjudicado. En la televisión daban un partido de Red Sox y cuando Sean miró hacia el aparato, Roger Clemens estaba haciendo la higa a la cámara mientras esperaba la señal del receptor. Hubo unos cuantos gritos de ánimo de parte de un grupito de aficionados acérrimos situado debajo mismo del aparato. Los ánimos estaban cargados.

Cuando Sean hubo atravesado la puerta se quedó un momento parado para contemplar la escena. Vio a Jimmy O'Connor y a Brady Flanagan en la diana de dardos riendo hasta saltárseles las lágrimas. El dardo de alguien había fallado. De hecho, no había dado ni siquiera en la pared y había quedado clavado en una de las barras de la ventana. Estaba claro que esto les hacía mucha gracia a los dos. Sean pudo ver en el mostrador del bar a Molly y a Pete trabajando incansablemente, llenando jarras de cerveza inglesa y negra, llevando en ocasiones cuatro o cinco vasos helados y rebosantes en cada mano. Adornaban el bar vasos de whisky irlandés. Los problemas del día se desvanecían mucho más rápidamente en el olvido con estos tragos, entre cerveza y cerveza.

Sean miró a los chicos del bar y reconoció a Patrick Fitzgerald, o Fitzie, como le llamaban. Había sido el chico más popular de la escuela. Sean podía recordar, como si fuera ayer, que Fitzie le había robado la chica cuando estaban en noveno.

Sean había quedado prendido de Mary O'Higgins, pero la chica desapareció de la primera fiesta adonde la llevó Sean para irse con Fitzie a la parte trasera de la camioneta de Frank Kildare.

Pero desde sus triunfos en la escuela, Fitzie había acumulado bastantes kilos en la parte media del cuerpo y su rostro había adquirido un aspecto abotargado y descolorido. Trabajaba en el equipo de mantenimiento del viejo astillero de la Marina, cuando trabajaba, y estaba casado con Anne Shaughnessy, quien se había hinchado hasta los noventa kilos después de haber tenido mellizos.

Sean dio un paso hacia la barra. Quería sumergirse en su viejo mundo. Quería que la gente le diera palmadas en la espalda y bromeara sobre su hermano, el cura. Quería recordar los días en que pensaba que su futuro era un camino sin límites que iba a recorrer con toda la basca. Se divertirían y lo entenderían todo con experiencias compartidas que luego disfrutarían una y otra vez en el recuerdo. De hecho, las experiencias se hacían más interesantes con los adornos inevitables que acompañaban cada nueva versión.

Pero algo retuvo a Sean. Se sentía al margen de los demás de un modo inquietante y casi trágico. Le embargó con una abrumadora claridad la sensación de que su vida había tomado un rumbo diferente de la de sus viejos amigos. Se sintió más bien como un observador de su antigua vida; ya no era un participante. Todo lo sucedido en la clínica Forbes le estaba obligando a contemplar cuestiones más amplias que superaban los confines de sus viejos

Librodot

amigos de Charlestown. Ya no disponía del aislamiento que ofrecía la inocencia del mundo.

Ver a sus antiguos amigos medio borrachos o en peor estado le permitió comprender sus oportunidades limitadas. Estaban prendidos en una red de errores repetidos a causa de una combinación desconcertante de motivos sociales y económicos. Estaban condenados a repetir el pasado.

Sean, sin haber dirigido ni una sola palabra a nadie, se dio la vuelta repentinamente y salió a tropezones del bar Old Scully's. Apretó el paso cuando sintió una voz poderosa que le inducía a volver a la cálida familiaridad de ese refugio de su juventud. Pero Sean había tomado una decisión. No sería como su padre. Miraría hacia el futuro, no hacia el pasado.

JANET, AL OÍR UNA llamada en la puerta de su apartamento, levantó los pies de la otomana y salió con esfuerzo de su honda butaca. Había estado hojeando un grueso libro que había comprado en la librería de la facultad de medicina llamado Biología molecular de la célula. Cuando llegó a la puerta, miró por la mirilla. Se sorprendió al ver a Sean que la estaba mirando con rostro atontado. Janet giró con dificultad las cerraduras y al final consiguió abrir de par en par la puerta.

-Espero no molestarte-dijo Sean.

- ¿Qué ha sucedido? -preguntó Janet-. ¿Se ha incendiado tu guarida favorita?

-Quizá en sentido figurado sí -dijo Sean.

- ¿No se presentó ninguno de tus viejos amigos?-preguntó Janet.

-Estaban todos allí -dijo Sean-. ¿Puedo entrar?

- ¡Oh, lo siento! -dijo Janet-. Entra, por favor. -Pasó a un lado y cerró la puerta detrás de él-. Olvidé mi educación. Pero estoy tan sorprendida de verte aquí. ¿Quieres tomar algo?

¿Una cerveza? ¿Un vaso de vino?

Sean le dio las gracias, pero dijo que no quería nada. Se sentó con dificultad en el borde del sofá.

-Fui como siempre al Old Scully's... -empezó a decir.

- ¡Ah, ya sé qué sucedió! -le interrumpió Janet-. Acabaron la cerveza.

-Estaba intentando contarte algo -dijo Sean exasperado.

-Bueno, lo siento-dijo Janet-. No quiero ser sarcástica.

¿Qué sucedió?

-Estaba todo el mundo -dijo Sean-. Jimmy O'Connor, Brady Flanagan, incluso Patrick Fitzgerald. Pero no hablé con nadie. No pasé de la puerta.

- ¿Por qué?

-Comprendí que al volver allí estaba condenándome al pasado -dijo Sean-. De repente tuve una idea de lo que tú e incluso Brian decíais cuando hablabais de cambio. ¿Y sabes qué? Quiero cambiar. Seguramente tendré alguna recaída, pero desde luego no quiero ser toda mi vida un simple chico de barrio. Y me gustaría saber si tú estás dispuesta a ayudarme un poquito.

Janet tuvo que parpadear un poco para ocultar unas lágrimas repentinas. Miró dentro de los ojos azules de Sean y dijo: -Me gustaría mucho ayudarte.

FIN